

**C. J. CHERRYH**

**Hermanos  
de Tierra**



Lectulandia

Hermanos de Tierra (1976) es una de las primeras novelas de Cherryh, en cierta manera, un homenaje a Jack Vance, pero donde comienzan a inscribirse los caracteres que posteriormente desarrollará en sus otras narraciones. El tema que obsesiona a Cherryh es la aparición del «hombre» como un ser extraño, dentro de un universo extraterrestre en guerra. El «Espacio Exterior» poblado de nuevas razas, culturas y nuevos lenguajes —por algo Cherryh fue profesora de latín y amante de los textos clásicos—. Pero, fundamentalmente, ha utilizado el género clásico del «Space Opera» para introducirnos en un «Espacio Interior» —valga la contradicción—, donde nos encontramos con un «feminismo militante», donde la «hembra» gobierna y dirige la acción...

**Lectulandia**

C. J. Cherryh

# **Hermanos de Tierra**

**ePub r1.0**

**OZN 23.04.14**

Título original: *Brothers of Earth*

C. J. Cherryh, 1976

Traducción: Lorenzo Díaz

Retoque de cubierta: OZN

Editor digital: OZN

ePub base r1.1

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---



ANIVERSARIO  
EDICIÓN CONMEMORATIVA



# PRÓLOGO

Carolyn Janice Cherry es una escritora ya asentada dentro de la «Ciencia Ficción» norteamericana. Han pasado catorce años desde que en 1976 publicara su primera novela: *Gate of Ivrel*, merecedora del premio John W. Campbell al año siguiente. Este buen comienzo parece haberla predestinado a ser una de las escritoras de mayor éxito en las dos últimas décadas. Cinco años después le fue concedido uno de los mayores galardones de la Ciencia Ficción, el premio Hugo, por su obra *Downbelow Station*.

*Hermanos de Tierra* (1976) es una de sus primeras novelas, en cierta manera, un homenaje a Jack Vance, pero donde comienzan a inscribirse los caracteres que posteriormente desarrollará en sus otras narraciones. El tema que obsesiona a Cherryh es la aparición del «hombre» como un ser extraño, dentro de un universo extraterrestre en guerra. El «Espacio Exterior» poblado de nuevas razas, culturas y nuevos lenguajes —por algo Cherryh fue profesora de latín y amante de los textos clásicos—. Pero, fundamentalmente, ha utilizado el género clásico del «Space Opera» para introducirnos en un «Espacio Interior» —valga la contradicción—, donde nos encontramos con un «feminismo militante», donde la «hembra» gobierna y dirige la acción. El paradigma es su tetralogía sobre la «Saga de Chanur» —la primera de estas novelas, *Chanur's Venture* (1982) estuvo a punto de ganar el premio Hugo por segunda vez consecutiva, al haberlo logrado el año anterior con *Downbelow Station* (1981). Nuestra protagonista, leona antropomorfa, protege y cuida a un humano descarriado que se ha perdido al otro lado del universo. Amazona y capitana guerrera, crea un verdadero conflicto intergaláctico por su amado. Algo parecido ocurre con *El Ángel con la espada* (1985)— col. Icaro n.º 5—: la canalera Jones se desenvuelve en el dédalo de canales de Merovingen, en una esforzada defensa de su desvalido noble. *Cuckoo's Egg* (1985) nos relata el crecimiento y cuidados de un bebé humano, por una hembra alienígena, hasta que llega a ser aceptado, por su condición de ajeno, y elevado a la categoría de líder bélico.

También, conviene destacar *The Dramstone* (1983). y *The Tree of Swords and Jewels* (1983) —de próxima aparición en la col. Icaro— donde se recrea un contexto épico-mítico, inspirado en el folclore británico, usando nomenclaturas basadas en los lenguajes celta, gales y el antiguo anglo, para nombrar los personajes y los lugares. Se trata de una «quest» iniciática sobre el último bastión de las hadas.

**Alberto Santos Castillo**  
**Junio, 1990.**

# I

La *Endymion* murió en silencio, una estrella hecha por el hombre que brilló y se apagó rápidamente desapareciendo de la existencia.

Kurt Morgan la observó con la mirada clavada en los sensores de popa de la cápsula hasta que no quedó nada que ver. Cuando todo terminó, cambió a las pantallas delanteras y empezó a pensar en su supervivencia.

En la *Endymion* había ochenta hombres y mujeres, setenta y nueve de los cuales acababan de ser reducidos a polvo y vapor, convertidos en uno solo con la nave e indistinguibles de sus restos. Dos minutos en dirección al Sol había otra nube, una que había sido el enemigo, otros cien individuos, seres que habían vivido en una miríada de mundos, aún embarcados en un rumbo de colisión, destructor y destruido.

Ningún informe del encuentro llegaría a la Central. No había modo de que llegara. El planetamadre de los Hanan, Aeolus, ya no era más que un rescoldo a varios años luz de distancia, y la *Endymion* no había hecho ningún informe al Alto Mando al empezar la persecución de los Hanan. Habían dado el salto por su cuenta, luchado, ganado y perecido a la vez. La cápsula de supervivencia no estaba capacitada para vuelo estelar.

Una estrella sin nombre y seis mundos que no figuraban en los mapas se abrían ante la pantalla de la cápsula. El segundo era el más adecuado para tener vida.

Durante los siguientes siete días se hizo más y más grande en la pantalla. Era un mundo azul, envuelto por agitadas nubes y manchado con el marrón de la Tierra. Tenía una luna grande y solitaria. Todos los pormenores indicaban un planeta tipo Tierra, uno por el que la Alianza sacrificaría un centenar de naves con tal de ganarlo, y que ya habría ganado de conocer su existencia.

La temida represalia de los Hanan no se materializó. Ninguna nave le amenazaba. El mundo ya llenaba las pantallas, Kurt se debatía entre la euforia de la esperanza y el miedo de la desesperación; esperanza porque había creído morir y parecía que así sería, y miedo, porque, de pronto, se dio cuenta que estaba totalmente solo. Hasta ese momento le había hecho compañía la idea de un posible enemigo. Pero la *Endymion* se había salido del mapa antes de perecer. Si los Hanan no estaban aquí, entonces, no había más seres humanos a tanta distancia del Sol Central.

Eso era soledad.

Absoluta.

La nave con forma de cuña entró con fuerza, sobrecalentándose y luchando por su vida, con las planchas chirriando al separarse las juntas. La presión explotó contra los sentidos de Kurt con colores grises, rojos y negros.

Colgaba de un lado. Las correas impedían que se precipitara contra los compartimentos de almacenaje. Tardó un poco en liberarse, enfebrecido por la ansiedad. Cuando lo consiguió, abrió la escotilla prescindiendo de pruebas: no tenía otras opciones.

Respirable. Tras salir de la nave, permaneció un tiempo inmóvil mirando a su alrededor, de horizonte a horizonte de suaves colinas cubiertas de árboles. Nunca había visto nada semejante en todos sus planetajes, nada tan puro e inmaculado y, a excepción del olor a quemado, tan perfumado de abundante vida.

Lanzó una carcajada riéndose bajo el sol mientras las lágrimas surcaban su cara, y cerró los ojos y dejó que el viento limpio y puro le secase la cara y la frialdad del aire aliviara el agonizante calor que le inundaba.

Tras atravesar los bosques, el terreno empezó a descender de forma perceptible: una gran colina, una superficie de tierra rocosa, una breve extensión de playa que daba a una ilimitada extensión de mar. El sol ya estaba bajo en el firmamento antes de que encontrase un sendero que le permitió bajar el barranco y llegar a la arena de la playa.

Una vez allí, dejó caer sus pertrechos en la arena seca y miró sumido en un trance a un mar más azul de lo que había visto nunca, y más verde que las colinas, con el color repartido según la profundidad. Contra el horizonte se recortaban islas. La arena era blanca y manchada con restos marinos, restos de árboles y matojos arrastrados por el mar, y conchas de delicados colores rosados y amarillos, con formas aguzadas y helicoidales.

Encantado como un niño, se arrodilló y hundió las manos en el agua que le lamía las botas, saboreó su sal y salpicó un poco, pues sabía cómo debía ser un mar, pero nunca había tocado uno ni olido el viento salino ni la bruma de la playa. Cogió un palo y lo arrojó lejos, observó cómo el mar se lo traía de vuelta. Algo en su interior pareció asentarse, descubriendo que todos los relatos de su pueblo viajero entre las estrellas eran reales y ciertos hasta en un lugar como éste, no hollado por el hombre.

Se metió un poco en el agua, descalzo, cuidándose de no pisar algo venenoso, y empleando un palo para hurgar en las cosas que vivían allí. Pero la luz del día empezaba a desvanecerse, y ya no podía ver las cosas con claridad, y el viento era cada vez más frío, así que retrocedió con la proximidad de la noche y reunió un montón de leños e hizo un fuego.

La oscuridad era terrible, tan solitaria como el espacio que separa las estrellas. Ese día había visto pájaros a demasiada altura como para poder distinguirlos, había visto conchas de moluscos y retrocedido ante cosas que huían a esconderse en aguas más profundas; y había asustado varias veces a pequeñas criaturas que se asomaban por entre la hierba y que desaparecían dando saltos, volviéndose invisibles entre los



arbustos y la maleza. Nada le había amenazado aún, y ningún grito turbaba la noche, pero su mente imaginaba cosas de una miríada de mundos. Se asustaba ante cada sonido. El agua lamía y chupaba la playa, y pequeños crustáceos carroñeros rodearon el círculo luminoso de la hoguera en busca de comida.

Finalmente, se levantó y puso un montón de madera en el fuego, luego se recogió todo lo cerca del fuego que pudo y se abandonó al sueño.

Unos guijarros chirriaron. La arena crujió, Kurt levantó la cabeza y forzó la vista a través del mortecino brillo del fuego. Al otro lado de él, la oscura cabeza de un dragón surcaba las aguas, moviéndose con el ritmo del mar.

Tanteó en busca de su pistola, se vio arrojado a un lado por cuerpos sinuosos, ágiles, del tamaño de un hombre, que le golpearon la espalda. Golpeó la arena y rodó y se retorció, pero recibió un golpe en un lado de la cabeza, ya confusa por la oscuridad. Volvió a caerse, desvaneciéndose, consciente de la mordedura de las cuerdas, de ser arrastrado por el agua. Tosió por el agua salobre y se desmayó.

Estaba empapado y tumbado boca arriba sobre una sólida superficie de madera. Saltó para incorporarse, y sintió un tirón, cayendo al suelo por una cadena que unía y tiraba de sus pies tras rodear un pilar de madera. Cuando se retorció para mirar hacia arriba, consiguió vislumbrar una red de cuerdas y cables recortándose contra el cielo nocturno, una cabeza de dragón contra la luna. Era una nave de madera, con un mástil para una única vela.

Se oyeron voces de hombres y remos chocando con el agua, barriéndola al unísono. El movimiento del barco cambió, se estabilizó y, con un crujir y un restallar de la tela de la gran vela cuadrada que ondeaba sobre sus cabezas, los hombres terminaron de izarla, Kurt miró sobrecogido cuando la aleteante tela se hinchó en el cielo y la cubierta adquirió una estabilidad diferente cuando el viento dirigió la nave hacia donde ésta quería ir.

Un hombre se detuvo ante él, Kurt se revolvió torpemente, la cadena le separaba los pies a ambos lados del mástil. Se acercaron más hombres. A la difusa luz pudo ver cómo se repetía en cada una de las extrañas caras la misma estructura de anchas mejillas, narices planas, bien formadas, de enrojecidas ventanas; los ojos grandes y oscuros, las cejas anchas y pobladas, ligeramente ladeadas en relación con los altos pómulos... rostros de niños sabios, dispuestos en una mirada perpetua de arrogante curiosidad, pero los cuerpos eran de hombres, altos y enjutos y musculados.

No le tocaban. Sólo miraban. Finalmente, uno les habló con autoridad y se dispersaron. Kurt volvió a hundirse, mareado, temblando no sólo por el frío viento. Uno volvió y le dio una capa para que se resguardara. Se envolvió en ella y se encogió. No durmió.

Nadie le molestó hasta que la primera luz dotó de color a las cosas. Entonces, un

hombre puso ante él un cuenco y una copa, y Kurt aceptó agradecido el cálido alimento, y bebió el endulzado y caliente té.

A la creciente luz del día, descubrió que los hombres de la nave no eran desagradables a la vista. Eran de piel marrón tirando a dorada, y de pelo negro. Se movían dentro de los confines de la nave con cordial eficacia, y la risa era frecuente y amistosa entre ellos. Pronto empezó a conocerles, al que había traído la comida, al viejo gruñón que daba órdenes a un joven oficial de ojos como rendijas; y supuso que el nombre del chico que corría de un lado para otro llevando recados de todo el mundo debía ser Pan, pues ésta era la palabra que gritaban los otros cuando le querían para algo.

Eran gente orgullosa y limpia, Humanos o no, formaban una tripulación mucho mejor que muchas de *homo sapiens* de las que había sido parte.

Al haber comido y empezar a entrar en calor por la luz del día, Kurt empezaba a acostumbrarse y calmarse en su situación, cuando se le acercó el joven oficial e hizo que le quitaran las cadenas, Kurt se levantó con cuidado, evitando toda apariencia de hostilidad, y el hombre movió la cabeza en dirección a la cabina de popa.

Se dejó llevar a ella y el oficial le abrió la puerta haciéndole gestos para que entrara.

Un hombre joven se sentaba ante un escritorio bajo, en una silla tan baja que debía tener cruzados los tobillos en el suelo. Habló y la escolta de Kurt salió cerrando la puerta detrás suyo. Luego hizo una seña pidiendo a Kurt que se sentara. No había silla alguna, sólo la esterilla de caña sobre la que estaba. Kurt se sentó cruzando las piernas con poca gracia.

—Soy el capitán de este barco —dijo el hombre, y el corazón de Kurt se heló en su interior, pues el lenguaje era Hanan—. Soy Kta t'Elas u Nym. La persona que os trajo aquí es mi segundo, Bel t'Osanef.

Su acento era muy fuerte, la forma arcaica. Como oficial de comunicaciones de la *Endymion*, Kurt lo conocía bastante bien como para entenderlo, pero no pudo identificar el dialecto.

—¿Cuál es vuestro nombre, por favor? —preguntó Kta.

—Kurt, Kurt Morgan, ¿qué sois? —preguntó rápidamente, antes de que Kta, llevara las preguntas a su inevitable destino—. ¿Qué queréis?

—Soy un nemet —dijo Kta, que se sentaba con las manos cruzadas sobre el regazo y tenía el hábito de bajar la mirada al empezar a hablar. Sus ojos miraban a Kurt sólo para enfatizar las preguntas—. ¿Queríais que os encontráramos? ¿El fuego era una señal para pedir ayuda?

Kurt recordó y se maldijo.

—No —dijo.

—Los tamurlin son humanos. Acampabais en su tierra como un hombre en su

propia casa; sin precauciones.

—No sé nada de esto.

La esperanza se desbocó en su interior. El dominio de Kta de una lengua humana tenía explicación. Una base Hanan. Pero algo en la forma que pronunciaba *tamurlin* no indicaba amistad entre esa base y los nemet.

—¿Dónde están sus amigos? —preguntó Kta, tomándole por sorpresa.

—Muertos. Vine solo.

—¿De qué lugar?

Kurt temía responder y no sabía cómo mentir, pero Kta se encogió de hombros y cogió un frasco que estaba en un lado de la mesa para llenar dos pequeñas tazas de porcelana.

Kurt no estaba ansioso de beber, pues no confiaba en esa repentina hospitalidad, pero Kta bebió delicadamente de la suya y Kurt siguió su ejemplo. Era suave y con sabor a frutas, y se aposentaba en la cabeza como el fuego.

—Es *telise* —dijo Kta—. Os ofrecería té, pero el *telise* es más reconfortante.

—Gracias —dijo Kurt—. ¿Le importaría decirme adonde vamos? —Pero Kta se limitó a levantar ligeramente la taza como para decir que hablarían cuando terminasen. Y Kta se tomó su tiempo en terminar.

—¿Adonde vamos? —repitió Kurt en cuanto Kta dejó la taza. Las cortas cejas del nemet se contrajeron ligeramente.

—A mi puerto. Pero lo que queréis preguntar es lo que os espera allí. Los nemet son civilizados. Vos también lo sois. No como los tamurlin, me doy cuenta. No tengáis miedo, por favor. Pero os pregunto ¿por qué habéis venido?

—Mi nave... fue destruida. Encontré refugio en esa costa.

—Esa nave vino del cielo. Estoy al tanto de esas cosas. Todos hemos visto cosas humanas.

—¿Lucháis con los tamurlin?

—Siempre. Es un conflicto viejo éste. Vinieron... hace mucho. Les alejamos de sus máquinas y se convirtieron en bestias.

—Hace mucho.

—Trescientos años.

Kurt mantuvo alejada la alegría de su cara.

—Os aseguro que no vine para dañar a nadie.

Entonces no os haremos daño —dijo Kta.

—¿Estoy libre, entonces?

—Sí, de día. Pero por la noche... Lo siento, pero mis hombres necesitan un descanso seguro. Aceptad esta necesidad, por favor.

—No os culpo. Lo comprendo.

—*Hei yth* —dijo Kta, y unió las yemas de los dedos ante él en lo que parecía ser

un gesto de gratitud—. Me hace pensar bien de vos, Kurt Morgan.

Y diciendo esto, Kta le permitió moverse libremente en cubierta. Nadie le mostró desagrado, ni siquiera cuando su ignorancia la interpuso en medio del camino de los marineros. Alguien le hacía una seña para que se apartara (no le tocaba nadie) o le llamaba educadamente: «*Umanu, oeh*», lo cual interpretó como si fuera su especie y un aviso para que se apartara. Y una vez que transcurrió la mayor parte de un día, decidió imitar las reverencias de la tripulación y el cortés bajar de la mirada, y mejoró su estatus, pues le devolvían la reverencia y era llamado «*umanu-ifhan*» en tono respetuoso.

Pero al anochecer llegó el joven oficial Bel t'Osanef y le hizo señas para recuperar su lugar en el mástil. El marino que obedeció las órdenes de Bel fue cuidadoso al ponerle las cadenas y luego volvió para proporcionarle una manta y un gran tazón de té caliente. Era ridículo, Kurt encontró valor para reírse, y el nemet también pareció comprender el humor de la situación, y sonrió diciendo «*Tosa, umanuiifhan*», en un tono que parecía amable.

Tenía las manos libres y bebió el té con tranquilidad. Finalmente, se tumbó en un ángulo en el que no creyó nadie tropezase en la oscuridad. Su mente estaba mucho más calmada, aunque tembló al pensar en lo que podría haberle pasado de no ser por los nemet. Si los tamurlin mencionados por Kta era Hanan, entonces había escapado por poco.

Prefería aceptar cualquier condición impuesta por los nemet antes que caer en manos de Hanan. Y si Kta decía la verdad y los Hanan habían perdido su poder volviendo a la barbarie, entonces estaba a salvo. Ya no había más guerras. Por primera vez no había guerra en su mente.

Sólo una duda le rondaba la mente: porqué había huido del destruido Aeolus una nave estelar Hanan para venir a este mundo de caídos humanos.

No quería pensar en eso. No quería pensar que Kta hubiera podido mentirle, o que la amabilidad de esa gente ocultase engaños. Debía haber otra explicación. Sus esperanzas, sus razones para seguir viviendo insistían en ella.

Los siguientes dos días los empleó en recorrer la nave y examinarla por entero buscando señales de tecnología Hanan, y concluyó que no había ninguna. Era de madera de un extremo al otro, hecha a mano y completamente dependiente del viento y los remos para su propulsión.

Le intrigaba la habilidad que desplegaban esos hombres para manejar el complejo bajel. Bel t'Osanef no podía explicarle nada, ya que sólo conocía un puñado de palabras humanas, pero cuando Kta estaba sobre el puente, Kurt le pretuntaba incesantemente. El capitán nemet aceptó explicárselo cuando finalmente vio que su interés no era fingido, improvisando muchas veces palabras para objetos que habían desaparecido hacía mucho del lenguaje humano. Desarrollaron entre ambos su propia

mezcolanza de hanannechai, siendo el nechai el idioma de Kta.

Y Kta le preguntaba sobre cuestiones humanas, a las que Kurt no siempre podía responder en términos que pudiese comprender Kta. A veces mostraba intriga ante la ciencia humana y a veces asombro, hasta que Kurt empezó a notar la turbación que le causaban sus explicaciones. Entonces decidió que ya había explicado bastante. El nemet estaba sujeto a la tierra, no concebía nada extraterrestre, y eso turbaba su religión. Lo que menos deseaba Kurt era que el nemet sintiera aprensión hacia sus orígenes.

Pasó un tercer día envuelto en tales discusiones, y al amanecer del cuarto, Kta le convocó en cubierta. Tenía la mirada de un hombre con algo definido en la mente. Kurt se acercó con cuidado y efectuó una ligera reverencia.

—¿Hay confianza entre nosotros, Kurt?

—Sí —concedió Kurt, y se preguntó adonde pretendería ir.

—Hoy entraremos en el puerto. No quiero avergonzaros llevándoos encadenado. Pero si os llevo en libertad y atacáis a gente inocente, yo seré responsable de ello. ¿Qué debo hacer, Kurt Morgan?

—No vine para dañar a nadie. ¿Qué me decís de los de vuestro pueblo? ¿Cómo me tratarán? Decídmelo antes de acordar nada.

Kta abrió las manos, en un gesto conciliador.

—¿Creéis que os mentiré en esas cosas?

—¿Cómo puedo saberlo? No sé otra cosa más allá de lo que me habéis contado. Así que decidme con palabras llanas que puedo confiar en vos.

—Soy de Elas —dijo Kta, frunciendo el ceño como si estuviera acostumbrado a que eso bastara, pero cuando Kurt continuó mirándole, añadió—: Kurt, os lo juro bajo la luz del cielo, y esta es una palabra sagrada. Es verdad.

—Muy bien. Entonces haré lo que me digáis y no causaré problemas. ¿Adonde nos dirigimos?

—A Nephane.

—¿Es una ciudad?

Kta frunció el ceño, pensativo.

—Sí, es una ciudad, la ciudad del este. Gobierna desde la embocadura del Tamur hasta el Yvorst Ome, el mar de hielo.

—¿Existe una ciudad del oeste?

El ceño se acentuó.

—Sí, Indresul.

Luego dio media vuelta y se alejó, dejando a Kurt preguntándose qué habría hecho para turbar al nemet.

A mediodía avistaron el puerto. La costa daba paso a una gran bahía, y al fondo

de ella había un gran promontorio rocoso. En la base de este peñón y subiendo por sus laderas, había edificios y murallas, borrosos en la distancia, pero que llegaban a coronar la cima.

—*Bel-ifhan* —llamó Kurt al segundo de Kta, y el oficial de ojos rasgados se detuvo e hizo una reverencia, aunque iba a otro lugar con aparente prisa—. *Bel-ifhan, ¿taen Nephane?*

—*Lus* —concedió Bel, y señaló al promontorio—. *Taen Afen, sthages Methine.*

Kurt miró a la peña que Bel llamaba Afen y no comprendió.

—*Methi* —dijo Bel, y al ver que seguía sin comprender, el joven oficial se encogió de hombros con impotencia—. *Ktas unnehta, ¿ktas, uleh?*

Se alejó. Iban a entrar en la bahía. Bel gritó una orden y los hombres corrieron a sus puestos para arriar la vela. Se extendieron los largos remos y se hundieron a la vez en el agua, moviendo el barco hacia el puerto que ahora era visible al pie de los riscos, donde una playa anidaba contra los farallones.

—Kurt.

Kurt apartó la mirada de la bahía para clavarla en Kta, que se había unido a él en el puente.

—Bel dice que tenéis preguntas.

—Disculpad. Intenté hablar con él. No quería molestaros. No era tan importante.

El nemet hizo un gesto con la mano quitándole importancia.

—No entraña dificultades. Bel se las arregla solo. Yo no soy necesario. ¿Qué os parece Nephane?

—Hermosa —dijo Kurt, y lo era—. Esos edificios en la cumbre... Bel lo llamó el Afen.

—Fortaleza. La fortaleza de Nephane.

—¿Una fortaleza contra qué enemigo? ¿Los humanos?

La leve sombra de un ceño volvió a insinuarse entre los separados ojos de Kta.

—Me sorprendéis. No sois tamurlin. Vuestra nave fue destruida, vuestros amigos han muerto. ¿Qué queréis de nosotros?

—No lo sé. Estoy perdido. He confiado en vos. Y si no puedo confiar en la palabra que me habéis dado, no sé nada.

—No miento, Kurt Morgan. Pero os esforzáis en no contestar a mis preguntas. ¿Por qué vinisteis a nosotros?

En los muelles se apiñaba una multitud, vestida con colores alegres formando un caleidoscopio bajo la luz del sol. Los remos tronaron al ser recogidos cuando la nave entró en el muelle, haciendo que toda conversación fuera imposible durante un momento. Pan estaba junto al cable de amarre, preparado para lanzarlo a los hombres del muelle.

—¿Por qué pensáis que conocía el camino a este mundo?

—Los otros lo conocían.

—Los... ¿otros?

—Los *nuevos* humanos. Los...

La voz de Kta se apagó, pues Kurt retrocedió alejándose de él. El nemet pareció asustarse, abrió los brazos para calmarle.

—Kurt-protestó. —Espera... No. Tomaremos...

Kurt le pilló por sorpresa, lanzó el puño contra la mandíbula del nemet y saltó por encima de la baranda, en el momento que la nave volvía a estremecerse chocando contra el muelle.

Golpeó el agua y el agua se le metió en la nariz por el impacto y cuando algo, el casco de la nave, volvió a golpearlo.

Entonces consiguió obligarse a no luchar y se dejó llevar, envuelto en el oscuro verdor del mar, una oscuridad fugaz y acogedora. Le resultaba difícil moverse contra el peso del agua. Un momento después, visión y consciencia desaparecieron al unísono.

Estaba forcejeando. Boqueó en busca de aire y tosió echando agua, mezclándola en su garganta con el aire. Hizo un segundo intento y consiguió respirar volviendo a toser y expulsando el agua que tenía en el estómago, retorciéndose sobre las piedras que sentía bajo su vientre, mientras se le deshacían las entrañas. Alguien le levantó y le abofeteó la cara cuando consiguió volver a respirar, apartándole la cara de las piedras.

Estaba tumbado en el puerto, en medio de una gran multitud de nemets. Kta le sostenía e imploraba con palabras que no pudo comprender, mientras Bel y Val se inclinaban mirando por encima del hombro de Kta. Kta y los demás hombres estaban empapados, y supo que debieron saltar tras él.

—Kta —intentó protestar, pero su dolorida garganta sólo consiguió emitir un susurro sin voz.

—No sabías nadar —le acusó Kta—. Casi os ahogáis. ¿Deseabais esto? ¿Intentabais mataros?

—Mentisteis —susurro Kurt, intentando gritar.

—No —insistió enérgicamente, pero sus ojos parecían evidenciar comprensión—. No creo que seáis enemigo nuestro.

—Ayudadme —le imploró Kurt, pero Kta apartó ligeramente el rostro en ese gesto que implica negación y luego hizo un gesto a Val.

Con la ayuda del enorme marino, consiguieron llevarle hasta una litera improvisada con maderos, aunque Kurt intentó protestar.

Estaba todavía bajo los efectos del *Shock*, aterido y temblando tanto que apenas pudo evitar el encogerse. Kta le dejó poco después de esto y unos extraños se hicieron cargo de él.

El viaje por las empedradas calles de Nephane fue una pesadilla; las caras se amontonaban para mirarle de cerca y el temblequeo de la litera le redoblaba el mareo. Atravesaron unas enormes puertas y entraron en el Afen, la Fortaleza, en antesalas de triangulares bóvedas y escasa iluminación, atravesando salones y acabando en una celda sin ventanas.

Aquí se habría contentado con vivir o morir solo, pero hicieron que se incorporara y le despojaron de las mojadas ropas, y le metieron en una cama limpia envolviéndole en mantas.

Una vez le abandonaron las náuseas sintió una inmovilidad que duró varias horas. Fue consciente de que había alguien al otro lado de la puerta, alguien que no se movió en todo el transcurrir de las largas horas.

Finalmente, los guardias le llevaron ropas y le ayudaron a vestirse, y pensó que ya debía ser el día siguiente. La ropa le era extraña a su piel, y lo notó, perdiendo la poca dignidad que le quedaba. Sobre ella se puso la pel una túnica de mangas largas que le envolvía para cerrarse al frente siendo sujeta por un ancho cinturón. Ni siquiera se le permitió atarse las sandalias, sino que los guardias se encargaron de ella, entregándole, una vez terminaron, una tacita de *telise*, que evidentemente consideraban adecuado para todos los males del cuerpo.

Entonces, tal y como había temido, le llevaron con ellos hacia las antesalas en forma de A de la parte superior del Afen. No les causó problema alguno. No necesitaba más enemigos en Nephane de los que ya tenía.



## II

En la tercera planta había una gran antesala. Sus muros eran de la misma piedra irregular que el resto del edificio, pero había alfombras en el suelo y tapices en las paredes. Los guardias hicieron que continuara solo, encaminándole hacia la siguiente puerta.

La habitación que había al otro lado del umbral pertenecía a su propio mundo: metal y tejidos sintéticos y luz blanca. El mobiliario era de color negro y de cristal, las paredes eran de plata. Sólo desentonaban el armario a su izquierda y la puerta a su espalda: eran de madera tallada con elaboradas figuras de dragones y peces.

La puerta se desplazó lentamente, dejándole encerrado.

Una maquinaria zumbó y miró a su izquierda. Había entrado una mujer vistiendo ropa nemet. Su vestido era dorado, le tapaba hasta el cuello y los bordes llegaban al suelo. El pelo ligeramente rizado era de color ámbar. Era humana.

Hanan.

Le trató con más respeto que los nemet, guardando las distancias. Sabía lo que pensaba él, igual que él sabía lo que pensaba ella, Kurt no hizo ningún movimiento en su contra; no haría ninguno hasta estar seguro de lo que le esperaba.

—Buenos días, señor Morgan, teniente Morgan. —Tenía un disco en su mano y dejaba que se deslizara por su cadena, Kurt, de pronto, lo hecho de menos—. Kurt Liam Morgan. De Pylan.

—¿Os importa devolvérmelo?

Era su chapa de identificación. La había llevado desde el día en que nació y le resultaba enervante que estuviera en sus manos, como si allí estuviera atrapada una parte de su vida. Ella lo pensó un momento, luego se lo arrojó. El lo cogió.

—Tenemos un nombre —dijo ella, lo cual era de conocimiento común—. Soy Djan. Mi número... no lo recordaríais. ¿Dónde están los vuestros, Kurt Morgan?

—Muertos. He dicho la verdad desde un principio. No hubo más supervivientes.

—¿De verdad?

—Estoy solo —insistió, asustado; sabía hasta dónde podían llegar para obtener una información de la que carecía—. Nuestra nave fue destruida en combate. La cápsula vital de Comunicaciones fue la única que consiguió salvarse de ambos bandos, tanto del vuestro como del nuestro.

—¿Cómo llegasteis aquí?

—Exploración al azar.

Los labios de ella temblaron. Sus ojos se clavaron en él con fría furia.

—No es cierto. Vuelve a intentarlo.

—Nos encontramos con una de vuestras naves —dijo, y su boca se secó de repente; empezó a preguntarse cómo podía saber ella que era mentira, y que

seguramente conocía toda la verdad desde un principio. Resultaba muy fácil ceder, esperando contra toda esperanza que esos aeólidas dispusieran de él sin vengarse—. Aeolus es vuestro mundo de origen, ¿verdad?

—Detalles —dijo.

Había palidez en su rostro, pero el control de su voz era impecable. Le respetaba. Los Hanan eran fríos, pero se necesitaba algo más que frialdad para recibir con tanta calma una noticia semejante. Lo sabía. Pylos también era un mundo muerto. Recordaba a Aeolus flotando en el espacio, el brillo de los fuegos manchando su superficie. Hasta un enemigo tiene que sentir algo ante esto, la muerte de todo un mundo.

—Dos IST de la Alianza entraron en zona aeólida con treinta incursores. Pertenecíamos a esa fuerza de ataque. Una de vuestras naves de profundidad entró en el sistema después del ataque, y salió de inmediato al darse cuenta de la situación. Estábamos cerca, les vimos, les rastreamos y nos trajeron aquí. Luchamos. Registrasteis eso, ¿verdad? Sabréis que no hubo supervivientes.

—Continuad.

—Eso es todo. Nos aniquilamos mutuamente. Nosotros recibimos la primera andanada y el puesto donde yo estaba se encapsuló. Es todo lo que sé. No tomé parte en el combate. Busqué otras cápsulas, pero no había ninguna. Sabéis que no se salvó ninguna más.

En la mano de la mujer se ocultaba un objeto, Kurt tuvo un atisbo de él cuando la mano de ella rozó los múltiples dobleces del vestido. Vio cómo cerraba los dedos y luego los relajaba. Casi decidió atacar en ese momento, pero era una Hanan y, por tanto, adiestrada desde su infancia; sus reflejos debían ser instantáneos, y puede que el arma estuviese graduada sólo para atontar. Esa posibilidad era más disuasoria que un final rápido.

—Sé que no hubo más naves —dijo ella—. Su tono de voz era calmado y burlón. —Bienvenido a mi mundo, Kurt Morgan. Parece que somos huérfanos de la humanidad en este limbo situado en ninguna parte. Sólo tenemos la compañía de los tamurlin, y hace mucho que dejaron de ser humanos.

—¿Estáis sola?

—Señor Morgan. Si algo me sucediese por vuestra culpa, he dado órdenes a los nemet para que os arrojen a las costas de Tamur tan desnudo como vinisteis al mundo. Los otros humanos de este mundo sabrán tratarte de un modo que sólo se le ocurriría a un humano.

—No soy ninguna amenaza. —La esperanza le despojaba de vergüenza—. Dadme la posibilidad de marchar y nunca volveréis a verme.

—A no ser que seáis avanzadilla de otros.

—No hay nadie más —insistió.

—¿Qué seguridad tengo de que sea cierto?

—Estábamos solos. Vinimos solos. No hay modo alguno de que puedan rastrearnos. No había naves lo bastante cerca y dimos el salto a ciegas, sin coordenadas.

—Bueno —dijo ella, y hasta pareció aceptar lo que le decía—. Entonces será una larga espera. Aeolus colonizó este mundo hace trescientos años. Pero la guerra... la guerra hizo que se perdieran los registros. La nave de suministros no volvió nunca. Descubrimos este mundo en archivos que tenían siglos de antigüedad y vinimos a reclamarlo. Pero parece ser que actuasteis sobre Aeolus de una forma definitiva. Nuestra nave ha desaparecido; debió ser la que debisteis destruir. Vuestra nave ha desaparecido, y decís que no pueden localizaros; Aeolus y sus registros ahora no son más que cenizas y hace un centenar de años que se interrumpió la exploración de esta zona. ¿Cuál creéis que son las posibilidades de que alguien pase casualmente por aquí?

—Entonces no hay guerra posible. Dejadme marchar.

—Si lo hago así —dijo—, quizá encontréis ahí fuera la muerte; este mundo tiene sus peligros. O puede que volviérais. Algún día volveríais y yo jamás sabría cuándo lo haríais. Tendría que temeros el resto de mi vida. Perdería la tranquilidad.

—No volvería.

—Sí que lo haríais. Hace ya seis meses que murieron mis compañeros. El reflejo de mi cara en un espejo empieza a parecerme extraño tras todo este tiempo; empiezo a temer los espejos, pero sigo mirándome en ellos. Quizá cuando pasen unos años desee otro rostro humano al que mirar. También tú querrás hacerlo.

Ella seguía sin levantar el arma que él no sabía si tenía. No parecía querer utilizarla. La esperanza le humedeció las manos, e hizo que el sudor fluyera por su cuerpo. Ella sabía que no tenía otra opción. Estaría loca si no la aceptaba. Aún así, seguía titubeando, con la tensión reflejándose en su rostro.

—Ha venido Kta t'Elas —dijo— y ha suplicado vuestra libertad. Le contesté que no erais de confianza.

—Os juro que no tengo ambiciones, más allá del seguir con vida. Iré con él, aceptaré cualquier condición, cualquier norma que me impongáis.

Ella movió casualmente las manos, agarrando el arma con sus delgados dedos.

—Supongamos que te hago caso.

—No causaría problemas.

—Espero que recordéis eso cuando os sintáis más a gusto. Recordad que vinisteis con nada, sin siquiera las ropas con que os cubrís la espalda y que me suplicasteis *cualquier* condición que quisiera imponeros. —Le miró un momento, con serenidad, sin moverse—. Debo estar loca, pero me reservo el derecho a cobrarme este favor algún día, de cualquier manera y del modo en que yo decida. Toleraré vuestra

presencia aquí. Estaréis a prueba. Iréis con Kta t'Elas, y estaréis bajo su custodia durante dos semanas. Luego volveré a haceros llamar y revisaremos la situación.

Lo consideró una despedida. Las rodillas le temblaban de alivio y se veía asaltado por nuevas dudas. Estando sola y frente a un enemigo, ella había hecho algo completamente irracional. No era la forma en que se comportaban los Hanan, y empezó a sospechar algún subterfugio, alguna trampa.

O puede que la soledad también tuviera su efecto en los Hanan, erosionando hasta el instinto de supervivencia. Y eso resultaba ser igualmente turbador.

### III

A juzgar por el tamaño de la casa y su proximidad al Afen, Kta era alguien importante. Desde el exterior, la casa de Elas era un cubo sin rasgo alguno, con el umbral de A apuntando directamente al camino. Tenía una altura de dos pisos, y se extendía hacia atrás sobre la roca en que se asentaba Nephane.

Los guardias que le escoltaban hicieron sonar una campana que pendía ante la puerta, y pocos momentos después la puerta fue abierta por un nemet de escaso pelo blanco y que vestía de negro.

Hubo un rápido intercambio de palabras, en el que Kurt captó varias veces los nombres de Kta y Djanmethi. La conversación concluyó con una reverencia del anciano, llevándose las manos a los labios, y aceptando a Kurt al interior de la casa. Los guardias hicieron una reverencia a su vez, y a continuación salieron. El anciano cerró lentamente la doble puerta y a continuación la atrancó.

—Hef —se identificó con un gesto—. Ven.

Lámparas de bronce iluminaban el camino a las profundidades de la casa, atravesando una antesala en penumbras que se bifurcaba hacia arriba y hacia abajo en forma de Y tras pasar una arcada triangular. Escaleras a izquierda y a derecha conducían a un balcón y a otras habitaciones. Tomaron por el pasillo de la derecha del piso en que estaban. La pared de la izquierda daba paso a una especie de salón central situado en el arco de unión de la Y. A la derecha había una puerta cerrada. Hef llamó con los dedos.

Kta respondió a la llamada, el asombro asomó a sus oscuros ojos. Prestó atención a las rápidas palabras de Hef, que le serenaron rápidamente. Luego abrió del todo la puerta y pidió a Kurt que entrara.

Kurt entró vacilante, desorientado tanto por el agotamiento como por la extraña geometría del lugar. Esta vez Kta le concedió el honor de ofrecerle un asiento, aún más bajo de lo que Kurt consideraría natural. Las alfombras que había bajo sus pies eran abundantes en dibujos de formas geométricas, el mobiliario estaba fantásticamente tallado y hasta la cama estaba rodeada por cortinajes bordados.

Kta se sentó frente a él y se recostó. En la intimidad de sus habitaciones sólo vestía sandalias y un Kilt. Era un hombre de constitución robusta, con piel dorada que brillaba como la estatua de algún dios de la antigüedad devuelto a la vida, e irradiaba el poder que da la riqueza, algo que no había sido aparente en el barco. Kurt se descubrió temeroso del hombre, y se dio cuenta repentinamente que «amigo» quizá no fuese la palabra adecuada entre un rico capitán nemet y un refugiado humano que llegaba a su puerta como un indigente.

Quizá ni siquiera la palabra «invitado» fuera la adecuada, pensó incómodo.

—Kurt-ifhan —dijo Kta—. La Methi os ha puesto en mis manos.

—Agradezco que hayáis hablado en mi favor.

—Era necesario. El honor exige que Elas se ponga a tu disposición. Comprended que si no os portáis correctamente, el castigo caerá sobre mí. Si huís, perderé mi libertad. Os lo digo para que lo sepáis. Actuad como consideréis oportuno.

—Aceptáis una gran responsabilidad sin saber nada de mí —objetó Kurt.

—Hice un juramento —repuso Kta—. No sabía entonces que un juramento es un error. Juré protegeros. El honor de Elas exigía que intercediera por vos. Era necesario.

—Su gente y la mía llevan más de doscientos años en guerra. Os arriesgáis mucho, más de lo que suponéis. No quiero causaros problemas.

—Seré vuestro anfitrión durante catorce días —dijo Kta—. Os agradezco que habléis con franqueza, pero aquel que entra en el hogar de los Elas nunca volverá a ser un extraño ante mi puerta. Venid en paz y sed bienvenido. Honrad nuestras costumbres y Elas las compartirá con vos.

—Soy vuestro invitado —dijo Kurt—, haré todo lo que me pidáis.

Kta unió la yema de los dedos e inclinó la cabeza. Luego se levantó y golpeó un gong que pendía junto a su puerta, produciendo una nota profunda y grave que le acarició la mente como un susurro.

—Llamo a mi familia al *rhmei* —el corazón— de Elas. Por favor. —Se tocó los labios con los dedos e hizo una reverencia—. Esto es cortesía, reverencia. El, sé que los humanos se tocan para mostrar amistad. No debéis hacerlo aquí. Es un insulto, especialmente ante las mujeres. Se derrama sangre por insultar a las mujeres de una casa. Bajad los ojos ante un extraño. No extendáis la mano hacia un hombre. De este modo no ofenderéis a nadie.

Kurt asintió, pero sintió miedo, miedo de los nemets, de encontrar alguna oscura faceta en su amable y cultivada naturaleza... o de ser rechazado como un salvaje. Eso sería lo peor de todo.

Siguió a Kta hasta la gran sala enmarcada por la bifurcación de la antesala de la entrada. Se sostenía sobre columnas de pulimentado mármol negro. Sus paredes y suelo reflejaban el fuego que ardía en un cuenco de bronce sostenido por un trípode situado en el vértice superior del triangular vestíbulo.

En la pared de la base había dos sillas de madera, y una mujer se sentaba en la de la izquierda. Tenía los pies sobre una estera de lana blanca y había otras dispersas a sus pies como si fueran nubes. En la silla de la derecha había un anciano, y una chica se sentaba sobre una de las estereras de lana. Hef estaba junto al fuego, con una joven a su lado.

Kta se arrodilló en la estera cercana a los pies de la dama y habló rápida y fervorosamente, mientras Kurt continuaba incómodamente de pie sabiendo que era el tema de la conversación. Su corazón latía más rápido cuando el hombre se levantó y le dirigió una prohibida mirada.

—Kurt-ifhan —dijo Kta, mientras se ponía en pie—. Os traigo ante mi muy honrado padre, Nym t'Elas u Lhai, y mi madre la dama Ptas t'Ley e Met sh'Nym.

Kurt hizo una gran reverencia, y los padres de Kta respondieron relajando algo su actitud hacia él. La joven a los pies de Nym también se levantó e hizo reverencia.

—Mi hermana Aimu —dijo Kta—. Y también os presento a Hef y su hija Mim, que honran a Elas estando a su servicio, It a, *Hef-nechn s'mim-lechn, imimen, Hau*.

Los dos avanzaron e hicieron otra reverencia. Kurt respondió, sin saber si debía inclinarse ante los sirvientes, pero igualó su servidumbre a la de ellos.

—Hef —dijo Kta—, es el Amigo de Elas. Su familia nos sirve desde hace trescientos años. Mim-lechan habla lenguaje humano. Te ayudará.

Mim le dirigió una mirada. Era una mujer pequeña, de cintura estrecha. Tan educadamente estirada como atractivamente femenina dentro del ajustado corpiño. Sus ojos eran grandes y oscuros, antes de que le dedicara una rápida mirada e inclinara la cabeza ocultándolos.

La mirada que le dedicó era una de odio, llena de violencia.

El se le quedó mirando, impresionado, hasta que recordó y mostró que le guardaba cortesía mirando hacia abajo.

—Me siento muy honrada —dijo Mim fríamente, como si recitara—, de poder ayudar al invitado de mi señor Kta. Mi muy honrado padre y yo procuraremos que os sintáis cómodo.

Los cuartos para invitados estaban arriba, encima de lo que, según Mim explicó, eran las habitaciones de Nym, con la implicación de que Nym esperaba silencio de él. Era un apartamento espléndido, tan elegante en todos sus detalles como el de Kta, con un baño anexo de brillantes azulejos, un horno de madera para calentar el agua, recipientes de bronce para el baño y un juego de té. Había una bañera redonda para bañarse, y una hilera de telas y lienzos blancos aromatizados con hierbas.

La cama de la triangular habitación principal era un gran colchón de plumas cubierto por delicadas sábanas onduladas y las pieles mas suaves, situada bajo una soleada ventana de nebuloso cristal esmerilado. Kurt miró la cama con ansiedad, pues las piernas le temblaban y los ojos le ardían por la fatiga, y no había un músculo de su cuerpo que no le doliera, pero Mim se movía de un lado a otro con montones de telas y ropas e insistía cruelmente en deshacer la cama y rehacerla, moviendo y sacudiendo el gran cobertor marrón. Y luego, cuando estuvo seguro de que ya había terminado, empezó a limpiarlo todo.

Kurt estaba a punto de quedarse dormido en la silla de la esquina cuando Kta apareció en medio de todo esto. El nemet supervisó todo lo que se había hecho y le dijo algo a Hef, el cual le prestó atención.

El viejo sirviente pareció incomodarse, luego hizo una reverencia y movió una

pequeña lámpara de bronce de un nicho triangular de la pared oeste, moviéndolo con gran cuidado.

—Es algo religioso —explico Kta, pese a que Kurt no se aventuró a preguntarle—. No toquéis esas cosas, por favor, y tampoco *phusmeha*, el cuenco del fuego del *rhmei*. Vuestra presencia es una alteración. Os suplico vuestro respeto en estos asuntos.

—Es porque soy forastero —preguntó Kurt, irritado por la actitud de Mim—, ¿o porque soy humano?

—No tenéis raíces en esta tierra. He pedido que sacaran el *phusa* no porque no desee que Elas vea por vos, sino porque quiero ahorraros problemas por ofender a los Ancestros de Elas. He consultado con mi padre en este asunto. Los ojos de Elas permanecerán cerrados en esta habitación. Creo que es lo mejor. Que no sea una ofensa.

Kurt hizo una reverencia, satisfecho por la turbación que evidenciaba Kta.

—¿Honráis a vuestros antepasados? —preguntó Kta.

—No os comprendo —dijo Kurt, y Kta mostró preocupación como si se hubieran confirmado sus temores.

—No importa —dijo—. Lo intentaré. Puede que los Ancestros de Elas acepten oraciones en nombre de vuestra distante casa. ¿Aún viven vuestros padres?

—No tengo pariente alguno —dijo Kurt, y el nemet murmuró una palabra que sonaba a lamentación.

—Entonces —dijo Kta—, os pido que me deis vuestro nombre completo, el nombre de vuestra casa y el de vuestro padre y vuestra madre.

Kurt se los dio, para tener paz, y el nemet repitió muchas veces los largos y extraños nombres, decidido a pronunciarles correctamente. Kta se horrorizó al principio al creer que sus padres compartirían un nombre de casa común, y Kurt enfurecido, casi llorando, explicó las costumbres humanas del matrimonio, pues estaba exhausto y este interrogatorio prolongaba su sufrimiento.

—Se lo explicaré a los Ancestros —dijo Kta—. No temáis. Elas es una casa paciente con los forasteros y las costumbres forasteras.

Kurt inclinó la cabeza, para no continuar la conversación. Se le toleraba por Kta, era una cuestión del honor de Kta.

Tenía frío cuando Kta y Mim le dejaron solo, y se arrastró entre las frías sábanas, incapaz de dejar de temblar.

Era el único de su especie, a excepción de Djan, que le odiaba.

Y entre los nemet ni siquiera era odiado. Era una inconveniencia.

Hef le llevó comida bastante avanzada la tarde; Kurt sacó sus doloridas piernas de la cama y se vistió del todo, algo que no le apetecía hacer, pero estaba decidido a no



hacer nada que disminuyera su estima ante los ojos de los nemet.

Luego llegó Kta para compartir la cena en su habitación.

—Es costumbre que se cene en el *rhmei*, con todos los de Elas reunidos —explicó Kta—. Pero os enseñaré aquí. No quiero que ofendáis a mi familia. Antes aprenderé modales.

Kurt tuvo bastante.

—Tengo modales propios —gritó—, y lamento contaminar vuestra casa. Devolvedme al Afen, a Djan. Aún no es demasiado tarde.

Y le dio la espalda a la comida y a Kta y caminó por el lugar hasta detenerse junto a la oscura ventana. Se le ocurrió que enviarle a Elas había sido una crueldad muy sutil por parte de Djan; debió pensar que volvería ante ella con el orgullo herido.

—No pretendía insultaros —protestó Kta.

Kurt le devolvió la mirada, clavando sus ojos en los oscuros y extraños ojos con más franqueza de la que Kta le había permitido nunca. El rostro del nemet mostraba desolación.

—Kurt-ifhan —dijo Kta—. No deseo causaros vergüenza alguna. Deseo ayudaros, no poneros en evidencia ante los ojos de mi padre y mi madre. Estoy protegiendo vuestra dignidad.

Kurt inclinó la cabeza y volvió, no muy contento. Tenía a Djan en la mente y no pensaba correr hacia ella en busca de refugio, cediendo aquello por lo que había suplicado tan abyectamente. Y quizá ella también pretendía enseñarle a la casa de Elas cuál era su sitio, pensando que suplicaría que se les descargase de la carga que habían pedido. Cedió. Había cosas peores que sentarse en el suelo como un niño y dejar que kta moldeara sus desentrenados dedos alrededor de los extraños cubiertos.

Pronto supo porqué Kta no le permitía bajar abajo. Apenas podía llevarse la comida a la boca, y con lo hambriento que estaba, tenía que resistir el impulso de coger la comida con las manos prescindiendo de los extraños utensilios. Beber sólo con la mano izquierda, comer con la derecha, coger con la izquierda, nunca con la derecha. El cuenco se levanta casi hasta los labios, pero no debe tocarlos. Se le caían los bocados de la delgada brocheta y el cucharón casi plano. El cuchillo sólo podía usarse con la zurda.

Kta mostró un cauteloso tacto tras el estallido, pero fue relajándose a medida que Kurt recuperaba su sentido del humor. Hablaron entre instrucciones y accidentes y continuaron mientras tomaban el té. Kta preguntaba a veces sobre las costumbres humanas, pero manteniendo siempre la actitud de que si bien eran posibles otras opiniones y costumbres, éstas no lo eran bajo el techo de los Elas.

—¿Qué haríais de estar entre humanos? —se atrevió Kurt a preguntarle por fin.

Kta la miró como si la idea le horrorizara, pero lo disimuló bajando la mirada.

—No lo sé. Sólo conozco a los Tamurlin.

¿Acaso no... —llevaba mucho tiempo intentando conducir la conversación hacia esta pregunta— no vino Djan-methi con otros?

La mirada asustada continuó presente.

—Sí. La mayoría se marchó. Djan-methi mató a los demás.

Cambió rápidamente de tema y dio la impresión de haber preferido no poder responder a la pregunta, aunque la había contestado correcta y deliberadamente.

Hablaron de cosas poco importantes hasta bien avanzada la noche, tomando muchas tazas de té y algunas de *telise*, hasta que no hubo sonidos de gente en el resto de Elas y debieron bajar la voz. La luz era excesivamente escasa, y el aire estaba cargado con el olor del aceite de las lámparas. El *telise* hacía que todo fuera cálido y acogedor. La tardía hora vestía las cosas de irrealidad.

Kurt aprendió cosas, casi todas ellas simples cotilleos familiares, pues lo único que ambos tenían en común de todo Nephane eran Djan y Elas, y Kta, momentáneamente liberado de tener que decir la verdad, pareció recordar que había peligro en ella. Así que hablaron de Elas.

Nym tenía en la casa la autoridad de señor de Elas; Kta apenas tenía alguna, aunque sobrepasaba los treinta años (pero apenas los aparentaba) y capitaneaba una nave de guerra. Kta seguiría bajo la autoridad de Nym mientras Nym viviese; el varón con más años era el señor de la casa. Si Kta se casaba, debía traer a su esposa a vivir bajo el techo de su padre. La chica se convertiría en parte de Elas, y obedecería al padre y la madre de Kta como si hubiera nacido en la casa. Aimu se marcharía pronto de la casa, al estar comprometida con el teniente de Kta, Bel t'Osanef. Kta, Bel y Aimu eran amigos desde niños.

Kta no poseía nada. Nym controlaba las riquezas de la familia y decidiría cómo y cuándo y con quién se desposarían sus dos hijos, ya que los matrimonios determinaban las herencias. Las propiedades pasaban de padre a hijo sin ser divididas, y el mayor asumía la responsabilidad que los padres tenían hacia los hermanos menores y los primos y las mujeres solteras de la casa. La tradición determinaba que un patriarca como Nym tuviera siempre las habitaciones a la derecha de la entrada, y Kta explicó que era así desde épocas más violentas, cuando un hombre debía dormir en el umbral de su casa para defender el hogar de un ataque. Los hijos ya adultos ocupaban los pisos inferiores por la misma razón. El cuarto donde habían hospedado a Kurt había pertenecido a Kta cuando fue niño.

Y la matriarca, en este caso Ptas madre de Kta, aunque hasta hacía poco lo había sido la abuela paterna, tiene sus habitaciones detrás de la pared de la base del *rhmei*. Era guardián de los asuntos religiosos de la casa. Atendía el fuego sagrado de la *phusmeha*, supervisaba el control de la casa y era la segunda en autoridad después del patriarca.

Kta explicó que había varios grados muy complejos de obediencia y respeto. Era

una enorme falta de respeto que un hijo adulto se presentara ante su madre sin arrodillarse, pero cuando era un niño no se castigaba esa falta de deferencia. En cambio era al revés entre padre e hijo: un niño se arrodillaba ante su padre hasta la pubertad, y luego, al llegar a la edad adulta, debía inclinarse como lo hacen los casi iguales. Y la obediencia variada en diversos grados a medida que se era el segundo hijo, tercer hijo, y demás. Sin embargo, una hija era tratada como un invitado, una visita que la casa perdería algún día ante un marido; le debía a sus padres sólo la obediencia correspondiente a un segundo hijo, y mostraba ante sus hermanos la misma formalidad y modestia que debía usarse con los extraños.

Pero de Hef y Mim, que servían a Elas, sólo se requería la obediencia de los iguales, aunque tuvieran por costumbre mostrar más deferencia en las ocasiones formales.

—¿Y qué hay de mí? —preguntó Kurt, temiendo hacerlo—. ¿Qué debo hacer yo? Kta frunció el ceño.

—Sois un invitado, mío; debéis ser mi igual. Pero resulta adecuado que a veces un hombre muestre más respeto del necesario —añadió nerviosamente—. Es algo que no daña la dignidad, y a veces la aumenta. Mostrad educación con todos. No... avergocéis a Elas. La gente os observará pensando que ve un *Tamuru* con ropa *nemet*. Debéis probar que no es tal caso.

—Kta —preguntó Kurt—, ¿soy un hombre... para los *nemet*?

Kta apretó los labios y miró como si deseara de todo corazón que no se hubiera formulado la pregunta.

—Entonces, no lo soy —concluyó Kurt, y la desolación del rostro de Kta le robó hasta la ira.

—Aún no lo he decidido. Algunos... dirían que no. Es una cuestión religiosa. Debo pensarla, pero os tengo afecto, Kurt, aunque *seáis* humano.

—Sois muy bueno conmigo.

El silencio flotó entre ellos. En la dormida casa no se oía sonido alguno. Kta le miró con una franqueza y una piedad que le incomodaron.

—Os damos miedo —observó Kta.

—¿Os nombró Djan mi guardián sólo porque se lo pedisteis o porque confía en vos de alguna forma especial... para que me vigiléis?

La cabeza de Kta se levantó ligeramente.

Elas es leal a la Methi, pero sois nuestro invitado.

¿Abundan los *nemet* que sepan hablar una lengua humana? Habláis con fluidez, Kta. Mim también. Vuestra... presteza a aceptar un humano en vuestra casa... ¿es muy distinta a los sentimientos de los demás *nemet*?

—Serví de intérprete para los *umani* cuando llegaron por primera vez a Nephane. Antes de eso, lo aprendí de Mim, y Mim lo aprendió porque fue prisionera de los

tamurlin ¿Qué maldad sospecháis? ¿Cuál es el conflicto que tenéis con Djan-methi?

—Somos de naciones diferentes que libran una vieja, vieja, guerra. No os mezcléis en ella, Kta, si es que estáis en esto por ayudarme. Si amenazo la paz de vuestro hogar, o vuestra seguridad, decídmelo. Me iré. Lo digo de veras.

—Eso es imposible —dijo Kta—. No. Elas jamás ha echado a un invitado.

—Elas jamás acogió a un humano.

—No —concedió Kta—. Pero, cuando vivían, nuestros Ancestros eran hombres temerarios. Tal es el carácter de Elas. Los Ancestros nos guían en tales elecciones, y Nephane y la Methi no pueden sorprenderse mucho por lo que hagamos.

\* \* \*

La vida de los nemet era monótonamente tranquila. Kurt soportó algo más de cuatro días de silenciosas habitaciones en penumbra y de apagadas voces y de reverencias interminables y de no tocar objetos intocables y personas intocables antes de notar que empezaba a perder la cordura.

Aquel día subió a la planta superior y se encerró en su cuarto, pese a las súplicas de Kta para que explicara su comportamiento. Derramó unas lágrimas en la intimidad de su habitación, y corrió las cortinas de la ventana para no tener que ver ese mundo alienígena. Se sentó en la oscuridad hasta que llegó la noche y luego bajó en silencio hasta el piso de abajo y se sentó en el desierto *rhmei* intentando hacer las paces con la casa.

Apareció Mim. Se quedó inmóvil observándole en silencio, retorciendo nerviosamente las manos ante ella.

Se acercó hasta las sillas con pasos silenciosos y cogió una de las esterillas, llevándola hasta el lugar donde él continuaba sentado sobre la fría piedra. La extendió a su lado, y permitió que sus miradas se cruzaran al levantarse. Los ojos de Mim eran interrogadores, llenos de preocupación y hasta miedo.

El aceptó la tregua que le ofrecían y se situó sobre la bienvenida suavidad de la esterilla.

Ella hizo una gran reverencia y luego salió, apagando todas las luces una por una mientras salía, a excepción del *phusmeha*, que debía arder toda la noche.

Kta también se acercó a él, pero sólo para ver si estaba bien. A continuación se marchó, y dejó abierta toda la noche la puerta de su cuarto.

Kurt se levantó por la mañana y se detuvo ante la puerta de Kta para disculparse. El nemet estaba despierto y algo preocupado, pero Kurt no encontró las palabras adecuadas para explicar su comportamiento. Se limitó a hacer una respetuosa reverencia al nemet y Kta hizo lo propio, y subió a su habitación a prepararse para el desayuno con la familia.

Gentil Kta. De hablar suave, rara vez furioso, alcanzaba una altura de más de 1,80 de altura y tenía un imponente físico; pero no quedaba claro si Kta había prescindido alguna vez de su dignidad para usar la fuerza sobre alguien. Le resultaba cada vez más sorprendente que este hombre enormemente orgulloso saltara desde un barco ante toda la ciudad de Nephane para salvar a un humano que se ahogaba, o que se arrodillara en los muelles y le ayudara a recuperarse. Nada parecía preocupar a Kta durante mucho tiempo. Combatía la frustración retirándose a meditar sobre el problema hasta que recuperaba lo que él *llamaba, yhia, o* equilibrio, una filosofía que parecía ser útil hasta para tratar con humanos.

Kta también tocaba el *aos*, una pequeña arpa de cuerdas metálicas, y cantaba con una voz que no era desagradable, y que complacía especialmente a la dama Ptas en apacibles veladas, a veces con canciones alegres que llevaban la risa al *rhmei*, a veces con otras muy largas, interrumpidas con copas de *telise* para que descansara la voz de Kta, canciones que escuchaba toda la casa en silencio, melodías melancólicas y hechizadoras de notas disonantes.

—¿Sobre qué cantáis? —preguntó después Kurt.

Estaban sentados en el cuarto de Kta, compartiendo una taza de té. Tenían el hábito de sentarse y hablar hasta entrada la noche. Ya era casi la última. Las dos semanas estaban a punto de transcurrir. Esta noche quería conocer a los *nemet*, por no estar muy seguro de llegar a tener otra oportunidad. Todo había sido hermoso en el *rhmei*, las notas del *aos*, la sobria dignidad de Nym, el rostro extasiado de la dama Ptas, Aimu y Mim haciendo punto, Hef sentado a un lado, escuchando con ojos soñadores.

La calma de Elas se le había metido esa noche en los huesos, en un momento inmóvil y fugaz que detenía al mundo entero. Hasta ahora se había revelado contra él. Esta noche, escuchaba.

—La canción no os diría nada —dijo Kta—. No puedo cantarla con palabras humanas.

—Intentadlo —dijo Kurt.

El *nemet* se encogió de hombros, forzó una sonrisa, cogió el *aos* y pasó los dedos sobre las sensibles cuerdas, volviendo a tocar la misma melodía. Por un momento pareció perdido, pero la melodía creció sola, rehaciéndose asimismo en toda su complejidad.

—Es el principio de todos nosotros —dijo Kta, y habló en voz baja, sin mirar a Kurt, moviendo los dedos sobre las cuerdas como un soplo de viento, como si lo necesitara su pensamiento.

—Y en el principio sólo había agua. Del mar surgieron los nueve espíritus de los elementos, y los más importantes eran Ygr el terráqueo e Ib el celestial. De Ygr y de Ib acaecieron un millar de años de asedios y caos y guerras entre elementos, hasta

que Las, que era la luz, y Mur, que era la oscuridad, persuadieron a sus hermanos Phan, el sol, y Thael, la tierra, a hacer las paces.

Así se formó el primer orden, pero Thael amaba a Ti, hermana de Phan, y la poseyó. El enfurecido Phan mató a Thael, y de las costillas de Thael fue la tierra. Ti dio a luz un hijo de Thael, Aem.

*Llegaron y pasaron diez veces un millar de años.  
Aem llegó a la pubertad, y Ti vio que su hijo era atractivo.  
Cometieron el gran pecado. De este pecado llegó Yr,  
Yr, la serpiente de la tierra, madre de todas las bestias.  
El consejo de los dioses en el cielo condenó a muerte a Aem y a Ti,  
y murieron, trayendo dos niños al mundo, un varón y una hembra.*

—Nunca había intentado expresarlo en términos humanos —dijo Kta, frunciendo el ceño—. Es muy difícil.

Pero Kurt le urgió a seguir con un gesto, y Kta volvió a tocar las cuerdas, intentándolo, frustrándose.

—Los primeros seres que fueron mortales fueron Nem y Panet, hombre y mujer, gemelos. También cometieron el gran pecado. El consejo de los dioses les despojó por ello de la inmortalidad, e hicieron que sus vidas fueran cortas. Phan les odiaba y copuló con Yr la serpiente, y trajo bestias y cosas terribles al mundo para que persiguieran al hombre.

*Qas, hermano de Phan, desafió sus iras,  
robó el fuego, e hizo llover rayos sobre la tierra.  
Los hombres cogieron el fuego, mataron a las bestias de Yr,  
y edificaron ciudades.  
Llegaron y pasaron diez veces un millar de años.  
Los hombres fueron muchos y los reyes fueron orgullosos,  
hijos de hombres y de Yr la serpiente de tierra,  
hijos de hombres y de Inim que cabalga en los vientos.  
Los hombres adoraban a esos semihombres, los reyes dioses.  
Los hombres les honraban, les construían ciudades.  
Los hombres olvidaron a los primero dioses,  
y las obras de los hombres fueron impías.*

—Entonces se realizó una profecía, y Phan eligió a Isoi, una mortal, y procreó un

hijo semidiós: Qavur, el que lleva las armas de Phan para destruir el mundo por el fuego. Qavur destruyó a los dioses-reyes, pero su madre Isoi le suplicó que no matara al resto de los hombres, y no lo hizo. Y entonces llegó Phan con la espada de la plaga y destruyó a todos los hombres, pero antes de llegar a Isoi, ésta corrió hasta el fuego-corazón y se sentó junto a él, solicitando así el amparo de los dioses. Sus lágrimas hicieron que Phan se compadeciera de ella. Le dio otro hijo, Isem, que se desposó con Nae, la diosa del mar, y fue padre de todos los dioses que navegan en el mar. Y Phan hizo que Qavur fuera inmortal, y es la estrella que brilla al amanecer, el heraldo del sol.

Y para impedir que los hijos de Nae hicieran mal alguno, Phan le dio a Qavus la *yhia* para dársela a los hombres. Todas las leyes manan de ahí. Por ella conocemos cuál es nuestro lugar en el universo. Sólo la ley de Dios está por encima de ella; pero esto es más profundo que la letra de la canción. La canción es *Ind*. Es sagrada para nosotros. Mi padre me la enseñó, y sus siete versos sólo son para los de Elas. Y así ha pasado de generación en generación.

—Dijisteis una vez que no sabíais si yo era o no un hombre —dijo Kurt—. ¿Lo has decidido ya?

Kta, pensativamente, dejó a un lado el *aos*, sin tocar sus cuerdas.

—Es posible que alguno de los hijos de Nem escapara a la plaga; pero no sois nemet. Puede que descendáis de Yr, y que fuerais puestos entre las estrellas en algún mundo del parentesco de Thael. Por lo que he oído entre los humanos, la tierra parece tener muchos hermanos. Pero no creo que tú lo creas así.

—No he dicho nada.

—Tu mirada dice que no estás de acuerdo.

—No quiero incomodarte diciendo que te considero humano.

Los labios del nemet se abrieron al instante, sus ojos reflejaban la sorpresa. Entonces le miró como si considerara a Kurt sospechoso de alguna ligereza, y luego como si temiera que lo dijera en serio. Su expresión adquirió lentamente cierto aire pensativo, e hizo un gesto de rechazo.

—Por favor —dijo Kta—, no digas eso tan libremente.

Kurt inclinó la cabeza en señal de respeto a Kta, pues el nemet parecía realmente asustado.

—He intercedido en tu favor ante los Guardianes de Elas —dijo Kta—. Eres una perturbación aquí, pero siento que no eres mal recibido por nuestros Ancestros.

La última mañana Kurt se vistió con cuidado. Debería llevar las ropas con las que llegó, pero Mim se las había retirado. Eran indignas, dijo, de un huésped de Elas. En su lugar tenía una hilera de ropas que supuso pertenecían a Kta, y esta mañana eligió las más cálidas y resistentes, pues no sabía lo que podía depararle el día, y el viento de la noche era gélido. En las habitaciones del Afen hacía frío, y temía no dejarlas

una vez entrara en ellas.

Elas volvió a parecerle distante, y la estéril modernidad del interior del Afen estaba en continuo conflicto con sus pensamientos, recordándole que, pese a lo que hubiera pasado en Elas, sus asuntos eran con Djan y no con los nemet.

Al principio de las dos semanas había tomado una decisión en la forma de una pequeña daga con empuñadura de dragón que encontró almacenando polvo entre los papeles de Kta, y que nadie echaría de menos.

La sacó de su escondite y la consideró apta tanto para Djan como para él mismo.

Y fatalmente rastreada hasta la casa de Elas.

No hacía juego con la ropa, pero siempre pensó en llevarla consigo. La dejó a un lado, sobre el vestidor. Volvería a ser de Kta. Los nemet se enfurecerían por el robo, pero de todas formas la cosa se enmendaría.

Kurt terminó de vestirse, ajustándose la *ctan*, la capa, sobre los hombros, y eligió un broche de bronce para sujetarle, pues ya debía bastante a Elas; no usaría los de plata y oro que le habían proporcionado.

Un ligero golpeteo sonó en la puerta. La llamada de Mim.

—Entrad —dijo, y ella lo hizo así. Los lienzos de tela se cambiaban a diario en toda la casa. Traía unos limpios para la cama y el baño, y se inclinó ante él antes de empezar a trabajar. Últimamente había dejado de haber odio en la mirada de Mim. Sabía que tenía motivos al haber sido cautiva de los tamurlin, pero había cejado en su guerra con él por iniciativa propia, y siempre procuraba complacerla en consideración a esto.

—Al menos ahora tendréis menos cosas que lavar —observó.

Ella no apreció la triste broma. Le miró, bajó la mirada y dio media vuelta para ocuparse de su trabajo.

Y se detuvo en seco, dándole la espalda, mirando al vestidor. Alargó insegura la mano hacia la daga, la cogió y volvió a mirarla como si pensara que iba a saltar contra ella. Sus ojos oscuros se agrandaron por el terror y tomó la actitud de alguien dispuesto a resistirse si intentaba quitársela.

—El señor Kta no os dio esto —dijo.

—No, pero puedes devolvérselo.

Ella la cogió con las dos manos y continuó mirándole.

—Si lleváis un arma al Afen, nos mataréis a todos, Kurt-ifhan. Todo Elas moriría.

—Ya lo he devuelto —dijo—. No estoy armado, Mim. Esa es la verdad.

Ella lo deslizó al cinturón que llevaba bajo la túnica, por una de las cuatro hendiduras que descubrían de pies a cabeza el membranoso *pelan*. Era una mujer tan pequeña, con esa cinturita, ese cuello esbelto acentuado por la forma en que se peinaba los cabellos, en muchas trenzas pequeñas unidas sobre las orejas. Era una criatura tan pequeña, de hablar tan suave... y, sin embargo, estaba continuamente



temeroso de ella, temiendo que le desaprobaba con cada músculo de su pequeña y tensa espalda.

Pero esta vez, al igual que aquella noche en el *rhmei*, había algo parecido a preocupación, e incluso ternura en la forma que le miraba.

—Kta desea que volváis a Elas —dijo ella.

—Dudo que me lo permitan —dijo.

—¿Entonces, por qué os envió aquí la Methi?

—No lo sé. Quizá para contentar a Kta durante un tiempo. Quizá así encuentre el Afen comparativamente mucho peor.

—Kta no permitirá que recaiga mal alguno sobre ti.

—Kta haría mejor en quedarse al margen. Decídselo, Mim. Podría granjearse la enemistad de la Methi. Será mejor que lo olvide.

Estaba asustado. Había vivido con ese miedo atroz desde el principio y ahora que Mim tocaba puntos sensibles, le resultó difícil hablar con la calma que los nemet consideraban dignidad. La inseguridad de su voz le hizo avergonzarse.

Y lo ojos de Mim se llenaron inexplicablemente de lágrimas. Feroz y pequeña Mim, inhumana Mim, a la que habría considerado atractivamente femenina de no ser por su extraño rostro. No sabía si algún otro ser se molestaría lo bastante como para llorar por él. Descubrió, de pronto, que dejar Elas le resultaba insoportable.

Tomó sus doradas y delgadas manos entre las suyas, supo al momento que no debía hacerlo, pues ella era nemet y temblaba ante el mero contacto de su persona. Pero ella le miró y no se mostró ofendida. Sus manos le devolvieron gentilmente el apretón.

—Kurt-ifhan —dijo—. Le diré al señor Kta lo que decís, porque es un buen consejo, pero no creo que me escuche. Elas hablará en nuestro favor, estoy segura de ello. La Methi ha escuchado anteriormente a Elas. Sabe que habla con el poder de las Familias. Bajad ya a desayunar, por favor. Ya os he retrasado demasiado. Lo siento.

El asintió y se dirigió hacia la puerta, volviéndose para mirar atrás.

—Mim —dijo, porque quería que le mirara. Quería ver su cara para poder recordarla, como quería tener gravado en la mente todo lo que era de Elas. Pero entonces se sintió avergonzado, pues no se le ocurrió nada que decir.

—Gracias —murmuró, y se marchó rápidamente.

## IV

Durante el camino al Afen, Kurt sopesó las posibilidades de desembarazarse de los tres guardias y escapar. Las calles de Nephane eran estrechas y tortuosas y podría mantenerse a salvo hasta que oscureciera y pensó que conseguiría encontrar algún modo de alcanzar el campo y los bosques.

Pero Nym le había puesto en manos de los guardias y evidentemente les encareció que le trataran bien, pues se comportaban con gran cortesía. Elas continuaba ayudándole, y, por el bien de Elas, no osaba hacer lo que le pedía todo su ser: huir, matar si fuese preciso.

Entraron en las gélidas estancias del Afen y fue demasiado tarde. Las escaleras conducían al tercer piso, el de la Methi.

Djan le esperaba sola en la moderna antesala, vistiendo el modesto *chatem* y *pelan* de una dama nemet, con los cobrizos cabellos recogidos sobre la cabeza con un lazo dorado.

Ella despachó a los guardias y se volvió para enfrentarse a él. Tal y como le había dicho, resultaba extraño ver un rostro humano tras pasar tanto tiempo entre nemets. Empezó a comprender lo que debió haber sido para ella el estar sola, pasando gradualmente de la realidad humana a la nemet.

Notó cosas en el rostro humano que no había visto antes, las curiosas curvas de su rostro, la palidez de los ojos, el brillo metálico de su pelo. Hasta la guerra, la enemistad que existía entre ellos, resultaba momentáneamente bienvenida, parte de un cuadro de referencias familiares. Elas se desvaneció en este lugar de metal y materiales sintéticos.

Luchó para recobrar la perspectiva.

—Bienvenido de nuevo —le deseó ella, y se sentó en la silla más próxima, haciéndole un gesto para que hiciera lo propio en otra—. Elas te desea de vuelta —dijo entonces—. Estoy impresionada.

—Y a mí me gustaría volver a Elas.

—No prometí eso. Pero tu presencia allí no ha resultado especialmente problemática. —Volvió a levantarse bruscamente y, acercándose al armarito de la pared más próxima, lo abrió—. Deseáis beber algo, señor Morgan.

—Cualquier cosa. Gracias.

Llenó un par de vasitos y le entregó uno. Era *telise*. Volvió a sentarse y dio un sorbo al suyo.

—Permitidme que os aclare un par de detalles —dijo ella—. Primero: esta es mi ciudad, y pretendo que siga siéndolo. Segundo: esta es una ciudad nemet, y así seguirá siéndolo. Nuestra especie tuvo su oportunidad, y la desperdició. Lo hicimos. Pylos y mi mundo Aeolus, no son más que cenizas. Es una locura. He pasado los

últimos meses esperando la muerte por no haber seguido las órdenes, preguntándome lo que sería de los nemet cuando volviera la nave de exploración con autoridad y fuerza para acabar conmigo. Así que no les lloraré mucho. Lamento lo de Aelus, pero vuestra intervención fue afortunada... para los nemet. Pero eso no significa que os esté enormemente agradecida.

—No tiene ningún sentido que nosotros continuemos aquí la guerra. No tenemos nada que ganar.

—¿Es que una guerra tiene que tener sentido? Piensa en nosotros; llevamos doscientos años inmersos en una. Probablemente sea mentira todo lo que dicen los tuyos o los míos sobre cómo empezó. Eso carece de importancia. Sólo existe el *ahora*, y la guerra se alimenta de sus propias bajas, y así la prolongamos hasta el límite. Empezamos destruyendo naves en un pequeño sistema solar y ahora destruimos mundos. Mundos enteros. Dejamos espacio muerto detrás nuestro. Contamos las bajas por zonas. Los Hanan jamás fuimos tan prolíficos o numerosos como los vuestros; no podíamos producir soldados lo bastante rápidamente para sustituir a los muertos. Nuestra única esperanza era la genética, soldados nacidos en laboratorios, desarrollar oficiales, desarrollar seguidores. Y la destruisteis. Te diré una cosa, amigo mío, algo que estoy segura que nunca te dijo tu Alianza: con lo que hicisteis en Aeolus sólo empeorasteis la guerra. Me parece que cometisteis un gran error.

—¿En qué sentido?

—Aeolus era el centro, el gran centro de los proyectos genéticos. En sus laboratorios debieron morir billones. Trabajadores, edificios, registros... Todo era irremplazable. Nos habéis hecho demasiado daño. Los Hanan ahora también dejarán de restringir los objetivos. La locura final, eso es lo que temo que hayáis liberado sobre la humanidad. Lo temo de verdad. Y nos lo merecemos totalmente. Toda la raza humana se lo merece.

—No creo que disfrutéis de la soledad ni la mitad de lo que queréis aparentar —repuso Kurt, pues todo esto turbaba la tranquilidad de su mente.

—Soy aeólida. Piensa en eso.

Le llevó un momento darse cuenta a lo que se refería. Entonces le llegó la revelación, y la revulsión, hasta lo más hondo. De todas las cosas que despreciaba de los Hanan, la más odiosa eran sus laboratorios.

Djan sonrió.

—Oh, soy humana, nacida de células humanas. Y superior por mi inteligencia. Habría sido destruida de no serlo. Y estoy entrenada para servir al estado. Mi inteligencia me dijo que estaba siendo usada y eso no me gustó. Así que esperé el momento propicio y me rebelé. —Terminó el vaso y lo dejó a un lado—. Pero no disfrutáis al veros aislado de la humanidad. Bien. Quizá eso impida que intentéis

matarme.

—Entonces, ¿soy libre de marcharme?

—No tan rápido, no tan rápido. He considerado la posibilidad de proporcionarte alojamiento en el Afen. Hay habitaciones libres en el piso superior, a las que sólo se accede desde aquí. Así, aislado, nunca tendríais de hacerme nada. El instinto, algo, me dice que sería la mejor manera de encargarme de vos.

—Por favor —dijo, racionalmente, vergonzosamente, pues hacía ya mucho que se había hecho a la idea de que nada ganaría enfrentándose a ella—. Si puedo continuar en Elas, dejadme volver allí.

—Lo decidiré de aquí a unos días. Sólo quiero que conozcáis las alternativas.

—¿Y hasta entonces?

—Vais a aprender el lenguaje nemet. Tengo las cosas ya dispuestas.

—No —dijo al instante—. No. No necesito ayudas mecánicas.

—Soy médico, entre otras cosas. Nunca he sabido de caso alguno en que se abusara del aparato instructor sin obtener a cambio un daño permanente. No. Arruinar la mente del único otro ser humano accesible sería una pérdida. Me limitaré a entregaros el aparato y vos mismo lo graduaréis.

—¿Por qué insistís, entonces?

—Porque tu objeción te crea un problema innecesario que insisto en dejar resuelto. Os doy la posibilidad de vivir fuera de aquí. Así que ofrezco una oportunidad justa, honesta: os deseo el éxito. Ya no sirvo a los fines de los Hanan; me niego a ser programada para un curso de acción que yo no he elegido. Del mismo modo debo decir que si descubro que os volvéis una molestia, no supongáis que podréis argumentar ignorancia y escapar a las consecuencias. Lo que estoy haciendo es quitaros excusas. Y si debo hacerlo, os haré llamar u os mataré. No lo dudéis ni por un momento.

—Es una actitud más ecuánime de lo que esperaba. Me resultaría más fácil creerla si os comprendiese.

—Todos mis motivos son egoístas —dijo ella—. Al menos en el sentido de que todo lo que hago sirve a mis propios fines. Si alguna vez considero que actuáis en contra de esos fines, estaréis acabado. Si considero que sois compatible con ellos, no encontraréis dificultad alguna. Creo que soy todo lo clara que puedo ser, señor Morgan.

## V

Kta no estaba en el *rhmei* como había esperado Kurt al volver a la segundad de Elas. Estaba Hef, y Mim. Mim se adelantó para abrir la ventana y airear su cuarto, y tras hacerlo giró sobre sus talones. Sus oscuros ojos brillaban.

—Somos tan felices —dijo ella, en lenguaje humano, y el aprendizaje de la máquina le produjo dolor, castigando su comprensión de lo que le decían.

Fue todo lo que Mim pudo decir, pues Kta estaba en el umbral, y ella hizo una reverencia, saliendo cuando Kta entró.

—Mucho se llora estos días en esta casa —dijo Kta, dirigiéndole una mirada a Mim mientras ésta se retiraba escaleras abajo. Luego miró a Kurt y formó una ligera sonrisa—. Pero ya no más. El Kurt, sentaos, sentaos, por favor. Parecéis un hombre que lleva tres días ahogado.

Kurt se pasó la mano por el pelo y se dejó caer en una silla. Le temblaban las piernas. Tenía pálidas las manos.

—Hablad en Nechai —dijo—. Me es más fácil.

Kta pestañeó, mirándole de arriba a abajo.

—¿Cómo es eso? —preguntó, y hubo cierta nota de sospecha en su voz.

—La Methi tiene máquinas que pueden hacerlo —dijo Kurt roncamente—. No os miento.

—Estáis pálido —dijo Kta—. Tembláis. ¿Estáis herido?

—Cansado —dijo—. Gracias, Kta, gracias por acogerme otra vez.

Kta hizo una pequeña reverencia.

—Hasta mi honorable padre habló por ti, y jamás en todos los años de nuestra casa hizo Elas algo semejante. Pero ahora sois de Elas. Nos alegra poder recibirlos.

—Gracias.

Se levantó e intentó hacer una reverencia. Tuvo que cogerse a la mesa para no perder el equilibrio. Consiguió llegar hasta la cama y se derrumbó en ella. Su memoria cesó de que dejara de moverse.

Algo le tiraba del tobillo, pensó que había caído al mar y algo le arrastraba hacia abajo, pero no pudo reunir fuerzas para moverse.

Entonces notó libre el tobillo y un aire frío tocó sus pies. Abrió los ojos y miró a Mim, que ya empezaba a quitarle la otra zapatilla. Estaba tumbado en su cama, totalmente vestido, y frío. La noche se veía al otro lado de la ventana. Sentía las piernas de hielo, los brazos también.

Los oscuros ojos de Mim le miraron, dándose cuenta de que estaba despierto.

—Kta no se ha portado bien dejándole así —dijo—. No os habéis movido. Dormís como los muertos.

—Habla Nechai —pidió—. Me lo han enseñado.

Su mirada denotó un momento de sorpresa. Luego aceptó esa rareza humana con una reverencia, se restregó las manos en su *chatem* y se acercó hasta la cama para taparle, tirando de las mantas debajo de él.

—Lo siento —dijo—. Procuraba no despertaros, pero la noche es fría y mi señor Kta dejó la ventana abierta y la luz encendida.

El suspiró profundamente y cogió su mano cuando intentaba taparle con la colcha.

—Mim...

—Por favor.

Ella le esquivó, liberó el broche de su hombro y quitó de debajo suyo el arrugado *ctan*, y soltó la hebilla de su cinturón, tapándole hasta la barbilla con las sábanas.

—Ahora dormiréis más cómodo.

El volvió a coger su mano, impidiendo que se marchara.

¿Qué hora es, Mim?

—Tarde, muy tarde. - Ella tiró, pero él no la soltó, y tuvo que mirarle; sus oscuras pestañas resaltando contra las bronceadas mejillas. —Por favor, dejadme ir, señor Kurt.

—Le pedí a Djan, le pedí que os enviara recado para que no os preocuparais.

—Se recibió. No supimos cómo interpretarlo. Sólo decía que estabais a salvo. — Volvió a tirar—. Por favor.

Sus labios temblaban, y había terror en sus ojos, y él, cuando soltó su mano, dio media vuelta y corrió a la puerta. Apenas se detuvo para cerrarla, y el sonido de sus pies bajó las escaleras a gran velocidad.

Si hubiera tenido fuerzas se habría levantado e ido tras ella, pues no pretendía herir a Mim el mismo día de su vuelta. Permaneció despierto y enfurecido, por las costumbres *nemet* y por él mismo, pero su cabeza le dolía abobinablemente y todo le daba vueltas. Se sumergió en la cálida placidez y perdió la consciencia. Quedaba mañana. Mim debía haberse ido a la cama, y no quería escandalizar a la casa intentando hablarle esa noche.

La mañana empezó con el té, pero sin una Mim que entrara alegremente con lienzos limpios y descolocara cosas. Hizo acto de presencia para servir en el *rhmei*, pero mantuvo la mirada baja al servirle.

—Mim —susurró.

Ella derramó unas gotas de té que le quemaron la mano, y se apartó rápidamente para servir a Kta. También a él le derramó un poco de té, y el *nemet* reaccionó sacudiendo la quemada mano y mirando interrogadoramente a la joven, pero sin decir nada.

Tuvieron lugar las acostumbradas formalidades, y Kurt realizó una profunda

reverencia ante Nym y Ptas y Aimu, y agradeció al señor de Elas en su propio idioma el que hubiera intercedido ante Djan.

—Habláis muy bien —observó Nym, agradeciéndoselo, y Kurt se dio cuenta de que debió hablar a través de Kta.

El anciano nemet apreciaba su dignidad, y Kurt vio que debía haber ofendido gravemente al señor Nym con su sentido humano de lo teatral.

—Señor —dijo Kurt—, me honráis. Lo hago mediante máquinas. Aún hablo con lentitud y no bien, pero distingo lo que se me dice. Cuando haya escuchado unos cuantos días más, lo hablaré mejor. Perdonadme si os he ofendido. Ayer estaba tan cansado que no me quedó sentido para explicaros dónde había estado o el porqué.

El honorable Nym consideró esto un momento, y luego la más débil de las sonrisas iluminó su rostro, creciendo hasta formar una expresión divertida. Se llevó los enguantados dedos al pecho e inclinó la cabeza, en sustitución a la risa.

—Bienvenido a Elas por segunda vez, amigo de mi hijo. Traéis alegrías con vos. Esta mañana hay sonrisas en todos los rostros, y hace pocos días temíamos por vos. Cuando creíamos comprender a los humanos, he aquí que nos sorprenden con nuevas maravillas. ¡Y qué alivio produce el hablar sin necesidad de esperar a ser traducidos!

Y se sentaron y dio comienzo el ritual del té. La dama Ptas se sentó en el centro. Cuando Kurt pensaba en Elas, lo primero que acudía a su mente era Ptas, una dama digna y gentil de cabellos grises, corazón mismo de la familia, puesto que tenía una madre entre los nemet; dama de Nym, fuente de amor y vida, protectora de su ancestral religión. Un hombre confiaba el corazón en las manos de su esposa, y la esperanza de una continuidad en la eternidad en las de su nuera. Kurt empezaba a comprender por qué los padres elegían a las compañeras de sus hijos; y teniendo en cuenta el afecto que se evidenciaban Nym y Ptas, no podía concebir que tales matrimonios nos fueran por amor. Era algo adecuado, y se sentó cruzando las piernas sobre una esterilla de lana, como igual de Kta, como un hijo de la casa, y bebió el fuerte té endulzado y sintió que en verdad había vuelto a casa.

Tras el té, se levantó la dama Ptas y se inclinó formalmente ante el fuegocorazón, mostrando las palmas de las manos. Todo el mundo se levantó respetuosamente, y su dulce voz invocó a los Guardianes.

—Ancestros de Elas, de esta costa y la otra del Mar Divisor, velad por nosotros. Kurt t'Morgan ha vuelto a nosotros. Que la paz sea entre el huésped de nuestra casa y los Guardianes de Elas. Que la paz sea con nosotros.

Kurt se sintió conmovido e hizo una profunda reverencia ante la dama Ptas cuando esta concluyó.

—Dama Ptas —dijo—. Honro profundamente vuestra persona.

Podía haber dicho: como un hijo, pero no quería hacerle ese dudoso cumplido a la dama nemet.

Ella le sonrió con el afecto que mostraba a sus hijos, y a partir de ese momento, Ptas tuvo su corazón.

—Kurt —dijo Kta cuando se quedaron a solas después del desayuno—, mi padre os suplica que os quedéis todo el tiempo que deseáis. Esto me ha dicho que diga. No quiere abrumaros con una respuesta inmediata, pero quiere que lo sepáis.

—Es muy amable —dijo Kurt—. No me debéis todo lo que habéis hecho por mí. Vuestro voto no os ataba a tanto.

—Pocos son los que comparten el corazón de Elas —dijo Kta—, pero nunca les olvidamos. A esto lo llamamos amistad de huésped. Es un lazo que une para siempre vuestra casa y la mía. Nunca podrá romperse.

Dentro de Elas pasaba los días en compañía de Kta, hablando, descansando, disfrutando del sol en el patio interior de la casa donde había un pequeño jardín.

Una cosa seguía preocupándole: Mim solía estar ausente. Ya no entraba en sus habitaciones cuando estaba él. Por muy variado que fuera su horario, jamás entraba cuando él estaba dentro; descubría que le habían hecho la cama cada vez que volvía de alguna ausencia. Cuando se dejaba caer por los lugares donde ella solía trabajar, simplemente no podía encontrarla.

—Está en el mercado —le informó Hef una mañana que reunió bastante valor para preguntarlo.

—No se la ve mucho últimamente —observó Kurt.

—No, señor Kurt —se encogió de hombros Hef.

Y el anciano le miró de forma extraña, como si el interés de Kurt también hubiera socavado la paz de esa mañana.

Cada vez estaba más decidido. Cuando oyó cerrarse la puerta al mediodía, se levantó de un salto y corrió escaleras abajo para conseguir solamente un atisbo de ella desapareciendo en las habitaciones de las mujeres al otro lado del *rhmei*. Era territorio de Ptas, y ningún hombre, a excepción de Nym, podía poner allí el pie.

Caminó desconsoladamente hacia el jardín y se sentó al sol, sin mirar a nada en particular y poniéndose a dibujar figuras sin sentido en la pálida arena.

La había herido. Mim no se lo había contado a nadie. Estaba seguro, pues de haberlo hecho habría tenido que tratar el asunto con Kta.

Deseaba desesperadamente poder preguntarle a alguien cómo disculparse, pero no era algo que pudiese consultar con Kta, o con Hef, y, por supuesto, no se atrevía a preguntárselo a nadie más.

Esa noche sirvió la cena, como cualquier comida, y evitó su mirada. No osó preguntarle nada. Kta estaba sentado a su lado.

Después se sentó en el vestíbulo y esperó hasta muy pasada la hora en que la familia se acostaba decentemente todas las noches, pues el *chan* de Elas tenía como último deber del día el preparar las cosas para el té del desayuno y apagar las luces de



la antesala antes de retirarse a dormir.

Ella le vio allí, bloqueando el paso a sus habitaciones. Kurt temió por un momento que se pusiese a gritar, cuando su mano voló a sus labios, pero permaneció inmóvil, aunque preparada para hechar a correr.

—Mim. Por favor. Deseo hablar contigo.

—Yo no lo deseo. Dejadme pasar.

—Por favor.

—No me toquéis. Dejadme pasar. ¿Queréis despertar a toda la casa?

—Hacedlo si lo deseáis, pero no dejaré que os marchéis hasta que habléis conmigo.

Sus ojos se abrieron un poco.

—Kta no permitiría esto.

—En el jardín no hay ventanas y no podemos ser oídos. Venid afuera, Mim. Os juro que sólo deseo hablar.

Ella lo meditó un momento. Su encantador rostro parecía tan asustado que sintió dolor por ella, pero Mim cedió y fue delante hacia el jardín. La luna del mundo proyectaba suaves sombras. Ella se detuvo donde había más luz, agarrándose los brazos para protegerse del frío de la noche.

—Mim, no quería asustaros. No pretendo haceros daño.

—Nunca debí estar allí a solas. Fue culpa mía. Por favor, señor Kurt, no me miréis así. Dejadme marchar.

—Como no soy nemet te sentías libre de entrar y salir de mi cuarto y no avergonzarte ante mí. ¿Era eso, Mim?

—No.

Sus dientes castañeteaban tanto que apenas podía hablar, y no hacía tanto frío como para eso. Kurt soltó el broche de su *ctan*, pero ella no quiso aceptarlo, alejándose de la vestidura ofrecida.

—¿Por qué no puedo hablaros? —preguntó—. ¿Cómo puede hablar un hombre con una mujer nemet? Me contengo en esto, me contengo en aquello, no debo tocar, no debo mirar, no debo pensar. ¿Cómo voy a...?

—Por favor.

—¿Cómo puedo hablaros?

—Mi señor Kurt, os he hecho pensar que soy una mujer ligera. Soy *chan* de esta casa; no puedo deshonrarla. Dejadme entrar, por favor.

Un pensamiento acudió a su mente. ¿Sois *suya*? ¿Sois de Kta? —No.

En contra de lo que ella deseaba, Kurt se quitó el *ctan* y lo puso alrededor de los hombros de Mim. Ella se lo ajustó. El estaba lo bastante cerca como para haberla tocado. No lo hizo, ni tampoco ella lo rechazó; no se lo tomó como una invitación. Pensó que hiciera lo que hiciera, no protestaría ni despertaría a la casa. Habría

conflictos entre su señor Kta y su huésped, y conocía lo bastante a la dignidad nemet como para saber que Mim optaría por el silencio. Ella cedería, odiándole.

Carecía de argumentos contra esto.

Derrotado, hizo una reverencia formal y dio media vuelta.

—Mi señor Kurt —susurró ella con preocupación en la voz.

El se detuvo, miró atrás. —Mi señor... no comprendéis...

—Comprendo que soy humano. Os he ofendido. Lo siento.

—Los nemet no... —se interrumpió avergonzada, abrió las roanos, suplicante—. Mi señor, buscad una esposa. Mi señor Nym os aconsejará. Tenéis contactos con la Methi y con Elas. Podréis casaros... sería muy fácil que os casarais, si Nym buscara en la casa adecuada... —¿Y si yo os deseara a vos?

Ella permaneció inmóvil, sin decir palabra, hasta que él se acercó para abrazarla. Ella se lo impidió poniendo sus delgadas manos sobre las suyas.

—Por favor —dijo—. Ya os he hecho bastante daño. El ignoró la protesta implícita en el gesto y abarcó su rostro con las manos, temiendo a cada momento que se apartase horrorizada. No lo hizo. El se inclinó y le rozó los labios con los suyos, delicadamente, casi castamente, pues temía que la costumbre humana pudiera disgustarla o asustarla.

Las suaves manos de Mim seguían posadas sobre sus brazos. La luna brillaba en las lágrimas de sus ojos cuando se separó de ella.

—Señor —dijo—. Os respeto. Haría lo que deseáis, pero eso avergonzaría a Kta y avergonzaría a mi padre y no puedo hacerlo.

¿Qué podéis hacer? —Descubrió que le resultaba difícil respirar—. ¿Y si decidiese hablar algún día con vuestro padre? ¿Es así como debe hacerse?

¿Para desposarme?

—Puede que algún día pareciese una buena idea.

Ella tembló en sus manos. Las lágrimas fluían libremente por sus mejillas.

—¿Me daríais un sí o un no, Mim? ¿Tan difícil os es mirar a un humano? Si preferís no responder, entonces decir «dejadme» y haré lo que esté en mi mano para no volver a molestaros.

—Mi señor Kurt, no me conocéis.

—¿Estáis decidida a que no os conozca nunca?

—No lo entendéis. No soy hija de Hef. Si me pedís a él, tendrá que decírselo, y entonces no me querréis por esposa.

—No me importa de quién sois hija.

—Mi señor... Elas lo sabe. Elas lo sabe, pero ahora debéis escucharme. Sabéis de la existencia de los Tamurlin. Me raptaron cuando tenía trece años. Fui esclava suya durante tres. Solo Hef me llama su hija, y todo Nephane me considera de este país. Pero no lo soy, Kurt. Soy una indras, de Indresul. Me matarían si lo supieran. Elas se

ha guardado esto para sí, pero vos, no podéis llevar semejante carga. La gente no debe miraros y pensar en Tamurlin: os ocasionaría problemas en esta ciudad y es lo que deben pensar al verme.

—¿Es que creéis que me importa lo que piensen? Soy humano. Eso les resulta obvio.

—No lo comprendéis, mi señor. Fui propiedad de cada hombre de ese pueblo. Kta os avisará de esto si me pedís a Hef. No soy honorable. Nadie desposaría a Mim h'Elas. No os avergoncéis a vos y a Kta haciendo que Kta os diga esto.

—¿Daría su consentimiento después de decirlo?

—Muchas mujeres honorables se casarían con vos. Los de Sufak no temen tanto a los humanos como los de Indras. Quizá quiera desposaros la hija de algún mercader. Yo sólo soy *chan*, y antes de eso no era nada.

¿Rehusaríais si os lo pidiera?

—No. No rehusaría. —Su pequeño rostro adquirió una expresión de dolorida perplejidad—. Seguro que por la mañana pensaréis de otra forma, Kurt-ifhan.

—Pienso hablar con Hef —dijo. Entra, Mim. Y devuélveme mi capa. No debéis llevarla dentro.

—Mi señor, reflexionad durante un día antes de dar ese paso.

—Le concederé mañana para reflexionar. Y vos debéis hacer lo mismo. Y si mañana por la tarde no venís y me decís claramente que no me queréis, hablaré con Hef.

\* \* \*

Apenas era razonable, pensó durante toda la noche y la mañana del siguiente día. Deseaba a Mim. No sabía de ella lo bastante como para decir que la amaba, o que ella le amaba a él.

La deseaba. Ella había impuesto sus términos y no había forma de vivir bajo el mismo techo que Mim sin desearla.

Podía enfocar racionalmente el asunto, hasta que miraba a su rostro a la hora del desayuno cuando escanciaba el té, o cuando pasó junto a ella en el vestíbulo y le miró con temible ansiedad.

¿Lo has pensado mejor?, parecía decir la mirada. ¿Fue algo momentáneo, sólo anoche?

Y entonces volvía a tener la sensación, la certeza de que perdería a Mim si no decía nada, que habría perdido algo irremplazable.

Al final, aquella tarde se encontró reuniendo valor ante la puerta de Hef, que servía a Elas, y avanzando torpemente al interior cuando el anciano le admitió.

—Hef-dijo, —¿puedo hablaros de Mim?

—¿Mi señor? —preguntó el anciano, haciendo una reverencia.

—¿Qué debería hacer de querer casarme con ella?

El anciano nemet le miró sorprendido, y luego se inclinó varias veces, mirándole con expresión turbada.

—Señor Kurt, sólo es *chan*.

—¿No me dirijo a vos? ¿Sois quien debe dar el sí o el no? —No se ofenda mi señor. Debo preguntárselo a Mim—. Mim está de acuerdo —dijo Kurt.

Entonces se le ocurrió que no le correspondía preguntar a Mim, y que así la avergonzaba y ponía en un apuro a Hef; pero Hef le miró con paciencia en los ojos y cierta simpatía.

—Pero debo preguntarle a Mim —dijo Hef—. Así es como debe procederse. Y luego hablar con Kta-ifhan, y con Nym y la dama Ptas.

—¿Es que toda la casa debe dar su consentimiento? —dijo Kurt automáticamente, sin pararse a pensar.

—Sí, mi señor. Debo hablar con la familia, y con Mim. Lo adecuado es que hable con Mim.

—Me siento muy honrado —murmuró Kurt cortésmente y subió a sus habitaciones para calmar sus nervios.

Se sentía mucho más aliviado ahora que estaba hecho. Hef consentiría. Estaba seguro de lo que Mim respondería a su padre, y eso satisfaría a Hef.

Se disponía a meterse en la cama cuando Kta subió las escaleras y pidió ser admitido. El nemet traslucía preocupación en la mirada y Kurt supo con seguridad lo que le llevaba a sus habitaciones. Casi habría suplicado a Kta que se fuera, pero vivía bajo su techo y no tenía tal derecho.

—Has hablado con Hef —dijo Kurt, para facilitarle las cosas.

—Dejadme entrar, amigo mío.

Kurt se apartó de la puerta y le ofreció una silla. También había sido correcto ofrecerle té, pero para ello debería llamar a Mim. Prefirió no hacerlo.

—Kurt —dijo Kta—, sentaos también, por favor. Debo hablaros. Os ruego que me prestéis atención.

—Quizá os resulte más fácil decirme sólo lo que tenéis en vuestra mente —dijo Kurt, cogiendo la otra silla—. ¿Vais a interferir sí o no?

—Mi preocupación es por Mim. No es tan simple como parece. ¿Me prestaréis atención? Si vuestra ira no lo permite, bajaremos abajo y beberemos té y esperaremos a tener la mente más dispuesta, pero estoy obligado a hablar.

—Mim me habló ya de lo que supongo es casi todo lo que venís a decirme. Y eso no implicará diferencia alguna. Sé lo de los tamurlin y sé de donde viene.

Kta soltó el aliento en un largo suspiro.

—Bueno, al menos es algo. ¿Ya sabéis que es indras?

—Nada de eso puede afectarme. La política de los nemet no tiene nada que ver conmigo.

—Optáis por la ignorancia. Siempre es una elección peligrosa, Kurt. Ser de raza indras o ser sufaki es algo de importancia entre los nemet, y estáis entre nemet...

—La única diferencia que he notado alguna vez es la de ser humano entre los nemet —dijo él, controlando la irritación con un gran esfuerzo—. Traeré la desgracia sobre tu cabeza. ¿Es eso lo que os preocupa, y no el que Mim pueda ser feliz?

—La felicidad de Mim es de gran importancia para esta familia —insistió Kta—. Y sabemos que no pretendéis herirla, pero las costumbres humanas...

—Entonces no encontráis diferencia alguna entre mi persona y los tamurlin.

—Por favor. Por favor. No imaginéis tales cosas. No son como vos. Eso no es lo que quiero decir. Los tamurlin son groseros y carecen de vergüenza. Usan pieles y cuando luchan rugen y enseñan los dientes como las bestias. En su trato con las mujeres no tienen más dignidad que los animales. Copulan donde les place sin buscar la intimidad. No se refrenan ante nada. Un feje fuerte puede tener veinte o más mujeres, mientras hombres más débiles no tienen ninguna. Cambian de compañeras mediante el combate. Hablo de mujeres humanas. Las esclavas como Mim son de todo aquel que las quiera. Y cuando la encontré...

—No quiero oír esto.

—Escuchadme, Kurt. No quiero ofenderos. Cuando atacamos a los tamurlin para acabar con sus incursiones, matamos a todos los que encontramos, íbamos a prender fuego al lugar cuando oí un sonido como el de un niño llorando. Encontré a Mim en un rincón de una choza. Vestía con un trozo de piel y estaba tan sucia como los otros; por un momento no me di cuenta de que era nemet. Estaba muy delgada y tenía terribles marcas por todo el cuerpo. Me atacó cuando intenté sacarla de allí, y de forma poco femenina, con un cuchillo y con dientes y rodillas, y con cualquier cosa que encontrase a su alcance. Estaba acostumbrada a luchar por un lugar entre ellos. Tuve que dejarle inconsciente para poder llevarla a la nave, y una vez allí intentaba arrojarla continuamente al mar hasta que perdimos de vista la costa. Entonces se escondía entre los bancos de los remeros y no salía excepto cuando bajaban los hombres a sus puestos. Cuando le dábamos de comer cogía la comida y salía corriendo, y no pronunciaba más allá de unas cuantas sílabas cada vez a excepción de las de lengua humana.

—No puedo creerlo —dijo Kurt en voz baja—. ¿Cuánto hace de eso?

—Cuatro años. Lleva cuatro años viviendo en Elas. La traje a casa y se la entregué a mi dama madre y hermana, y a Liy mujer de Hef, que en aquel entonces vivía. Pero no llevaba muchos días entre nosotros sin que Aimu la sorprendiera ante el fuego con las manos extendidas, un gesto que no realizan los sufakis. Aimu era entonces más joven y no tan sabia; exclamó en alta voz que Mim debía ser indras.

Mim huyó. La atrapé en la calle, para sorpresa de todo Nephane y desgracia nuestra. Y la traje por la fuerza a Elas. Entonces, a solas con nosotros, empezó a hablar con el acento de Indresul. Esta era la razón de su anterior silencio. Pero los de Elas también somos de allí, como todas las Grandes Familias de la colina, descendientes de colonos de Indresul que llegaron a estas costas hace mil años, y aunque ahora somos enemigos de Indresul, compartimos la misma religión y Mim sólo era una niña. Así que Elas ha guardado su secreto, y la gente que no es de esta casa sólo la conoce como la hija sufaki que adoptó Hef, una niña de campo y sangre mezclada rescatada a los tamurlin. No habla como los sufaki, pero la gente cree que le enseñamos el idioma; no parece sufaki, pero no es algo inusual en los pueblos costeros, donde los marineros tienen... *el*, bueno, puede pasar por sufaki. El escándalo que provocó su huida por las calles hace mucho que se ha olvidado. Ahora es un honor y un adorno para esta casa. Pero el volver a exponerla a la atención pública... causaría dificultades. Ningún hombre desposaría a Mim; perdonadme, pero es verdad y ella lo sabe. Un matrimonio semejante provocaría cotilleos desfavorables para cualquiera de los dos.

El instinto le dijo que Kta hablaba con sentido común. Lo aceptó.

—Yo cuidaría de ella —insistió—. Lo intentaría, Kta.

Kta bajó la mirada avergonzado, luego volvió a levantarla.

—Mim es nemet. Comprendedme. Ha sido herida y profundamente humillada. Las costumbres humanas son... perdonadme, hablaré sin vergüenza. No sé cómo se comportan los humanos con sus compañeros. Djan-methi es... libre... a este respecto. Nosotros no. Os ruego que penséis en Mim. No repudiamos a nuestras mujeres. El matrimonio es indisoluble.

—Eso suponía.

Kta se recostó un poco.

—No podría haber niños, Kurt. Nunca he oído que sucediese algo semejante, y ha habido tamurlins que han copulado con mujeres nemet.

—Si los hubiera —dijo Kurt, aunque lo que había dicho Kta le había turbado grandemente—. Podría quererlos. Los querría. Pero si no es el caso, sería feliz con Mim.

—¿Pero podrían amarlos los demás? —se preguntó Kta—. Les sería muy difícil, Kurt.

Eso le dolió. Algunas de las cosas que le decía le divertían y otras no le irritaban poco, pero éste era un hecho en el mundo de Kta y le dolió profundamente. Kurt olvidó por un instante que la actitud nemet más adecuada era bajar los ojos y hacer que su dolor fuese privado. Miró de frente al nemet, y fue Kta quién se retrajo y tuvo que alzar luego la mirada.

—¿Podrían ser esos niños unos monstruos semejantes, Kta? —dijo Kurt, siendo

cruel con el avergonzado Nemet.

—Yo —repuso inseguro—, yo podría amar a un hijo de mi amigo. —Y el escalofrío fue demasiado evidente.

—¿Incluso —concluyó Kurt—, aunque se pareciese demasiado a tu amigo?

—Os ruego me perdonéis —dijo Kta roncamente—. Temo por vos y por Mim.

—¿Eso es todo?

—No os entiendo.

—¿La queréis?

—Amigo mío. Yo no amo a Mim, pero me es muy querida, y soy responsable de ella como lo es mi padre. Es demasiado anciano para tomar a Mim, pero cuando yo me case, estaré obligado a tomarla como concubina, pues es *chan* y soltera, y no lo lamentaré, pues es una amiga muy querida, y me alegraré de darle hijos que puedan continuar el nombre de Hef. Cuando se la pedisteis a Hef... hicisteis algo terrible. Hef no tiene hijos. Mim es su hija adoptiva, pero todos convinimos en que sus hijos se quedarían en Elas para continuar su nombre y dar vida a su alma cuando muriera. Mim debe tener hijos, y vos no podéis dárselos. Estáis pidiendo la eternidad de Hef y la de todos sus ancestros. La familia de Hef ha sido buena y fiel a Elas. ¿Qué debo hacer, amigo mío? ¿Cómo puedo resolver esto?

Kurt negó con la cabeza sin poder evitarlo, inseguro de si Kta creía que había una respuesta o si todo esto no era más que una forma lenta y dolorosa de decirle que no.

—No sé si podré quedarme en Elas sin casarme con Mim —dijo Kurt—. La quiero mucho Kta. No creo que sea algo que cambie mañana o en la duración de mi vida.

—Hay una vieja costumbre —empezó Kta con lentitud— en la que si muere el marido de la *lechan* y la casa de la *chan* se ve amenazada de extinción... el deber es para con el señor de Elas más próxima. Es algo que ha veces se hace hasta cuando vive el marido de la *lechan*, si no hay niños al cabo de un tiempo.

Kurt no sabía si su rostro había empalidecido o enrojecido, sólo que en ese momento no podía moverse a derecha ni a izquierda, y que se encontraba atrapado mirando a los tristes ojos del nemet. Entonces recuperó el alivio de poder bajar la mirada.

—Podría hasta amar al hijo de mi amigo —repitió como un eco.

Kta se sobresaltó.

—Puede que sea un caso diferente el que se dé entre vosotros dos. Veo cuánto le pertenece vuestro corazón, y hablaré en vuestro favor ante Hef y le daré mi opinión en el asunto. Y si Hef acepta, será sencillo que lo haga mi señor padre y mi señora madre. También hablaré a Mim sobre esta costumbre que llamamos *iquun*.

—Lo haré yo.

—No. Le sería muy doloroso escuchar esas palabras de vuestra boca. Creedme si

os digo que tengo razón. Conozco desde hace mucho a Mim y podré hablarle de esto. Le resultaría más doloroso oírlo de su prometido. Y quizá podemos retrasar el asunto algunos años. Nuestro amigo Hef no está tan viejo. Si su salud desfallece o transcurren los años sin que haya niños, entonces será el momento de invocar el *iquun*. En ese caso deberé tratar tu honor y el de Hef y el de Mim con el mayor de los respetos.

—Sois mi amigo —dijo Kurt. Sé que lo eres de Mim. Que así sea, si ella lo desea así.

—Entonces iré a hablar con Hef.

El compromiso se llevó a cabo de forma necesariamente discreta, confirmándose en la tarde de tres días después. Hef pidió permiso formalmente para que el señor Nym entregara su hija al huésped de Elas, y Kta cedió formalmente su derecho a la persona de Mim ante los dos testigos obligatorios, amigos de la familia: Han t'Osanef u Mur, padre de Bell, y el anciano Ulmar t'Ilev ul Imetan, con todos sus servidores.

—Mim-lechan —dijo Nym—, ¿deseáis este matrimonio?

—Sí, mi señor.

—Y en ausencia de los vuestros, Kurt t'Morgan, os pido que respondáis en vuestro propio nombre. ¿Aceptáis este contrato como un lazo indisoluble, comprendiendo que cuando hayáis jurado deberéis llevar hasta sus últimas consecuencias la ceremonia de este matrimonio, o hacer valer vuestra causa ante las familias presentes? ¿Aceptáis este conocimiento, querido amigo Kurt t'Morgan?

—Acepto.

—Esta es la cláusula de *iquun* en este contrato —dijo Nym con calma—. Los principales son naturalmente Mim y Kurt, y tú, Kta, hijo mío, y Hef, para preservar el nombre de Hef. Se conceden tres años a este acuerdo antes de que se invoque el *iquun*. ¿Es esto aceptable a todos los implicados?

Todos inclinaron la cabeza.

Sobre la mesa había dos pergaminos, y Nym, t'Osanef y t'Ilev se turnaron para poner su sello en cera.

Entonces, la dama Ptas presionó la cera con el pulgar y selló ambos pergaminos. Luego acercó uno *al phusmeha* y lo arrojó a las llamas tras echarle un poco de sal.

Luego puso las manos ante el fuego, entonando una oración tan antigua que Kurt no pudo comprender las palabras, pero que pedía bendiciones para el matrimonio.

—El compromiso está sellado —dijo Nym—. Kurt Liam t'Morgan ul Edward, mira a Mim h'Elas e Hef, tu novia.

Y lo hizo, aunque no había podido, no debía tocarla, durante los largos días que esperaron a la ceremonia. La cara de Mim brillaba de felicidad.

Estaban en lados opuestos de la habitación. Era la costumbre. Los nemet se



divertían atormentando a los jóvenes en sus esponsales, y conocían bastante bien su frustración. Los invitados masculinos, especialmente Bel y Kta, arrastraron a Kurt en una dirección, mientras Aimu y Ptas y las demás mujeres hacían lo propio con Mim, riéndose mucho mientras se la llevaban.

La campana de la entrada sonó, cascabeleando débilmente. Hef se acercó para contestar; el deber y la cortesía que eran corrientes en Elas tenían preferencia sobre la conveniencia, incluso en momentos como éste.

Las burlas cesaron. Los nemet reían mucho entre sí, entre amigos, pero había visitas en la puerta, e invitados y miembros de la casa de Elas adquirieron una actitud seria.

Se oyeron voces. Se oyó a Hef discutir, a Hef que era la encarnación de la cortesía, y el pesado caminar de unos extraños penetrando al vestíbulo, el hueco golpetear de un bastón en la pulimentada piedra, las voces de forasteros elevando el tono al de una disputa.

—En el *rhmei* había silencio. Mim se aferraba al brazo de Ptas con ojos muy abiertos. Nym acudió a recibir a los extraños en el vestíbulo, con Kurt y Kta y los invitados yendo detrás suyo.

Eran hombres de la Methi, de rostro huraño, con las extrañas túnicas que vestían algunos ciudadanos, y el pelo peinado en una única trenza que pendía por detrás. Tenían los ojos rasgados que eran comunes a algunos de los habitantes de Nephane, como Bel, o Han t’Osanef, padre de Bel.

Los guardias de la Methi no dieron el último paso para entrar en el *rhmei*, donde ardía el fuegocorazón. Nym se interpuso en su camino, y Nym, pese a sus cabellos de plata y a ser antiguo miembro del Upei, el concejo de Nephane, era un hombre alto de anchas espaldas. Ya fuera por deferencia al lugar o por miedo a él, no continuaron más allá.

—Estáis en Elas —dijo Nym—. Pensad dónde estáis, caballeros. No os he invitado aquí y tampoco he oído que el *chan* de Elas os haya dado permiso para entrar.

—Las órdenes de la Methi —dijo el mayor de los cuatro—. Venimos por el humano. Este compromiso no está autorizado.

—Entonces llegáis demasiado tarde —dijo Nym—. Si la Methi desea intervenir, estaba en su derecho, pero el compromiso se ha sellado ya.

Eso hizo que retrocedieran.

—Aún así —dijo el jefe de ellos—, debemos llevarle al Afen.

—Elas permitirá que vaya, si así lo desea él.

—Vendrá con nosotros —dijo el hombre.

Han t’Osanef se puso al lado de Nym y frunció el ceño ante los guardias de la Methi.

—T'Senife, te pido que vengas esta noche a la casa de Osanef. Te lo pido, t'Senife... y también al resto de tus compañeros. Acudid con vuestros padres. Hablaremos.

Los hombres se comportaron de un modo muy distinto ante t'Osanef: resentidos, pero mostrando respeto.

—Tenemos deberes que nos retienen en el Afen —dijo el hombre llamado t'Senife—. No tenemos tiempo para eso. Pero le diremos a nuestros padres que t'Osanef habló con nosotros en la casa de Elas.

—Entonces volved al Afen. Os lo pido. Ofendéis a Elas.

—Tenemos nuestros deberes —dijo t'Senife— y debemos volver con el humano.

—Iré con ellos —dijo Kurt, dando un paso adelante. Tenía la sensación de que había en juego mucho más que su persona y se entrometió, con temor, en el odio que llenaba el aire. Kta interpuso una mano, prohibiéndoselo.

—Los invitados de Elas —dijo Nym con terrible voz—, atravesarán la puerta de Elas si así lo desean, y ni la propia Methi tiene poder para que se invada esta antesala. Esperan ante nuestro umbral. Y vos, amigo Kurt, no actuéis contra vuestra voluntad. La ley lo prohíbe.

—Esperaremos afuera —dijo t'Senife ante la mirada de t'Osanef, pero no hicieron reverencia alguna al salir.

—Amigo mío —exclamó Han t'Osanef dirigiéndose a Nym—. Enrojezco por esos jóvenes.

—Eso son —dijo Nym con voz temblorosa—, *jóvenes*. Elas también hablará con sus Padres. No vayáis, Kurt t'Morgan. No estáis obligado a ir.

—Creo que eventualmente no tendré otra opción. Prefiero ir a hablar con Djanmethi cuando es posible hacerlo. —Pero en su mente sabía que no se mostraría razonable. Miró a Mim, asustada y en silencio junto a Ptas. No podía tocarla. Sabía que ni siquiera en un momento así lo comprenderían—. Volveré en cuanto pueda —le dijo.

—Paró a Kta, ante la puerta y antes de ponerse en manos de los guardias, le dijo:

—Cuidad de Mim. No quiero que ni ella ni vuestro padre ni nadie de Elas vaya al Afen. No quiero mezclarla en esto y temo por todos vosotros.

—No tenéis porqué ir —insistió Kta.

—Al final tendría que hacerlo —repitió—. Me habéis enseñado que hay gracia en reconocer lo inevitable. Cuidad de ella.

Y alargó la mano instintivamente para tocar a Kta, al que conocía tan bien, y se contuvo.

Fue Kta quien cogió su mano con un gesto torpe e inseguro que no era nada nemet.

—Ahora tienes familia y amigos. Recuérdalo.

## VI

No hay necesidad de esto —gritó Kurt apartando las manos de los guardias a medida que éstas persistían en empujarle hacia las puertas del Afen.

No importaba lo rápido que caminase, siempre le empujaban o le ponían las manos encima, y, por tanto, la gente en las calles se detenía y miraba de una forma muy poco nemet, embarazosa para la casa de Elas. Estaba seguro de que lo hacían para molestar a Nym, y para no empeorar la escena había admitido el abuso hasta que entraron en el atrio del Afen, donde no había testigos.

Había una gran distancia separando la puerta exterior de hierro y la puerta principal de madera del Afen, y durante este recorrido discutió con ellos, para descubrir que le apartaban de la puerta hacia la que se dirigían.

Conocía el juego. Querían que se resistiese. Lo había hecho y ahora tenían la excusa que buscaban. Empezaron a rodearle.

Echó a correr hacia el único espacio libre que tenía, hacia el extremo del atrio, donde se topó con la cima de la gran peña sobre la que estaba edificado el Afen, un enorme muro de basalto gris. Estaba fuera del alcance de cualquier posible testigo.

Estaban conduciéndole. Lo sabía y pensaba seguirles el juego, mientras tuviera sitio para retirarse, con la intención de devolver con creces el castigo al menos en uno de ellos. T'-Senife, que había insultado a Nym, era el que prefería matar, un individuo de ojos rasgados y una mirada de arrogancia innata.

Pero matarle pondría a Elas en peligro y no se atrevía, pese a saber cómo terminaría la cosa. Arriesgaba la vida de los demás, hasta defendiéndose.

En el muro se abría una pequeña puerta. Se lanzó hacia ella, sorprendiéndoles, apartando desesperadamente la barra de hierro.

Al otro lado se abría un enorme jardín, un jardín pavimentado con mármol, con un solo edificio de altas columnas al extremo, un cubo blanco con tres pilones triangulares formando un arco sobre sus anchos escalones.

Corrió, vio a su izquierda la seguridad del muro que daba a la calle principal de Nephane, a la vista de los viandantes.

Pero, por el bien de Elas, no se atrevía a poner el asunto a la vista pública. Conocía a Nym y Kta, y sabía que intervendrían en el asunto, y se verían perjudicados y sin poder para ayudarle.

Prefirió correr por el blanco patio. Las sandalias de sus pies y las de sus perseguidores retumbaban en las desiertas piedras. Había entrado por la única salida. El lugar era un callejón sin salida, con el templo al fondo, una enorme muralla a un lado y roca viva al otro.

Sus perseguidores aceleraron de pronto la marcha. El hizo lo mismo, pensando que no querían que llegara a ese lugar, un sitio religioso, un santuario.

Subió por los pulidos escalones, ganándose terreno, resbalando y derrumbándose por la prisa y el agotamiento.

Dentro rugía fuego, un enorme cuenco en llamas bullía en su interior, un calor que llenaba todo el lugar y fluía hasta el aire del exterior, un *phusmeha*, tan grande que el brillo hacía que el lugar pareciera de oro y cuyo sonido asemejaba el de un horno.

Se detuvo sin otro pensamiento en la mente que no fuera el terror, azotado por el calor que sentía en el rostro y sintiéndose ahogado en su sonido. Era un *rhmei*, y conocía su carácter sagrado.

Sus perseguidores se detuvieron unos pasos detrás de él. Les miró.

—Baja —dijo t'Senife—. Nos encomendaron que os lleváramos ante la Methi. Si no bajáis será peor para vos. Bajad.

Kurt le creyó. Era un lugar de poder para el que todo toque humano era una impureza. No era un santuario, al menos no para un humano, ninguna Ptas le abriría el *rhmei* y le daría la bienvenida.

Bajó hasta ellos y ellos le cogieron por los brazos y le condujeron por todo el patio hasta la abierta puerta del Afen, arrastrándole detrás de ellos.

Entonces le obligaron a ponerse contra un muro y se cobraron venganza, expertamente, sin dejar marca visible en su cuerpo.

Prefirió no resistirse, tanto por su vergüenza personal como porque sus amigos siempre quedarían a su alcance, especialmente Kta, que consideraría cuestión de honor el vengar a su amigo, aunque fuera en la guardia de la Methi.

Kurt se enderezó todo lo que pudo en el momento que t'Snife le arreglaba el revuelto *ctan*, y volvió a cogerle del brazo.

Le llevaron por una entrada lateral del Afen, por escaleras que no había pisado nunca. Anduvieron por salones conocidos, próximos al centro del edificio.

Les recibió otro de los suyos, un joven vistiendo túnica a rayas y cintas, tan bien parecido como Bel, pero con ojos rasgados y llenos de odio. Los que le llevaban mostraron una gran deferencia. Shan t'Tefur, le llamaban.

Hablaron del compromiso, y de cómo habían llegado demasiado tarde.

—Entonces debemos darle las noticias a la Methi —concluyó t'Tefur, y sus ojos rasgados se clavaron en una habitación con una sólida puerta—. Está vacía. Mantenedle allí hasta que ella sepa las nuevas.

Así lo hicieron. Kurt permaneció sentado en una dura silla junto a una enrejada ventana y evitó las miradas que se clavaban en su espalda, para no proporcionarles excusa para repetir el tratamiento.

T'Tefur volvió por fin para decir que la Methi le recibiría.

Le vería a solas. T'Tefur protestó con una mirada de ira, pero Djan le miró en tal

forma que t'Tefur acabó haciendo una reverencia y dejando la habitación.

Entonces le dedicó a Kurt la misma mirada furiosa.

—Entrar en los recintos del templo fue un error-dijo. —No sé si hubiera podido salvaros de haber entrado en el templo.

—Fue una idea.

—¿Quién os dijo que teníais libertad para establecer contratos en Nephane... como el de casaros con esa nemet?

—No se me dijo que no pudiera. Ni tampoco se le dijo a Elas, o no lo habrían permitido. Os son leales. Y no han sido muy bien tratados.

—Esta irrespetuosidad hacia Elas no es el menor de los problemas que me habéis causado.

Caminó hasta la pared más lejana de la habitación y movió un panel, descubriendo una terraza protegida por muros de cristal. Era de noche. Desde allí se veía todo el mar. Ella miró afuera, dándole la espalda, y permaneció así largo rato. Kurt pensó en el que sería el tema de sus pensamientos, Elas y él.

Luego se volvió y le miró.

—Bueno —dijo—, lamento las inconveniencias que he causado a Elas. Les haré llegar noticia de que estáis a salvo. ¿Aún no habéis cenado, verdad?

Comer era lo último que tenía en mente. Tenía el estómago vacío y dolorido por los nervios y el súbito cambio de comportamiento en la mujer no hacía nada para calmarlo.

—Habéis asustado a mi esposa, me habéis convertido en un espectáculo público en las calles de Nephane, y lo único que quiero ahora es...

—Creo que será mejor que nos ahorremos los discursos —dijo Djan con tono terminante—. Yo voy a cenar. Si queréis discutir el asunto, Shan podrá encontraros alguna habitación segura donde podréis reflexionar sobre el tema. Pero saldréis del Afen, si salís del Afen, cuando yo quiera que salgáis.

Y llamó a una muchacha llamada Pai, que acogió sus órdenes con una profunda reverencia.

—Es *chan* del Afen —dijo Djan cuando se marchó—. La heredé. Es muy leal y muy reservada; grandes virtudes. Su familia sirvió al último methi, hace cien años. La familia de Pai ha sido *chan* de methis incluso antes de la ocupación humana y en el transcurso de la misma. No hay nada en Nephane que carezca de raíces, a excepción de nosotros dos. Olvidad vuestro genio, amigo mío. Yo perdí el mío. Me pasa rara vez. Lo siento.

—Resolvamos entonces todo lo que tengáis que decirme y volveré a Elas.

—Me parece bien —concedió ella tranquilamente, ignorando su ira—. Venid aquí. Sentaos. Estoy demasiado cansada para discutir de pie.

El obedeció, dejando a un lado su aprensión. La terraza era oscura. Ella dejó que

siguiera así, y se sentó en el alféizar, mirando al mar que rugía abajo. Era una vista espectacular de Nephane, con sus luces agitándose al viento debajo de ellos, y el enorme peñón recortándose contra la luna. La superficie del mar iluminada por la luna sólo se veía turbada por la vela de un solo barco saliendo del puerto.

—Si yo fuese más sensata —dijo Djan, cuando Kurt se unió a ella en el alféizar—, si tan sólo fuese algo sensata, había hecho que os hubieran matado hace mucho. Desgraciadamente decidí no hacerlo. Me pregunto lo que haríais en mi lugar.

También él se lo había preguntado.

—Pensaría en las mismas cosas que os han ocurrido —dijo.

—¿Y llegado a la misma conclusión?

—Supongo —admitió—. No os culpo.

Ella sonrió, con irónica diversión.

—Entonces puede que tengamos mejor futuro que los demás humanos que estuvieron en Nephane. Construyeron esta parte del Afen, ¿sabéis? Por eso no tiene *rhmei*, el lugar no tiene corazón. Es único en ese aspecto. La fortaleza sin corazón, el edificio sin alma. ¿Os dijo Kta lo que fue de ellos?

—Los nemet les expulsaron. Sólo sé eso.

—Los humanos gobernaron Nephane durante veinte años. Pero se mezclaron con los nemet. La amante del comandante de la base era de una gran familia de indras, de Iraian. Los humanos eran muy crueles con los nemet, y disfrutaban humillando así a las Grandes Familias. Pero, una noche, ella dejó entrar a sus hermanos y todo Nephane se alzó en una rebelión contra los humanos. Fue una noche que tuvo lugar una gran celebración y la mayoría de los humanos estaban borrachos de *telise*. Y perdieron sus máquinas y huyeron al sur y se convirtieron en los tamurlin; se convirtieron en animales en una sola generación. Sólo el ancestro de Pai, On t'Erefe defendió a los humanos en el Afen, por ser *chan* y estar obligado a defender a su señor humano. El methi humano y On murieron juntos, en la antesala. Los demás lo hicieron en el patio, y los que fueron capturados llevados allí y ejecutados.

He leído los informes anteriores a su caída y por ellos me enteré que les falló la nave de suministros. No volvió nunca, probablemente debió ser destruida en el viaje de vuelta, tras informar en Aeolus. Debió ser una baja más de la guerra; pasaría desapercibida. Pasaron los años e hicieron que los nemet les odiasen. Les amenazaron durante veinte años con el inminente regreso de la nave y la amenaza fue perdiendo fuerza. Ese fue su fin. Cuando llegamos nosotros, los nemet creyeron que la amenaza se había hecho realidad y que iban a morir todos. En lo que a mis compañeros competía, podríamos haber destruido Nephane sólo para asegurarnos el control del lugar. Yo no pensaba permitirlo. Cuando liberé a los nemet de la amenaza inmediata de mis compañeros, me convirtieron en methi. Algunos dijeron que me envió el destino; creen lo mismo de vuestra presencia. Para un indras no pasa nada sin una

finalidad lógica. Su universo es completamente racional. Les admiro profundamente por eso. Hay mucho en esa gente que vale la pena. Y creo que estáis de acuerdo conmigo. Es evidente que os habéis establecido a gusto en Elas.

—Son mis amigos.

Djan se reclinó, apoyándose en el antepecho y miró por encima de su hombro. El barco estaba a punto de abandonar la bahía.

—Este es un modo de pocas prisas y mucha reflexión. ¿Podéis imaginar dos barcos como ese yendo el uno contra el otro en una batalla? Nuestras naves viajan más rápidas que el pensamiento, pasas de no ver nada a estar encima del objetivo, atacar y desaparecer. Pero esas naves con sus velas y remos... para cuando se ponen al alcance del rival ha habido tiempo sobrado para pensar. Hay una terrible intencionalidad en los nemet. Maniobran tan lentamente, pero cuando se marcan un rumbo se mantienen en él.

—No habláis de naves.

—¿Sabéis lo que hay al otro lado del mar?

El corazón le dio un vuelco; pensó en Mim, y lo primero que pensó fue que Djan lo sabía. Pero no dejó que esto se reflejara en su rostro.

—Indresul —dijo—. Una ciudad hostil a Nephane.

—Vuestros amigos de Elas son indras. ¿Lo sabéis?

—Eso he oído, sí.

—Igual sucede con la mayoría de las Grandes Familias de Nephane. En tiempos, los indras establecieron aquí una colonia, cuando conquistaron la fortaleza de Chteftikan, tierra adentro. Edificaron esta fortaleza con esclavos sufakis capturados en la guerra. Indresul no siente aprecio alguno por los indras nephanitas, pero nunca ha olvidado que, gracias a ellos, tiene cierto derecho sobre esta ciudad. La quiere. Camino por un sendero muy angosto, Kurt Morgan, y vuestros amigos indras de Elas y todo ese entrometerse en cuestiones de los nemet son una preocupación en un momento en que no puede permitirme preocupaciones. Necesito tranquilidad en esta ciudad. Haré todo lo necesario para asegurármela.

—No he hecho nada —dijo—, excepto dentro de Elas.

—Desgraciadamente —dijo Djan—. Elas no hace nada que carezca de repercusiones en Nephane. Son consecuencias de la riqueza y el poder. Esa nave se dirige a Indresul. La methi de Indresul ha evadido todos mis intentos de entablar un diálogo. No podéis imaginar cuánto desprecia a los sufakis y los humanos. Bueno, al menos enviarán un embajador, un tal Mor t'Uset ul Orm, un canciller de mucha importancia en Indresul. Vendrá cuando vuelva ese barco. Y sería preferible que no llegara a su atención este matrimonio vuestro, comentado hoy en el mercado.

—No tengo deseos de que nadie se fije en mí.

La mirada que ella le dirigió fue gélida. Pero en ese momento entraron Pailechan

y otra chica y trajeron té y *telise* y un refrigerio, colocándolo todo sobre la mesita baja de la terraza.

Djan hizo que se marcharan, aunque la tradición exigía que alguien sirviese. Las *chani* hicieron una reverencia y salieron.

—Uníos a mí —dijo—, tomando alguna cosa, ya que no en otras cuestiones.

Había recuperado el apetito. Empezó a comer y se descubrió hambriento. Comió bastante para aplacarse y no hizo reparos cuando ella le sirvió *telise* pero puso la copa a su lado. Djan sacó los platos, volvió y se sentó a su lado. Hacía mucho que la nave había dejado el puerto y este sólo veía turbada su superficie por el viento y la luna.

—Es tarde —dijo él—. Desearía volver a Elas.

—Esa chica nemet. ¿Cómo se llama?

La comida pareció de plomo dentro de su estómago.

—¿Cómo se llama? —repitió.

—Mim —dijo, y cogió la copa de *telise*, tragando parte de su vaporoso fuego.

—¿Comprometisteis a la chica? ¿Es esa la razón de este matrimonio repentino?

La copa se heló en su mano. La miró, y se dio cuenta que sólo repetía lo que había oído decir, y enrojeció por la ira, no por el *telise*.

—Estoy enamorado de ella.

Los fríos ojos de Djan descansaron en él, calibrando.

—Los nemet son un pueblo hermoso. Tienen cierto atractivo. Y supongo que las mujeres nemet tienen cierto atractivo para un hombre de nuestra especie. Siempre dejan que sus hombres tengan razón.

—No os dará problemas —dijo.

—Estoy segura de que no. —Dejó que la insinuación flotara un instante en el aire y luego se encogió de hombros—. No tengo nada personal contra la chica. Espero que nunca tenga que plantearme ese problema. Confío en vuestro buen sentido. Casaos con ella. De cuando en cuando descubriréis, al igual que yo, que no podéis soportar por más tiempo los pensamientos, actitudes y aspectos de los nemet, y sus prejuicios. A mí me ha afectado, lo admito. De no ser así, estaríais haciendo compañía a los peces o a los tamurlin. Prefiero pensar que somos compañeros, humanos, y razonablemente civilizados. Esa Mim sólo es *chan*; al menos os proporcionará cierta respetabilidad si vais con cuidado. Supongo que no es tan mala elección, así que no creo que este matrimonio me cause muchos inconvenientes. Espero que me comprendas... Kurt.

La copa tembló en su mano. La puso a un lado para que sus dedos no rompieran el frágil cristal.

—Te estás jugando el cuello, Djan. No me fuerces.

—Yo no fuerzo más de lo necesario para hacerme entender. Y creo que nos entendemos a la perfección.



## VII

La gris luz del amanecer llegó a Nephane, abriéndose paso entre la niebla que lo cubría todo menos los muros superiores del Afen. La empedrada calle que se abría ante la puerta del Afen estaba húmeda y las pocas personas que tenían asuntos que resolver a esas horas caminaban envueltas en sus capas.

Kurt se paró ante la puerta de Elas, e intentó abrirla esperando, inútilmente, que no estuviera cerrada. Luego llamó con suavidad, no queriendo despertar a toda la casa.

Antes de lo que esperaba, oyó el sonido de unos pasos que se acercaban a la puerta desde dentro y titubeaban. No se movió de donde estaba para que pudieran verle por la mirilla.

Desatrancaron la puerta, ésta se abrió hacia adentro, y apareció Mim con su ropa de noche. Se arrojó a sus brazos lanzando un sollozo de alivio y le abrazó con fuerza.

—Calma, calma. Todo está bien, todo está bien.

Permanecieron un momento en el umbral. Luego él la llevó al interior y cerró atrancando la pesada puerta. Mim se secó las lágrimas con su ancha manga.

—¿Están despiertos? —susurró.

—Al final se fue todo el mundo a la cama. Yo me levanté y esperé en el *rhmei*. Esperaba... esperaba que volvieras. ¿Estás bien, mi señor?

—Bastante.

La cogió del brazo y caminó con ella hasta el calor del *rhmei*. Los ojos de ella brillaban a su luz y sus manos las de él tan suavemente como el soplo de una brisa.

—Estás temblando —dijo ella—. ¿Es el frío?

—El frío y el cansancio.

Le resultaba muy duro volver a hablar nechai tras horas de hacerlo en lenguaje humano. Volvió a recuperar el acento.

—¿Qué quería?

—Me hizo preguntas. Me ha mantenido despierto toda la noche, Mim. Sólo quiero subir y dormir algo. No te preocupes. Estoy bien, Mim.

—Mi señor —dijo ella con voz ahogada por las lágrimas—, no debe mentirse ante el *phusmeha*. Perdóname, pero sé que estás mintiendo.

—Déjame solo, Mim, por favor.

—No es por las preguntas. Si lo es, mírame fijamente y dime que eso fue todo.

El lo intentó, y no pudo. Los oscuros ojos de Mim estaban llenos de tristeza.

—Lo siento —fue todo lo que pudo decir.

Las manos de ella apretaron las de él. La terrible mirada de sus ojos oscuros no le dejaba marchar.

—¿Deseas romper el contrato o deseas seguir adelante con él?

—¿Y tú?

—Si lo quieres así.

El apartó con su mano helada un mechón de pelo del rostro de ella y le enjugó las lágrimas.

—No la quiero —dijo, y luego, en tributo a la honestidad de Mim—: Pero sé cómo se siente, Mim. A veces, yo también me siento así. Hay veces en que todo Elas me resulta extraño y quiero ser humano aunque sólo sea por un breve espacio de tiempo. Eso es lo que obtengo con ella.

—Puede darte hijos y serías señor de todo Nephane.

El la abrazó con fuerza. El suave perfume a hojas de *aluel* en su ropa, la frescura de su piel, y recordó el olor a productos sintéticos y alcohol de Djan, humanos y, por un momento, placenteros. Había bondad en Djan; eso la hacía peligrosa, pues ponía en peligro su orgullo.

Ponía en peligro a Elas.

—No sentiría de otra forma si Djan quisiera casarse, que no es el caso, pero no puedo decirte que esta es la última vez que voy al Afen. Si no podrás soportarlo, dímelo ahora.

—Sería concubina y no primera esposa, si ése fuera tu deseo.

—No —dijo, dándose cuenta de cómo lo había entendido—. No, la única razón por la que te apartaría de mí sería para protegerte.

Ella se alzó de puntillas y tomó el rostro de él entre sus sedosas manos y le besó con ternura. Luego retrocedió, con las manos aún levantadas, como si estuviera insegura de su reacción. Parecía asustada.

—Mi señor marido —dijo, ya que podía permitírsele al estar prometidos. Las palabras sonaron de forma extraña, y ella se tomó libertades con él que ninguna honorable dama menet se permitiría con su prometido, ni siquiera estando a solas con él. Pero ella dejó a un lado los modales para complacerle, quizá, temió él, luchando por él a su desesperada manera.

El la abrazó con fuerza y luego la soltó.

—Mim, por favor, vete antes de que alguien despierte y te vea. Debo hablar con Kta.

¿Le dirás lo que ha sucedido?

—Eso pretendo.

—Por favor, no traigas la violencia a esta casa.

—Vete, Mim.

Ella le dirigió una mirada de angustia, pero hizo lo que le pedía.

No llamó a la puerta de Kta. Ya se había hecho demasiado ruido en la dormida casa. En vez de eso la abrió y se deslizó dentro, cruzó el cuarto y apartó la cortina que aislaba la zona dormitorio antes de decir el nombre de Kta.

El nemet despertó con un sobresalto y un juramento, miró a Kurt con ojos sorprendidos, luego rodó fuera de la cama y se envolvió en un Kilt.

—Dioses —dijo—, estás mortalmente pálido, amigo ¿Qué ha sucedido? ¿Estás bien? ¿Hay algún...?

—Acabo de explicarle la situación a Mim —dijo Kurt, y descubrió que le temblaban las pierans; la reacción retardada a todo lo que había pasado—. Necesito consejo, Kta.

Kta le indicó una silla.

—Siéntate, amigo mío. Recupera la compostura y te ayudaré si consigues explicármelo. ¿Debo prepararte algo de beber?

Kurt se sentó e inclinó la cabeza, y entrelazó los dedos detrás de ella hasta que consiguió recuperar la calma que era patrimonio de Elas. El olor a incienso, la difusa luz del *phusa*, el sentimiento de placidez, todo esto le confortó y el pánico le abandonó, aunque no el miedo.

—Estoy bien —dijo—. No, no te preocupes de eso.

¿Acabas de llegar? —le preguntó Kta, pues el alba hacía su aparición por la ventana.

Kurt asintió, le miró a los ojos, y Kta dejó que el aliento siseara lentamente entre sus dientes.

—¿Es algo personal? —preguntó Kta con admirable delicadeza.

—Todo Elas parece haber interpretado las cosas mejor que yo cuando tuve que ir al Afen. ¿Era tan obvio? ¿Es que ya lo sabe todo Nephane, o hay algo privado en esta ciudad?

—Al menos lo sabe Mim. Kurt, Kurt, luz del cielo, no había necesidad de adivinar. Cuando los hombres de la Methi vinieron para decirnos que estabas a salvo, fue bastante obvio pensando en la reacción de la Methi ante el compromiso. No te avergüences, amigo mío. Siempre hemos sabido que tu vida estaba unida a la de la Methi. Nephane lo dio por supuesto el mismo día que llegaste. Hablando llanamente, fue el compromiso, con Mim lo que sorprendió a todo el mundo. Creo que la verdad tiene su momento y lugar, aunque sea amarga. Sí, todo Nephane lo sabe, y no se sorprende en absoluto.

Kurt profirió un juramento, uno humano y vulgar, y miró por la ventana, incapaz de mirar al nemet.

¿Sientes amor por la Methi?

—No —dijo con dureza en la voz.

—Tú elegiste ir —le recordó Kta—. Elas podía haber luchado por ti.

—Elas no tiene cabida en esto.

—No tendríamos honor si permitiéramos que nos protegieses de esa forma. Pero no teníamos claro cuales eran tus deseos en esta cuestión. —¿Deseabas que

interviniésemos?

—No lo deseaba —respondió.

—¿Era ese el deseo de tu corazón? ¿O sigues pensando en protegernos? Nos debes la verdad, Kurt. Dinos sí o no y creeremos que hiciste lo que deseabas.

—No amo a la Methi —dijo en voz átona—, pero no quiero que Elas se vea envuelto entre nosotros.

—Eso no me dice nada.

—Supongo que no será la última vez —dijo, descubriendo que le resultaba difícil afrontar la mirada y la amabilidad de Kta—. Se lo debo. Si mi comportamiento ofende el honor de Elas o de Mim, dímelo. No deseo traer la miseria a esta casa, y mucho menos a Mim. Dime qué debo hacer.

—La vida es una poderosa necesidad —dijo Kta—. Protestas diciendo que odias a la Methi, y puede que ella te odie a ti, pero la necesidad de sobrevivir y perpetuar vuestra especie, quizá sea un sentido del honor que supera a cualquier otro honor. Mim me ha hablado de esto.

Kurt se sintió mareado al pensar en eso. En ese momento no deseaba ni sobrevivir.

Mim te honra mucho. Si lo que tu corazón siente por ella ha cambiado... aún así, sigues comprometido, amigo mío. Yo temía esto, y Mim lo anticipaba. Te suplico que no pienses en romper tus votos con Mim; eso la deshonoraría. *Ai*, amigo mío. Somos un pueblo que no cree en los matrimonios repentinos, pero si esta vez nos dejamos llevar por el corazón, fue por el deseo de haceros felices a Mim y a ti. Espero que en vez de eso no hayamos sido crueles. No puedes deshacer lo que has hecho con Mim.

—No quiero. No quiero cambiar eso.

—Entonces, todo está bien.

—Tengo que vivir en esta ciudad. ¿Cómo verá esto la gente y cómo afectará a Mim?

Kta se encogió de hombros.

—Eso es problema de la Methi. Es corriente que un hombre tenga obligaciones con más de una mujer. Naturalmente, no se puede tener a la Methi de Nephane como a una vulgar concubina. Pero es a la mujer de la casa la que corresponde encargarse de las propiedades y a ella corresponde obtener la respetabilidad. Es lo que hace que una mujer sea honorable, tal y como hemos hecho por Mim. Si una mujer no lo hace, o su familia no se encarga de hacerlo, eso recaerá sobre su cabeza, no sobre la tuya. Aunque una Methi puede hacer lo que le plazca, y siempre ha sido un problema concurrente con los methis, especialmente con los humanos, y el finado Thehal-methi de Indresul fue famoso por eso. Djan-methi es eficiente. Es una buena methi. El pueblo tiene pan y paz, y mientras esto dure, sólo obtendrás honores relacionándote con ella. Lo único que me preocupa es que tus sentimientos puedan volverse hacia las

cosas humanas, y Mim se convierta en alguien de un pueblo extraño que te entretuvo durante una temporada.

—No.

—Te suplico me perdones si esto no llega a pasar.

—No pasará.

—He ofendido a mi amigo —dijo Kta—. Sé que cada vez eres más nemet, y confío en esa parte de ti, pero, perdóname, pero no sé cómo comprender a la otra parte.

—Haría cualquier cosa para proteger a Mim, o a Elas.

—Entonces —dijo Kta con gran seriedad—, piensa como un nemet, no como un humano. No hagas nada sin tu familia. No escondas nada a tu familia. Las Familias son sagradas. Hasta la Methi carece de poder para hacerte daño si estas con nosotros y nosotros contigo.

—Entonces no conoces a Djan.

Hay leyes, Kurt. La ley la obliga, siempre y cuando no te hayas alzado en armas contra ella o la hayas desafiado directamente. Tiene que ir al Upei, y una disputa, perdóname, con su amante, difícilmente es el asunto que se presenta al Upei.

—Sólo tiene que encomendarle a ti y a *Tavi* que navegúis hasta el confín del mundo conocido. Tiene alternativas, Kta.

—Si la Methi decide enfrentarse a Elas, habrá elegido un mal oponente. Elas estaba aquí antes de que llegase la Methi, y antes de que el primer humano pisara este suelo. Conocemos a nuestra ciudad y nuestro pueblo, nuestra voz se oye en consejos a ambos lados del Mar Divisor. Cuando Elas habla en el Upei, las Grandes Familias prestan atención, y ahora la Methi no se atreve a llevarse mal con las Grandes Familias. Su posición no es tan segura como puede parecer, y ella lo sabe muy bien, amigo mío.

## VIII

La nave que volvía de Indresul entró en el puerto estando ya avanzada la tarde del día previsto de llegada. Era una virreme con una vela roja, el emblema internacional de una nave que reclama inmunidad ante un ataque, le explicó Kta a Kurt mientras esperaban en el puerto. Sería una blasfemia contra los dioses atacar un barco que llevara tal color o reclamar esa inmunidad sin una causa justificada.

La multitud de nephanitas guardó un silencio ominoso cuando el embajador dejó el barco y bajó a tierra. Con una actitud muy nemet, la gente no estalló en gritos de odio, sino que se apartó creando un camino para que pasara la escolta del embajador, dejando así bien claro que no era bien recibido en Nephane.

Mor t'Uset ul Orm, de cabellos blancos y rostro huraño, subió a pie la colina hasta llegar a la altura del Afen, y no prestó atención a los insultos en voz baja que se proferían a su espalda.

—La casa de Uset, la de este lado del Mar Divisor, no abrirá hoy sus puertas —dijo Kta, a medida que avanzaban colina arriba por entre la multitud—. Tampoco acudirán hoy al Upei por esa misma vergüenza.

¿Vergüenza por Mor t'Uset por el pueblo de Nephene?

Por ambos. Es algo terrible que haya una casa dividida. Los Guardianes de Uset a ambos lados del mar están en conflicto. *El, el*, tener que luchar con los tamurlin ya es bastante triste de por sí; mucho peor es que dos razas guerreen entre sí por esta tierra, pero cuando uno piensa en guerrear contra la propia familia, donde se comparten Ancestros y dioses, y cuyo corazón una vez ardió con el mismo fuego... *al*, que el cielo nos guarde de semejante día.

—No creo que Djan lleve esta ciudad a la guerra. Conoce muy bien las consecuencias.

—Ningún bando la quiere —dijo Kta—, y los indras de Nephane menos que nadie. Nuestra disputa con...

Kta guardó silencio cuando llegaron al lugar donde la calle desembocaba en el pórtico de la muralla defensiva. Un hombre llegaba a la puerta en dirección contraria y se detuvo a mirarlos. Era alto, fuerte, vestía la trenza y la túnica a rayas que no era extraña a los barrios bajos ni entre la guardia de la Methi.

Kurt le reconoció al momento. Shan t'Tefur. El odio parecía residir permanentemente en los rasgados ojos de t'Tefur. El corazón de Kurt aceleró su latir por un momento y sus músculos se tensaron, pues t'Tefur se había detenido ante la puerta y parecía dispuesto a bloquearles el camino.

Kta se pegó a Kurt, le cogió del brazo por debajo de los pliegues del *ctan* y le empujó a través del pórtico, dejando bien claro que no se detendría.

—Ese hombre —dijo Kurt, resistiendo las ganas de mirar atrás, pues la mano de

Kta continuaba sujetándole, advirtiéndole—. Ese hombre es del Afen.

—No te detengas —dijo Kta.

No se detuvieron hasta llegar a la calle principal, esa zona próxima al Afen perteneciente a las casas de las Familias grandes e irregulares, entre las que destacaba Elas como la más prominente. Kta pereció calmarse aquí y aminoró el paso a medida que se acercaban a Elas.

—Ese hombre —dijo Kurt, entonces—. Le conocía cuando me llevaron al Afen. Me condujo a las habitaciones de la Methi. Se llama t'Tefur.

—Conozco su nombre.

—No parecen gustarle los humanos.

—Dudo que sea eso. Es algo de tipo personal. No siente afecto por ninguno de nosotros. Es sufaki.

—Lo he notado. Entonces, ¿las túnicas y la trenza no son el uniforme de la guardia de la Methi?

—No. Es sufaki.

—Osanef... es sufaki. Han t'Osanef y Bel no llevan...

—No. Osanef es sufaki, pero el *jafikn* el pelo largo trenzado, es una antigua costumbre: la trenza del guerrero. Nadie se la hacía desde la Conquista. Los sufaki lo tenían prohibido. Los espíritus rebeldes han resucitado la costumbre en años recientes, junto con las Ras de Color que diferencian a sus casas. Sobrevivieron tres casas sufakis de la antigua aristocracia, y t'Tefur pertenece a una de ellas. Es un hombre peligroso. Se llaman Shan t'Tefur u Tlekefu Shan Tefur, que es como prefiere ser llamado. Es el peor enemigo de Elas, y también tuyo, y no sólo por culpa de Elas.

—¿Porque soy humano? Pero creía que los sufaki no tenían un odio especial a... —Y se le ocurrió, al tiempo que se sonrojaba.

—Sí. Es amante de la Methi desde hace muchos meses.

¿Qué dicen vuestras costumbres que debo hacer al respecto?

—La costumbre sufaki dice que él tiene que obligarte a luchar con él. Algo que no debes hacer. En absoluto.

—Kta, puedo estar indefenso en muchos aspectos de los nemet, pero si quiere provocar una lucha... eso es algo que puedo entender. ¿Te refieres a una simple pelea, o a una pelea a muerte? No tengo deseos de matarle por ella, pero no pienso...

—Escúchame. Atiende a lo que voy a decirte. Debes evitar una pelea con él. No cuestiono tu valor o tu habilidad. Te lo pido por el bien de Elas. Shan t'Tefur es peligroso.

—¿Crees que permitiré que me maten? ¿Es peligroso en ese sentido o lo es en algún otro?

—Tiene influencia entre los sufaki. Busca más poder del que puede otorgarle la Methi. Has hecho que pierda honor y has amenazado su posición. Resides en Elas, y

descendemos de Indras. Hasta ahora, y aunque me haya nombrado su intérprete, la Methi se ha sentido predispuesta hacia los sufaki. Está rodeada por sufakis, amigos de Shan t'Tefur, y ha obtenido mucho poder gracias a ellos, tanto que ha preocupado a las Grandes Familias. Y ahora, de pronto, Shan t'Tefur ha descubierto que pisa terreno inseguro.

Caminaron un momento en silencio. Pensamientos cada vez más amargos y vergonzosos les hacían compañía. Kurt miró al nemet.

—Impediste que me ahogara. Salvaste mi vida. Me diste todo lo que tengo, con permiso de Djan. Fuiste a ella e intercediste por mí, y de no ser por eso yo estaría... no estaría ahora caminando libremente por las calles. Así que no malinterpretes lo que quiero decir, pero dijiste que todo el mundo supo que me relacionaría con la Methi desde el momento en que llegué a Nephane. ¿Me utilizaste para esto? ¿Me condujiste a ella, como un arma de Indras contra Shan t'Tefur?

Y Kta no contestó al momento, para su pesar.

—¿Entonces es verdad? —preguntó Kurt.

—Kurt, te has casado en mi casa.

—¿Es cierto? —insistió.

—No sé cómo entiende las cosas un humano —protestó Kta—. O bien me atribuyes motivos que nunca tendría un nemet, o no piensas lo que sería obvio para un nemet. Dioses, Kurt...

—Contéstame.

—Cuando te vi por primera vez, pensé: Es de la especie de la Methi. ¿No era muy obvio? ¿Hay alguna ofensa en esto? Y pensé: Debe tratársele con amabilidad, ya que es alguien de buen talante, y algún día puede llegar a ser más de lo que parece. Y entonces tuve un pensamiento indigno: Sería beneficioso para tu casa, Kta t'Elas. Y no hay ofensa en ello. En aquel momento sólo eras un humano para mí; y eso no compromete moralmente a un nemet. Te ofendo. Te causo dolor. Pero así fue. Ahora pienso de otra manera. Estoy avergonzado.

—Así que Elas me acogió... para utilizarme.

—No —dijo Kta rápidamente—. Nunca habríamos abierto...

Sus palabras murieron al ver que Kurt seguía mirándole.

—Adelante —dijo Kurt—. ¿O lo he entendido ya?

Kta le miró directamente a los ojos, señal de contricción en un nemet.

—Elas es sagrado para nosotros. Te debo una verdad. Nunca te habríamos abierto las puertas, ni a nadie. Muy bien, lo diré: es impensable que yo expusiera mi corazón a la influencia humana, por muchas ventajas que hubiéramos podido esperar de la Methi. Nuestra hospitalidad es sagrada, y no se pone a la venta por un favor. Pero cometí un error en mi apresuramiento por ganarme tu favor, te di mi palabra, y la palabra de Elas también es sagrada. Así que te acepté. Deja que nuestra amistad



sobreviva a esta verdad, amigo mío: cuando las otras Familias reprocharon a Elas que acogieran a un humano en el *rhmei*, argumentamos que era preferible que el humano estuviera en una casa de Indras a que fuera enviado a una de Sufak, pues la influencia sufaki ya era peligrosamente poderosa. Y creo que Djan-methi también tuvo en cuenta otra cosa al recibirme, que tu vida estaría en constante peligro en una casa Sufak. Esto era debido al honor de Shan t'Tefur, aunque sea algo que no me atrevo a decir con palabras. Así que te envié a Elas. Creo que temía la reacción de t'Tefur hasta en el caso de que te quedaras en el Afen.

—Comprendo —dijo Kurt, porque resultaba adecuado decir algo. Las palabras le dolían. No confiaba en poder decir mucho.

—Elas te ama y te honra —dijo Kta, y bajó la mirada cuando Kurt no le respondió y, con lo que pareció requerir mucha reflexión, extendió cuidadosamente la mano para coger la suya, tocándole como Mim, con la suavidad de una pluma. Era un gesto antinatural para el nemet; estaba copiado, estudiado, ofrecido ahora en la vida pública como un acto de desesperación.

Kurt se detuvo, y apretó los dientes contra las lágrimas que amenazaban brotar por sus ojos.

—Evita a t'Tefur —suplicó Kta—. Si el amigo de la casa de Elas mata al heredero de Tefur, o si él te mata a ti, las muertes no se pararán ahí. Te provocará si puede. Sé sabio. No le dejes hacerlo.

—Lo comprendo. Ya te lo he dicho.

Kta miró al suelo, abocetó una reverencia. Dejó caer su mano. Continuaron caminando, acercándose a Elas.

—¿Tengo un alma? —preguntó Kurt de pronto, y le miró.

El rostro del nemet mostraba sorpresa, miedo.

¿Tengo un alma? —volvió a preguntar Kurt.

—Sí —dijo Kta, pareciendo que le resultaba difícil hacerlo.

Kurt pensó que había sido una admisión que le había costado a Kta algo de su paz mental.

\* \* \*

El Upei, el consejo, se reunió aquel día en el Afen, suspendiéndose al ponerse el sol, tal como indicaba la ley, para volver a reunirse cuando amaneciera.

Nym volvió a casa con el crepúsculo, y en la misma puerta saludó a dama Ptas y a Hef. Cuando llegó al *rhmei*, dónde había luz, el senador parecía exhausto, totalmente agotado. Aimu se apresuró en traer agua para el laboratorio, mientras Ptas preparaba el té.

No se habló de nada importante durante la comida. Asuntos como los que tenía

Nym en mente se reservaban para el té que se tomaría a continuación. En vez de tocar el tema, Nym preguntó cortésmente por los preparativos para la boda de Mim, y la de Aimu, pues las dos se pasaban los días bordando, planeando y discutiendo las inminentes bodas, manteniendo la casa alborotada con su feliz excitación y ocasionales lágrimas, y Aimu bajó la mirada con un gesto encantador y dijo que casi había completado su ajuar y que estaban trabajando juntas en el de Mim, pues, creía Aimu, que su amado humano no elegiría el largo compromiso formal que ella había decidido con Bel.

—Me encontré con nuestro amigo el anciano t’Osanef —dijo Nym en respuesta a esto—, y no es muy improbable, pequeña Aimu, que adelantemos la fecha de vuestra boda.

—El —murmuró Aimu, con ojos abiertos por la sorpresa—. ¿En cuánto, honrado Padre?

—Puede que dentro del siguiente mes.

—¿Hay tanta prisa, amado esposo? —exclamó Ptas con desmayo.

—Ahí habla una madre —dijo Nym con ternura—. Aimu, hija, puedes preparar con Mim otro poco de té. Y luego continuar con tu labor. Tenemos asuntos que resolver.

—¿Debo...? —preguntó Kurt, ofreciéndose a salir.

—No, no, invitado nuestro. Sentaos con nosotros, por favor. Este asunto concierne a la casa, y pronto seréis de los nuestros.

Se trajo el té y se sirvió con toda formalidad. Luego se retiraron Mim y Aimu, dejando a los hombres de la casa y a Ptas. Nym tomó un sorbo y miró a su esposa.

—¿Tienes alguna pregunta, Ptas?

—¿Quién ha pedido que se adelante la fecha? ¿Osanef? ¿O fuiste tú?

—Ptas, me temo que entraremos en guerra. —Y continuó hablando en el tenso silencio que había provocado esta palabra—. Si queremos este matrimonio deberemos apresurarnos todo lo que nos permita la decencia. Una boda entre sufakis e indras puede salvar la división existente entre las Familias y los hijos del Este. Esa es nuestra esperanza, pero debe ser cuanto antes.

La dama de Elas derramó unas lágrimas en silencio y las enjugó con el borde de su chal.

—¿Qué van a hacer? No está bien, Nym, no está bien que lleven consigo semejante carga.

¿Qué harías tú? ¿Romper el compromiso? Eso es imposible. Nos correspondería a nosotros el pedirlo. No. Y si el matrimonio ha de celebrarse, debe ser cuanto antes. Con la amenaza de guerra, Bel querrá dejar un hijo para salvaguardar el nombre de Osanef. Es el último de su estirpe. Como tú, Kta, hijo mío. Supero los sesenta años de edad, y hoy me he dado cuenta de que no soy inmortal. Hace ya años que debiste

poner a mis pies a un nieto.

—Sí, señor —dijo Kta en silencio.

—No puedes llorar eternamente a los muertos, me gustaría que hicieras alguna elección, y así sabría cómo complacerte. Si hay alguna joven de las Familias que haya tocado tu corazón...

Kta se encogió de hombros y miró al suelo.

—Quizá las hijas de Rasim o de Irain... —sugirió su padre amablemente.

—Tai t'Isulan —dijo Kta.

—Una chica encantadora —dijo Ptas—, y será una dama ideal.

Kta volvió a encogerse de hombros.

—Aún es una niña, pero al menos la conozco, y no creo resultarle desagradable.

—Tiene... ¿cuántos?, ¿diecisiete? —preguntó Nym, y cuando Kta lo ratificó—: Isulan es una casa muy piadosa. Pensaré en ello y puede que hable con Ban t'Isulan si no has cambiado de idea dentro de unos días. Hijo mío, lamento tener que cargarte tan repentinamente con este asunto, pero eres mi único hijo, y vivimos tiempos apesurados. Ptas, escancia un poco de *telise*.

Ella lo hizo así. Los primeros sorbos se bebieron en silencio. Era lo adecuado. Luego Nym suspiró con suavidad.

—El hogar es maravilloso, esposa. Ojalá pudiéramos estar siempre como en esta noche.

—Que así sea —repitió respetuosamente Ptas, y Kta hizo lo mismo.

—El asunto del consejo —dijo Ptas—. ¿Qué se ha decidido?

Nym frunció el ceño y miró al vacío.

—T'Uset no ha venido para traeros la paz, sólo más exigencias de la Methi Ylith. Djan-methi no estuvo hoy en el Upei; no parecía oportuno. Y sospecho que...

Su mirada se desplazó hasta detenerse en Kurt, meditando, y el rostro de Kurt enrojeció. El se recogió para marcharse, pero Nym se lo prohibió con un gesto de la mano y volvió a sentarse, haciendo una reverencia y sin mirar a los ojos de Nym.

—Nuestras palabras pueden ofenderte —dijo Nym—. Espero que no.

—He aprendido que mi pueblo se ha hecho merecedor de pocas bienvenidas.

—Amigo de mi hijo —dijo Nym con gentileza—, tu sabia y pacífica actitud es un adorno para esta casa. No te afrontaré repitiendo las palabras de t'Uset. Se probó imposible razonar con él; los indras de la ciudad madre odian a los humanos, y no negociarán con Djan-methi. Y ése no es el último de nuestros problemas. —Sus ojos buscaron a Ptas—. T'Tefur ya había provocado una amarga discusión incluso antes de que t'Uset se hubiera sentado, exigiendo que no se le permitiera estar presente durante la Invocación.

—Luz del cielo —murmuró Ptas—. ¿Y lo oyó t'Uset?

—Estaba en la puerta.

—Hoy nos cruzamos con el joven t'Tefur —dijo Kta—. No se pronunció palabra, pero su actitud era provocativa y deliberada, dirigida contra Kurt.

—¿Es así? —dijo Nym, preocupado, y mirando a Kurt, añadió: - No caigas en sus manos. No te pongas donde puedas ser una causa, amigo nuestro.

—Estoy advertido —dijo Kurt.

—Hoy, en el Upei, hubo palabras entre la casa de Tefur y la casa de Elas, y debemos estar en guardia. T'Tefur blasfemó al negar la invocación, y yo le contesté como correspondía a su comportamiento. El me acusó de traición, que cuando oramos en privado seguimos haciéndolo en nombre de Indresul la resplandeciente. Esto se dijo y t'Uset lo oyó.

—Y por esto tendremos que soportar que nos maldigan en el fuego —corazón de Elas-en-Indresul, y que nuestro nombre se pronuncie de forma infamante en el Altar del Hombre.

—Madre —dijo Kta, haciendo una reverencia hasta tocar el suelo—. No todos los sufaki piensan así. Bel nunca sentiría así. Nunca.

—Los partidarios de t'Tefur deben ir en aumento —dijo Ptas—. De no ser así no se atrevería a levantarse en el Upei y decir algo semejante.

Kurt miró a uno y a otro intrigado. Fue Nym quien se tomó la molestia de explicárselo.

—Somos indras. Hace mil años, Nay-methi de Indresul estableció colonias cerca de las Islas, al sur de esta costa, poniendo luego los cimientos de Nephane como fortaleza para guardar las costas de los piratas sufaki. Destruyó Chteftikan, capital del reino sufaki, y los colonos de Indras administraron las nuevas provincias desde esta ciudadela. Gobernamos sobre los sufaki la mayoría de este tiempo, pero la aparición de los humanos cortó los lazos que nos unían a Indresul, y cuando salimos de esos años oscuros, abolimos las leyes que atacaban a los sufaki, aceptándolos en el Upei. Pero a t'Tefur no le basta. Hay una gran amargura en todo esto.

—Es una cuestión religiosa —dijo Ptas—. Los sufaki tienen muchos dioses y creen en la magia y adoran a demonios. No todos. La casa de Bel está mejor educada, pero ningún indras pondría el pie en los recintos del templo, el llamado Oráculo de Phan. Y hasta es peligroso estar cerca de esos lugares después del anochecer. Rezamos a nuestros propios corazones e invocamos a los ancestros que tenemos en común con las casas del otro lado del Mar Divisor. No hacemos daño alguno, no les atacamos con nada, pero están resentidos.

—Pero, Elas no está de acuerdo con Indresul.

—Eso sería imposible —dijo Nym—. Somos de Nephane. Hemos vivido entre los sufaki, hemos tratado con humanos. No podemos desaprender las cosas que consideramos verdades. Lucharemos contra Indresul si es necesario. Los sufaki no parecen creerlo, pero es así.

—No —dijo Kurt, y con tal pasión que los nemet callaron—. No. No vayan a la guerra.

—Es un consejo excelente —dijo Nym un momento después—. Pero puede que estemos impotentes para dirigir nuestros propios asuntos. Cuando un hombre encuentra que sus asuntos carecen de solución, su existencia no es acorde con el cielo y su mismo ser es una alteración de la *yhia*, entonces debe elegir la muerte para que el orden prevalezca. Lo hará bien si lo hace sin violencia. A ojos del cielo, hasta las naciones responden a tal lógica, y hasta las naciones pueden ser llevadas al suicidio. Tienen su forma de hacerlo y, al ser muchas mentes y, no una sola, no pueden encaminarse a su destino con la dignidad que tendría un solo hombre, pero a él se encaminarán.

—El honorable padre —dijo Kta—. Te suplico que no digas esas cosas.

—¿Tú también crees en las profecías, como Bel? Yo, no. Al menos no en que las palabras poco meditadas o semejantes tienen poder sobre el futuro. El futuro ya existe en nuestros corazones, almacenado y esperando desarrollarse cuando llegemos a nuestro momento y lugar. Nuestro destino es nuestra propia naturaleza. Eres joven, Kta. Te mereces algo más de lo que te ha deparado mi época.

El silencio reinó en el *rhmei*, Kurt se inclinó un poco más, solicitando, y Nym le miró.

—Tenéis una *methi* —dijo Kurt— que no está dispuesta a luchar en una guerra. Por favor. Encargadme que hable con ella, como un humano a otro.

Hubo un momento de consternación. Kta abrió la boca como si fuera a protestar, pero Nym consintió.

—Ve —dijo, callando después.

—Kurt se levantó y se ajustó el *ctan*, abrochándolo con firmeza. Se inclinó ante todos y se volvió para marchar. Alguien se apresuró tras él; supuso que sería Hef, cuya misión era atender a la puerta. Fue Kta quien le alcanzó en el vestíbulo.

—Ten cuidado —dijo Kta. Y cuando abrió la puerta que daba a la oscuridad del exterior—: Quiero acompañarte al Afen, Kurt.

—No —dijo Kurt—. Tendrías que esperarme allí, y serías demasiado obvio a esta hora. No hagamos que esto lo sea más de lo necesario.

Pero una vez se cerró la puerta y estuvo en la calle sumida en la oscuridad, notó una sensación incómoda en la noche. Era más tranquila que de habitual. En las sombras de la casa de enfrente había un hombre embozado con una túnica a rayas. Kurt dio media vuelta y caminó con rapidez colina arriba.

Djan recostó la espalda contra la ventana que daba al mar y se apoyó en el antepecho, una forma metálica contra la oscuridad del cristal. Esta noche vestía como una humana, con ropa sintética de un color azul oscuro que se pegaba al cuerpo y

brillaba como cristal pulverizado siguiendo las líneas de su figura. Era algo que no osaría llevar entre los modestos nemet.

—El embajador de Indresul parte mañana —dijo ella—. ¿No podías haber esperado? Estoy intentando mantener a la humanidad fuera de su vista y oído todo el tiempo que me sea posible, y tú tenías que entrar por la puerta principal. Está en el piso debajo nuestro. Si uno de su séquito nos ve...

—Esta no es una visita social.

Djan expulsó lentamente el aliento, indicándole con la cabeza una silla cercana.

—Elas y el asunto del Upei. Me han dicho. ¿Qué te enviaron a decirme?

—No me han enviado ellos. Pero si tienes alguna forma de controlar la situación, será mejor que hagas algo, y rápido.

Sus fríos ojos verdes calibraron a Kurt, centrándose en los suyos.

—Tienes miedo. Lo que Elas ha dicho debe ser considerable.

—Deja de poner palabras en mi boca. Si esto sigue adelante, no quedará nadie para recoger los restos, a excepción de Indresul. Aquí hay una especie de equilibrio, Djan. Había una estabilidad. La has mandado al...

—¿Son palabras de Nym...?

No. Escúchame.

—Sí, hay un equilibrio de poderes. Un equilibrio descentrado a favor de los indras y contra los sufaki. Me he limitado a aplicar la imparcialidad. Los indras no están acostumbrados a esto.

—Imparcialidad. ¿La mantienes con Shan t'Tefur?

Ella echó atrás la cabeza. Sus ojos se cerraron un poco, pero luego sonrió. Tenía una bonita sonrisa, hasta cuando no había humor en ella.

—Ah —dijo—. Debí decírtelo. He herido tus sentimientos.

—Te aseguro que no me preocupa —dijo, preparado para añadir algo más cortante, y entonces lamentó lo que había dicho. Después de todo, ella sí le importaba, en cierto modo, y era posible que ella también sintiera algo. Tenía furia en los ojos, pero no dejó que pasara de ahí.

—Shan es un amigo —dijo—. Su familia fue una vez dueña de esta tierra. Cree poder doblegarme a sus ambiciones, que probablemente son considerables, y está descubriendo poco a poco que no puede. Está furioso por tu presencia, pero es una furia que se le pasará. Le creo tanto como te creo a ti cuando están en juego tus propios intereses. Sopeso todo lo que me dice cada uno, e intento descubrir dónde están los perjudicados.

—Ya que tú eres perfecta, claro.

—En este gobierno no tiene por qué haber un methi. Los methis sirven cuando es útil tener uno; en tiempos de crisis, para unir rápidamente en un todo a las autoridades civil y militar. Mi razón de ser es algo diferente. Soy Methi, precisamente

por no ser ni sufaki ni indras. Sí, los sufaki me respaldan. Si doy un paso en falso, los indras nombrarán rápidamente un methi indras. El Upei es indras. Para acceder a él se necesita ser noble y sólo han sobrevivido tres casas nobles sufakis. Las demás fueron masacradas hace mil años. Ahora Elas va a casar una hija suya con una de ellas, y Osanef se convertirá así en un miembro de las Familias. El Upei hace las leyes, y la Asamblea quizá sea sufaki, pero lo único que puede hacer es votar sí o no a todo lo que el Upei se digne pasarles. La Asamblea no se ha reunido para vetar nada desde el día desde su creación. ¿Qué más tienen entonces los sufaki, aparte del Methi? ¿Oponerse a las Familias mediante un veto de la Asamblea? Improbable, cuando el modo de vida de los sufaki depende de las grandes compañías navieras como Irain, Ilev y Elas. Hoy ha salido a la luz un poco de frustración. Fue lamentable. Pero si eso hace que las Familias se den cuenta de la seriedad de la situación, entonces quizá estuvo bien que pasara.

—No estuvo bien —dijo Kurt—. No en ese momento, ni en ese lugar, ni en contra de eso. El embajador lo presencié. ¿Te contaron ese detalle tus informadores? Djan, tu ceguera selectiva va a convertir esta ciudad en un caos. Escucha a las Familias. Llama a los Padres. Escúchales como escuchas a Shan t'Tefur.

—Ah, así que escuece.

Kurt se levantó. A ella le molestaba que le hablara. Había estado tensa con cada palabra. Su mente le decía que se marchara, pero eso haría que ella olvidara todo lo que se había dicho. La necesidad venció a su orgullo.

—Djan. No tengo nada contra ti. Te tengo cierta estima pese a, o quizá por, lo que hicimos una noche, te tengo cierta estima. Esperaba que al menos quisieras escucharme, por el bien de todos.

—Lo meditaré —dijo—. Y haré lo que pueda. —Y cuando él se volvió para partir—. Tengo pocas noticias tuyas. ¿Eres feliz en Elas?

El la miró, sorprendido por su amabilidad al preguntarle.

—Soy feliz —dijo.

Ella sonrió.

—En cierto aspecto te envidio.

—Tú tuviste las mismas opciones.

—No —dijo—. No, según la ley nemet. Piensa que soy como tu pequeña Mim, y sabrás lo que quiero decir. Soy Methi, y puedo hacer lo que quiero decir. Si no fuera por eso, este mundo me impondría unas condiciones con las que no podría vivir. También tu vida sería miserable si tuvieses que aceptar unas condiciones semejantes a las que me ofrecería este mundo. Yo me negué a aceptarlas.

—Comprendo —dijo—. Te deseo lo mejor. Djan.

Ella dejó que su sonrisa se volviera triste, y miró un momento a las luces de Nephane, ignorándole.

—Siento cariño por poca gente —dijo—. Tú has conseguido estar entre mis afectos de un modo muy peculiar, más aún que Shan, más que la mayoría que tienen motivos para utilizarme. Sal de aquí, vuelve a Elas, con discreción. Vete.



## IX

La boda por Mim fue pequeña y privada. Los invitados y testigos apenas eran más numerosos de lo requerido por la ley. De Osanef acudieron Han t'Osanef u Mur, su esposa la t'Nefak y Bel. De la casa de Ilev estuvieron Ulmar t'Ilev ul Imetan y su esposa Tian t'Elas e Ben, prima de Nym, y su hijo Cam y su nueva nuera, Yanu t'Pas. Toda era gente que Mim conocía bien, y que Kurt sospechaba estaban entre las pocas casas nemet que podían reconciliarse en el terreno religioso con este matrimonio.

Si por casualidad también estos sentían escrúpulos sobre el tema, tuvieron el detalle de seguir sonriendo y querer a Mim y tratar a su marido electo con gran cortesía.

La ceremonia se celebró en el *rhmei*, donde Kurt se arrodilló por primera vez ante el anciano Hef y juró que los primeros dos hijos de la unión, de haberlos, se les daría el nombre de h'Elas como *chani* de la casa, para que así pudiera continuarse el linaje de Hef.

Y Kta también juró la costumbre del *iquun*, mediante la cual se comprometía a procrear los prometidos herederos, si fuera necesario.

Luego Nym se levantó y, abriendo las manos hacia la luz de la *phusmeha*, invocó a los espíritus Guardianes de los Ancestros de Elas. El sol empezaba a ponerse en el exterior. Resultaba imposible conducir un rito matrimonial después de que Phan abandonara la tierra.

—Mim —dijo Nym, cogiéndole la mano—, llamada Mim-lechan h'Elas e Hef, ya no eres *chan* de esta casa, sino que te has convertido en la hija de esta casa, bien amada, Mim h'Elas e Hef. ¿Deseas entregar tus primeros dos hijos a Hef, tu padre adoptivo?

—Sí, mi señor de Elas.

—¿Consientes en todos los términos del contrato matrimonial?

—Sí, mi señor de Elas.

—¿Deseas ahora, hija de Elas, verte atada por estos votos definitivos e irrevocables?

—Sí, mi señor de Elas.

—Y tú, Kurt Liam t'Morgan u Patrick Edward, ¿deseas atarte a estos votos definitivos e irrevocables, tomando a esta mujer libre Mim h'Elas e Hef como tu primera y verdadera esposa, amándola por encima de las otras, y poniendo tu honor en sus manos y dedicando toda tu fuerza y fortuna a su protección?

—Sí, mi señor.

—Hef h'Elas —dijo Nym—, que la bendición de esta casa y sus Guardianes caiga sobre esta unión.

El anciano se adelantó, y fue Hef quien completó la ceremonia, entregando la

mano de Mim a Kurt y diciendo los votos finales por cada uno de ellos. Luego, según la costumbre, Ptas encendió la antorcha en la gran *phusmeha* y la puso en manos de Kurt, y él en las de Mim.

—Soy entregado en la pureza. —Kurt recitó la fórmula en nechai antiguo—. En la reverencia preservo, Mim h'Elas e Hef shu-Kurt, bien amada, esposa mía.

—En pureza recibo —dijo ella en voz baja—. En reverencia me dedico a ti hasta la muerte, Kurt Liam t'Morgan u Patrick Edward, mi señor, marido mío.

Kurt dejó el *rhmei* con Mim a su lado, y ante los sollozos rituales de las damas y las felicitaciones de los hombres. Mim llevaba la antorcha, subiendo detrás suyo las escaleras hasta llegar a la puerta de su habitación que ahora también era la suya.

El entró y miró cómo ella utilizaba la antorcha para prender la lámpara triangular de bronce, la *phusa...* que había sido respuesta en su nicho, y escuchó cómo suspiraba de alivio, pues los presagios habían sido terribles de no haberse encendido la llama. La lámpara de Phan ardía con luz estable, y ella apagó la antorcha con una oración y se arrodilló ante ella mientras Kurt cerraba la puerta, se arrodillaba y alzaba las manos ante ella.

—Ancestros míos, yo, Mim t'Nepthim e Sel shu-Kurt, llamada por mis amados amigos Mim h'Elas, yo, Mim, os suplico perdón por casarme con un nombre que no es el mío, y juro ahora por mi propio nombre honrar los votos que hice bajo el otro. Ancestros míos, observad a este hombre, mi esposo Kurt t'Morgan, y sean cuales sean sus distantes espíritus, estad en paz con él por mi bien. Paz os suplico, Padres míos, y que la paz sea con Elas a ambos lados del Mar Divisor. *El*, que los pensamientos de guerra se zanden en nuestras dos tierras. Que el amor sea con esta casa y con nosotros dos por siempre. Que los terribles Guardianes de Nethim me oigan y reciban este voto que hago. Y que los grandes Guardianes de Elas me reciban tan amablemente como siempre habéis hecho vosotros, pues ahora pertenecemos a esta casa, y siempre en vuestro amparo.

Ella bajó los brazos, concluyendo la oración, y ofreciéndole a Kurt la mano, y este le ayudó a levantarse.

—Mim t'Nethim —dijo—. Entonces nunca oí tu verdadero nombre.

Ella le miró con sus grandes ojos.

—Nethim no tiene casa en Nephane, pero en Indresul son enemigos ancestrales de Elas. No quise cargar a Kta con el conocimiento de mi verdadero nombre. Me preguntó, pero no contesté, así que seguramente sospecha que soy de una casa hostil; pero si hay algún daño por mi silencio, solo yo seré responsable. Y he dicho tu nombre muchas veces ante los Guardianes de Nethim, y no he sentido que se hayan enojado por tu causa, mi señor Kurt.

El había empezado a tomarla en sus brazos, pero ahora dudaba. Mantuvo las manos un poco alejadas de ella, repentinamente temeroso de Mim y de todo lo ajena

que le era. Su vestido era precioso y había costado días de trabajo; no sabía cómo desabrocharlo, o si se esperaba eso de él. Y Mim en sí misma era tan compleja y desconocida, envuelta en costumbres para las que no le habían preparado las instrucciones de Kta.

Pensó en la asustada niña que había encontrado Kta entre los tamurlin, y temió que ella le viera como un humano y le despreciara, sin las ropas y los modales que le convertían externamente en un nemet.

—Mim —dijo—. Nunca dejaré que sufras daño alguno.

—Es un comentario muy extraño, mi señor.

—Tengo miedo por ti —dijo—. Te quiero Mim.

Ella sonrió un poco y luego se rió mirando al suelo. El atesoró la gentil risa; era Mim siendo todo lo bonita que podía ser. Y ella le rodeó la cintura y le abrazó con fuerza, y sus delgados y fuertes brazos disiparon el miedo de que ella se rompería.

—Kurt —dijo—. Kta es un hombre muy querido y muy honrado por mí. Sé que él y tú habéis hablado de mí. ¿No es así?

—Sí.

—Kta también ha hablado conmigo. Teme por mí. Honro su preocupación. La tiene por los dos. Pero yo confío en tu corazón pese a no conocer tus costumbres. Sé que si alguna vez me haces daño será contra tu voluntad. —Ella apartó sus cálidas manos de él—. Tomemos el té, marido mío, para calentar nuestros corazones.

Iba contra sus deseos, pero eso la complacía. Encendió el pequeño cuartohorno, que se calentó, e hirvió agua e hizo té, que tomaron juntos sentados en la cama.

El tenía poco que decir pero muchas cosas en la mente. Tampoco lo hizo Mim, pero le miró muy a menudo.

—¿No basta ya de té? —preguntó finalmente, con la misma cortesía paciente que siempre había usado en Elas, y que Kta había enseñado a su espíritu rebelde. Pero esta vez había mucha preocupación en la pregunta, algo que produjo una débil sonrisa en Mim.

—¿Cuál es tu costumbre ahora? —le preguntó.

—¿Cuál es la vuestra? —preguntó él.

—No lo sé —admitió ella, bajando la mirada y pareciendo incómoda. Entonces se dio cuenta por primera vez, y sintió dolor por su propia torpeza; nunca había estado con un hombre de su especie, no con ninguno decente.

—Aparta las tazas —dijo—, y ven aquí, Mim.

La luz de la mañana entró por la ventana y Kurt se desperezó en su sueño, su mano encontró la suavidad de Mim a su lado, y abrió los ojos y la miró. Tenía los ojos cerrados, sus pestañas oscuras y espesas se recortaban contra la dorada mejilla, sus labios llenos estaban relajados y soñadores. Una pequeña cicatriz mancillaba su

frente, como otras que le marcaban la espalda y caderas, y que alguien hubiera abusado de Mim fue un pensamiento que no podía soportar.

Se movió, apoyándose en un brazo y la besó en los labios, apartando el oscuro y brillante velo de cabellos que fluían sobre ella y sobre los cojines, y ella se estiró, reaccionando dulcemente a su beso matutino.

—Buenos días, Mim.

Los brazos de ella le rodearon el cuello. Se levantó y le devolvió el beso. Luego pestañeó derramando algunas lágrimas, que se apresuró a enjugar.

—¿Mim? —le preguntó, preocupado, pero ella sonrió y hasta se rió.

—Querido Kurt —dijo ella, sujetándole el rostro con las manos. Y luego, moviéndose por un lado de la cama, se liberó del abrazo—. *El, el* mi señor, debo apresurarme, debes apresurarte, ha salido el sol. Los invitados deben estar esperando.

—¿Invitados? —repitió con desmayo—. Mim...

Pero ya había cogido la ropa y se dirigía al baño. Oyó como echaba leña en el horno.

—Es costumbre que vuelvan al alba para desayunar con nosotros —dijo, asomando la cabeza por el umbral del baño—. Oh, Kurt, por favor, apresúrate. Ya deben estar abajo, y si nos retrasamos mucho, se reirán de nosotros.

Es la costumbre, se dijo Kurt, y se preparó para enfrentarse al frío aire y el frío suelo de piedra, cuando planeado una mañana mucho más cálida y placentera.

Se unió a Mim en el baño y ella le frotó la espalda, formando nubes de confortable vapor con el agua caliente, riendo y sin preocuparse de que el agua empapara su vestido.

Ella estaba contenta con él.

A veces, la calidez de su mirada y el ansioso roce de sus dedos decían que estaba más que contenta.

Lo más difícil para los dos fue bajar las escaleras para llegar al *rhmei*, perspectiva que hacía temblar a Mim. Kurt la cogió del brazo y la habría bajado permitiendo que se apoyara en él, pero la idea le asustaba. Se separó de él y caminó como una respetable dama nemet, independiente de él y precediéndole por las escaleras.

La familia y los invitados les recibieron a los pies de la escalera y les llevaron al *rhmei* con risas y bromas tan subidas de tono que Kurt no había creído posible para los modestos nemet. Estaba casi furioso, pero al ver que Mim se reía supo que era lo correcto y les perdonó.

Aimu apareció tras la ronda de felicitaciones y sirvió el té de la mañana, caliente y dulce, y los mayores se sentaron en sillas, mientras los jóvenes. —Kurt y Mim incluidos, y Hef, que era *chan*— lo hacían sobre esterillas en el suelo, y bebieron su té y escucharon hablar a los mayores. Kta tocó una hechizadora canción con su *aos*

sin palabras, pero que pedía ser escuchada y en quietud.

Mim sería honrada en la casa y exenta de sus deberes durante los próximos días, después de los cuales volvería a compartir responsabilidades con Ptas y Aimu. Ahora se sentaba y aceptaba las atenciones y los cumplidos y los buenos deseos. Mim, que nunca aspiró a ser más que una concubina menor del señor de Elas, y ser aceptada con votos privados y escasa legitimidad, era ahora el centro de todo.

Era su hora.

Kurt no le escatimó nada, ni siquiera el humor nemet. La miró y vio su rostro iluminado por el orgullo, la felicidad —y el amor, que ella le habría entregado con menos votos de haber insistido él— y le devolvió la sonrisa y apretó su mano, cosa que los demás, gentilmente, no eligieron como blanco de bromas.

## X

Transcurrieron diez días antes de que el mundo exterior volviera a entrar en la casa de Elas.

Entró en la persona de Bel t'Osaneſ u Han, que entró por Mim en el jardín trasero, donde kta instruía a Kurt en el arte de la *ypan*, la estrecha espada curva que era el arma favorita de los indras y se consideraba un deporte noble.

Kurt vio como Bel entraba en el jardín y apartó el acero, levantándolo con ambas manos para indicar un alto. Kta se detuvo a medio golpe y volvió la cabeza para ver cuál era el motivo de la pausa. Entonces, con el elaborado ritual que gobernaba el uso amistoso de tan afiladas armas, Kta tocó la hoja con su mano izquierda e hizo una reverencia, que fue correspondida por Kurt. Los nemet creían que el ritual era necesario para mantener un equilibrio anímico entre los amigos que contendían deportivamente, y desconfiaban de los aceros. En las casas de las Familias se guardaban las *ypaisulim*, las Grandes Armas consagradas al linaje de los Guardianes en una horrenda ceremonia donde se bañaban en sangre. Nunca eran desvainadas a no ser que se fuera a matar o morir, y no podían volver a envainarse hasta que no hubiese tomado una vida. Hasta las armas más mundanas debían tratarse con cuidado, no fueran a ser que los siempre vigilantes espíritus de la casa confundieran las intenciones de alguien e hicieran que se derramara sangre.

Una vez había causado la muerte de sufakis el sólo tocar esas armas menores, e incluso podía causarla mirar a las *ypaisulim* en su lugar de reposo, así que la esgrima era un arte nunca empleado por sufakis: utilizaban la lanza y el arco, armas de larga distancia.

Bel esperó a respetuosa distancia a que las armas estuvieran envainadas y fueran apartadas, y a continuación avanzó e hizo una reverencia.

—¿Debo traer té, mis señores? —dijo Mim.

—Hazlo, Mim, por favor —dijo Kta—. Bel mi futuro hermano.

—Kta —dijo—. Los asuntos que me traen aquí son urgentes.

—Siéntate, entonces —dijo Kta, intrigado. Había varios bancos de piedra en el jardín. Se dirigieron al más cercano.

Luego salió Aimu del interior de la casa, y se inclinó modestamente ante su hermano.

—Bel —dijo entonces—. ¿Vienes a Elas sin enviarme siquiera un saludo? ¿Qué sucede?

—Kta —dijo Bel—. Solicito permiso para que tu hermana se siente con nosotros.

—Concedido —dijo Kta; una formalidad murmurada, tan inconsciente como un «gracias».

Aimu se sentó cerca de ellos. No se dijeron más palabras. Se había pedido el té y

Bel tenía aire distraído. No habría conversación hasta que no llegara el té, y éste no tardó mucho. Mim lo trajo en una bandeja, con un servicio completo y tazas extra.

Aimu se levantó y la ayudó a servir. Luego, las damas se sentaron en el mismo banco mientras se bebían en silencio los primeros sorbos exigidos por la cortesía.

—Amigo Bel —dijo Kurt, cuando se satisfizo el ritual—. ¿Es infelicidad o ira o necesidad lo que te trae a esta casa?

—Que los espíritus de nuestras casas reposen en paz —dijo Bel—, estoy aquí porque confío en ti sobre todos los demás salvo aquellos nacidos en Osanef. Temo que habrá derramamiento de sangre en Nephane.

—T’Tefur —exclamó Aimu con gran amargura.

—Te lo suplico, Aimu, escúchame hasta el final antes de interrumpirme.

—Te escuchamos —dijo Kta—. Pero temo que esto sea un asunto a discutir entre nuestros padres.

—La preocupación de nuestros padres debe centrarse en Tlekef; Shan t’Tefur está por debajo de su interés, pero es el realmente peligroso, mucho más que Tlekef. Shan y yo éramos amigos. Lo sabes. Y debes darte cuenta de lo duro que me resulta venir ahora a una casa de indras y decir lo que voy a decir. Confío en ti con mi vida.

—Bel —dijo Aimu incómoda—. Elas te defenderá.

—Dice verdad, pero Kurt... quizá no desee oír esto —apuntó Kta.

Kurt se dispuso a marchar; lo que cuestionaba Kta era el deseo de Bel de que se quedara. Llevaba bastante tiempo en Elas como para comprender ese tipo de sutilezas. Se esperaba que Bel pusiera reparos.

—Debe quedarse —dijo Bel, con más sentimiento del requerido por la cortesía—. Tiene relación con él.

Kurt volvió a sentarse, pero Bel continuó en silencio, mirándose fijamente las manos.

—Kta —dijo finalmente—. Ahora debo hablar como sufaki. Sabes que hubo un tiempo en que gobernábamos esta tierra desde la roca de Nephane hasta Tamur y tierra adentro hasta el corazón de Chteftikan y al este hasta el Mar Gris. Nada podrá devolvernos esos días; nos damos cuenta de ello. Nos habéis quitado nuestra tierra, nuestros dioses, nuestro lenguaje, nuestras costumbres. Nos aceptáis como hermanos sólo cuando nos parecemos a vosotros y hablamos como vosotros, y nos consideráis unos salvajes cuando somos diferentes. Es cierto, Kta. Mírame. Aquí estoy yo, un príncipe de Osanef que se corta el pelo, viste ropa de indras y habla con los tonos transparentes de Indresul como todo hombre civilizado, y soy aceptado. Shan es más valiente. Hace lo que haríamos muchos de nosotros si no encontráramos la vida tan cómoda aceptando vuestras condiciones. Pero Elas le enseñó una lección que yo aprendí.

—Se marchó furioso. No he olvidado ese día. Pero tú te quedaste.

—Yo tenía once años, Shan doce. En aquel momento nos parecía algo grande ser amigos de un indras, hablar bajo el techo de una de las Grandes Familias, mezclarnos con los indras. Yo había venido muchas veces, pero aquel día traje a Shan conmigo, y resultó que lan t'Ilev también era tu invitado aquel día. Lan dijo muy claramente que nuestros modales eran escasos. Shan se marchó al instante. Tú me lo impediste, convenciéndome para que me quedara, pues éramos muy amigos y desde hacía más tiempo. Y desde aquel día, Shan t'-Tefur y yo fuimos por distintos caminos en más de un sentido. No pude hacer que volviese. Al día siguiente intenté convencerle para que volviera y hablara contigo, pero no quiso. Me pegó en el rostro y me maldijo, y dijo que Osanef no servía para nada que no fuera ser criados de indras. Lo dijo con palabras mucho más crudas que éstas y repitió que no pensaba volver. Desde entonces no ha cesado de despreciarme.

—No se resolvió bien —dijo Kta—. Yo tuve palabras amargas con lan sobre la cuestión, hasta que conseguí comprender mejor las normas de la cortesía, y mi padre habló con el padre de Ilev, te aseguro que se hizo así. No te lo dije porque nunca pareció darse un momento adecuado.

—¿Habrías encontrado el momento adecuado si yo hubiera sido indras?

Kta se echó un poco hacia atrás con rostro atribulado pero tranquilo.

—Bel, si hubieras sido indras, tu padre habría venido enfurecido a Elas y yo habría tenido que enfrentarme con el mío, con mucha más dureza. No creí que importase, ya que nuestras costumbres eran distintas. Pero los tiempos cambian. Pronto serán afín a Elas mediante matrimonio. ¿Acaso dudas que recibirás un trato justo por nuestra parte?

—No cuestionó tu amistad —dijo, y miró a Aimu—. Los tiempos han cambiado si un sufaki puede desposar una indras, cuando antes los sufaki no eran ni admitidos en un *rhmei* indras para que pudiese conocer a las hijas de una Familia. Pero aún sigue habiendo limitaciones, amigo Kta. Intentamos dedicarnos a los negocios pero siempre nos vemos superados y vencidos por las maquinaciones de las ricas casas indras. La información pasa de corazón a corazón por canales de comunicación de los que nosotros carecemos. Cuando salimos al mar, lo hacemos con capitanes indras, como yo hago contigo, amigo mío, debido a que no disponemos de riquezas para tener naves de guerra, y escasas para convertirnos en mercaderes. Un hombre como Shan, que se comporta de manera distinta, peina el *jafikn* y viste Ropas de Color, y que se esfuerza por conservar el acento, es ridiculizado por vosotros con sonrisas privadas, cuando antes era un honor incuestionable para un hombre de nuestro pueblo. En nosotros queda muy poco de lo que éramos. ¿Sabías tú, Kta, tras todos estos años, que en realidad yo no soy sufaki? ¿Te sorprende? Nos habéis arruinado tan completamente que ni siquiera sabéis cómo nos llamamos realmente. La gente de estas costas era sufaki, el antiguo nombre de esta provincia cuando era nuestra, pero



la casa de Osanef y la casa de Tefur son Chteftik, y provienen de la antigua capital. Y mi nombre, pese a la forma que lo he corrompido para complacer a las lenguas indras, no es Bel t'Osanef u Han. Es Hanu Balaket Osanef, y hace novecientos años disputamos con la dinastía Insu por el poder de Chteftikan. Hace mil años, cuando aún erais esforzados colonos, nosotros éramos reyes, y ningún hombre se atrevía a acercarse a nosotros de pie. Y ahora cambio mi nombre para demostrar que soy civilizado y soporto que lo pronuncies mal con tu cultivado acento. Kta, Kta, no te reprocho nada. Te cuento todas estas cosas para que me comprendas, porque sé que Elas es una casa indras que sabe escuchar. No se confía en los indras. Se dice que habéis llegado a algún acuerdo secreto con vuestros iguales de Indresul, que todas vuestras palabras de guerra son vacías, y que sólo hacéis lo que los pescadores en el mercado, aumentar el precio en vuestros tratos con Indresul.

—Detente ahí un momento —interrumpió Kta, y por primera vez la ira brillaba en sus ojos—. Ya que te sientes movido a sincerarte conmigo, algo que respeto, escúchame tú ahora, que pienso devolvértelo. Si Indresul ataca, lucharemos. El razonamiento sufaki siempre ha adolecido de la creencia que Indresul nos considera sus hijos descarriados, cuando es todo lo contrario. En Indresul somos maldecidos año tras año, por esas familias con las que dices compartimos pasado. Compartimos Ancestros hasta hace mil años, pero más allá de ese momento tenemos dos corazones y dos linajes distintos de Ancestros, y somos nephanitas. Nephanitas, mediante esa lealtad de corazón que parecéis temer tanto, y por la luz del cielo te juro que no hay tal conspiración entre las Familias. Nos apoderamos de tu tierra, sí, y se establecieron leyes crueles, sí, pero eso queda en el pasado, Bel. ¿Quieres que abandonemos nuestras costumbres y nos volvamos sufakis? Antes moriríamos. Pero no creo que os impongamos nuestras costumbres. No os obligamos a adoptar nuestras ropas y a honrar nuestras costumbres salvo cuando estáis bajo nuestro techo. Vosotros mismos honráis más a aquellos que parecen indras. Os odiáis demasiado entre vosotros para uniros en el comercio como hacen nuestras grandes casas. El propio Shan t'Tefur admite esto cuando pide que forméis compañía y nos hagáis la competencia en el comercio. Eso sólo mejoraría los recursos de vuestros pobres, que viven a costa nuestra.

—¿Para qué, Kta? Supongamos que podamos ponernos a vuestro nivel. ¿Se te ha ocurrido pensar que quizá no queramos ser como vosotros?

—¿Tienes otra solución? Algunos como Shan proponen destruir todo lo que es indras. ¿Resolvería eso las cosas?

—No. Nunca sabremos lo que hubiéramos podido llegar a ser; nuestra nación ha desaparecido al mezclarse con la vuestra. Pero dudo que nos gustasen vuestras costumbres, aunque las cosas fueran al revés y nosotros os gobernásemos.

—Bel —exclamó Aimu—. No puedes pensar así. Estás alterado. Cambiarás de

opinión.

—No, nunca he pensado de otra forma. Siempre he conocido un mundo indras, y sabido que mis hijos y los hijos de mis hijos serán cada vez más indras hasta que llegue un momento en que no comprenderán a los que son como yo. Te quiero, Aimu, y no me arrepiento de mi elección, pero quizá tú sí lo estés ahora. No creo que tus bien nacidos amigos indras te miren mal por romper nuestro compromiso. Creo que la mayoría se sentirán aliviados al ver que recuperas los cabales.

La espalda de Kta se puso rígida.

—Ve con cuidado, Bel. Mi hermana no se merece esas palabras. Una cosa es lo que vengas a decir o hacer conmigo, pero vas demasiado lejos hablándole así.

—Te pido perdón —murmuró Bel, y miró a Aimu—. Fuimos amigos antes de estar prometidos, Aimu; creo que sabes cómo comprenderme, y temo que llegues a lamentar nuestro compromiso. Una casa sufaki siempre será un lugar extraño para ti. No quiero verte sufrir.

—Sigo manteniendo nuestro acuerdo —dijo Aimu. Su rostro estaba pálido, su respirar agitado—. No tomes a ofensa lo que dice, Kta.

Kta bajó la mirada, hizo una señal de disculpa, luego volvió a mirarle.

—¿Qué quieres de mí, Bel?

—Tu influencia. Habla con tus amigos indras, hazlos comprender.

—¿Comprender qué? ¿Qué deben dejar de ser indras e imitar las costumbres sutakis? Así no es como está ordenado el mundo, Bel. Y en cuanto a la violencia, si llega, no será de la mano de los indras; no es nuestra costumbre ni lo ha sido nunca. La persuasión es algo que debes utilizar tú con tu pueblo.

—Habéis creado un Shan Tefur —dijo Bel—, y él ha encontrado otros muchos como él. Los que hemos sido amigos de los indras no sabemos lo que hacer. —Bel estaba temblando. Se agarró las manos, pegando los codos al cuerpo—. Ya no hay paz, Kta. Pero esperemos que los indras no respondan a la violencia con la violencia, o se derramará sangre en las calles cuando llegue el mes de Nermotai y los días sagrados. Disculpádmeme, amigos —dijo, levantándose, y sacudiéndose la ropa—. Conozco el camino de salida. No tenéis que guiarme. Haced lo que queráis con lo que os he contado.

—Bel —dijo Aimu—, ellas nunca te dejará de lado por culpa de las amenazas de Shan t’Tefur.

—Pero Osanef debe temer esas amenazas. No esperéis verme por aquí en un futuro próximo. Pero no por ello dejaré de consideraros amigos míos. Tengo fe en tu honor y en tu buen juicio, Kta. No me decepciones.

—Déjame acompañarle a la puerta —pidió Aimu, aunque lo que pedía violaba toda modestia y costumbre—. Por favor, Kta.

—Ve con él —dijo Kta—. Haremos todo lo que podamos, Bel, hermano mío.

Cuídate.

## XI

A Nephane no se le llamaba por nada la ciudad de las nieblas. Hicieron su aparición y se establecieron durante días a medida que el tiempo iba volviéndose más cálido, haciendo que las calles empedradas fueran resbaladizas por la humedad. Las naves se arrastraban cuidadosamente hasta el puerto, y el sonido de sus campanas llegaban de cuando en cuando hasta las alturas de Nephane a través del aire estancado. Eran como acalladas voces que te llamaban en la distancia.

Kurt miró atrás, nervioso, preguntándole si el repentino acallar de los pasos que le habían acompañado desde que salió de Elas significaba un final a su persecución.

Cerca de él apareció una sombra. Se tambaleó alejándose del invisible bordillo y recuperó el equilibrio, para verse frente a varias otras sombras, embozadas y anónimas, que salían de la neblina gris. Retrocedió y se detuvo, advertido por un rozar de cuero contra piedra; había otros detrás suyo. Se le contrajo el vientre, se le tensaron los músculos.

Uno se acercó. El círculo se estrechó. Se agachó, se metió entre dos de ellos y corrió. Una risa ahogada le persiguió; nada más. No dejó de correr.

La puerta del Afen se materializó en la niebla. Empujó hacia adentro la pesada puerta. Para cuando alcanzó la puerta principal ya había conseguido recuperar la compostura. Los guardias estaban dentro por las inclemencias del tiempo y se limitaron a levantar la cabeza del juego, dejándole pasar, aún alertas, pero con un comportamiento muy sufaki, carente de formalidades. Se echó atrás la *ctan* haciendo que volviera a su posición convencional bajo el brazo derecho y subió las escaleras. Los guardias de aquí sí le prestaron atención, con el sentido alienígena de la disciplina que tenía Djan, y se negaron a dejarle entrar.

Se abrió paso y atravesó la puerta, y uno de ellos se apresuró a entrar en la habitación y en la parte privada de los apartamentos, presumiblemente para anunciar su presencia.

Tuvo tiempo sobrado de recorrer el cuarto, parándose varias veces ante la gran ventana de la habitación vecina. Con la ciudad tan inundada en niebla, apenas podía distinguir nada que no fuera Haichematleke, el Peñón de la Doncella, la roca que se alzaba sobre el puerto y en cuyas laderas se habían edificado el Afen y las casas de las Grandes Familias. Fantasmal y gris en un mundo de pálido blanco, parecía el ancla de una ciudad de las nubes.

Una puerta se abrió en la habitación contigua y Kurt se volvió hacia ella. Djan había aparecido. Vestía un traje verde plateado de un tejido que se pegaba al cuerpo. Llevaba suelto el pelo cobrizo, revuelto y lleno de estática. Tenía aspecto de acabar de levantarse, saciada y con sueño.

—Es casi mediodía —dijo él.

—Ah —murmuró ella, y miró a la ventana que había tras él. Maldita niebla. La odio. ¿Quieres desayunar?

—No.

Djan se encogió de hombros y preparó té con los utensilios del armarito de madera tallada, calentándolo al instante. Le ofreció una taza. La aceptó por pura educación nemet. Le daba algo que hacer con las manos.

—Supongo que no habrás venido a despertarme con este tiempo para desearme los buenos días.

—Casi no consigo llegar aquí. De eso vengo a hablarte. Las proximidades de Elas no son seguras ni siquiera de día. Hay sufakis por todas partes que no tienen nada que hacer en la zona.

—Ya sabes que se rescindieron las ordenanzas de cuarentena. No puedo prohibirles que vayan por allí.

—¿Son hombres tuyos? Me sentiré aliviado si sé que lo son. O sea, si Shan t'Tefur y tú no sois uno y el mismo, y espero que no sea el caso. Hace ya tiempo que se les ve por la noche, pero sólo desde el primero de Nermotai se han atrevido a rondar hasta de día.

—¿Han herido a alguien?

—Aún no. La gente del vecindario se mantiene alejada de las calles. Los niños no salen fuera. Hay un ambiente muy desagradable. No sé si está dirigido contra mí en particular o contra Elas en general, pero sólo es cuestión de tiempo que suceda algo.

—¿Has hecho algo para provocar esto?

—No, te aseguro que no. Pero ya llevamos tres días. Hoy he decidido arriesgarme. ¿Harás alguna cosa?

—Haré que lo compruebe mi gente, y si hay motivos para ello haré que se vayan.

—No envíes a Shan t'Tefur a hacer el trabajo.

—He dicho que me encargaría de eso. No pidas favores y luego te pongas exigente.

—Te suplico que me perdones. Pero me temo que sea exactamente lo que hagas: confiarle a él el asunto.

—No soy ciega, amigo mío. Pero no eres el único que tiene quejas. La vida de Shan ha sido amenazada. Lo oigo de ambos bandos.

—¿Por quién?

—No suelo divulgar mis fuentes. Pero ya conoces las casas indras y conocerse a los conservadores extremistas. Saca tus propias conclusiones.

—Los indras no son un pueblo violento. Si han llegado a decir eso, fue más como advertencia que como amenaza, y siempre teniendo en consideración la presión a la que se ven sometidos. Si Shan t'Tefur se sale con la suya, tendrás un motín en las calles.

—Lo dudo. Verás, seré honesta contigo, te demostraré mi confianza. Shan utiliza esa aparente testarudez como táctica, pero es un hombre inteligente, y sus enemigos harían bien en cuidarse de esto.

—¿Y es el culpable de que te acuestes tan tarde?

Los ojos de ella brillaron burlones.

—¿Lo dices por lo de esta mañana?

—O eres muy ingenua o crees que lo es él. Es un hombre peligroso, Djan.

El humor desapareció de sus ojos.

—No eres quien para hablar del peligro que supone relacionarse con los nemet.

—Afrontas el peligro de una guerra y necesitas el apoyo de las Familias indras, pero sigues aceptando la compañía de un hombre que habla de matar indras y quemar la flota.

—Palabras. Si eso les preocupa a los indras, estupendo. Yo no creé esta situación. Entré en ella tal como estaba. Me limito a procurar que la ciudad no se despedace. No habrá guerra si permanece unida. Y permanecerá unida si los indras recuperan el sentido y le hacen justicia a los sufaki.

—Quizá lo hicieran, si Shan t'Tefur se queda al margen. Aléjale con un viaje a donde sea. Si se queda en Nephane y mata a alguien, cosa probable tarde o temprano, te verás obligada a tener que aplicarle todo el peso de la ley sin mostrar piedad alguna. Y eso te pondría en una posición difícil, ¿verdad?

—Kurt. —Depositó la copa en la mesa—. ¿Quieres peleas en esta ciudad? Entonces empieza a comportarte así con ambos bandos, un ultimátum a Shan para que se vaya, y otro a Nym para que se asuste, y para cuando se aclare el humo no quedará una piedra de Nephane en pie.

—Para empezar, impídele el paso a tu dormitorio a Shan t'Tefur. Tu credibilidad entre las Familias estará hecha jirones mientras sigas siendo la amante de Shan t'Tefur.

Eso le dolió. El no creyó que pudiera, y de repente se dio cuenta de que estaba menos acorazada de lo que creía.

—Ya has dado tu consejo —dijo ella—. Vuelve a Elas.

—Djan...

—Fuera.

Hablas de lo sagrada que es la cultura local, del equilibrio de poderes, pero parece creer que puedes elegir las normas que te gustan. En ciertos aspectos no culpo a Shan t'Tefur. Serás su muerte antes de que termines con él, jugando con sus ambiciones y su orgullo y luego negándote a acotar sus costumbres. ¿Sabes lo que le estás haciendo? ¿Sabes lo que es para un nemet que lo tomes como amante y luego lo utilices en tus juegos políticos?

—Le dejé muy claro que no podría reclamarme nada. El eligió.

—¿De verdad crees que un nemet es capaz de creer eso? ¿Y piensas que no se cree con el derecho a arrogarse la lealtad de la Methi y que todo lo que hace no lo hace en tu nombre? Algún día te presionará hasta el punto en que tengas que escoger. No dejará que te salgas siempre con la tuya.

—Sabe cómo están las cosas.

—Entonces, pregúntate porqué viene corriendo cada vez que le llamas a tu cama, y si descubres que no son tus considerables encantos personales, no digas que no te lo advertí. Un nemet no acepta este tipo de tratamiento, no sin alguna razón de peso. Si éste es tu método de controlar a los sufaki, has elegido al hombre equivocado.

—De todos modos mis errores son cosa mía —su voz adquirió un temblor que intentó disimular.

—¿Resucitará eso al que muera?

—Es cosa mía —insistió, con tanta intensidad que le hizo interrumpirse.

—¿Estás enamorada de él? —Era a la vez una pregunta y una súplica—. Eres demasiado inteligente para eso, Djan.

Dijiste que este mundo no te había dado otra opción. O le matas o tarde o temprano causará tu muerte.

Ella se encogió de hombros, y recuperó el viejo cinismo amargo en que confiaba Kurt.

—Fui concebida para servir al estado. Hacerlo es un hábito irrompible. Otras personas, la gente normal como tú, amigo mío, se sirve a ella misma. Todo lo destinado a servirse a uno mismo, o servir a los demás, no se incluye en mi experiencia. Me creía egoísta, pero empiezo a darme cuenta que hay otras dimensiones en esa palabra. Encuentro tediosas las relaciones personales, esos juegos de tú y yo. Disfruto con la compañía. Te... quiero. Quiero a Shan. No del mismo modo en que quiero a Nephane. Esta ciudad es mía, *mía*. Ahórrame tus llamadas al afecto personal. Si fuera necesario, acabaría con cualquiera de los dos para que esta ciudad siguiese con vida. Tenlo en cuenta.

—Lo siento por ti —dijo él.

—Vete.

Las lágrimas acudieron a los ojos de ella, desmintiendo todo lo que había dicho. Luchó por recuperar la dignidad, perdió; las lágrimas se derramaron, sus labios estallaron en sollozos. Apretó los dientes, apartó la cara y gesticuló para que se marchara.

—Lo siento —dijo él, esta vez con compasión, ante lo que ella asintió con la cabeza y siguió dándole la espalda hasta que pasaron las convulsiones.

El la cogió por los brazos, intentando consolarla, y se sintió culpable por Mim, pero también se sentía culpable por Djan, y temió que no le perdonara que hubiera presenciado esto. Llevaba más tiempo aquí, mucho más tiempo que él. Conocía muy

bien la pesadilla, el despertar en la noche, descubriendo que en realidad se había convertido en sueño y que el sueño era tan real como la extraña que estaba a su lado, mirando una cara que no era humana, viendo fealdad donde antes había visto belleza.

—Estoy cansada —dijo ella, apoyándose en él. Su pelo olía a cosas exóticas para este mundo, nacidas en laboratorio como Djan, perfumes del hogar, originarios de un centenar de mundos dispersos que nunca había imaginado nemet alguno.

—Kurt, trabajo, estudio, lo intento. Estoy cansada a morir.

—Te ayudaría, si me dejaras.

—Tienes lealtades en otra parte —dijo ella finalmente—. Ojalá no te hubiera enviado a Elas, para aprender a ser nemet, a pertenecerles. Quieres cosas para tu casa, él quiere cosas para la suya. Lo sé todo, y a veces quiero olvidarlo. Es una debilidad humana. ¿Acaso no puedo permitirme alguna? Vienes pidiéndome favores. Sabía que tarde o temprano lo harías.

—Nunca te lo pediría de forma engañosa, para dañarte. Tengo una deuda contigo, como la tengo con Elas.

Ella le apartó.

—Y cuando más te odio es cuando haces eso. Tu preocupación es conmovedora, pero no confío en ti.

—Nephane está matándote.

—Puedo arreglármelas.

—Probablemente puedas, pero me gustaría ayudarte.

—Ah, como me ayuda Shan. Pero no te gusta cuando lo hace la oposición, ¿verdad? Maldito seas, te di permiso para casarte y lo has hecho; hiciste tu elección, por muy tentador que fuera...

Ella no terminó. El encontró motivos para sentirse incómodo por esta omisión. Djan no era de las que hablaban descuidadamente.

—Cuando vengo aquí —dijo él— cada vez que vengo, intento dejar en la entrada mi relación con Elas. Nunca has intentado que yo fuera contra ellos, y yo no he intentado utilizarte.

—Tu pequeña Mim —dijo Djan—. ¿Cómo es? ¿Una típica nemet?

—Nada típica.

—Elas te está utilizando —dijo ella—. Es así, lo sepas o no. Todavía puedo impedirlo. Sólo tengo que asignarte unas habitaciones aquí, en el Afen. Ningún decreto de arresto tiene que pasar por el Upei. El poder del Methi es incostetable en eso.

Ella llegó hasta a considerarlo. El se heló por dentro, dándose cuenta de que podía hacerlo y lo haría, y de pronto supo lo que pretendía con esta pequeña venganza, quitarle la tranquilidad en represalia por su humillación de hace un momento. El orgullo era importante para ella.



—¿Quieres que pida que no lo haga? —preguntó.

—No. Si decido hacerlo, lo haré, y si no es así, no es así. Lo que tú me pidas no influirá en la decisión, pero te aconsejo que tanto Elas como tú os quedéis al margen.

## XII

La niebla no se disipó. A la mañana siguiente seguía sitiando a la ciudad, y el débil sonido de campanas seguía oyéndose en la lejanía del puerto. Kurt abrió los ojos a la masa gris del otro lado de la ventana, luego miró a los pies de la cama donde Mim cepillaba su largo pelo, negro y sedoso que le llegaba a la cintura cuando lo tenía suelto. Ella le devolvió la mirada y sonrió, y la calidez inundó sus extraños y maravillosos ojos.

—Buenos días, mi señor.

—Buenos días —murmuró él.

—La niebla aún sigue con nosotros. ¿No oyes las campanas del puerto?

—¿Cuánto puede durar?

—Durante el cambio de estación puede llegar a durar muchos días, sobre todo en primavera.

Ella separó varios mechones de pelo y empezó a unirlos con hábiles dedos en una delgada trenza. Luego se llevaría la mayor parte del pelo a la coronilla, asegurándolo con peinetas y alfileres, en un intrincado y fascinante ritual realizado diariamente y deshecho a cada noche. El disfrutaba observándola. Unos momentos después empezó con la siguiente trenza.

—Nosotros decimos que la niebla es la capa que usa la *imiine*, el espíritu de los cielos Nue, cuando viene a visitar la tierra y caminar entre los hombres —comentó Mim—. Viene en busca de su amado, al cual perdió hace mucho tiempo, en los tiempos que reinaban los reyes-dioses. Era un hombre mortal que ofendió a uno de los reyes-dioses, un hijo de Yr cuyo nombre era Knyha, y, pobrecito, fue muerto por Knyha, y su cuerpo disperso por las playas de Nephane para que Nue nunca supiera lo que había sido de él. Ella aún sigue buscándolo y camina sobre mar y tierra y ronda los ríos, especialmente en primavera.

—¿De verdad crees eso? —preguntó Kurt sin sarcasmo; no podía serlo con Mim. Estaba dispuesto a escribirlo para recordarlo con todo su corazón si ella se lo pedía.

Mim sonrió.

—No, la verdad. Pero es una historia preciosa, ¿verdad, mi señor? Hay verdades y hay verdades, diría mi señor Kta, y está la Verdad en sí, la *yhia*, y como los mortales no siempre pueden razonar las cosas para llegar a la Verdad, nos conformamos con verdades pequeñas que nos bastan para nuestro nivel. Pero tú eres muy sabio sobre algunas cosas. Creo que tú sí sabrías decirme lo que hace que venga la niebla. ¿Es una nube que se sienta en el mar, o nace de alguna otra forma?

—Creo —dijo Kurt—, que prefiero la historia de Nut. Suena mejor que el vapor de agua.

—Crees que soy tonta y no conseguirás explicármelo.

—¿Haría que fueras más sabia el saber de dónde viene la niebla?

—Me gustaría poder hablar contigo de todas las cosas que te importan.

El frunció el ceño, dándose cuenta de su interés.

—Tú me importas. Este sitio, este mundo me importan, Mim.

—Sé tan pocas cosas.

—¿Qué quieres saber?

—Todo.

—Bueno, antes tendrás que servirme el desayuno.

Mim sonrió, se dedicó a la última trenza y terminó con el peinado. Se puso el *chatem*, la ropa externa con la falda de cuatro plisados que encajaba sobre la gasa *del pelan*, la ropa interior, el *Chatem* era de cuello alto y largas mangas, ajustado y contenido por el corpiño, un brocado rosa y beige sobre un *pelan* rosa. Había muchos botones tanto en las muñecas como en el corpiño hasta el cuello. Ella empezó a abrocharse con paciencia las series de botones.

—Tendré listo el té para cuando puedas bajar las escaleras. Supongo que Aimu habrá...

Se oyó un ruido hueco en la ciudad, y Kurt miró a la ventana lanzando un juramento involuntario. Era la vibrante nota de un distante gong.

—Ai —dijo Mim—. *Intaem-Inta*. Es en el gran templo. Es el inicio del Cadmisan.

El gong volvió a gemir, lúgubre en el neblinoso aire, durante cuatro veces más. Luego concluyó y murieron los últimos ecos.

—Es el cuarto día de Nermotai —dijo Mim—, el primero de los días sagrados sufaki. El templo hará sonar el *Inta* todas las mañanas y todas las tardes de los próximos siete días, y los sufaki orarán e invocarán a los *Intain*, los espíritus de sus dioses.

—¿Qué hacen allí? —preguntó Kurt.

—Es la vieja religión anterior a la llegada de las Familias. No estoy segura de lo que se hace, y no me importa no saberlo. Me han dicho que invocan el nombre de los reyes dioses en el mismo templo de Phan, pero nunca vamos ahí. En Chteftikan había viejos dioses, viejos y malvados de los Primeros Días, y los sufaki invocan sus nombres y les rinden honores una vez al año, para apaciguar su ira por perder esta tierra ante Phan. Son seres que los indras no mencionamos.

—Bel dijo que podía haber problemas durante los días sagrados —recordó Kurt.

Mim frunció el ceño.

—Kurt, te pido que te preocupes de tu seguridad, y que no entres ni salgas por la noche durante estos días.

Eso le dolió. Mim debía hablar sin hacer referencia a la Methi, o al menos sin amargura alguna. Cuando Mim le acusase, sabía muy bien que lo haría a las claras.

—No planeo entrar y salir por la noche —dijo—. Anoche...

—Siempre es peligroso caminar por la noche durante el Cadmisan —dijo ella con toda dignidad, antes de que él concluyera—. Los dioses de Sufak son espíritus terrestres y monstruosos, nacidos de Yr. Es habitual que el comportamiento sea salvaje y haya mucha ebriedad.

—Tendré en cuenta tu consejo —dijo.

Ella se le acercó y le tocó los labios con sus dedos y luego la frente, pero ella le apartó la mano sonriendo, cuando él intentó cogérsela. Era un juego que tenían entre ellos.

—Debo bajar a cumplir con mis deberes —dijo ella—. Mi querido marido, harás que mi reputación en la casa sea la de una mujer licenciosa si haces que lleguemos tarde al desayuno. ¡No, mi señor! Te veré abajo tomando el té.

\* \* \*

—¿Adonde crees que vas?

Mim se detuvo en la apagada luz del vestíbulo, con las manos sujetándose el velo sobre su rostro. Luego lo asentó cuidadosamente sobre la cabeza y se echó un extremo sobre el hombro.

—Al mercado, esposo mío.

—¿Sola?

Ella sonrió, encogiéndose de hombros.

—A no ser que quieras que haga otra cosa. Voy a comprar algo para la cena. Mira, la niebla se ha aclarado, brilla el sol y los hombres que espiaban al otro lado de la calle no están desde ayer.

—No vas a ir sola.

—Kurt, Kurt, ¿lo dices por la advertencia de Bel? Santa luz del cielo, pero si hay niños jugando fuera. ¿No los oyes? ¿Y debo tener miedo de ir por mi calle a plena luz del día? Otra cosa sería al oscurecer, pero me parece que te tomas demasiado en serio sus advertencias.

—Tengo mis razones, Mim.

Ella le miró reuniendo paciencia.

¿Y debemos morirnos de hambre? ¿O es que pensáis escoltarme hasta el mercado tú y mi señor Kta con armas desenvainadas?

—No, pero te acompañaré hasta allí.

Y abrió la puerta para que pasara, y Mim salió y le esperó, con la cesta bajo el brazo, obviamente avergonzada.

Kurt examinó cuidadosamente la calle; la desaparición de los hombres de t'Tefur no era sólo aparente. Habían desaparecido de verdad. Se veían niños indras jugando al escondite. No había amenaza alguna, ni tampoco la presencia de guardias de la

Methi, pero Djan nunca actuaba a las claras. Probablemente no habría problemas si volvía tarde a Elas, pensó con alivio; Djan debió tomar medidas.

—¿Estás seguro de que el mercado estará abierto en un día festivo? —le preguntó a Mim.

Ella le miró con curiosidad mientras empezaban a caminar.

—Pues claro, y muy lleno. Tengo que ir, sabes, después de tantos días de niebla y problemas en las calles. Siento tener que causarte esta molestia, Kurt, pero se nos están acabando las cosas y mañana podemos volver a tener niebla, así que es preferible ir hoy. Tengo algo de sentido, después de todo.

—Podría ir yo y comprar todo lo que necesites para comer, y no habría necesidad de que fueras tú.

—Ai, pero el mercado en Cadmisan es todo un espectáculo con toda la gente que ha venido de los campos, y los artistas, y los músicos. —Y cuando vio que él seguía con rostro huraño, añadió—: Además, querido esposo, nunca sabrías lo que compraban o pagabas. No creo que hayas tenido ocasión de utilizar nuestra moneda. Y las demás mujeres se reirían de mí y se preguntarían qué clase de mujer soy para que mi marido haga mi trabajo, o podrían pensar que soy tan casquivana que mi marido no quiere perderme de vista.

—Podrían ocuparse de sus asuntos —dijo, descartando su intento de humor, y la carita de Mim adquirió una mirada decidida.

—Si vas solo —dijo ella—, la gente pensará que Elas está asustada, y esto infundará valor a los enemigos de Elas.

El comprendió su razonamiento, pese a que no le reconfortaba en absoluto. Examinó atentamente la calle a medida que bajaban la colina y se alejaban de la pequeña zona de casas aristocráticas que rodeaban el Afen y el complejo del templo. Pero aquí, en la parte sufaki de la ciudad, la gente se ocupaba de sus asuntos de siempre. Había hombres con Ropas de Color, pero caminaban de forma casual y no le dirigieron ni una mirada.

—Lo ves —dijo Mim—. Habría estado a salvo.

—Me gustaría estar tan seguro.

—Mira, Kurt, conozco a esa gente. Esa es dama Yafes, y ese niño es Edu t'Rachik u Gyon; la casa Rachik es muy grande. Tienen tantos niños que son blanco de bromas en Nephane. El anciano de la esquina es t'Pamchen. Se hace llamar erudito. Dice estar reviviendo la vieja escritura sufaki y que puede leer en las viejas piedras. Su hermano es un sacerdote, pero no le aprueba. No hay peligro en esta gente. Son mis vecinos. Dejas que la pequeña banda de truhanes de t'Tefur te preocupe en demasía. T'Tefur estaría encantado de saber que te ha preocupado. Es la única victoria que se atreve a tener mientras no les des la oportunidad de desafiarte.

—Supongo —dijo Kurt, no convencido.

La calle se aproximaba a los barrios bajos mediante una serie de escalones que conducían a la muralla defensiva y al pórtico de la misma. A partir de allí, el camino se internaba entre las casas más pobres, los mercados y el puerto. En el muelle había vanos barcos, dos navíos mercantes anchos y pesados y tres esbeltos galeones, naves de guerra con lanzas sobresaliendo de las escotillas o desprovistas de ellas, mástiles sin velas. Los sonidos de carpintería ruidosamente de los muelles. Uno de ellos mostraba brillante madera nueva en su seno.

Las naves se preparaban contra la eventualidad de la guerra. La *Tavi*, la nave de Kta, había estado allí; la habían puesto a punto y trasladado al otro muelle, una pequeña bahía al otro lado de Hichematleke. Este recordatorio de la tensión internacional, el continuo martillar y aserrar subyacía bajo la alegría de las multitudes que abarrotaban el mercado.

—Esa es una nave de Ilev, ¿verdad? —preguntó Kurt, señalando al mercante más próximo, pues creía identificar en el mascarón lo que parecía ser el pájaro blanco emblemático de la casa.

—Sí —dijo Mim—. Pero no reconozco a la que está junto a ella. Hay casas que sólo existen en las islas. Mi señor Kta las conoce a todas, hasta las de las muchas colonias de Indresul. Un capitán debe saber esas cosas, aunque no vengán normalmente a Nephane. Este debe ser un carguero que rara vez viene, quizá del norte, cerca de Yvorst Ome, donde los mares son de hielo.

La multitud se amontonaba codo con codo. Perdieron de vista los muelles, y casi al uno del otro. Kurt agarró el brazo de Mim, a lo que esta protestó con una mirada de sorpresa; ni siquiera marido y mujer podían tocarse en público.

—Quédate conmigo —dijo él, pero la soltó—. No te alejes de mi vista.

Mim caminó frente a él por el laberinto de puestos, deteniéndose para admirar algún trabajo de los hojalateros, intrigándose ante el pequeño pez de escamas articuladas que se movían cuando el viento tocaba sus aletas.

—No hemos venido por esto —dijo Kurt irritado—. Vamos. ¿Qué harías tú con algo semejante?

Mim suspiró, algo molesta, y le llevó hasta la parte del mercado donde paraban granjeros y campesinos con sus cosechas y quesos y pájaros a la venta, pescaderos con el producto de su redada, carniceros cuyos puestos estaban decorados con cuerpos enteros que colgaban de ganchos.

Mim deploró la escasa calidad de la pesca de ese día y, al verse decepcionadas sus intenciones, eligió unas curiosas espirales amarillas llamadas *lat*, y otros moteadas y naranjadas llamadas *gillybai* de un vendedor de vegetales. Mim conocía a su mujer y ésta la felicitó por su reciente matrimonio, maravillándose de forma embarazosa ante Kurt —pareció temblar ligeramente, pero se comportó con valiente educación—, y luego se enzarzó una larga historia sobre la hija de una conocida común.

Eran charlas de mujeres. Kurt se quedó a un lado, olvidado, y entonces, seguro de que Mim estaba a salvo entre gente a la que conocía y no queriendo parecer un déspota, se alejó un poco. Miró en algunas mesas del siguiente puesto, algo interesado en la variedad de pesca y de cosechas, alguna de las cuales debía haber probado ya, reflexionó con repugnancia, sin saber cuál era su aspecto sin cocer. La mayoría del marisco no resultaba nada atractivo para los sentidos terrestres.

De los muelles seguía llegando el constante martilleo, resonando en las paredes como un enloquecido contrapunto al ruido de la multicolor multitud.

Alguien le empujó. Vio el rostro huraño de un sufaki con Ropas de Color. Él nombre no dijo nada. Kurt hizo una ligera inclinación de disculpa, que quedó sin respuesta, y se volvió para volver con Mim.

Otro hombre le bloqueaba el paso. Kurt intentó rodearlo. El sufaki se movió con él con un brillo de amenaza en los ojos. Otro apareció a su izquierda, empujándole hacia la derecha.

Kurt se movió con rapidez, intentando alejarse de ellos. Le cortaron el camino hacia Mim. Ya no podía verla. La ruidosa multitud se interponía entre ellos. No se atrevía a empezar nada teniendo a Mim tan cerca; podría resultar herida.

Le obligaban a ir en una dirección, hacia una abertura entre los puestos donde le acogotarían contra un almacén. Vio una calleja y corrió hacia ella.

Había más hombres esperándole al doblar la esquina, mientras los demás aún le seguían. Lo había esperado y se lanzó contra ellos sin dudar. Evitó un cuchillo y le dio una patada al dueño, que gritó agónicamente. Golpeó a otra en la cara y a un tercero en el bajo vientre antes de que le cogieran los que tenía a su espalda.

Un golpe aterrizó entre sus hombros y contra su cabeza, medio cegándole. Cayó bajo el peso de su cuerpo, siendo sujetado mientras más de uno le retorció los brazos hacia atrás y el ataba las muñecas.

Kurt le había roto el brazo a uno. Lo vio con satisfacción cuando le pusieron en pie e intentaron auxiliar a sus heridos.

Luego le alzaron en vilo cogiéndole de cada brazo y le metieron a toda prisa en el callejón.

Los barrios bajos de Nephane eran un laberinto de geometría alienígena, edificios con formas extrañas increíblemente encajados en la curva en S de la calle principal, mostrando un frente perfectamente planificado y ordenado, mientras las partes traseras formaban una laberíntica mezcla de callejuelas estrechas y muros contiguos. Al poco rato, Kurt renunció a memorizar el camino por el que le llevaban.

Llegaron a la parte de atrás de un almacén, arrojando a Kurt al interior y entrando con él en la oscuridad, cerrando luego la puerta de tal modo que la única luz que había en el interior fue la que entraba por la apertura de la pequeña puerta.

Kurt forcejeó para escapar, seguro ahora de que acabaría apareciendo con la

garganta cortada y sin pruebas de quienes habían sido sus asesinos.

Le cogieron antes de que pudiera recorrer unos pasos, y le tiraron al polvoriento suelo, pasándole luego una cuerda por los tobillos. Finalmente, consiguieron atarle los tobillos pese a sus patadas y su cabezonería. Luego le obligaron a abrir la boca y metieron en ella un repugnante trozo de tela sujetándolo con una cuerda y una violencia que le dañó la cara.

—Enciende una luz —dijo uno.

La puerta se abrió antes de que se hiciera esto. Sus camaradas se habían unido a ellos, trayendo al hombre del brazo roto. Cuando se encendió la luz se dedicaron a arreglarle el brazo, haciendo que profiriera gritos que intentaron amortiguar.

Kurt se debatía sobre algunos paquetes de tela, con los nervios tensos a cada grito del hombre herido. Estaba seguro de que se lo harían pagar antes de acabar con su vida.

Es lo que haría un humano. Esperaba que en ese aspecto fueran distintos.

\* \* \*

Pasaron las horas. El hombre herido dormía gracias a una bebida que le habían administrado. Kurt se afanaba en aflojar los nudos. No estaban a su alcance, así que intentaba tirar de las cuerdas. Tenía los dedos entumecidos y más allá del dolor. El dolor le recorría los brazos. Tenía las piernas insensibles. Respirar era todo un esfuerzo.

Al menos no le habían tocado. Estaban jugando al *bho* un juego de apuestas, y se sentaban al fuego formando un cuadro irreal suspendido en la creciente neblura. La luz sólo iluminaba los bordes de las mercancías y las cajas.

En la distancia se oían los sonos del *Intaem-Inta*. Los jugadores se detuvieron, reverentes, antes de continuar con la partida.

Kurt oía en el exterior el débil frotar de sandalias sobre la piedra. Sus esperanzas aumentaron. Pensó en Kta, buscándole.

En vez de eso oyó una llamada en la puerta. Los hombres admitieron dentro a los recién llegados, uno de ellos con traje de indras, los demás con Ropas de Color. Llevaban dagas en los cintos.

Uno era de los que le había vigilado desde fuera de Elas.

—Ahora nos ocuparemos de él —dijo el vestido como un idras, un hombre pequeño de ojos tan rasgados que sólo podía ser sufaki—. Ponedle en pie.

Dos hombres le levantaron y cortaron las cuerdas que le ataban los tobillos. No podía permanecer en pie sin que ellos le ayudaran. Le sacudieron y abofetearon para que lo intentara, cogiéndole de los brazos cuando fue evidente que de verdad no podía tenerse en pie y le arrastraron con gran prisa hacia la niebla y la oscuridad del



exterior, hacia las confusas vueltas y revueltas de las callejuelas.

Iban siempre colina abajo y Kurt estuvo cada vez más seguro de su destino: las oscuras aguas de la bahía ocultarían su cuerpo sin que quedara alguna evidencia que acusara a los sufaki o a su asesino. Nadie sabría cómo había desaparecido, nadie excepto Mim, que quizá fuera capaz de identificarles.

Ese era el pensamiento que más le atormentaba. Él debía estar poniendo Nephane patas arriba, si es que Mim había podido llegar a ellos. Pero no había indicios de una búsqueda.

Giraron por una esquina, perdiendo de vista al que llevaba la linterna delante de ellos, y que se movía como un fuego fatuo en la niebla. Los otros dos hombres le llevaban medio arrastrado. Aunque volvía a sentir los pies, no se lo puso más fácil a los que le llevaban.

Se apresuraron para alcanzar al hombre de la linterna y le maldijeron por su prisa. Al mismo tiempo tiraban cruelmente de los brazos de Kurt, intentando obligarle a soportar su propio peso.

Kurt se lanzó de pronto hacia la izquierda, donde unos escalones conducían hasta una puerta, derribando a uno de los guardias que cayó con un grito de sorpresa. Dio media vuelta arrastrando al otro, incapaz de liberarse de él por haberse cogido a su túnica y seguía agarrándole por un brazo.

Kurt dio un tirón. La tela cedió. Puso todo su peso en una patada contra el hombre de la linterna.

El hombre cayó de bruces, derramando el aceite, y haciendo que saltaran las llamas. El hombre en llamas gritó, tirándose de la ropa, intentando desprenderse de ellas. La garra de su amigo se aflojó, un cuchillo brilló a la luz de las llamas en dirección al vientre de Kurt.

Kurt giró, recibió la hoja con las costillas, se liberó y le dio un rodillazo al hombre. El que estaba en llamas tocó algo inflamable de los despojos del callejón.

Estaba libre. Dio media vuelta y corrió entre la niebla y la oscuridad que ahora olía a carne y tela quemadas.

No se atrevió a pararse hasta varias curvas y desviaciones después. Se apoyó contra una pared a punto de desfallecer por falta de aire, pues la mordaza le obstruía la respiración.

Por fin, se arrodilló en los escalones de un almacén todo lo silenciosamente que pudo y contorsionó el cuerpo para poder emplear los dedos en buscar entre los restos de la esquina. Encontró un trozo de cerámica, buscó un borde lo bastante afilado, se inclinó contra el escalón con el corazón latiéndole por el esfuerzo y los oídos esforzándose en escuchar algo pese a la sangre que le manaba de la cabeza.

Le llevó mucho tiempo hacer algún corte en las tensas cuerdas. Por fin partió una hebra, y otra, y pudo terminar con el resto. Se desató con manos mortecinas la cuerda

que le sujetaba la mordaza y escupió la asfixiante tela, capaz por fin de respirar y darle la bienvenida a una vocanada del frío aire nublado.

Ya podía moverse, y tenía una oportunidad al poder ocultarse en la niebla y la noche. Tenía que ir colina arriba; no tenía otra elección. El pórtico era el lugar más lógico para que sus enemigos le esperaran y le tendieran una emboscada. Era el único camino a través de la muralla defensiva que le llevaría a la zona alta.

Sintió alivio al llegar a la muralla. No era muy difícil encontrar un lugar donde los edificios se apilaran contra la antigua fortificación. Los cobertizos y los edificios eran abundantes, aglomerándose hasta formar una estrecha separación entre los edificios autorizados y la antigua defensa de la zona alta. Se tambaleó por los tejados de tres de ellos hasta pisar la cima de la muralla y encontró la situación más difícil en el otro lado. Temiendo el salto, caminó a lo largo de la fortificación hasta encontrar un lugar donde la erosión de los siglos había aminorado la altura en unos cinco pies. Se colgó del borde y se dejó caer al otro lado a una mareante distancia del suelo.

La caída no le dejó totalmente inconsciente, pero le dejó atontado y apenas capaz de arrastrarse durante la escasa distancia que le separaban de las sombras. Pasó un tiempo antes de recuperarse lo bastante como para volver a intentar caminar, perdiendo a veces la consciencia de cómo había conseguido llegar a un lugar determinado. Alcanzó la calle principal. Estaba desierta, Kurt caminó por ella porque no le quedaba más remedio y finalmente echó a correr cuando vio la puerta de Osanef. Se lanzó hacia la amistosa sombra de su porche.

No contestó nadie. A través de la nieblas, llegaba luz de las alturas, un brillo difuso proveniente del templo del Afen. Recordó el festival, y concluyó que hasta los osanef influenciados por indras debían estar en el templo.

Esta vez echó a correr por la calle, a dos manzanas de Elas y confiando en su velocidad, sin atreverse a probar en otras casas indras. No apreciaban a los humanos; Kta se lo había advertido.

Estaba a punto de llegar a la puerta de Elas cuando se dio cuenta que quizá estuviera vigilada. Debía estarlo, a no ser que hubiera guardias de la Methi. Era demasiado tarde para detenerse. Alcanzó su entrada triangular y llamó furiosamente a la puerta, no atreviéndose ni a mirar por encima del hombro.

¿Quién está ahí? —preguntó débilmente la voz de Hef.

—Kurt. Déjame entrar. Déjame entrar, Hef.

El cerrojo se descorrió, la puerta se abrió, y Kurt pasó al interior, y se apoyó en la cerrada puerta, buscando algo de aire en la brusca calidez y luz de Elas.

—Mim —dijo Hef—. ¿Qué ha sucedido, mi señor Kurt? ¿Dónde está Mim?

—¿No... no está aquí?

—No. Creíamos que al menos... pasara lo que pasara... estaríais juntos.

Kurt contuvo el aliento con una asfixiante bocanada de aire y se obligó a ponerse

en pie.

—Llama a Kta.

—Ha salido con Ian t'Ilev y Val t'Ran, buscándoos a los dos. Ai mi señor, ¿qué vamos a hacer? Llamaré a Nym.

—Dile a Nym... dile a Nym que he ido a pedir ayuda a la Methi. Dame un arma... la que sea...

—No puedo, mi señor, no puedo. Mis órdenes prohíben...

Kurt juró y abrió la puerta de un tirón, echando a correr en dirección a la entrada del Afen.

Cuando alcanzó la muralla del Afen, las puertas estaban cerradas y la calle amurallada que conducía al templo estaba abarrotada de sufakis, borrachos en su mayoría. Kurt se apoyó en los barrotes y gritó a los guardias para que le oyeran y le abrieran, pero su voz se perdía con el ruido del gentío, con todos los sufakis de Nephane reunidos en la plaza que había al final de la calle y entraban en la calle amurallada. Algunos, más borrachos que sus compañeros, empezaron a tirar también de los barrotes para despertar a los guardias. Si había alguno que pudiera oírles, ignoró el clamor.

Kurt contuvo el aliento, exhausto, lejos de la ayuda de Kta o Djan. Entonces recordó la otra puerta, la que había al otro extremo de la muralla colindaba con hichematleke, y se abría a la plaza del templo. Esa sería la que debían estar guardando, la más cercana al templo. Allí le oirían, y le abrirían.

Corrió pegado al muro, evitando sufakis en su agotado trastabillar y tropezar. Un par de borrachos se echaron a reír y le cogieron de la ropa. Otros le maldijeron, intentando impedirle el paso.

Empezó a alzarse un clamor resentido por su presencia.

Un sufaki con *jafikn* le bloqueó el paso, haciendo que se diera la vuelta. Alguien le golpeó en un costado, casi arrojándole contra el pavimento.

Corrió, pero no dejaron que abandonara la plaza, bloqueándole la salida. Eran hombres de t'Tefur, armados con espadas.

La autoridad, pensó, una autoridad inteligente no permitiría que sucediese esto. Se abrió paso por un lado, corriendo en dirección a los escalones del templo, apartando de su paso a mujeres que chillaban y hombres que le insultaban.

Se alzaron manos para detenerle. Consiguió llegar casi hasta la cima de los largos escalones del templo sin que le cogieran y, finalmente, le detuvieron.

—¡Es obra de Elas! —chilló una voz histérica abajo—. ¡Matad al humano!

Kurt forcejeó para ver quien había gritado, viendo sólo un mar de caras extrañas a la luz de las antorchas y a través de la película de niebla.

¿Dónde está Shan t'Tefur? —gritó Kurt—. ¿Adonde se ha llevado a mi mujer?

La babel de voces se acalló por un momento: los nemet tenían en gran estima a

sus mujeres. Kurt respiró profundamente y le gritó a la multitud:

—¡Shan t'Tefur! Sal si estás aquí y enfrentate a mí. ¿Dónde está mi mujer? ¿Qué has hecho con ella?

Hubo un momento de sorprendido silencio y luego un creciente murmullo semejante al trueno cuando un anciano sacerdote apareció en los escalones superiores abriéndose paso entre los hombres allí reunidos. Aclaró el camino con el emblema de su oficio, un bastón de madera. Extendió el bastón hasta casi tocar a Kurt, y el sacerdote le dirigió unas palabras ininteligibles.

Ahora reinó un silencio absoluto. Una risa de borracho llegó desde la distante pared, en la calle de abajo. Nadie murmuraba nada. Hasta Kurt se vio obligado a callar. El bastón se extendió un poco más y él se apartó con un disgusto irrazonable, no queriendo ser tocado por este farfullante sacerdote con sus borrachos dioses terrestres. Los demás le sujetaron, y la áspera madera del extremo del bastón tembló contra su mejilla.

—¡Blasfemo! —dijo el sacerdote—. Enviado por Elas para profanar los ritos. Mentiroso. Que seas maldito por la tierra, por los viejos dioses, los antiguos dioses, y los hijos creadores de vida de Thael. Hijo de Yr y Phan unidos, descendiente de Aem, y de los dioses del antiguo Chteftik, ¡maldito seas!

—¡Y yo os maldigo a todos si habéis tenido parte en el plan de t'Tefur! ¡Mi esposa Mim nunca os hizo daño alguno, nunca hizo daño a nadie. ¿Dónde está? ¡Vosotros! ¡Los que estabais hoy en el mercado! ¡Los que os alejáis! ¿Tenéis algo que ver en esto? ¿Qué han hecho con ella? ¿Por qué se la han llevado? Por vuestros dioses, ¿no podéis decirme al menos si aún vive?

—Nadie sabe nada de la mujer, humano —dijo el anciano sacerdote—. Has hecho mal en venir aquí con tus desvaríos de borracho. ¿Quién quería dañar a Mim h'Elas, una hija de Sufak? Vienes aquí y profanas los misterios. Es claro que no enseñan reverencia alguna en Elas. Maldito seas, humano. Si no te marchas ahora, lavaremos con tu sangre la profanación de tus pies sobre estas piedras. Dejadle marchar. Dejad marchar al humano, y dadle una oportunidad para que pueda irse.

Le soltaron, y Kurt se tambaleó sobre los escalones, mirando los rostros que le rodeaban, buscando uno que le fuera familiar. No vio a Osanef o algún otro amigo. Se dirigió al sacerdote.

—Mi mujer se ha perdido en la ciudad, está herida o muerta —suplicó Kurt—. Sois un hombre religioso... ¡Haced algo!

La piedad o la conciencia tocaron por un momento el endurecido y envejecido rostro. Los cuarteados labios se movieron para decir algo. Hubo un agitarse en la multitud.

—¡Es obra de los indras! —gritó una voz de hombre—. ¡Elas busca una excusa para atacar a los sufaki... y ahora intenta crear una! ¡El humano es una criatura de

Elas!

Kurt se giró y, por primera vez, vio un rostro familiar.

—¡Es uno de ellos! —gritó—. Es uno de los hombres que estaban en el mercado cuando se llevaron a mi esposa. Intentaron matarme y tienen a mi mujer...

—¡Mentira! —gritó otro hombre—. Ver ha estado en el templo desde que sonó el *Inta*. Ha estado conmigo. El humano intenta acusar a un hombre inocente.

—¡Matadle! —gritó alguien más, y otros entre la multitud repitieron el grito, avanzando hacia adelante. Todos jóvenes, llevando Ropas de Color. Los hombres de t'Tefur.

—No —gritó el anciano sacerdote, golpeando el suelo con el bastón para llamar la atención—. No, lleváoslo de aquí, sacadle de los recintos del templo.

Kurt retrocedió cuando los hombres se lanzaron contra él, casi aplastándole, tirándole de los pies y lanzando su cuerpo a la multitud.

Forcejeó, buscando aire e intentando liberar las manos o incluso un pie para defenderse mientras le pasaban en volandas por todo el patio en dirección a la calle amurallada.

Y la puerta se abrió y los hombres de la guardia de la Methi hicieron acto de presencia, apenas distinguibles en la niebla por sus antorchas, pero cuyos yelmos de bronce brillaban, y su metal relucía ominoso y bélico bajo la lúgubre luz.

—¡Entregádnoslo! —gritó su jefe.

—Traidores —gritó uno de los jóvenes.

—Entregádnoslo —repitió el oficial. Era t'Senife.

Enfurecidos, arrojaron a Kurt contra los guardias, dejando que cayera contra las piedras, y los guardias no se mostraron más amables en su prisa, volviéndole a coger, medio arrastrándole hasta los terrenos del Afen.

De la multitud surgieron gritos histéricos en cuanto cerraron las puertas, bloqueándole el paso al gentío. Algo pesado golpeó la puerta, una andanada de proyectiles le siguió. El griterío aumentó y se desvaneció.

Los guardias de la Methi le cogieron, levantándole por los heridos brazos, llevándole en vilo con ellos hasta que estuvieron seguros de que podía caminar a su ritmo.

Subieron por las escaleras de atrás y entraron dentro.

## XIII

Siéntate —dijo Djan. Kurt se dejó caer en la silla más próxima, aunque Djan continuaba en pie. Ella miró más allá de él hacia los guardias que esperaban.

—¿Está todo bajo control?

—No entrarán en terreno del Afen.

Despertad a la guardia de día. Doblad la guardia en todas partes, especialmente en la poterna. T'Lised, trae a h'Elas.

Kurt alzó la mirada.

—Mim...

—Sí, Mim.

Djan despachó a la guardia con un gesto de la mano y recogió los plateados y bordados pliegues de su vestido para coger un asiento. Ningún rasgo de simpatía tocó su rostro mientras Kurt levantaba su temblorosa mano para enjugarse el sudor de la cara e intentaba recomponer sus destrozados nervios.

—¿Está bien? —dijo.

—Sanará. Nym reportó vuestra ausencia cuando no volvisteis del mercado; mis hombres la encontraron vagando por el puerto. No pude conseguir que dijera nada coherente; pedía continuamente que la llevaran a Elas, hasta que finalmente conseguí que me dijera que tú también habías desaparecido. Luego vino Kta diciendo que volverías a Elas y se marchó; pudo pasar por la puerta acompañado por alguno de mis hombres o, dado el ambiente de afuera, dudo mucho que lo hubiera conseguido. Así que volví a enviarle a casa acompañado de mi guardia y le dije que esperara allí, y espero que así lo hiciera. Encontrarte fue fácil, con todo el jaleo que armaste en la plaza del templo.

Kurt inclinó la cabeza, satisfecho con que Mim estuviese a salvo, demasiado cansado para discutir.

—¿Te das cuenta, aunque sea remotamente, del jaleo que has organizado? Mis hombres se arriesgan a ser asesinados ahí fuera por tu culpa.

—Lo siento.

—¿Qué te ha pasado?

—Los hombres de t'Tefur me secuestraron hoy en el mercado, me retuvieron en un almacén hasta que oscureció y me sacaron afuera, supongo que para acabar conmigo en el puerto. Conseguí escapar. Puede que haya matado a alguno.

Djan maldijo entre dientes.

—¿Qué más?

—De los que me arrastraban del templo... si los ha reconocido alguno de tus hombres, uno de ellos estaba en el mercado. Eran hombres de t'Tefur. Uno estaba entre los que te dije que vigilaban Elas...

—¿Es que debo llamar a Shan? Si repites esas cosas en su cara...

—Le mataré.

—No harás nada de eso —gritó Djan, habiéndosele acabado de repente la paciencia—. Ya me habéis causado demasiados problemas tu preciosa esposa nativa y tú. Sé muy bien lo cabezota que eres, pero te prometo una cosa; si me causas más problemas, os consideraré responsables a Elas y a ti.

—¿Qué se supone que tengo que hacer? ¿Esperar el siguiente ataque? Es que mi mujer debe esconderse por miedo a ellos y que no seré capaz de hacer nada o ponerle las manos encima a los hombres que sé que son los culpables?

—Elegiste vivir aquí, me suplicaste ese privilegio, y elegiste todos los problemas que conlleva vivir en una casa nemet y tener una mujer nemet. Disfrútalos.

—Estoy pidiéndote que hagas algo.

—Y yo te digo que ya me has causado bastantes problemas. Estás convirtiéndote en una molestia.

La puerta se abrió lentamente y Mim entró en la habitación, se detuvo transfigurada cuando Kurt se puso en pie. Su cara se disolvió en lágrimas y por un momento no se movió. Luego se dejó caer de rodillas y escondió la cara ante Djan.

Kurt fue hasta ella y la recogió con los brazos, la acarició el alborotado pelo y ella volvió la cara contra él y lloró. Llevaba el vestido desgarrado y los botones arrancados hasta la cintura, el *pelan* estaba manchado de sangre y barro de las calles.

—Será mejor que hagas algo —dijo Kurt, mirando a Djan—. Porque si me encuentro con alguno de ellos, les mataré.

—Estás equivocado si crees que no haré lo que he dicho.

—¿Qué clase de lugar es éste en que puede pasarle algo así a una mujer? ¿Qué le debo a tus leyes si puede pasar esto y ellos quedan impunes?

—H'Elas —dijo Djan, ignorándole—, ¿recordáis quién os hizo esto?

—Por favor —dijo Mim—. No avergoncéis a mi marido.

—Vuestro esposo tiene ojos para ver lo que os ha pasado. Amenaza con solucionar este asunto por su cuenta, lo cual sería desafortunado para Elas, igual que para él. Así que será mejor que lo recordéis, h'Elas.

—Methi... yo... sólo recuerdo lo que os he contado. Me mantuvieron envuelta en... en la capa de alguien, creo, y apenas podía respirar. No vi cara alguna... y recuerdo... recuerdo que me movieron, e intenté escapar, pero ellos me golpearon... me...

—Basta —dijo Kurt—. Basta ya, Djan.

—¿Cuánto tiempo hace que vivís en Nephane, h'Elas?

—Cu-cuatro años, Methi.

—¿Y nunca antes habíais oído esas voces, ni reconocisteis alguna cara, ni siquiera al principio?

—No, Methi. Puede... puede que vinieran del campo.

—¿Dónde estuvisteis encerrada?

—No lo sé, Methi. No puedo recordar con claridad. Era oscuro... un edificio, oscuro... y no podía ver nada. No lo sé.

—Fueron hombres de t'Tefur —dijo Kurt—. Déjala sola.

—Hay hombres más radicales que Shan t'Tefur, los que buscan provocar el caos. Acabas de darles la munición que necesitaban, matando a dos de ellos, y profanando el templo.

—Que salgan al descubierto y me acusen. No creo que se atrevan. Y si lo intentan de nuevo...

—Te lo he advertido, Kurt, con toda la claridad de la que soy capaz. No hagas *nada*.

—Haré todo lo que sea necesario para proteger a mi esposa.

—No me pongas a prueba. No creas que tu vida o la de ella me importan más que esta ciudad.

—La próxima vez pienso ir armado —dijo Kurt, sosteniendo a Mim—. Si tú no quieres darme la protección que ofrece la ley, tendré que ocuparme yo de ello, en público o en privado, por las buenas o por las malas.

—Mi señor —suplicó Mim—. Por favor, no discutáis con ella, por favor.

—Será mejor que le hagas caso —dijo Djan—. Las mujeres llevan miles de años sobreviviendo a cosas así. Ella también lo hará. El honor es poca compensación para los muertos, como le habrán enseñado las prácticas de los tamur...

—¡Te está oyendo! —gritó Kurt, abrazando a Mim, y Djan se calló prontamente. Mim temblaba. Las manos de ella estaban heladas al ser cogidas por las suyas.

—Tienes mi permiso para marchar, h'Elas —dijo Djan.

—La acompañaré a casa —dijo Kurt.

—Tú no vas a ninguna parte —dijo Djan, y gritó en... en chai llamando a la guardia, que apareció casi al instante, a la espera de órdenes.

—La llevaré a casa —repitió Kurt—, y volveré si insistes.

—No —dijo Djan—. Cometí un error permitiendo que fueras a Elas. Te lo advierto. A partir de ahora te quedarás en el Afen y se necesitará algo más que la persuasión de Kta para que cambie de opinión. Has creado en esta ciudad una división que no zanjarán las palabras, y se me ha acabado la paciencia. T'Dein, acompaña a h'Elas a su casa.

—Tendrás que usar más de una orden para retenerme aquí —dijo Kurt.

Mim puso su mano en el brazo de él y le miró.

—No, por favor, no. Iré a casa. Estoy muy cansada. Muy dolorida, mi señor. Dejadme marchar, por favor, y no os peleéis con la Methi por mi culpa. Tiene razón: no es bueno para ti ni para Elas. Nunca estaríais a salvo. No quiero que te suceda



nada por mi culpa.

Kurt se inclinó y le tocó la frente con los labios.

—Esta noche volveré a casa, Mim. Ella sólo piensa lo contrario. Ve con t’Udein, y dile a tu padre que mantenga cerrada la puerta.

—Sí, mi señor Kurt —dijo ella con un suspiro, dejando que sus manos resbalaran de las de él—. No te preocupes por mí. No te preocupes.

Ella se inclinó una vez ante la Methi, pero Djan chasqueó los dedos antes de que prosiguiera, despachándola afuera. Kurt esperó a que se cerrara la puerta, luego clavó la mirada en Djan, temblando con tanta rabia que perdió el control.

—Si vuelves a hablarle así a mi mujer...

—Tiene más sentido que tu. *Ella* no habría luchado por su orgullo herido.

—La has retenido sin decírselo a Elas.

—Se lo dije a Kta cuando vino, y si tú te hubieras quedado en tu lugar, el asunto se habría resuelto de forma silenciosa y eficiente. Ahora tengo que pensar en otras cuestiones además de tu conveniencia y tus sentimientos.

—Te refieres a salvar a t’Tefur.

—Salvar a la ciudad del baño de sangre que has estado a punto de iniciar esta noche. A mis hombres les han arrojado piedras... ¡a los guardias de la Methi! Si se atreven a hacer eso, la próxima vez se dedicarán a cortar gargantas.

—Pregúntale a tus guardias cuáles eran esos hombres. ¿O tienes miedo de los que puedan responderte?

—Esta noche se hacen muchas acusaciones que se las lleva el viento, ninguna de ellas con substancia.

—Yo les daré substancia... ante el Upei.

—Ah, no, no lo harás. Si llevas esa acusación ante el Upei, hay muchas cosas sobre mucha gente, incluyendo a tu mujer, la ex esclava, que serán aireadas y expuestas a la luz pública mediante juramento. Cuando haces que la ley funcione, ésta no se detiene hasta que no sale todo a la luz, y un caso como éste dividiría a Nephane para siempre. No pienso permitirlo. Tu mujer sería la que más sufriría, y creo que lo ha comprendido muy bien.

—¿La has amenazado con eso?

—Le expliqué cómo eran las cosas. No la amenacé. Esos amigos no admitirán los cargos, no, y contratarán con acusaciones que no serán muy bonitas de escuchar. Se pondrá en tela de juicio la historia de Mim y el honor de Mim. El que fuera rescatada de los tamurlin para acabar casándose con un humano no la beneficiaría ni a ella ni a Elas. Y créeme, la arrojaré a los sufaki si hace falta, así que no me fuerces.

—La ciudad de t’Tefur no merece la pena salvarse.

—¿Adonde te crees que vas?

Se encaminaba hacia la puerta. Se detuvo y se enfrentó a ella.

—Voy a Elas, con mi mujer. Cuando esté seguro de que se encuentra bien, volveré y aclararemos el asunto. Pero a menos que quieras ver más gente herida o muerte, será mejor que me des una escolta para llegar allí.

Djan le miró. Nunca había estado tan furiosa, pero quizá pudiese leer en la cara de Kurt lo que sentía en este momento. Su expresión adquirió más calma, más disimulo.

—Hasta mañana —dijo—. Serénate allí. Mis hombres te escoltarán a Elas, pero no pienso hacer que recorran las calles contigo dos veces en la misma noche, paseándote ante los sufaki como una incitación a la violencia. Así que quédate allí hasta la mañana siguiente. Si esta noche me causas más problemas esta noche, Kurt, te aseguro que lo lamentarás.

Kurt abrió la pesada puerta de Elas, arrancándola de las manos de Hef y cerrándola rápidamente ante las guardias de la Methi. Luego se volvió hacia Hef.

—Mim —dijo Kurt—. ¿Está aquí, está a salvo?

Hef hizo una reverencia.

—Sí, mi señor, hace apenas unos momentos que llegó, también con la guardia de la Methi. Te lo suplico, mi señor, ¿qué...?

Kurt ignoró sus preguntas, corriendo hasta el *rhomei* y encontrándolo vacío, luego subió las escaleras hasta llegar a su cuarto.

No había más luz que la de *phusa*. Hirió sus ojos al abrir la puerta, y ante ella estaba arrodillada Mim. Lanzó un largo suspiro de alivio, se arrodilló junto a ella y la tomó por los hombros.

Su cabeza cayó contra él, sus labios estaban abiertos por el *shock*, su cara cubierta por el sudor. Luego vio sus manos junto al corazón y la oscura mancha húmeda en ellas.

—No —gritó, chilló, y la cogió cuando se desplomó de costado.

Sus manos abandonaron la empuñadura del cuchillo de dragón que se había hundido en su pecho. No estaba muerta; ese ultraje metálico que sobresalía de su pecho aún se movía con su débil respirar, y no pudo decidirse a tocarlo. Apretó sus labios contra la mejilla de ella y oyó el suave rumor de su respiración. Sus cejas se unieron en un gesto de dolor y se relajaron. Sus ojos tenían un extraño brillo infantil.

—El mi señor —la oyó respirar.

Y la respiración desapareció lentamente de sus labios y la luz de sus ojos. Mim era un peso inerte, repentinamente pesado, y él profirió un sollozo ahogado y la abrazó contra sí, envolviéndola fuertemente con sus brazos.

Unos pasos rápidos resonaron en las escaleras, y supo que era Kta. El nemet se detuvo en el umbral, y Kurt volvió hacia él su rostro surcado en lágrimas.

—Ai, luz del cielo —susurró Kta.

Kurt dejó a Mim en el suelo con mucha suavidad, cerró los ojos y extrajo con cuidado la daga. Sabía que era la que una vez había robado y Mim le había quitado.

Sostuvo esa cosa en la mano como si fuera un enemigo vivo, temblándole todo el brazo.

—¡Kurt! —exclamó Kta, corriendo hacia él—. ¡Kurt, no! ¡Entrégamela! ¡Entrégamela!

Kurt se tambaleó poniéndose en pie con la daga aún en la mano, y la borrosa forma de Kta se agitó ante él, con la mano alargada en una súplica. La visión se le aclaró. Miró a Mim, en el suelo. ' —Kurt, por favor, te lo suplico.

Kurt volvió a cerrar los dedos en la empuñadura.

—Tengo algo que hacer en el Afen.

—Entonces deberás matarme antes a mí para poder pasar —dijo Kta—, porque si atacas a la Methi, matarás a Elas, y no pienso dejarte marchar.

La Familia de Kta. Kurt vio el amor y el miedo en los ojos del nemet y no pudo culparle. Kta intentaría detenerle, lo sabía, y miró de nuevo a la daga, desprovisto de venganza, falto del valor o la voluntad o el impulso que fuera que hizo que Mim se la llevara al pecho.

—Kurt.

Kta le cogió la mano y le quitó la daga de entre los dedos. Nym estaba detrás de él, en las sombras. Nym, y Aimu, y Hef llorando, manteniéndose apartado hasta en la pena. Las cosas parecían inmersas en una dimensión irreal.

—Ven —decía Kta con suavidad—. Ven por aquí.

—No la toques.

—La llevaremos al *rhmei* —dijo Kta—. Ven, amigo mío, ven.

Kurt asintió con la cabeza, recobrándose un poco.

—Yo la llevaré —dijo—. Es mi mujer, Kta.

Kta le dejó entonces, y Kurt se arrodilló y alzó en brazos la inerte forma de Mim. Ya no parecía ser ella. No era como Mim. Estaba floja, como una muñeca rota.

La familia se reunió en silencio ante el *rhmei*: Ptas y Nym, Aimu y Kta y Hef. Kurt dejó su carga a los pies de Ptas. Ptas lloró por ella, y le cruzó los brazos sobre el pecho. Nada se oía en el *rhmei* que no fuera el sonido de los lloros de las mujeres, de las mujeres y de Hef. Kurt ya no podía derramar más lágrimas. Cuando miró a la cara de Nym se encontró con una furia sombría y terrible.

—¿Quién la llevó a esto? —dijo Nym, y Kurt tembló bajo el peso de su propia culpa.

—No puede protegerla. No puede ayudarla. —La miró, lanzó un suspiro entrecortado—. La Methi la condujo a esto.

Nym le miró lleno de pena, volviéndose luego y llegándose hasta la llama de fuegocorazón. El señor de Elas permaneció un momento inmóvil con la cabeza inclinada y luego la levantó, alzó los brazos ante el sagrado fuego; era como una sombra oscura y poderosa ante la dorada luz.

—Que nuestros Ancestros reciban este alma, no nacida en nuestro linaje. Acoged a Mim h'Elas, espíritus de nuestros Ancestros. Aceptadla con vosotros, es una como nosotros, es amada, querida como si compartiera cuna. La paz era en el corazón de esta hija de Elas, hija de Minas, de Indras, de la lejana ciudad resplandeciente.

—Espíritus de Elas —rezó Kta, alzando a su vez las manos ante el fuego—, ancestros nuestros, despertad y contempladnos. Guardianes de Elas, contempladnos, se nos ha hecho esta afrenta; rápida será nuestra venganza, Ancestros nuestros, despertad y contempladnos.

Kurt levantó la mirada, incapaz hasta de llorar por ella como los demás, ajena a él hasta en el momento de morir. Y contempló como Ptas tomaba la daga dragón de las manos de Kta. Se inclinó sobre Mim con ella en la mano, y eso fue más de lo que pudo soportar. Kurt gritó, pero Ptas sólo cortó un rizo del oscuro pelo de Mim y lo arrojó al fuego sagrado.

Aimu sollozó audiblemente. Kurt no pudo más. Se volvió bruscamente y dejó el lugar saliendo al vestíbulo.

—Está hecho —dijo Kta, arrodillándose donde lo encontró, encogido contra la puerta de entrada. Puso una mano sobre el hombro de Kurt—. Ha terminado. Vamos a llevarla a su lugar de descanso. ¿Deseas estar presente?

Kurt se estremeció y volvió el rostro hacia la pared.

—No puedo —dijo, cambiando a su lengua nativa—. No puedo. La amaba, Kta. No puedo ir.

—Entonces nos ocuparemos nosotros, amigo mío. Nos cuidaremos de ella.

—La *amaba* —insistió, y notó en el hombro la presión de los dedos de Kta.

—¿Hay algún rito que desees llevar a cabo? Seguramente nuestros Ancestros no verían nada malo en ello.

¿Qué tenía ella que ver con mi gente? —Kurt tragó saliva dolorosamente y negó con la cabeza—. Hacedlo de la forma en que ella lo habría entendido.

Kta se levantó y se dispuso a marchar, pero se arrodilló de nuevo.

—Amigo mío, ven antes a mis habitaciones. Te daré algo que te hará dormir.

—No. Déjame solo. Déjame.

—Temo por ti.

—Ocúpate de ella. Hazlo por mí.

Kta titubeó, luego volvió a levantarse y se retiró en silencio.

Kurt escuchó durante unos instantes. La familia dejaba el *rhmei* por el pasillo de la izquierda, el sonido de los pasos desapareció en las profundidades de la casa. Kurt se levantó y abrió en silencio la puerta, cerrándola detrás de él de tal modo que quedó atrancada por dentro.

Las calles estaban desiertas, como lo habían estado desde que los guardias de la Methi ocuparon sus puestos en la calle amurallada. No se dirigió hacia el Afen, sino

colina abajo, hacia el puerto.

## XXIV

La luz del día empezó a abrirse paso por entre la niebla, iluminando todo con tonos grises, y apareció el primer sople de aire que dispersaría la niebla.

Kurt evito la muralla defensiva exterior de Nephane. El gris amanecer recortaba su perfil rocoso y las fastasmales osamentas de los barcos. Nadie vigilaba este lado del puerto, donde las viejas murallas se curvaban contra la ladera de Haichema-tleke, allí donde la colina bajaba al agua, donde las murallas se alzaban a sesenta o más pies por entre la niebla.

Ahí empezaban los campos y terminaba la ciudad. Un polvoriento sendero corría en dirección sur, cubierto por huellas de carros arrastrados a mano, gracias a las recientes lluvias. Kurt corrió a un lado del camino y luego lo abandonó, internándose en el campo.

Aún no sabía con claridad adonde se dirigía. Elas le estaba vedado. Si ponía los ojos en Djan o en t'Tefur les mataría y arruinaría a Elas. Corrió, esperando que fuera t'Tefur quien saliera en su búsqueda, lejos de testigos y de la ley.

Eso no le devolvería a Mim. Para entonces ya estaría enterrada y iría en su tumba. No podía concebirlo, no podía aceptarlo, pero era la verdad.

Estaba cansado de llorar. Corrió, forzando él paso hasta el desmayo, hasta que ese dolor superó al dolor de Mim, y el agotamiento hizo que se derrumbara sobre la hierba húmeda, pero sin perder el sentido.

Cuando recuperó la cordura tenía la mente extrañamente lúcida. Se dio cuenta por primera vez que sangraba por una herida; llevaba así toda la noche, desde que la hoja del asesino pasó por entre sus costillas. Empezó a dolerle. Descubrió que no era profunda, pero que tenía la longitud de su mano. No tenía forma de vendarse, pero no moriría desangrado. Sus otras heridas eran más dolorosas; las muñecas desolladas por la cuerda y los tobillos le dolían al doblarse. Casi sintió alivio por sentir esas cosas, intercambiando esos padecimientos por el más profundo de la pérdida de Mim, que carecía de límite. Apartó a Mim de su mente, se levantó y se puso a caminar, principiando con torpes pasos que se volvieron más decididos en cuanto eligió una dirección.

No quería nada con los pueblos y evitaba las marcas de carros que a veces se cruzaban en su camino. A medida que transcurría el día y aumentó la temperatura, empezó a caminar con más seguridad, eligiendo el rumbo sur gracias al sol.

A veces atravesaba campos cultivados, donde empezaban a brotar las primeras cosechas, y los árboles aún estaban en flor y no habían dado frutos. Las cosechas de raíces como la *stas* se almacenaban en la seguridad de los graneros y no se dejaban en los campos.

Cuando se puso el sol, ya estaba débil por el nombre, pues no había comido. Sólo

recordaba el desayuno del día anterior. Al no conocer la tierra, no se atrevía a comer plantas silvestres. Supo entonces que debía robar o morirse de hambre, y lo lamentó, pues la gente de los campos solía ser generosa al tiempo que pobre.

Entonces se le ocurrió pensar que su presencia entre los inocentes de este mundo no había traído más que penalidades. Era a sus enemigos a los que nunca podía dañar.

Mim seguía con él. No podía mirar a las estrellas que brillaban sobre su cabeza sin oír los nombres que ella les daba.

Ysime, la estrella polar, madre del viento del norte; Azul Lineth, la estrella que anunciaba la primavera, hermana de Phan. Su dolor se había asentado en una tristeza más reposada, una que lo llenaba todo.

A su nariz le llegó el olor del humo de una fogata, arrastrado por el viento del norte.

Se dirigió hacia ella y olió otra cosa a medida que estaba más cerca: olores animales y el delicioso aroma de algo cocinándose. Se arrastró en silencio, cuidadosamente, hasta las colinas que le ocultaban el objetivo.

No había ninguna casa, sino un campamento establecido por dos hombres y un joven, campesinos, pastores de rebaño, *cachiren*. Escuchó el mugir de sus animales lanudos surgiendo de algún lugar al otro del lado del fuego, más allá de una barrera de arbustos.

Un grito de aviso cortó el silencio de la noche. El peludo *tilof* que guardaba a los *cachin* levantó la cabeza, se le erizaron los pelos del cuello y alertó a los *cachiren*, que se dispersaron armas en mano mientras el animal corría hacia el intruso.

Kurt huyó, buscando un montón de rocas que había visto colina abajo e intentó encontrar un lugar donde refugiarse. Los dientes del animal se cerraron en su tobillo, rasgando la carne cuando se liberó de ellos y se arrastró más arriba.

—¡Baja! —gritó el joven, con la lanza dispuesta para ser lanzada—. Baja con cuidado.

—¡Aparta a ese bicho! —gritó Kurt—. Bajaré muy a gusto si le llamas.

Dos de ellos siguieron apuntándole con las lanzas, mientras el joven subía arriba y tiraba de la rugiente y babeante bestia guardián.

Kurt bajó tambaleándose y les habló con amabilidad y cortesía, pues seguían apuntándole con lanzas, obligándole a bajar en dirección al fuego, y temió lo que podrían hacerle cuando descubrieran que era humano.

Cuando llegaron a la luz mantuvo la cabeza gacha. Se arrodillo junto a la hoguera y se sentó sobre sus talones adquiriendo una postura de estar en casa. La punta de la lanza le tocó bajo el hombro. Los otros dos hombres rodearon el fuego para poder verle.

—Un humano —exclamó uno, y clavó algo más la lanza haciendo que Kurt se sobresaltara.

—¿Dónde están tus compañeros? —dijo el más anciano de pelo blanco.

—No soy un tamurlin —dijo Kurt—. Estoy solo. Os lo suplico, necesito comida. Soy del pueblo de la Methi.

—Está mintiendo —dijo el chico detrás de él.

—Es posible —dijo el anciano—, pero habla la lengua de los hombres.

—No tenéis porqué darme hospitalidad —dijo Kurt, ya que el compartir fuego y pan creaba un lazo religioso eterno a no ser que se acordara otra cosa desde un principio—. Pero te pido comida y bebida. Es el segundo día que pasa desde la última vez que comí.

—¿De dónde venís? —preguntó el anciano.

—De Nephane.

—Está mintiendo —insistió el joven—. La Methi mató a los otros.

—A no ser que uno escapara.

—O más de uno —dijo el anciano.

—Que la luz de Phan os ilumine —dijo Kurt, recitando la bendición acostumbrada—. Os juro que no miento y que no soy enemigo.

—Al menos no es tamurlin —dijo el segundo hombre—. ¿Eres amigo de la casa de la Methi, extrajere?

—De Elas —dijo Kurt.

—De Elas —repitió sorprendido el anciano—. ¿Los hijos de la tormenta teniendo un humano por amigo de la casa? Es difícil de creer. Los descendientes de Indras son demasiado orgullosos para esto.

—Si honráis el nombre de Elas —dijo Kurt—, o el de Osanef, que es nuestro amigo, dadme algo de comer. Estoy a punto de desfallecer del hambre.

El anciano volvió a meditarlo y finalmente extendió un brazo como invitación a la comida que hervía en el fuego.

—No es hospitalidad porque no te conocemos, extranjero, pero hay comida y bebida. Somos pobres. Tomad con moderación, pero sois libre de no hacerlo si estáis tan hambriento como decís. Que la luz de Phan sea con vos y bendiga o maldiga según os merezcáis.

Kurt se movió con cuidado, pues seguramente aún tenía la lanza apuntando a su espalda. Se arrodilló junto a la roca donde se calentaba la comida y cogió uno de los tres pasteles, partiéndolo por la mitad. Luego tomó una pequeña parte del queso blanco que había a su lado, en un grasiento envoltorio de piel. Pero usó los modales delicados de Elas, no atreviéndose a comportarse de otro modo bajo la atenta mirada de los críticos ojos y la lanza a su espalda.

Cuando terminó se levantó y realizó una reverencia de agradecimiento.

—Ahora seguiré por mi camino.

—No, extranjero —dijo el segundo hombre—. Creo que debéis quedaros con



nosotros y acompañarnos mañana a nuestro pueblo. Por estos lares vemos pocos viajeros de Nephane, y creo que estaréis más a salvo entre vosotros. Alguien podría tomaros por un tamurlin y atravesaros con una lanza antes de ver su error. Sería triste para los dos.

—Tengo asuntos en otra parte —dijo Kurt, siguiendo la farsa con las reglas que ellos le imponían e inclinándose educadamente—. Gracias por vuestra preocupación, pero partiré ahora.

El anciano descansó la lanza sobre ambas manos.

—Creo que mi hijo tiene razón. Huís de alguna parte. Eso es seguro, pero no lo estoy de que seáis amigo de la casa de Elas. No, es más probable que la Methi no te matara junto a los otros, y en el campo sabemos muy bien lo que sois los humanos.

—Si soy un enviado de Djan-methi, no os ganaríais su favor retrasándome en mi misión.

—¿Es que la Methi envía a sus servidores sin provisiones?

—Tuve un accidente —dijo—. Mi misión es urgente; no tengo tiempo de volver. Contaba con la hospitalidad de la gente de los campos para ayudarme en mi camino.

—Extrañere, no sólo sois un mentiroso, sino un mal mentiroso. Os llevaremos al pueblo y veremos lo que el Afen tiene que decir sobre vos.

Kurt corrió, y saltó sobre la barricada de arbustos, cayendo entre los sorprendidos *cachin* creando el pánico a medida que se dispersaban y corrían primero hacia las rocas y después hacia la barricada, derribándola en su loca acometida para escapar. Los agudos gritos del *tilof* resonaron en las rocas. El animal y los hombres tenían en ese momento trabajo más que sobrado.

Kurt trepó, buscando con pies y manos resquicios y aberturas en la rocas, enviando piedras ladera abajo. Consiguió subir a la cima, encontró una zona plana y corrió desesperadamente, confiando que al menos se retrasaría la persecución.

Pero la nueva de su presencia llegaría a Nephane y a Djan, y sabría hacia dónde había huido. Los barcos podrían adelantarle por mar.

Estaba acabado si no conseguía llegar a su propia nave abandonada y asegurarse la forma de sobrevivir. Djan ya debía haberlo. Adivinado y ahora podría tenderle una emboscada con tranquilidad.

Como conociese la localización exacta de su nave, Kurt no tendría esperanza de poder escapar a ella.

El sol se alzó sobre el mismo paisaje grisáceo y parcheado que le había rodeado los últimos días: hierba seca y viento y polvo.

Kurt se apoyó en su bastón, una rama a la que le había quitado las hojas y miró hacia el sur. No había señales de la nave. Nada. Otro día de caminar, de calor atormentador y del latir enfebrecido de la infección de su herida. Volvió a moverse,

confiado en su bastón, dando cada paso envuelto en un lacerante y constante dolor, con boca tan seca que hasta el tragar dolía.

A veces descansaba, y pensaba en tumbarse y dejar de luchar contra la sed. Había veces en que lo hacía, pero el sufrimiento y el hábito de vivir siempre volvían a levantarlo y le obligaban a caminar.

Phan era una presencia terrible en esas tierras, furiosamente cegador durante el día, abandonando la tierra por la noche para dar paso a un cortante frío. Kurt se frotó la despellejada piel de la nariz y las manos. Sus piernas desnudas, y sobre todo en las rodillas, estaban hinchadas con quemaduras, pequeñas ampollas que se formaban continuamente, formando grietas que supuraban y sangraban.

Cuando el sol estaba en su cénit, la sed superaba toda capacidad de aguante. No había agua, no la había habido desde el día anterior en que encontró un pequeño riachuelo, o quizá fuese el día anterior a ése. El tiempo era confuso desde que entró en esta región. Empezaba a preguntarse si no habría pasado ya la nave, dejándola atrás. Eso sí que sería una ironía; vivir gracias a su habilidad de guiar una nave de un punto a otro de las galaxias y morir por no poder localizar un punto concreto en una colina.

Finalmente, se dirigió al oeste, hacia el mar, pensando que al menos no fracasaría en encontrar eso, esperando hallar algo de agua potable en las tierras bajas. El cambio de estación le había confundido. Recordaba color verde rodeando la nave, verde en el invierno. ¿Había sido tan al sur? No recordaba cuántos días se habían empleado en la navegación.

Por la tarde dejó de preocuparse sobre la dirección en que se movía y supo que se estaba muriendo y no le importó. Empezó a bajar por una colina, demasiado cansado para buscar una ladera más segura, y resbaló en la polvorienta hierba. Resbaló, abriéndose las heridas de manos y rodilla al rodar ladera abajo, y la hierba y los guijarros arañaron su piel quemada arrancándole hasta trozos de la carne que quedaba al descubierto.

El dolor aminoró al fin, o se acostumbró a él; no supo cuál de las dos cosas había sido. Se descubrió caminando y no recordaba haberse puesto en pie. Ya no le importaba, ni tampoco la nave, el mar, la vida o la muerte. Se movía y por eso vivía, y por eso se movía.

El sol se aplanó horizontalmente al atardecer, convirtiéndose en un faro que teñía el cielo de rojo, y Kurt se fijó en él, utilizándolo como punto de referencia, una estrella que le guiaría en este vacío de hierba. Le condujo hacia abajo, donde había árboles y la tierra le parecía más familiar.

Llegó la noche, y se detuvo en la ladera de una colina, apoyándose en su bastón, temiendo que no encontrara fuerzas en sus quemadas piernas para poder levantarse si se sentaba. Dio inicio al largo descenso hacia la oscuridad del bosque.

Una luz brillaba al otro lado del ancho valle, una luz semejante a un fuego de campamento. Kurt se detuvo y se frotó los ojos para estar seguro de que estaba allí. Era como localizar una estrella muy lejana, que parpadeaba pero seguía siendo discernible en la distancia y la desolación.

Se dirigió hacia allí, arrastrado ahora por una esperanza febril, decidido a matar si era necesario para obtener agua y comida.

La luz era más fuerte al acercarse, justo cuando temía haberla perdido en el descenso. La vio a través de los matorrales. Se oían voces de hombres, voces nemet, calmadas, sumidas en conversación.

Luego silencio. Unos arbustos se movieron. El fuego continuó brillando. Dudó, sintiendo una punzada de pánico, un sentimiento de estar siendo cazado a su vez.

La maleza fue aplastada cerca de él y un fuerte brazo le cogió del cuello por detrás, derribándole de espaldas. Cayó empujado por dos hombres que pusieron una rodilla sobre su brazo derecho, y otra sobre el izquierdo. Un cuchillo susurró al salir de su vaina y se posó en su garganta.

El hombre de su izquierda le agarró la muñeca con la mano. Kurt dejó de forcejear, intentando sólo respirar.

—Es t'Morgan —dijo un susurro.

Manos amables registraron su cinturón en busca de armas, y no encontrando nada, liberaron sus manos y le ayudaron a levantarse, tratándole con cuidado y ayudándole a mantenerse en pie.

¿Estáis solo? —le preguntó uno.

—Sí —intentó decir Kurt. Casi tuvieron que llevarle a cuestas, transportándole hasta el calor de la hoguera. Otro nemet se unió a ellos saliendo de las sombras.

Kta estaba con ellos. Kurt reconoció su cara y sintió que le abandonaba la cordura. Intentó ir hacia él, liberarse de los otros.

Cayó al suelo. Kta ya estaba a su lado para cuando consiguió mover los brazos e intentar sentarse. Los nemet lavaron su quemado rostro con un pellejo de agua, se le acercaron a los labios y se lo retiraron antes de que enfermara de tanto beber.

—¿Cómo habéis llegado aquí? —Kurt encontró irreconocible su propia voz.

—Buscándole —dijo Kta—. Supuse que reconocerías una hoguera señalizadora como la que una vez me llevó hasta ti. Y gracias a los dioses la viste. Pensaba llegar a tu nave y esperarte allí, pero no he sido capaz de encontrarla. Dioses, nadie recorre a pie los campos. Estás loco.

—Fue una dura caminata —concedió Kurt. Kta apartó sus sucios cabellos, con ternura de mujer, procurando no tocar la carne quemada, derramando agua sobre su cara para enfriarla.

—Tu piel —dijo Kta—. Está cocida. Espíritus piadosos del cielo, mírate.

Kurt se frotó la desigual barba que le protegía la cara, consciente de lo bestial que

debía parecer a ojos de los nemet, pues éstos tenían muy poco pelo en la cara, muy poco en cualquier parte. Forcejeó para sentarse y el doblar las piernas le hizo pensar que se partiría la quemada piel de sus rodillas.

—Comida —pidió, y alguien le dio un pedazo de queso. No podía comer mucho, pero consiguió tragarlo con un bienvenido trago de *telise* del frasco de Kta.

Y entonces fue como si toda su fuerza desapareciera de él. Volvió a tumbarse y los nemet le hicieron con sus capas un lecho todo lo confortable que pudieron, lavaron la herida de sus costillas con agua y luego con *telise* lo cual le hizo gritar en voz alta.

—Perdóname, perdóname —murmuró Kta a través del velo de su delirio—. Mi pobre amigo. Ya está listo. Sanará.

Luego se durmió, sin ser consciente de nada.

El campo empezó a desplazarse hacia el amanecer, y Kurt despertó cuando uno de los hombres echó leña al fuego. Kta ya estaba sentándose, observándole preocupado.

Kurt gruñó y se sentó, forzándose a adquirir una postura de piernas cruzadas pese a sus rodillas.

—Algo de beber, por favor, Kta.

Kta hizo una seña al joven Pan, que se apresuró a traer a Kurt un pellejo con agua y un *stas*, que se había horneado durante la noche. Estaba frío, pero lo tragó muy agusto con un poco de sal, regándolo con *telise*. Se lo comió entero, pero no quiso forzar su encogido estómago con el segundo que le ofrecían.

—¿Te sientes mejor? —preguntó Kta.

—Estoy bien —dijo—. No debiste venir tras de mí.

Y entonces le asaltó otro pensamiento, uno terrible.

—¿O es que te envía Djan para que me lleves de vuelta?

La boca de Kta se convirtió en una delgada línea, trasluciendo una rabia asesina que enmudeció a Kurt.

—No. He sido declarado proscrito. La Methi mató a mi padre y mi madre.

—No. —Kurt negó furiosamente con la cabeza, como si eso pudiera negar la veracidad de la afirmación—. Oh, no, Kta. —Pero era verdad. El rostro del nemet era tranquilo y terrible—. Es por mi causa —dijo Kurt—. Por mi causa.

—Ella les mató, como mató a Mim. Conocimos toda la historia de Mim de labios de la propia Djan-methi, contada a mi padre. Los míos no podían vivir sin honor, y mis padres murieron. Mi padre se enfrentó a la Methi en el Upei por la muerte de Mim y sus demás crímenes, y ella le expulsó del Upei, tal y como era su derecho. Mi padre y mi madre eligieron la muerte, tal y como era su derecho. Y Hef con ello. No quiso dejarles desatendidos en las sombras.

—¿Aimu? —preguntó Kurt, temiendo saberlo.

—La entregué a Bel como esposa. ¿Qué otra cosa podía hacer yo, qué otra

esperanza le quedaba? Elas ya no existe en Nephane. Su fuego se ha extinguido. Estoy exiliado. Ya no sirvo a la Methi, pero vivo para honrar a mi padre y a mi madre y a Hef y a Mim. Esas son ahora mis tareas. Soy lo único que queda, ahora que Aimu ya no puede invocar a los Guardianes de Elas.

Los labios de Kta temblaron, Kurt sufría por él tanto como por su familia, pues no resultaba apropiado que un hombre de indras derramase lágrimas. Le avergonzaría terriblemente el ceder.

—Si quieres saldar tu deuda conmigo, ya lo has hecho —dijo Kurt—. Puedo vivir en esta tierra verde si me das armas y comida y agua. No te culparé si no quieres volver a verme; no te culparía si me mataras.

—Vine por ti. Tú también eres de Elas, aunque no puedas continuar nuestros ritos o perpetuar nuestra sangre. Cuando la Methi te golpeó, nos golpeó a nosotros. Tú y yo pertenecemos a la misma casa. Seremos mano izquierda y mano derecha hasta que muera uno de los dos. No tienes permiso para seguir tu propio camino. No te lo concedo.

Hablaba como señor de Elas, como ahora era su derecho. El lazo forjado por Mim se reafirmaba. Kurt inclinó la cabeza respetuosamente.

¿Adonde vamos ahora? —preguntó Kurt—. ¿Y que haremos?

—Ir al norte —dijo Kta—. Luz del cielo, supe al instante adonde irías, y estoy seguro que también lo sabrá la Methi, pero habría sido más conveniente que hubieras llegado con tu nave un poco más al norte. El Ome Sin es un cuello de botella donde las naves de la Methi podrán cazarnos a discreción. Si no podemos escapar a este cuello y llegar a las tierras del norte, estaremos acabados, amigo mío, y con nosotros todos esos valientes amigos que vienen conmigo.

—¿Está Bel aquí? —preguntó Kurt, pues había visto muchas caras familiares, pero temía por t’Osanef y Aimu si se quedaban en Nephane. T’Tefur podría vengarse hasta en ellos.

—No —dijo Kta—. Bel es sufaki, y su padre le necesita ahora desesperadamente. No hay retorno para todos los que hemos venido, no mientras gobierne Djan. Pero no tiene herederos y no hay dinastía posible al ser humana. Estamos dispuestos a esperar.

Kurt esperaba en silencio no haberle dado uno. Esa sería la última amargura, arruinar a esos buenos hombres para eso, cuando les había llevado a este trance.

—Levantemos el campamento —dijo Kta—. Empezamos a...

Algo siseó y golpeó contra carne, y todo el campamento se sumió en el caos.

—¡Kta! —gritó un hombre, y cayó al suelo con un emplumado dardo en la garganta.

Del claro iluminado por la mortecina luz del amanecer surgió una horda de aullantes criaturas que Kurt reconoció como de su propia especie. Uno de los nemet cayó a sus pies con la cara hecha una masa sanguinolenta, y un momento después un

aplastante golpe arrojó a Kurt encima de él.

Unas manos ásperas le sacudieron, y sus ojos sorprendidos y deslumbrados miraron a un barbado rostro humano. El hombre no parecía menos sorprendido, contuvo el golpe de su hacha y bramó una orden a sus hombres.

La matanza se detuvo, el ruido se desvaneció.

El humano apartó la ensangrentada mano y tocó el rostro de Kurt. Los ojos que se intuían a través de los cabellos eran torpes y apagados por la confusión.

—¿Qué banda? —preguntó.

—Vine en nave —contestó Kurt—. En nave estelar.

Los ojos azules del tamurlin se nublaron y cogió la parte frontal de la ropa nemet de Kurt y la rasgó hasta el hombro, como si la ropa nemet desmintiera su afirmación, pero entonces se oyó un grito de sorpresa entre los humanos allí reunidos. Uno de ellos le cogió el brazo moreno por el sol y lo puso contra los pálidos hombros de Kurt y se volvió hacia sus camaradas, buscando su opinión.

—Un hombre de techado —gritó—. Un habitante de naves.

—Vino en la nave —gritó otro—, en la nave, en la nave.

Todos gritaron una y otra vez la nave, la nave, y danzaron y enarbolaron las armas. Kurt miró a su alrededor, a la carnicería que habían hecho en el claro, con el corazón latiéndole de temor mientras miraba a uno y otro hombre de los que sabía debían yacer allí. Rezó porque Kta hubiese escapado; alguien había huido hacia los matorrales.

No había sido él. Kta estaba tumbado con la cara vuelta hacia el fuego, inconsciente, su respiración era visible.

—Matad a los otros —dijo el jefe de los tamurlin—. Conservaremos al humano.

—¡No! —gritó Kurt, y forcejeó inútilmente para liberarse las manos. Su mente se aferró al primer argumento que se le ocurrió—. Uno de ellos es un señor nemet. Puede conseguiros algo de valor.

—Señaládmelo.

—Ese —dijo Kurt, señalándole con la cabeza—. Junto al fuego.

—Coged a los vivos —dijo otro de los tamurlin, con una mirada en los ojos que no presagiaba nada bueno para los nemet—. Nos encargaremos esta noche de ellos en el campamento.

—¡Ya! —aullaron los otros, asintiendo, y el jefe ladró una orden, pues no había sido idea suya. Se hizo cargo de la situación haciendo un arco con el brazo—. Cogedlos a todos, a todos los vivos, y traédmelos. Ya veremos si este hombre es de verdad de la nave. Si no lo es, descubriremos lo que es.

Los otros gritaban su acuerdo y dedicaron su atención a los caídos nemet, y Kta el primero. Le cogieron y le abofetearon hasta que se rehizo, y entonces le retorcieron las manos llevándolas a su espalda y atándoselas.

Descubrieron a otros dos nemet que no estaban seriamente heridos y les trataron de forma semejante. Hicieron caminar unos pasos a un tercero pero no pudo hacerlo, pues tenía la pierna atravesada por una flecha. Uno de ellos le dio una patada a la pierna buena y le aplastó la cabeza con un hacha.

Kurt apartó la vista, aventuró una mirada al rostro de Kta, y la mirada en los ojos del nemet era terrible. Mataron del mismo modo a dos hombres más, y Kta parpadeaba cada vez que caía el hacha, pero continuaba mirando fijamente. A juzgar por su mirada, podían haberle matado también a él.

## XV

La nave seguía estando tal y como Kurt la recordaba, ladeada y con la puerta abierta. Alrededor de ella habían acampado un centenar de tamurlin, la mayoría desnudos y algunos vestidos con pieles, con sus chozas de estacas y hierbas rodeando la plataforma de aterrizaje de brillante aleación metálica.

Hombres y mujeres salvajes y unos cuantos niños famélicos acudieron corriendo a ver las capturas traídas por los exploradores. Les gritaron obscenidades a los nemet, pero se alejaron y murmuraron entre sí cuando vieron que Kurt era humano. Aunque Kurt tenía las manos atadas, uno de los jóvenes se acercó con precaución, y otros se aventuraron tras él. Empujó a Kurt y luego le golpeó la cara, pero el jefe le apartó, protegiendo su propiedad.

—¿De qué banda es? —dijo uno.

—No es de nosotros —dijo el jefe—. No es de los nuestros.

—Es humano —argumentaron varios de los otros.

El jefe cogió a Kurt por el cuello y tiró, rompiéndole el *pel* hasta la cintura, arrojándolo en medio de ellos.

—No es de los nuestros. Sea quien sea, no es de las tribus.

Reaccionaron de forma tan excitada y balbuceante que estuvo próxima al pánico. Mostraron sus sucias manos, comparándolas con las de él, pues tenía la piel morena por el sol y surcadas por arrugas prematuras creadas por el tiempo y el viento, con polvo y grasa en los intersticios. Empujaron a Kurt con dedos correosos, tiraron de su ropa, pasaron las manos por su piel y aullaron de excitación cuando él les insultó y les dio patadas.

Era un juego en el que ellos corrían para tocarle y alejarse otra vez cuando intentaba defenderse, pero acabó cansándose y no reaccionaba. Eso les frustró la diversión y les enfureció. Le golpearon, y esta vez con ganas. Uno de ellos le empujó en un gesto de arrogancia ofendida y le dio repetidas patadas en el costado, y la mayoría de ellos rugieron de risa, y mas aún cuando un niño pequeño le imitó e hizo lo mismo. Kurt se retorció encogiendo las rodillas e intentó levantarse, y el jefe lo cogió por el brazo y lo levantó.

—¿De dónde eres? —preguntó el jefe.

—De otro mundo —dijo Kurt con labios ensangrentados. Veía la nave más allá del hombro del jefe, un santuario de su propio mundo que quedaba fuera de su alcance. Ardía de vergüenza por el trato al que le sometían, y por la visión de sus hermanos, esos seres peludos y sin mente que una vez fueron señores de la tierra—. Esa nave me trajo aquí.

—La Nave —repitieron los otros—. ¡La Santa Nave! ¡La nave estelar!

—Esta no es la Nave —les gritó el jefe y la señaló temblando por la pasión—.



Tienen el signo maldito. Este hombre no es lo que dicen los artículos.

El emblema de la Alianza. Kurt había olvidado el emblema de la llamada solar aliancista pintado en la nave. Esos hombres eran Hanan. Siguió la dirección que señalaba el dedo del jefe, preguntándose con un vahído en la boca del estómago cuánto recordarían estos salvajes de la guerra.

—¡Un hombre de las estrellas! —gritó desafiante uno de los jóvenes—. ¡Un hombre de las estrellas! ¡Viene la Nave!

Y los demás repitieron el aullido con fervor en sus ojos salvajes, los mismos hombres que hacía poco le habían arrojado al polvo.

—¡La Nave, sí, la Nave, la Nave, las máquinas y los ejércitos!

—¡Ya vienen!

¡Indresul! ¡Indresul! ¡Se acabó la espera!

El jefe le dio un revés a Kurt, arrojándole al suelo, dándole una patada para demostrar su desprecio y se oyó un grito de resentimiento entre la gente. Un joven corrió, nunca se supo con qué propósito. El jefe derribó al niño con un solo golpe de un puño y continuó con los jefes de los disidentes.

—Yo sigo siendo el capitán aquí —rugió—, y conozco los Artículos y las Escrituras, ¿quién quiere discutir las conmigo?

Uno de los hombres le miró como si pudiera hacerlo, pero entonces el capitán se aproximó a él y encogió la cabeza y se escondió. La rebelión murió deshaciéndose en el resentimiento.

—Habéis visto el signo —dijo el capitán—. Puede que la Nave esté cerca. Pero esta cosita no es lo que predicen las Escrituras. —Miró a Kurt con amenaza en los ojos—. ¿Dónde están las máquinas, la Nave tan grande como una montaña y los ejércitos de mundos estelares que nos llevarían a Indresul?

—No muy lejos —dijo Kurt, procurando mentir también con la cara, algo en lo que nunca fue hábil—. Fui enviado por Aeolus para encontrarme contigo. ¿Así es cómo me recibes? Esta será la última nave que verás si me matas.

El capitán retrocedió ante esa respuesta.

—Madre Aeolus —gritó uno de los hombres, aunque dijo Elus—. La Gran Madre. Ha visto a la Gran Madre de Todos los Hombres.

La mentira se cernió sobre él, compleja más allá de su comprensión. Aeolus, el mundo origen, confundido con la Madre Isoi, Madre de los hombres. Religión nemet y esperanzas humanas confundidas en la veneración hacia una Nave prometida. —Ella os perdió —dijo, poniéndose en pie. Estaban personificándola; esperaba haber entendido bien esto—. Su mensajero se perdió hace centenares de años y se enfureció, culpándoos de ello, pero ha decidido enviar por vosotros y la Nave llegará si el informe que yo envíe es favorable.

—¿Cómo es que un mensajero suyo lleva la marca de Phan? —preguntó el

capitán—. Eres un mentiroso.

La llamarada solar que era el emblema de la nave. Kurt resistió el impulso a perder la dignidad mirando adonde señalaba el capitán.

—No soy un mentiroso —dijo—. Y si no me escucháis no la veréis nunca.

—Vienes de Phan —ladró el capitán—. De Phan, para mentirnos y entregarnos a los nemet.

—Soy humano. ¿Estás ciego?

—Acampabas con la gente de la tierra. No eras prisionero en su campamento.

Kurt enderezó los hombros y miró al hombre a los ojos, mintiendo con un tono ofendido en la voz.

—Pensábamos que teníais a los nemet bajo su control. Por eso os dejaron aquí, y habéis tenido trescientos años para hacerlo. Así que no temía gran cosa de los nemet y pudieron sorprenderme y quitarme mis armas. Me llevó mucho tiempo escapar de Nephane y volver al sur. Me persiguieron, con órdenes de llevarme de vuelta a Nephane con vida. Por eso no me hicieron nada en el campamento, pero eso no quiere decir que nuestra relación fuera amistosa. No me gustan mucho los nemet, pero os recomiendo que mantengáis vivos a esos tres. Cuando baje mi capitán, cosa que hará en poco tiempo, querrá interrogar algún nemet, y éstos servirán para ese propósito.

El capitán se mordió el labio y se masticó el bigote. Miró a los tres nemet con ardiente odio y escupió una obscenidad que no había cambiado mucho en bastantes centenares de años.

—Los mataremos.

—No —dijo Kurt—. Hay necesidad de que vivan y estén bien de salud.

—¿Tres nemet? —ladró el capitán—. Uno. Conservaremos uno vivo. Tú eliges a cualquiera.

—Los tres —insistió Kurt, aunque el capitán blandía un hacha. Necesitó de todo su autocontrol para no pestañear cuando el arma amagó un golpe contra él.

Luego el capitán giró el arma en un brillante arco en dirección a los nemet, desafiándole abiertamente. Los humanos murmuraron, sus ojos brillaban como el mismo metal. El hacha se detuvo a unos centímetros de Kta y del otro hombre.

—¡Elige! —gritó el capitán—. Elige un nemet, hombre de las estrellas. Acabaremos con los otros dos.

El aullido se convirtió en un gemido. Uno de los niños chilló entusiasmado y corrió para golpear a los tres nemet con un palo.

—¿Cuál de ellos? —volvió a preguntar el capitán.

Kurt consiguió disimular las náuseas, vio a Kta mirarle, el mensaje desesperado y furioso que le enviaban sus ojos, y que ignoró, mirando al capitán.

—El de la izquierda —dijo Kurt—. Ese. Es su jefe.

Uno de los dos nemet murió antes del anochecer. La ejecución se realizó en el centro del campamento, y no hubo forma de que Kurt pudiera dejar de contemplarlo de principio a fin, pues los ojos del capitán estaban más fijos en él que en el nemet, observando hasta su menor reacción. Kurt miró al vacío el mayor tiempo posible, y cruzó los brazos para que sus temblores no fuesen evidentes.

El nemet era un hombre valiente, su último acto racional fue mirar a Kta, no en forma desesperada, sino buscando su aprobación. Kta estaba en pie, con las manos atadas y el señor de Elas le devolvió la mirada, como si le hubiera dado una orden en el puente de su nave, y el nemet murió con toda la dignidad que le permitieron los tamurlin. Hicieron una carnicería con él, y aullaron de excitación hasta que el hombre no reaccionó al tormento y lo remataron con un hacha. Cuando cayó la hoja, el autocontrol de Kta estuvo a punto de derrumbarse. Lloró con el rostro tan impasible como siempre y los tamurlin le señalaron y estallaron en carcajadas.

Después de esto, el capitán ordenó que llevaran a Kurt a su choza y allí le interrogó, amenazándole con demasiada poca convicción como para hacer creíbles las amenazas, acusándole una y otra vez de mentiroso. El capitán era un hombre taimado y a veces sus ojos velados por sus poblados cabellos brillaban de astucia y se negaba a desviarse por alguna tangente. Siempre devolvía el interrogatorio a los puntos esenciales, citando a los Artículos versificados y a las Escrituras de los Fundadores para argumentar contra las afirmaciones de Kurt.

Su nombre era Renols o algo que se parecía bastante a ese nombre Hanan, y era el único hombre educado del campamento. Su poder era su conocimiento, y en cuanto Renols dejase de creer, o dejase de temer, dispondría de Kurt con mentiras propias. El capitán era lo bastante pragmático como para ser capaz de hacerlo; Kurt estaba seguro de ello.

La tienda apestaba a fuego, a sudor y a la curiosa hoja picante que masticaban los tamurlin. Una de sus mujeres estaba tumbada en una esquina junto a la pared, tomando las hojas una a una. Sus ojos tenían una mirada febril. A veces el capitán cogía una de las finas hojas grises y la masticaba medio desganado. Le perfumaba el aliento. El sudor empezó a acumularse en su frente.

Ofreció a Kurt el cuenco con hojas, insistiendo en que cogiera una. Por fin tomó una y la guardó juiciosamente junto a su mejilla, entera y sin quebrar. Aun así le quemó la boca y le produjo un torpor que empezó a asustarle.

Quizá dijera algo que no quisiese decir si se emborrachaba con ella: su capacidad de resistencia para la droga debía ser menor que la de Renols.

—¿Cuándo vendrá la nave? —preguntó Renols.

—Ya te lo he dicho. Depende de la maquinaria de mi nave. Déjame entrar y

llamaré a mi capitán.

Renols masticó y le miró contrayendo las espesas cejas. Una peligrosa mirada ardió en sus ojos, pero cogió otra hoja y volvió a presentarle por segunda vez el cuenco a Kurt. Tenía manos con dedos como tocones de árbol, las uñas rotas, los nudillos surcados de cicatrices.

Kurt tomó una segunda hoja y la colocó con cuidado junto a la otra.

En los ojos de Renols seguía brillando una mirada calculadora.

—¿Qué clase de hombre es ese capitán?

La comprensión empezó a abrirse paso en su mente. Si venía una nave, si le enviaba Madre Aeolus, y resultaban ser ciertos todos los detalles de su relato, Renols tendría que enfrentarse a alguien con mucha mayor autoridad que él mismo. Quizá hasta se convirtiera en una persona sin importancia. Renols debía temer la nave; a sus intereses egoístas no les convenía que hubiera una.

Pero también era remotamente posible que el prisionero llegara a ser un hombre importante en un futuro cercano, así que Renols debía temerle. Kurt también temía esto y también temía que la familiaridad con él superara el miedo de Renols, cuando se diera cuenta de que el mensajero de Aeolus sólo era mortal.

—Mi capitán se llama Ason —dijo Kurt, complicando el relato—, y Aeolus le ha dado toda las armas que necesitas. Te hará entrega de ellas y te mostrará su uso antes de volver a Aeolus para informar.

La respuesta complació a Renols más de lo que este esperaba. Gruñó, lanzó media carcajada, como si se complaciera por la anticipación.

Entonces dio órdenes a una de las mujeres de rostro vacío que estaba sentada cerca. Ella dejó al niño que estaba cuidando en el regazo de otra mujer, que dormía por los efectos de la hoja, y salió y les trajo comida. Primero se la ofreció a Renols y luego a Kurt.

Kurt tomó la grasienta articulación con los dedos y titubeó, temiendo repentinamente que los tamurlin no estuvieran por encima del canibalismo. La examinó atentamente, aliviado al descubrir que no había relación alguna con las anatomías nemet o humana. El hambre y la mirada cargada de sospecha de Renols superaron sus demás escrúpulos y comió la carne sin identificar, teniendo cuidado en cada bocado de no tragar las hojas que guardaba junto a la mejilla. Pese al fuerte sabor medicinal de las hojas, la carne tenía un sabor pastoso que casi le hizo vomitar. Contuvo el aliento e intentó no saborearla, y al terminar se limpió las manos en el suelo.

El capitán le ofreció un segundo trozo y se detuvo en el acto.

Del exterior llegaba alboroto. Risas. Alguien gritó de dolor.

Renols apartó el plato de carne y salió para hablar con el hombre que estaba a la entrada del refugio.

—Lo juraste —dijo Kurt cuando volvió.

—El tuyo aún vive —dijo Renols—. El otro es nuestro.

La confusión del exterior aumentó. Renols parecía dividido entre la molestia de la interrupción y el deseo de ver lo que pasaba afuera. De pronto llamó al hombre de la entrada y le dijo que llevara a Kurt a confinamiento.

La conmoción se hundió en el silencio, Kurt escuchaba, con dientes apretados contra el peso de su estómago. Había escupido las hojas en la oscuridad del refugio donde le habían dejado, tras atarle las manos alrededor de uno de los postes de sujeción. Se retorció hasta que pudo cavar con los dedos el duro suelo y enterrar las hojas escupidas.

En la boca le quedó un sabor amargo. Tenía la visión borrosa, el pulso acelerado, y el corazón le latía contra las costillas. Empezó a quedarse atontado y durmió un poco.

Unos pasos en el exterior le despertaron. Unas sombras penetraron en la oscura tienda arrastrando con ellos un cuerpo inconsciente. Era Kta. Ataron al semiinconsciente nemet al otro poste y se marcharon.

Kta levantó la cabeza cierto tiempo después y la descansó contra el poste. No habló, no miró a Kurt; se quedó con los ojos clavados en la oscuridad con la cara y el cuerpo extrañamente ensombrecidos por la luz de la luna que atravesaba la tela de la tienda.

—Kta-dijo Kurt. —¿Estás bien?

Kta no replicó.

—Kta —suplicó Kurt, leyendo ira en la mandíbula del nemet.

—¿Es a ti a quien debo mi vida? —replicó la ronca voz de Kta—. ¿Lo he entendido bien? ¿O debo creer en la historia que le contaste al *umani*?

—Hago todo lo que puedo.

—¿Qué es lo que quieres de mí?

—Intento salvar nuestras vidas —dijo Kurt—. Intento sacarte de aquí. Me conoces, Kta. ¿Cómo puedes tomarte en serio cualquiera de las cosas que les he contado?

Hubo un largo silencio.

—Por favor —dijo Kta con voz rota—, por favor, evítame tu ayuda a partir de ahora.

—Escucha. Si puedo convencerles que me dejen entrar, hay armas en la nave. Si puedo encender los motores quemaré este cubil.

—Te perdonaré cuando lo hagas.

—¿Estás muy malherido? —preguntó Kurt, tras un momento.

—Estoy vivo. ¿No te satisface eso? ¿Debo decirte lo que le hicieron al chico, honorable amigo?

—No puede evitarlo, Kta. Mírame. Escucha. ¿Hay alguna esperanza por parte de la *Tavi*? ¿Podremos llegar allí si conseguimos liberarnos?

No hubo respuesta.

—Kta... ¿dónde está anclado tu barco?

¿Para qué? ¿Para que puedas salvarnos con eso?

—Crees que quería decir...

—Son de tu especie, humano. Te sería posible sobrevivir si pudieras comprar tu vida. No te entregaré a la *Tavi*.

No había respuesta contra tal amargura. Kurt tragó saliva ante el resentimiento y el dolor que subieron a su garganta. Le dejó en paz después de esto; no quería más verdades de Kta.

El silencio siguió presente, con dos filos. Finalmente fue Kta quien movió la cabeza.

—¿Por qué luchas? —preguntó.

—Creía que ya habías sacado tus conclusiones.

—Estoy preguntando. ¿Qué pretendes hacer?

—Salvar tu vida, y la mía.

—¿De qué nos sirve en estas condiciones?

Kurt se retorció para mirarle.

¿De qué sirve rendirse a ellos? ¿Tiene algún sentido el dejar que te maten y no hacer nada para ayudarte a ti mismo?

—Deja de protegerme. Estoy mejor muerto.

—¿Cómo murieron *ellos*? ¿Así?

—Muéstrame lo que puedes hacer contra estas criaturas —dijo Kta, con voz temblorosa. Pon un arma en mis manos o libéramelas y tendré una buena muerte. Pero ¿qué dignidad hay en vivir así? Dame una razón. Dime algo que podría haberle dicho a los hombres que han matado. ¿Por qué tengo que vivir, cuando debería haber muerto con ellos?

—Dime, Kta, ¿hay alguna posibilidad de llegar a la *Tavi*?

—La costa está a leguas de distancia. Nos alcanzarían. Esta nave tuya. ¿Es cierto eso que dijiste de que podías quemarlos a todos?

—Moriría todo el mundo, incluido tú, Kta.

—Sabes lo mucho que significa para mí. Luz del cielo, ¿qué clase de mundo es el tuyo? ¿Por qué tenías que interferir?

—Hice lo que creí mejor.

—Te equivocaste.

Kurt apartó la mirada y dejó solo al nemet, que era como quería estar. Kta tenía motivos sobrados para odiar a la humanidad. Casi todo lo que había amado había muerto a manos de los humanos: su hogar perdido, su corazón muerto, y ahora hasta

los pocos amigos que le quedaban habían sido masacrados ante sus ojos. Sus padres, Hef, Mim, él mismo. Elas se moría. A esto había conducido su amistad con un humano, y la mayoría era obra de su propio amigo.

Con el tiempo, Kta pareció dormido, la cabeza hundida en el pecho, su respirar pesado.

Una sombra se arrastró por el empizarrado exterior, un trozo de negrura se dobló en la puerta y se arrastró dentro del refugio. Kurt despertó, se movió, inició un grito de advertencia. La sombra se abalanzó contra él, sujetándole y tapándole la boca con una mano áspera y callosa.

El movimiento despertó a Kta, que se sobresaltó, y un cuchillo brilló en la escasa luz cuando el intruso lo dirigió hacia la garganta de Kta.

Kurt se retorció, pataleó furiosamente y arrojó al presunto asesino al suelo. Este se levantó, y un rostro de fiera humana les miró a ambos, jadeando, con el cuchillo dispuesto a ser utilizado.

El humano adelantó el cuchillo, mostrándolo.

—Quietos —siseó—. No os mováis.

Kurt se estremeció, en reacción al casi asesinato de Kta. El nemet estaba ileso, respirando con dificultad, con ojos también fijos en el salvaje humano.

—¿Qué quieres? —susurró Kurt.

El humano se arrastró cerca suyo, probó las cuerdas de sus muñecas.

—Soy Gareth —dijo el hombre—. Escucha. Voy a ayudarte.

—¿Ayudarme? —repitió Kurt, temblando aún, pues pensó que el hombre estaba loco. El olor de las hojas estaba en él. Unas manos febriles tocaron sus hombros. El hombre se acercó más para susurrar en voz más baja aún.

—No puedes fiarte de Renols; odia pensar en la Nave. Encontrará un modo de matarte. Aún no sabe cómo, pero encontrará la forma de hacerlo. Puedo llevarte esta noche a tu nave. Podría hacerlo.

—Suéltame —replicó Kurt, aferrándose a cualquier oportunidad.

—*Podría* hacerlo.

—¿Qué quieres?

—Tienes armas en la nave pequeña. Entonces podrás matar a Renols. Yo te ayudaré. Yo seré tu segundo y continuaré ayudándote.

—¿Quieres ser capitán?

—Puedes convertirme en eso, si te ayudo.

—Trato hecho —dijo Kurt, y contuvo el aliento mientras el hombre lo pensaba por última vez. No se atrevía a pedir también la libertad de Kta. No se atrevía a volverse contra Gareth y quitarle el cuchillo. La oportunidad que se presentaba le impedía arriesgarla. Ya se encargaría de Gareth en la nave y acabaría con Renols.

El cuchillo se afanó en las cuerdas, cortando las gruesas hebras y haciendo que la

sangre volviera dolorosamente a sus manos. Se levantó con cuidado, pues Gareth seguía apuntándole con el cuchillo por si se movía demasiado bruscamente.

Los ojos de Gareth se desviaron hacia Kta. Se inclinó hacia él con la hoja extendida.

Kurt le cogió del brazo, enfrentándose al instante con las sospechas de Gareth, y por un momento el miedo despojó de todo sentido para explicarse.

—Podemos coger muchos nemet —dijo Gareth—. ¿Qué es éste para ti?

—Es mío —dijo Kurt.

—Le conozco —dijo Kurt—. Y puedo conseguir que coopere conmigo. No va a gritar, porque sabe que moriría; sabe que soy su única oportunidad de seguir con vida, así que eventualmente me dirá todo lo que le pida.

Kta les miró a ambos, capacitado para comprenderles. Parecía asustado ya fuera por ser un actor consumado o por miedo a Gareth o miedo a la traicionería humana. Estaba entre extraños. Puede que hasta se le ocurriera que le había engañado desde un principio.

Gareth capituló, pero confió el cuchillo a su cinto y fue delante guiándolo por el laberinto de chozas.

—¿Centinelas? —respiró Kurt en su oído.

Gareth afirmó con la cabeza, le internó más en el poblado, hasta la plataforma de aterrizaje y la extendida rampa. Allí había un centinela. Gareth se preparó para lanzar, balanceó el cuchillo entre los dedos. Retrocedió...

... el siseo y el *¡chunh* de una flecha le clavaron al suelo. El centinela se agachó y giró, y unos hombres salieron de la oscuridad. Kurt cayó bajo un triple asalto, luchando y forcejeando a medida que le arrastraban rampa arriba.

Renols estaba allí, hacha en mano. Empujó a Kurt con ella, posándola en su estómago se contorsionó en un rugido de rabia.

—¿Por qué? —preguntó.

—Vino amenazándome con la muerte si no le acompañaba —dijo Kurt—. Entonces me dijo que planeabas matarme. No supe que creer. Pero éste tenía un cuchillo, así que preferí callar.

—Hay centinelas muertos —informó otro hombre—. Seis hombres muertos, con las gargantas cortadas. Tampoco ha vuelto uno de los exploradores.

—Los hermanos de Gareth —dijo Renols, y miró a los hombres que le rodeaban—. Es cosa de los suyos. Coged a sus mujeres y crios. Entregádselos a las familias de los muertos. Que hagan con ellos lo que quieran.

—Capitán —dijo el hombre, mordiéndose nerviosamente el labio—. Los Gareth son una gran familia. Su estirpe también pertenece a la banda roja. Si les dicen algo...

—Cogedlos —dijo Renols—. Ahora.

Los hombres se separaron. Los que sujetaban a Kurt se quedaron. Renols miró a



la entrada de la nave, pensó en silencio y luego hizo una seña a sus hombres, que se llevaron a Kurt. Estos no dijeron nada y no se oía sonido alguno en el campamento. Kurt caminó obedientemente, aunque los hombres se lo pusieron difícil.

Volvieron a la choza de la que había escapado. Renols se detuvo y miró dentro, donde Kta continuaba atado.

—El nemet sigue con vida —dijo. Y miró con un solo ojo a Kurt—. ¿Por qué no le mató Gareth?

Kurt se encogió de hombros.

—Garet le golpeó. Supongo que tendría prisa.

Las sospechas de Renols se acentuaron.

—Eso no es propio de él.

—¿Cómo quieres que lo sepa? Puede que Gareth temiera fallar y no quisiera un nemet muerto como prueba de su visita.

Renols lo meditó.

¿Y cómo sabía que tú no darías la alarma?

—No lo sabía. Pero lo lógico era que yo guardara silencio. ¿Cómo voy a saber a qué historia quedarme?

Renols resopló.

—Metedle dentro. Cogemos vivo a uno de los Gareth y después veremos.

Los humanos se marcharon. Kurt probó la solidez de las nuevas cuerdas, innecesariamente tensas y que le entorpecerían las manos; una pequeña muestra de su traición con él. Suspiró y apoyó la cabeza contra el puesto, ignorando la mirada de Kta.

No era cuestión de discutir nada. Kta pareció notarlo, pues no dijo nada. Había alguien vigilando no muy lejos de la choza, visible a través de la tela.

Lo más probable era que el nemet hubiera pensado por su cuenta un poco más. El que hubiera llegado o no a la conclusión correcta era otro asunto.

La luz del día iluminó eventualmente la choza. Kta se durmió finalmente. Kurt no.

Entonces se oyó un alboroto en el campo, hombres corriendo en dirección a la choza de Renols. Voces distantes discutiendo algo en tono de urgencia. La conmoción se aplacó, hasta que la cosa derivó en cierta alarma.

Los lugartenientes de Renols vinieron a recogerles, arrastrándoles con dureza a medida que les empujaban hacia el refugio de Renols.

—Hemos encontrado a los hermanos de Gareth —dijo Renols, enfrentándose a Kurt.

Kurt le miró, ni reconfortado ni alarmado por las noticias.

—Los hermanos de Gareth no son nada para mí.

—Los hemos encontrado muertos. A todos. Las gargantas cortadas. Había rastros de nemet, con sandalias.

Kurt miró a Kta, sin necesidad de fingir la sorpresa.

—No han vuelto dos de nuestros exploradores —dijo Renols—. Dices que éste es un jefe entre los nemet. Un señor. Probablemente el de estos hombres. Pregúntale.

—Le has comprendido —dijo Kurt en nechai—. Di algo.

Kta apretó los dientes.

—Si crees que ganarás tiempo proporcionándoles algo de mí, estás equivocado.

—No tiene nada que decir —le dijo Kurt a Renols.

Renols no pareció sorprendido.

—Encontrará algo que decir. Astin, que doblen la guardia. Ninguna mujer dejará hoy el campamento. Raf, trae al nemet al círculo principal.

Kurt se dio cuenta con un gélido dolor en su corazón que no sería posible seguir el juego hasta el fin. Kta no le traicionaría como él no traicionaría a los hombres de la *Tavi*. Dejar morir a Kta podría conseguirle esa hora que necesitaba para aspirar a ser rescatado. Posiblemente ni siquiera Kta le culparía. Siempre había sido difícil saber lo que Kta consideraba una acción razonable.

Fue tras los que arrastraban a Kta, que caminaba en tensión y cada arruga de su rostro estaba preparada para resistir, pero sin emitir sonido alguno. Kurt caminó dócilmente, examinando la multitud hostil que se reunía a su alrededor en un ominoso silencio.

Continuaron hasta llegar al círculo, donde la arena aún estaba ennegrecida por la sangre de la noche anterior. Kurt temió carecer del coraje necesario para cometer un acto tan sin sentido, entregando las vidas de ambos. Pero apenas se detuvo a pensar cuando intentaron arrastrar a Kta al terreno. Se soltó, golpeó a un hombre, se volvió, arrancó el hacha de su sorprendida mano y saltó contra los que sujetaban a Kta.

El nemet reaccionó con sorprendente agilidad, arrojó un hombre al camino del hacha, dio un rodillazo a otro, cogió una daga y la clavó con la cegadora velocidad con que manejaba el *ypan*. Los hombres se agacharon chorreando heridas y viniéndose abajo gritando y gimiendo.

—¡Arqueros! —bramó Renols.

El área se despejó. Kurt y Kta quedaron espalda contra espalda, los hombres se amontonaban los unos contra los otros para apartarse del camino. Renols era el que estaba más cerca.

Kurt cargó contra él enarbolando el hacha. Renols se derrumbó con el costado abierto, rodando en el polvo. Más hombres se apartaron de su camino a medida que seguía trazando arcos con su arma. Kta siguió con él. Fueron desplazándose por el campamento. La gente huía de ellos gritando.

—¡Disparad contra ellos! —gritó alguien.

Entonces se desató el caos. Se oyó un grito ronco en la retaguardia de la multitud. Algunos humanos dieron media vuelta gritando de pánico, pero sus gritos se vieron por los sonidos de la batalla en el centro del gentío.

Kta agarró el brazo de Kurt y señaló. Los dos se quedaron un momento inmóviles por la aparición de un nemet entre los tamurlin, por el relámpago de aceradas espadas brillando a la luz del sol. Ningún tamurlin les presentaba ya lucha. Los humanos preferían huir a luchar, y pronto se vieron rodeados de nemets. Los humanos habían desaparecido de un plumazo.

Kta estaba erguido en el claro, con Kurt guardándole las espaldas, con una daga en la mano y muertos a sus pies. La banda de nemets lanzó un grito de júbilo.

—¡Señor Kta! —gritaron una y otra vez—. ¡Señor Kta!

Y fueron hasta él, ensangrentadas espadas en mano, y se arrodillaron en el polvo ante su casi desnudo y muy maltrecho señor. Kta alzó la mano ante ellos, soltando el acero, y alzó las manos al cielo, a la purificadora luz del sol.

—*El*, amigos míos —dijo—. Bien hecho.

Val t'Ran, el siguiente oficial al mando después de Bel t'Osanef, levantó y miró a su jefe como si le hubiera abrazado de buena gana, si tales impulsos fuesen patrimonio de un nemet. Las lágrimas brillaban en sus ojos.

—Gracias a los cielos que llegamos a tiempo, Kta-ifhan. Habría asegurado que no lo conseguiríamos.

—Fuisteis vosotros los que matasteis a los humanos de fuera del campamento, ¿verdad?

—Sí, mi señor, y temíamos haber estropeado nuestra emboscada. Creímos haber sido descubiertos por ello. Después de eso tuvimos mucho cuidado al vigilar el campamento.

—Estuvo bien hecho —repitió Kta, con gran sentimiento, y alargó la mano al niño Pan, que había venido con los rescatadores—. ¿Fuistes tú quien los trajo, Pan?

—Sí, señor —dijo el joven—. Tenía que huir, señor, tenía que hacerlo. Odiaba tener que dejaros. Tas y yo... creíamos ser más útiles avisando al barco... pero sus heridas hicieron que murieran en el camino.

Kta tragó saliva con un esfuerzo.

—Lo siento, Pan. Que sea bien recibido por los Guardianes de tu casa. Marchemos ya. Salgamos de este terrible lugar.

Kurt observó cómo se preparaban para partir, miró al peso que seguía sujeto a su entorpecida mano, vio el hacha y su brazo manchado de sangre hasta el hombro. Lo dejó caer, temblándole repentinamente todos los miembros del cuerpo. Se tambaleó alejándose de todos ellos, se apoyó en la pared de una choza y vomitó varios minutos hasta que todo se vació de su vientre, drogas y comida tamurlin. Pero la visión que seguía flotando en su mente era algo sobre lo que carecía de poder. Cogió arena y se

frotó la sangre hasta que la piel se cubrió de porquería arenosa y desaparecieron las manchas. En una choza desierta encontró un recipiente con agua y bebió y se lavó la cara. El lugar apestaba a hoja. Volvió a tambalearse hasta la luz del sol.

—Mi señor Kurt —dijo uno de los marineros, sorprendido por encontrarle—. Kta-ifhan está frenético. Venid. Rápido. Venid, por favor.

El nemet le resultaba extraño, alienígena, su lenguaje le zumbaba en los oídos. A su alrededor había humanos muertos. Los nemet se marchaban. No tuvo prisa para ir tras ellos.

—Señor.

El fuego rugió cerca de él; una oleada de fuego le alertó. Estaban prendiendo fuego a la aldea. Se miró como un hombre que despierta de un sueño.

Había apretado un gatillo, pulsando un botón y matado, a distancia, al instante. Había ayudado a quemar un mundo, aunque su puesto no era de combatiente. Habían sido objetivos estadísticos.

La asombrada mirada de Renols flotaba ante él. Era como la de Mim.

Yacía en el polvo, con su sabor en la boca y sus labios cortados y su mejilla herida. No recordaba haberse caído. Unas amables alienígenas le levantaron, le dieron la vuelta, le limpiaron la cara.

—Tiene fiebre —dijo la clara voz de pan surgida en medio del resplandor del sol—. Las quemaduras, señor... el sol, la larga marcha...

—Ayudadle —dijo la voz de Kta—. Cargad con él si es necesario. Debemos dejar este sitio. Pueden venir más tribus.

El viaje fue un resplandor marrón y verde, con ocasionales punzadas de agua en la piel. A veces caminaba, sin ser consciente de otra cosa más que de seguir al hombre que tenía frente a él. Hacia el final, a medida que el camino descendía hacia el mar y el día refrescaba, volvió a darse cuenta de lo que le rodeaba. Perdió por segunda vez el contenido de su estómago junto al camino. Eso le debilitó, pero le liberó de la náusea y su cabeza estuvo más despejada a partir de entonces. Bebió *telise* y el amable marinero que se lo ofreció le rogó que conservara el frasco; fue más tarde cuando se le ocurrió pensar que quizá le resultara repugnante usar algo empleado por un humano enfermo. No importaba; le había conmovido que el hombre se hubiese ocupado de él.

Después de esto se negó a ser ayudado. Volvía a tener uso de sus piernas, aunque temblaban bajo él, y tuvo la suficiente consciencia como para recordar su nave espacial y el equipo que habían abandonado; había estado demasiado atontado y los nemet... los nemet con su desconfianza hacia las máquinas lo habían abandonado todo.

—Tenemos que volver —dijo a Kta, intentando razonar con él.

—No —dijo el nemet—. No más vidas de mis hombres. Ya corremos el peligro

de que hayan alertado a otras tribus.

Fue el final de la conversación.

Y al atardecer, con la costa ante ellos y la *tavi* a la vista —el más bienvenido de los paisajes— se acercó un marinero corriendo por la arena, trastabillando y jadeando.

Vio a Kta y se le abrieron mucho los ojos, abocetó una insegura reverencia ante su señor.

—Una nave de la Methi —dijo—. Costa arriba. La ha visto el vigía. Está registrando todas las bahías de esta costa. Casi... casi hemos estado a punto de levar anclas y marcharnos, pero no teníamos bastantes remeros. Gracias a Dios que lo habéis conseguido.

—Apresurémonos —dijo Kta, y empezaron a bajar la arenosa ladera en dirección a la playa.

—Mi señor —siseó el marinero—. Creo que la nave es la *Edrif*. La vela es verde.

—La *Edrif*. —Kta miró hacia el punto en lontananza con furia en cada rasgo de su rostro—. ¡Que Yeknis se los lleve! Kurt, La *Edrif* es de Tefur, ¿me oyes?

—Te oigo —repitió Kurt. El ansia de venganza ardía en su interior, cuando unos momentos antes habría deseado no volver a luchar en la vida. Sintió un escalofrío viento del mar, se envolvió en su prestado *ctan* y siguió a Kta ladera abajo tan rápidamente como le llevaban sus temblorosas piernas.

—No tenemos bastante tripulación para atacar —murmuró Kta entre dientes—. ¡Lo que habríamos hecho! Habríamos enviado a ese hijo de las abdominales de Yr a los verdes salones de Kalyt, para servir de diversión a las escamosas hijas de Kalyt. ¡Luz del cielo! ¡Si en estos momentos estuviéramos al completo...

Pero no lo estaban, y se sumió en el silencio con una tristeza que tenía el dolor de las lágrimas. Kurt escuchó cómo temblaba la voz del nemet y temió por él con el resto de los hombres.

## XVI

La vela azul oscura de la *Tavi* se izó y llenó con el viento nocturno, Val t'Ran lanzó una ronca orden a los remeros para que cogieran los remos. El ritmo cadenciado de la madera y el agua se detuvo, cuarenta remos permanecieron alzados sobre el agua. A continuación se subieron a bordo en un único rozar de maderos obedeciendo a una sola orden de Val, siendo encajados en su sitio por los sudorosos remeros que descansaban en los bancos.

La *Edrif* se veía ocasionalmente rondando la costa, pero el bajel sufaki tenía la desventaja de tener que buscar, y los bajíos de la costa eran escarpados, con muchos bancos de arena que permitían pasar a la *Tavi*, un barco esbelto y ligero, mientras que la *Edrif*, de mayor calado, debía mantenerse en aguas más profundas.

La *Tavi* recogió el viento en sus velas, cortando velozmente el agua con su casco. A estribor se alzaba una gran columna rocosa recortándose contra el cielo nocturno, erosionada por el mar, advertencia de otras rocas en las negras aguas. Las olas lamieron sonoramente el arrecife, pero el barco lo evitó, esquivando otro a la izquierda por un margen igualmente escaso.

Eran aguas conocidas por Kta. La tripulación estaba en los bancos, preparada pero sin estar asustada por la proximidad de las paredes del canal por el que navegaban.

—Baja —le dijo Kta a Kurt—. Llevas demasiado tiempo en pie. No quiero tener que sacarte del mar una segunda vez. Apártate de la borda.

—¿No hay peligro?

—Hay un paso recto por entre estas rocas y el viento nos arrastra perfectamente por su centro. El cielo nos ayuda. Aquí sólo conseguirás salpicarte de agua. Lun, lleva a este hombre abajo antes de que perezca.

La cabina estaba próxima y caldeaba, y había luz en ella, bien resguardada de una visión del exterior. El viejo marino le guió hasta el catre e hizo que se tumbara. El balanceo de la nave le desorientaba de una forma que no había sentido antes en el mar. Cayó al catre, incorporándose sólo cuando Lun le puso un bol de sopa ante los labios. Ni siquiera podía sostenerlo sin temblar. Lun lo sostuvo pacientemente y el calor de la sopa llenó su estómago y se repartió por sus miembros, insuflándole fuerza.

Le pidió a Lun que le pusiera unas toallas detrás de los hombros y le diera un segundo bol. Entonces pudo sentarse parcialmente erecto, con las manos sujetando el humeante cuenco. No tenía especial interés en beberlo, pero quería su calor y el saber que estaba ahí. Tuvo cuidado de no dormirse y derramarlo. De cuando en cuando le daba un sorbo. Lun se sentó en un rincón asintiendo con la cabeza.

La puerta se abrió con una ráfaga de viento frío y Kta entró, se sacudió el agua

salada de la capa y se la entregó a Lun.

—Aquí tiene sopa, señor —dijo Lun, preparando y entregándole una taza, y Kta se lo agradeció y se hundió en el catre del lado opuesto de la pequeña cabina. Lun se marchó y cerró la puerta con suavidad.

Kurt miró durante largo tiempo a la pared, sin atreverse a afrontar otro *round* con Kta. Por fin, éste se movió para beber y respiró soltando un suave suspiro de cansancio.

—¿Estás bien? —le preguntó Kta finalmente. Puso una amabilidad en la pregunta, mucho tiempo ausente en su voz.

—Estoy bien.

—La noche nos favorece. Creo que podremos dejar esta costa antes de que la *Edrif* se dé cuenta.

—¿Seguimos yendo hacia el norte?

—Sí. Y con a t'Tefur pisándonos los talones.

¿Hay alguna esperanza de poder vencerle?

—Tenemos diez bancos vacíos y nadie de refresco. ¿O es que esperas que mate al resto de mis hombres?

Kurt se encogió, bajó los ojos. Ahora no podría afrontar una discusión. No quería luchar. Miró a otra parte y bebió un sorbo para disimularlo.

—No lo he dicho en tu contra. Kurt, esos hombres lo dejaron todo por mi culpa, dejaron familias y corazones sin esperanzas de retorno. Vinieron a mí en la noche y me suplicaron... ¡me suplicaron!, que les dejara sacarme de Nephane. De otro modo esa noche habría terminado con vida pese a los deseos de mi padre. Han muerto doce de ellos en esta costa. Soy respetable de ellos, Kurt. Mis hombres han muerto y yo estoy vivo. De todos ellos, solo yo sobreviví.

—Los salvé *todo* el tiempo que pude. Hice lo que debía hacer, Kta.

Kta terminó el resto de la sopa como si no hubiera saboreado nada y apartó la taza. Luego guardó silencio, con dientes apretados y labios temblorosos.

—Mi pobre amigo —dijo por fin—. Lo sé. Lo sé. Hubo un momento en que no estuvo seguro. Lo siento. Duérmete.

—¿Sobre qué?

—¿Qué quieres que diga?

—Me gustaría saberlo —repuso Kurt, y apartó el bol y descansó la cabeza sobre las sábanas. La calidez se le había asentado en los huesos, y empezaron los dolores, la fiebre de la piel quemada, la fatiga de los nervios destrozados.

—El *yhia* me alude —dijo entonces Kta—. Siempre debe haber razones, Kurt. Debí haber muerto yo, pero murieron los otros, los que no estaban en peligro de morir. Mi corazón ha muerto y debí morir con él, pero ellos... Esa es mi rabia, Kurt. No sé por qué.

Si se hubiera tratado de un humano, Kurt lo habría despachado sin más, pero para Kta, el no saber no era algo de escasa importancia. Afectaba a todo en lo que creía. Miró a Kta apiadándose de él.

—Te mezclaste con humanos —dijo Kurt—. Somos un pueblo caótico.

No. Toda la creación obedece a unas pautas. Vivimos por pautas. Y no me gusta la pauta que vislumbro.

—¿Cuál es?

—Muerte sobre muerte, morir a costa de los muertos. Nadie está a salvo excepto los muertos. Pero lo que será de nosotros, aún está en nuestro futuro.

—Estás demasiado cansado. Deja los pensamientos para mañana. Las cosas suelen tener mejor aspecto entonces.

—¿Volverán a estar vivos por la mañana? ¿Indresul hará las paces con mi ciudad y Elas estará intacta en Nephane? No. Mañana seguirán siendo verdad las mismas cosas.

—También las cosas buenas. Duérmete, Kta.

Kta se levantó de repente y fue a encender la luz de oración del pequeño *phusa* de bronce en un nicho de madera y bronce. La luz de Phan iluminó la esquina con su dorado resplandor y Kta se arrodilló, se sentó sobre los talones y alzó las abiertas manos.

Empezó en voz baja su invocación a los Ancestros, y al poco dejó de oírse y sus manos descansaron en su regazo. Era una habilidad que Kurt le envidiaba a los nemet religiosos como Kta, como Mim; dejar de sentir dolor físico. La mente se concentraba primero en la luz y luego más allá, buscando lo que ningún hombre había conseguido, pero buscándolo.

La calma que había reinado en Elas llenó la pequeña cabina. Se oía el crujir de los maderos, el rumor del agua rozando el casco, el mar azotando las rocas. La calma pareció llenarlo todo. Kurt descubrió que por fin le era posible cerrar los ojos.

Había dormido un tiempo. Se estiró, despertando de algún sueño olvidado, y vio la luz de oración consumiendo las últimas gotas de su aceite.

Kta no se había movido.

Un escalofrío le recorrió el cuerpo. Pensó en Mim, muerta ante el *phusa*, y en el estado mental de Kta, y saltó de la cama. El rostro y el cuerpo semidesnudo del nemet brillaban por el sudor, aunque no hacía calor en el cuarto. Tenía los ojos cerrados, las manos flojas en el regazo, aunque todos los músculos de su cuerpo parecían estar tensos.

—Kta —llamó Kurt. Interrumpir la meditación no era un asunto nimio para un nemet, pero de todos modos le *zarandéo* por los hombros.

Kta tembló y suspiró.

—¿Estás bien, Kta?



Kta respiró profundamente. Abrió los ojos.

—Sí —murmuró con voz espesa, intentando moverse y fracasando—. Ayúdame a levantarme, Kurt.

Kurt le levantó, le enderezó sus piernas muertas. Un momento después, el nemet se pasó una mano por los cabellos húmedos de sudor y enderezó los hombros.

No dijo palabra alguna, sólo se tambaleó su catre y cayó en él con ojos cerrados, tan relajado como un niño dormido. Kurt se le quedó mirando con cierta preocupación, y finalmente concluyó que estaba bien. Le cubrió con una sábana, apagó la luz, pero dejó que la luz de oración se apagara sola al consumirse el remanente de aceite. Había oraciones que debían decirse para apagarla y las conocía por habérselas oído decir a Mim, pero sería una hipocresía recitarlas y ofensivo para Kta el omitirlas.

Buscó el refugio de su propia cama y permaneció despierto mirando la cara del nemet en la semioscuridad, recordando la invocación que Kta había hecho a los Guardianes de Elas, esos misteriosos, y ahora furiosos, espíritus que protegían la casa. No creía en ellos, pero sentía la atmósfera cargada cuando se les invocaba, y se preguntó con qué había estado en contacto el consciente o el subconsciente de Kta.

Recordó los computadores oraculares del mando central de la Alianza que analizaban, predecían, hacían política, progetizaban en suma, y se preguntó si esas máquinas y el nemet no percibirían alguna razón mas allá de lo racional, si las máquinas construidas por el hombre funcionaban porque los nemet tenían razón, porque había una pauta y los nemet se acercaban a su conocimiento.

Miró al rostro de Kta, pacífico y tranquilo, y sintió un terror irracional hacia él y sus ultrajados Ancestros, como si aquello que velara por Elas aún viviera y aún fuera poderoso, más allá del control de los hombres.

Pero Kta dormía con la cara de la inocencia.

Kurt se preparó cuando Lun vació sobre él un cubo de agua de mar, fría, con sal que quemó sus heridas, pero alivió su alma. Volvía a estar limpio, afeitado, civilizado. El hombre le entregó una sábana y Kurt se envolvió en ella agradecido, sin preocuparse de si su rugosa textura le tocaba la castigada piel. Kta, recostado contra la barandilla, le miró con piedad en los ojos; su piel bronceada era capaz de absorber sin daño aparente los ardientes rayos de Phan, y hasta las heridas sufridas a manos de los tamurlin parecían desaparecer en su complexión y su pelo negro se secaba al viento para caer a su posición acostumbrada, mientras que el de Kurt, más ligero y aclarado por el sol, estaba totalmente revuelto. Kta parecía un dios que no había padecido daño alguno y se renovaba con la luz matutina, como una serpiente que acabase de mudar de piel.

—Parece muy delicada —dijo Kta, frunciendo el ceño ante la quemadura que

sangraba en las rodillas y muñecas y tobillos de Kurt—. Un poco de aceite vendrá bien.

—Ahora me pondré un poco.

Cogió su ropa y se vistió, hiriéndose la piel enferma. Ese día sólo vestiría el *ctan*. Bastaba cuando no había mujeres presentes.

—¿Cuánto tiempo nos llevará llegar a las Islas? —preguntó Kurt a Kta, pues era el destino que había marcado.

Kta se encogió de hombros.

—Un día, si gozamos de favor del cielo y de las damas de los vientos. Hay otros peligros en estas aguas además de la *Edrif*; Indresul tiene una colonia al oeste, Sidur Mel, que dispone de toda una flota. No quiero arriesgarme a ese peligro. Y una vez lleguemos a las Islas, no hay que olvidar que la gran colonia de Smethisan está dominada por la casa de Lur, rivales comerciales de Elas, y no confía en ellos. Pero la isla de Acturi está gobernada por amigos de la casa. Espero fondear allí.

La tela chasqueó encima de ellos y Kta miró a la vela, haciendo una seña a Val. La tripulación de la *Tavi* se apresuró a entrar en acción.

—Puede que las damas grises no nos favorezcan durante mucho tiempo dijo Kta, refiriéndose a los espíritus del cielo. —Los marineros deberían hablar con respeto del cielo y no tomar nada por garantizado.

—¿Un cambio en el tiempo?

—A peor. —Kta tenía una mirada preocupada, indicando un tono grisáceo en el cielo del norte—. Había esperado llegar a las Islas antes de esto. Los vientos primaverales son inseguros, y éste sopla desde los hielos de Yvorst ome. Puede que lo sintamos en nosotros antes de que concluya el día.

A media mañana, la vela se deshinchaba e hinchaba por turnos; las damas etéreas de Kta parecían haberse vuelto holgazanas. A mediodía, la nave se había quedado casi inmóvil, casi sin viento para agitar su vela. La tela chasqueó. Val bramó órdenes a la tripulación del puente, mientras Kta permanecía cerca del bauprés y miraba huraño al banco de nubes que se aproximaba a ellos.

—Será mejor buscar ropa de abrigo —dijo—. Cuando cambie el viento lo notaremos en los huesos.

Las nubes adquirieron un aspecto ominoso ahora que estaban más cerca. Cubrían los cielos como un velo negro.

—Nos hará retroceder —observó Kurt.

—Ganaremos toda la distancia que podamos y lucharemos para mantener nuestra posición. Careces de experiencia en esto; no has visto tormentas como las que traen los vientos del norte. No debes estar sobre el puente cuando empieza.

Por la tarde, el cielo del noroeste estaba casi completamente negro, con intermitentes fogonazos relámpagos, y el viento soplaba poco a poco, inseguro por

aquí o por allí.

Kta lo miró y juró con ganas.

—Parece que nos la envían los demonios de la vieja Chteftikan. Sufak está a sotavento, con sus escondidos arrecifes. El único consuelo es que Shan t'Tefur está cerca de ellos y que si nos desviamos hacia allá, él se hundirá antes que nosotros. ¡Hya, hombre! ¡Tkel! Asegura eso con fuerza. ¿Quieres ponerte a trepar en la tormenta? Te mandaré entonces que lo hagas.

Tkel sonrió, hizo un testo para dejar clara su comprensión y afianzó la cuerda que agarraba, pues la *Tavi* empezaba a experimentar mar gruesa.

—Kurt, ve con cuidado. Este puente se verá pronto inundado, y una ola podría arrojarte por la borda.

—¿Cómo pueden mantenerse tus hombres en pie?

—No se mueven sin necesidad. Tú no eres marinero, amigo mío. Me gustaría que bajaras. No quiero que esta noche entretengas a las hijas de ojos verdes de Kalyt. No sé lo que opinan de los humanos.

Kurt conocía la leyenda. Los marineros ahogados eran retenidos en los dominios de Kalyt, el padre del mar, hasta que los ritos adecuados liberasen sus almas de los lujuriosos espíritus marinos y fueran enviadas a sus corazones ancestrales.

Aceptó la advertencia de Kta, pero era un consejo, no una orden, y no tenía ganas de bajar. Caminó hacia proa y, de repente, un gran balanceo le hizo perder el equilibrio. Se encogió al mástil a tiempo de no verse arrojado de cabeza al foso de los remeros. Ya bastante humillados, procuró no volver la cabeza para mirar a Kta. Recuperó el equilibrio y caminó con cuidado hacia el promontorio que formaba la cabina, refugiándose en su pared.

Pronto fue difícil mantener al barco en su rumbo contra las aguas. Su quilla se alzó sobre las olas y el puente se hundió de forma alarmante a medida que las recorría. El cielo cedía a un crepúsculo prematuro sobre sus cabezas y el viento llevó el olor a lluvia.

Una enorme ráfaga de viento asoló el mar y golpeó la nave. La rociada golpeó, la proa cuando las aguas rompieron sobre su espolón de bronce. Kurt se secó la picante agua de mar de los ojos, a medida que el mar y el cielo temblaban enloquecidos. Se mantuvo aferrado a la cuerda de seguridad. La *Tavi* se convirtió en una frágil concha de madera reducida a proporciones en miniatura contra las olas que aquella misma mañana fluían plácidamente bajo su proa.

La madera y los aparejos gimieron como si el bajel se esforzase en mantenerse entero, y un torrente de agua estuvo a punto de arrojar a Kurt al suelo. La lluvia y el agua salada se mezclaban en una continua y cegadora neblina. Los relámpagos brillaban en el cielo ensombrecido y el trueno retumbaba justo a continuación, y Kurt se encogió contra la pared de la cabina, esperando constantemente que la nave no

saliese a la superficie en la siguiente bajada o con el romper de las olas contra el puente. El trueno rugía sobre sus cabezas, los relámpagos parecían estar lo bastante cerca como para abatir el mástil. Ya tenía el corazón en la garganta y se limitaba a cerrar los ojos a cada tronar y esperar la muerte. Había estado en combate una docena de veces y la furia de este pequeño mar rodeado de tierra era más impresionante. Siguió agarrado, medio ahogado y tembló ante el aullante viento y los espíritus marinos de ojos verdes parecían reales y amenazadoramente malévolos, y los abismos y mortales se alternaban con el cielo al otro lado de la barandilla. Casi podía oírles cantar en el viento.

Pasó un tiempo sin medida antes de que cesara la lluvia, pero por fin las nubes se abrieron y los vientos se calmaron. A estribor había aparecido tierra entre el velo de la lluvia, la tierra que tanto querían dejar atrás. Una borrosa línea gris, los cortantes arrecifes y costas de Sufak. Kta entregó el timón a Takel y miró al este, enjugándose la lluvia de la cara; el agua chorreaba por sus cabellos.

—¿Cuánto hemos perdido? —pregunto Kurt.

Kta se encogió de hombros.

Considerable. Considerable. Debemos navegar con el viento en contra, al menos de momento. La primavera es una lucha continua entre los vientos del norte y los del sur, y el sur siempre acaba ganando, es una cuestión de tiempo y del favor de los cielos.

—El favor de los cielos podía habernos evitado esta tormenta.

Los miembros helados y el cansancio le hacían ser más ácido de lo normal, pero Kta estaba bien acorazado aquel día; se limitó a desentenderse del cinismo humano.

—¿Cómo podemos saberlo? Quizá íbamos hacia algún problema y el viento nos devolvió a terreno seguro. Puede que la tormenta no tuviera nada que ver con nosotros. Un hombre no debe ser demasiado engreído.

Kurt le dedicó una mirada un tanto peculiar y tuvo que agarrarse para no perder el equilibrio cuando el reflujo del mar volvió a levantar y bajar a la *Tavi*. Incluso entonces le alegró descubrir a Kta rostro serio reírse abiertamente de él. Así había sido en Elas, en las conversaciones que mantenían por la tarde, bromeando sobre sus diferencias. Era bueno saber que todavía eran capaces de hacerlo.

¡*Hya!* —gritó Val—. ¡Mi señor Kta! ¡Nave a popa!

Allí estaba, en medio del velo gris: un minúsculo objeto que no pertenecía ni al mar ni a la costa. Kta profirió un juramento.

—¡Van a alcanzarnos, mi señor!

—Eso es seguro —dijo Kta, y luego levantó la voz para dirigirse a la tripulación—. Compañeros, tenemos a popa la *Edrif*. Nos espera una dura lucha. Armaos y comprobad vuestro equipo; puede que luego no tengamos tiempo. Kurt, amigo mío... Cuando estén más próximos, como temo que llegarán a estarlo, mantente a cubierto.

Los sufaki son arqueros consumados. Si nos atacan con el espolón, salta y trata de encontrar un trozo de madera al que agarrarte. Emplea espada o hacha, lo que quieras, pero no quiero abordarles ni que me aborden si puedo evitarlo. Por mucho que queramos a Shan t'Tefur, es preferible no arriesgarse.

El espacio que les separaba se acortaba. La cercana visión confirmó que la nave era la *Edrif*, una goleta de sesenta remos, y la *Tavi*, aunque de diseño más nuevo y veloz, tenía vacante los puestos de diez de sus cincuenta remeros. En este momento sólo remaban veinte.

—El —dijo Kta a los hombres de los fosos de remeros a ambos lados; y los otros también se sentaron y se prepararon para empezar y seis de los hombres de la tripulación ocuparon puestos vacantes para ayudar al barco a acercarse a su velocidad normal—. *El*, mantened el ritmo, remeros, seguid así, y escuchadme. La *Edrif* nos da caza y tendremos que empezar a movernos. Que ninguno de nosotros titubee o cometa un error. No tenemos margen para ello ni alivio en lontananza. Debe salvarnos la habilidad, la habilidad, la disciplina y la experiencia; ningún barco sufaki puede superarnos en esto. Y ahora, que se prepare el resto de los remeros. Los que ya bogáis, deteneos.

La cadencia se detuvo un momento, los veinte remos que estaban en funcionamiento se alzaron crujiendo y goteando hasta que los otros veintiséis se colocaron y estuvieron preparados. Kta en persona dirigió la cuenta, de ritmo moderado. La *Edrif* ganaba terreno con seguridad, con sus sesenta remos golpeando las aguas. Ya se veían figuras sobre su puente.

Kurt bajó para coger una espada de una panoplia en la armería, y tras pensárselo un momento la cambió por un hacha corta, diseñada para cuerdas y maderas y no para combate. No consideraba que sus lecciones con Kta le hubieran hecho de él un espadachín igual a un nemet que hubiese manejado toda la vida *el ypan* y no confiaba en que todos los sufaki prefirieran el manejo de arco y el cuchillo al del *ypan*.

Se demoró lo bastante como para vestirse también, poniéndose un *pel* debajo de la *ctan* y un cinturón, pues el viento era cortante y la perspectiva de estar casi desnudo en la lucha no le atría en lo más mínimo.

Cuando volvió al puente. Tras un espacio de tiempo tan breve, la *Edrif* se había acercado tanto que su mascarón de proa se veía claramente por encima de las aguas que bullían bajo su espolón forrado de metal. Un oficial vistiendo túnica a rayas estaba junto a los arqueros, gritando órdenes que se llevaba el viento.

—Preparados para dar una vuelta completa —le gritó Kta a su tripulación—. Un giro rápido, alto a los remeros de estribor. ¡Girad! ¡Con fuerza! ¡*C on fuerza!*

La *Tavi* cambió de rumbo con tal rapidez que hizo crujir sus maderos y remos, exponiendo las tres cuartas partes del casco a merced del viento; y Kta ya le gritaba nuevas órdenes a Pan.

La oscura vela azul con el emblema de combate de Elas se alzó desde la verga y se hinchó, mientras la tripulación terminaba de izar la vela. La *Tavi* cobró vida en el agua, lanzándose súbitamente contra la *Edrif* con toda la fuerza del viento y sus cuarenta y seis remos.

En la otra cubierta estalló una frenética actividad. La *Edrif* empezó a girar, mostrando por un momento todo su costado, continuando hasta casi dar la vuelta. Se desplegó su oscura vela verde, pero no pudo girar con la grácil rapidez de la nave que perseguía, y su tripulación titubeó, tomada por sorpresa. La *Tavi* tenía el viento en sus velas, robándoselo a las de ellos.

—¡Remos de babor! —rugió sobre el tronar de los remos—. ¡Quietos los remos de babor! ¡*Hya*, Val!

—¡Sí, señor! ¡Comprendido, mi señor! —gritó Val.

Un grito de pánico les llegó desde la *Edrif* a medida que la *Tavi* se les echaba encima, y Kta gritó a los bancos de babor a medida que se acercaban al punto de colisión. Los dos bancos de la *Tavi* alzaron los remos, y los hombres de babor recogían los remos con frenético apresuramiento, mientras los remeros de estribor los mantenían en posición alzada.

Con el último embate de viento y la velocidad acumulada, la *Tavi* arañó el costado de la *Edrif*, y los remos de estribor del navío sufaki se hicieron astillas al tiempo que de sus fosos surgían gritos de dolor y pánico. Los remeros dejaban sus puestos y huyeron para salvar la vida mientras sus oficiales les insultaban en vano.

—¡Recoged velas! —gritó Kta, y la vela azul de la *Tavi* empezó a deshincharse. Pronto perdió la fuerza del viento y bajó por el impulso.

—¡Timón! —gritó Kta-Remos de estribor al agua, y ¡*Bogad!*

La *Tavi* ya empezaba a desplazarse bajo el control de su timón, y el golpear unilateral de sus remos volvió a dejarse oír, junto con el crujir de las maderas. Se oyó un chasquido semejante a un disparo y un grito; uno de los largos remos se rompió bajo la tensión y golpeó a un hombre haciendo que sangrara y precipitándole contra el banco de atrás. El hombre que lo ocupaba se apartó para dejarle caer, pero mantuvo el ritmo, y uno de la tripulación corrió a ayudarle, sacándole del foso. Las flechas sisearon clavándose en el puente; arqueros sufakis.

—¡Remos de babor! —gritó Kta, pero los hombres, bien entrenados, ya habían sacado los remos y estaban preparados—. ¡Al agua! ¡Y remad!

Cuarenta y cinco remos golpearon el agua al unísono, los músculos se contrajeron bajo relucientes espaldas y remaban, y remaban, y remaban, y la *Edrif* se quedó a popa, indefensa, con la mitad de sus remeros destrozados y el puente cubierto de hombres heridos por astillas. Las flechas se quedaban ahora cortas, impotentes. La respiración de los hombres de la *Tavi* se oía fuerte y continuada, como el viento en las velas de la nave, como si tripulación y barco navegaran como una sola entidad

viviente al dirigirse hacia el norte, ensanchando la distancia que les separaba de su rival.

—Primera tanda —gritó Kta—. ¡Remos arriba!

Con un solo entrechocar de maderos, se recogieron los remos y se mantuvieron en alto, goteando, sólo ligeramente elevados sobre la superficie de las aguas y apoyados en los jadeantes cuerpos de los remeros.

—Subid remos y recogedlos. Segunda tanda. Preparada para el nuevo ritmo. Este es el ritmo... ahora... dos... tres...

Asumieron el ritmo más calmado, y Kta dejó escapar un gran suspiro y miró a sus hombres. La primera tanda seguía recostada sobre los remos de madera, jadeando por el esfuerzo de respirar. Algunos tosieron roncamente, tanteando con manos torpes en busca de las abandonadas capas para cubrirse los agotados hombros.

—Bien hecho, amigos míos —dijo Kta—. Muy bien hecho.

Lun y otros muchos alzaron una mano e hicieron un saludo sin palabras, sin aliento para hablar.

—*Hya*, Pan... hombres. Ha sido un buen trabajo, de los mejores que he visto. Coged mantas para los hombres de los fosos. También un poco de agua, Kurt, ayuda aquí, ¿quieres?

Kurt se movió, contento de poder hacer algo útil, y cogió un pellejo de agua antes de bajar al foso. Dos de los hombres estaban vencidos por el agotamiento y tuvieron que ser levantados y tumbados en el puente junto al hombre herido en el vientre por su remo astillado. Resultó ser una fea herida, pero no había atravesado la cavidad del vientre. El hombre juraba que al día siguiente estaría listo para trabajar, pero Kta ordenó otra cosa.

La *Edrif* quedaba ahora muy a popa, una mera mota en el horizonte que no se atrevía a perseguirles. Val le entregó el timón a Pan y caminó para unirse a Kta y Kurt.

—El casco ha aguantado bien —informó Val—. Chai acaba de comprobarlo. Pero la *Edrif* tardará un poco más en repararse.

—Shan t'Tefur ya nos guardaba mucho odio —dijo Kta—, no aminorará con esta humillación. Nos seguirá en cuanto pueda curarse las heridas y conseguir nuevos remos.

—Su puente era un caos —dijo Val con satisfacción—. Lo vi claramente. Shan t'Tefur tendrá motivos para perseguiros, pero puede que los marinos sufakis decidan que ya han tenido bastante. Saben que podríamos haberles hundido de haber querido.

—El pensamiento debe habérseles ocurrido, pero dudo que nos haga merecedor de su gratitud. Ganaremos todo el tiempo que podamos. —Examinó los fosos—. No he remado desde hace años, pero no me hará ningún daño. Y tú, amigo Kurt, deberías recibir cuidados tras lo que has pasado, pero te necesitamos.

Kurt se encogió de hombros alegremente.

—Aprenderé.

—Ve a vendarte las manos —dijo Kta—. Te queda poca piel y vas a perder la que aún conservas.



## XVII

Por la mañana habían desaparecido ya las nubes y Phan proyectaba su luz sobre un mar en total calma. La *Tavi* navegaba con suavidad, con la tripulación de cubierta envuelta en sus capas, allí donde encontraba un sitio.

Kurt caminó hasta proa, frotándose los ojos para mantenerse despierto. Pan estaba al timón, mientras su compañero vigilaba. Los ojos del joven estaban cerrados. Se balanceaba sobre sus pies.

—Pan —dijo Kurt con suavidad, y Pan se despertó con un sobresalto, con el rostro enrojecido por la consternación.

—Perdóname, Kurt-ifhan.

—Vi cómo te dormías hace sólo un instante. Baja a dormir que yo me quedaré al timón. Con una mar así no se necesita saber mucho.

—No debería, mi señor, yo...

De pronto, los ojos del joven se clavaron esperanzados en el cielo, y Kurt también lo sintió: los primeros efectos de una suave brisa sureña. Agitó su cabello y sus capas, acarició ligeramente sus rostros y rizó las plácidas aguas.

—¡*Hya!* —chilló Pan, y todos los hombres del puente se enderezaron—. ¡El viento, el viento del sur!

Los hombres se pusieron en pie y Kta apareció en el umbral de la cabina y agitó la mano haciendo una señal a Val, que a su vez gritó una orden para que los hombres izaran la vela.

Un momento después se henchía la vela de color azul nocturno. La *Tavi* empezó a navegar a favor del viento. Una exclamación de júbilo se dejó oír en cuanto la tripulación lo notó.

—*El*, amigos míos —sonrió Kta—. Ración completa esta mañana y permiso para beber, pero moderadamente. No quiero dolores de cabeza. Este viento también hará navegar a la *Edrif*, así que mantened ojo avizor los vigías. Que los remeros se diviertan.

El viento continuó soplando y los agotados hombres de la *Tavi* se alegraron de poder tumbarse al sol, masajearse con aceite caliente los doloridos miembros y las ampolladas manos, y charlar, empleando las manos en las pequeñas tareas que mantenían en perfecto funcionamiento a la *Tavi*.

Kta ordenó un cambio de ruta al atardecer y la nave enfiló bruscamente hacia el noroeste, en dirección a las Islas. Al ponerse el sol, distinguieron una nave en el horizonte occidental, creándose una alarma momentánea, pero pronto se identificó la nave como perteneciente a una nave mercante de la casa de Ilev, el emblema del pájaro blanco de esta casa brillaba al sol como algo vivo en la negra vela.

El mercante pasó ante ellos y desapareció en el ensombrecido este, cosa que no

les preocupó. Ilev era amiga.

Pronto fueron visibles las luces costeras de una pequeña isla. Los hombres corrieron voluntarios a los remos y se afanaron en ellos a medida que la *Tavi* se encaminaba hacia esa sarta de enjoyadas luces; hacia Acturi, puerto hogar de Hnes, una poderosa familia descendiente de Indras afincada en las Islas.

—Gan t'Hnes no se dejará controlar por las amenazas de los sufaki —dijo Kta cuando la *Tavi* entró en el puerto de Acturi—. Estaremos a salvo para pasar la noche.

Una campana empezó a sonar en la costa, hombres con antorchas corrieron a los muelles cuando la *Tavi* entró por la fuerza de sus remos.

—¡*Hya!* —les gritó una voz de la costa—. ¿Qué nave es la vuestra?

—La *Tavi* de Nephane. Decid a Gan t'Hnes que Elas solicita su hospitalidad.

—Apresúrate, *Tavi*, apresúrate y arriba ya a la costa. Aquí somos amigos. No hace falta preguntar.

—¿Estás seguro de ellos? —preguntó Kurt en voz baja, cuando se soltaron y ataron amarras—. ¿Y si se nos ha adelantado alguna nave de la Methi? —Examinó nerviosamente las otras naves del pequeño muelle, velas plegadas y anónimas en la oscuridad—. Pueden haber obligado a Hnes...

—No, si Gan t'Hnes no hace honor a la amistad entre casas, entonces el sol saldrá mañana por el oeste. Conozco a este hombre desde que era un niño y gateaba a sus pies. Hnes y Elas son amigos desde hace mil años, bueno, al menos desde hace novecientos años, que es hasta donde Hnes sabe contar.

¿Y si no fuera la palabra de t'Hnes la que acaban de darte?

—Paz, sospechoso humano, paz. Si Hnes hubiera sido desposeído del control de Acturi, la impresión se habría sentido de costa a costa del Ome Sin. *Hya*, Val, extiende la pasarela. Kurt y yo bajaremos a tierra. Quédate en la nave y no dejes que baje nadie hasta que Gan nos dé venia para hacerlo.

Gan t'Hnes era un venerable anciano y, mirándole, Kurt descubrió por qué Kta confiaba en él. Su casa en la colina era ostentosa y limpia, el fuegocorazón era atendido por la dama Na t'Ilev e Ben sh'Kma, esposa del mayor de los tres hijos de Gan, que en sí mismo ya era de avanzada edad. El señor Gan era viudo y el nemet más anciano que había visto, y si pensamos que los nemet viven mucho y raramente se evidencia su edad, debía ser muy anciano.

Naturalmente, las formalidades precedían a cualquier conversación. Había una joven, nieta del *chan* de Hnes, que preparó el té y lo sirvió, y viéndola de espaldas, con su gentil porte y la brillante oscuridad de sus cabellos, Kurt pensó en Mim. Incluso se parecía a ella en el rostro, y cuando se arrodilló y le ofreció una taza de té la miró y sintió un dolor que llevó lágrimas a los ojos.

La chica inclinó la cabeza, enrojeciéndosele las mejillas al ser mirada por un hombre, y Kurt cogió la taza, y bajó la mirada y bebió el té, pensando que no había

sentido tal paz y quietud desde aquella noche en Nephane. Era como volver al hogar, pues nunca había esperado poner el pie en una casa amiga, y su hogar era Elas, y Mim, y ambos habían desaparecido.

Hnes era una gran familia gobernada por Gan, naturalmente, y por Kma, su primogénito, y la dama Na. En la casa había más personas, estando uno de los hijos en el mar. Había un envejecido *chan*, Dek, sus dos hijas y muchos nietos; Leí, segundo hijo de Gan, y su esposa Pym y su concubina Tekje h'Hnes; Imue, hija de Leí, una encantadora niña de unos doce años, que podía ser hija de cualquiera de las dos mujeres, pues tenía los ojos sufaki de Tekje, pero se sentaba junto a Pym y trataba a las dos madres con afectuosas atenciones; y había dos niños pequeños, hijos de Leí.

La primera ronda de té transcurrió en tranquila conversación. Los nemet sentían curiosidad por Kurt, y los niños estaban asustados, pero los adultos resolvieron la cuestión con cortesía.

Entonces llegó la segunda ronda, y las damas salieron con los niños, exceptuando a la dama Na; era la primera dama de Hnes, y su opinión tenía el mismo peso que la de los hombres adultos.

—Kta, ¿cuánto tiempo hace que saliste de Nephane? —empezó con precaución el señor de Hnes.

—Cerca de quince días.

—Entonces, debiste ser partícipe de la triste historia que ha llegado a nuestros oídos.

—Elas ya no existe en Nephane, mi señor, y yo estoy exiliado. Mis padres y el *chan* están muertos.

—Estás en casa de amigos. *Ai*, que yo haya vivido para ver semejante día. Amaba a tu padre como a un gran amigo, Kta, y te amo a ti como si fueras uno de los míos. Nombra a los que hay que culpar de esto.

—Son nombres demasiado elevados para ser maldecidos, mi señor.

—Nadie está más allá del alcance del cielo.

—No quiero que todo Nephane me maldiga por mi culpa. Los responsables son la Methi Djan y su amante sufaki, Shan t'efur u Tlefeke. He jurado enemistad eterna entre Elas y la Elegida del Cielo, y una deuda de sangre entre Elas y la casa de Tefur, pero elegí el exilio. Si hubiera pretendido la guerra, la habría habido esa misma noche en todo Nephane. Por eso prefirió morir mi padre. Honro su decisión.

Gan inclinó la cabeza en gesto de meditación y pena.

—Hace dos días llegó una nave. *Dkelis* de Irain en Nephane. Traía un mensaje de la mismísima Elegida del Cielo y decía que Elas la había ofendido y había decidido apartarse de su vista. Que el auténtico autor de la ofensa era... perdonadme, invitados míos... un humano que había cometido asesinato contra ciudadanos de Nephane

estando bajo el tutelaje de Elas.

—Maté a algunos de los hombres de t'Tefur —dijo Kurt, con el corazón dolorido. Miró a Kta—. ¿Qué significa esto? ¿Fue esto lo que desencadenó todo?

—Sabes que había otras razones —dijo Kta huraño—. Eso sólo fue su excusa de cara al público, un modo de culpar a alguien... ¿Ese era en suma el mensaje, mi señor Gan?

—En suma decía que Elas era proscrito en todas las propiedades de Nephane; que tú, Kta, y todos los que estuvieran contigo, debían ser muertos, exceptuando el señor Kurt, que debía ser entregado vivo e ileso a la justicia de la Methi.

—Seguramente —dijo Kta—, hnes no cederá.

En verdad que no. Irain lo sabía bien, y dudo que él mismo ejecutara esa orden de encontrarse contigo.

¿Qué haréis, mi señor? ¿Preferís que pasemos la noche en otro lugar? Decidlo sin ofensa alguna. No deseo causaros inconveniencia alguna.

—Hay leyes que son más antiguas que Nephane, hijo de mi amigo, más incluso de la propia ciudad resplandeciente, y haya una justicia superior a la escrita en los decretos de la Methi. No. Dejemos que la Methi estudie cómo forzar ese decreto. Quedaos en Acturi. Convertiré esta isla en una fortaleza para luchar contra ellos si así lo quieres.

—No, amigo mío, no, eso sería terrible para tu pueblo. Pedimos agua y víveres como mucho, y en contenedores que no lleven la marca de Hnes. Mi nave saldrá de tu puerto al alba. Nadie salvo Ilev nos vio venir aquí, y es amigo de nuestras dos casas. Y no tengo planeado que nos vean zarpar. Elas ha caído. Eso ya es bastante pena. No quiero dejar atrás mío un rostro de desastre en mis amigos.

—Tuyo es todo lo que necesites. El muelle, vituallas, una escolta de galeones si lo deseas. Pero deja que te persuada para que te quedes, Kta. No soy tan viejo como para no luchar por mis amigos. Toda la fuerza de Acturi está a tu servicio. No creo que la Methi se atreva a enfrentarse con una de sus posesiones en las Islas, siendo inminente una guerra contra Indresul.

—No creo que se atreviese a hacer lo que hizo con Elas, mi señor, pero Shan t'Tefur nos pisaba los talones hasta hace poco. Ya nos hemos enfrentado, y actuaría contra vos sin dudar, No sé qué autoridad le habrá otorgado la Methi, pero aunque ella dudase como decís, un ataque sería algo consumado antes de que ella se enterase. No, señor.

—Es vuestra decisión —dijo Gan lamentándose—. Pero creo que aún así podríamos contenerle.

—Sólo provisiones y armas. Es todo lo que pido.

—Encargaos de ellos, entonces, hijos míos, rápido. Proveed a la *Tavi* con todo lo que necesite, y que todas las manos empiecen a cargar cuanto antes.

Los dos hijos de Hnes se levantaron, hicieron una reverencia para mostrar su respeto a los presentes y salieron rápidamente para llevar a cabo las órdenes.

—Esos víveres son un regalo de despedida de Hnes. No hay nada que pueda enviar contigo que iguale el afecto que te profeso, Kta, mi casi hijo. ¿Tienes bastantes hombres? Algunos de los míos podrían navegar contigo.

—No quiero arriesgarlos.

—¿Entonces te faltan?

—No quiero arriesgarlos.

—¿Adonde irás, Kta?

—Al Yvorst Ome, más allá del alcance de la Methi y la ley.

—Una dura tierra bordea ese mar, pero las naves Hnes van y vienen de allí con frecuencia. Te las encontrarás de cuando en cuando. Permite que transmitan mensajes entre nosotros. *Ai*, qué días son éstos. Mis ojos ven más lejos que los de muchos hombres, pero no veo nada que me consuele en estos momentos. Si yo fuera joven, creo que navegaría contigo, Kta, porque carezco de valor para ver lo que pasa por aquí.

—No, mi señor, os conozco. Si fuerais tan joven como yo, navegaríais hasta Nephane y os meteríais en el conflicto, tal y como hizo mi padre. Y como yo mismo haría, pero debo pensar en la vida de Aimu, y tengo a mi cargo sus almas.

—La pequeña Aimu. Dudaba en preguntar. Temía malas noticias.

—No, gracias al cielo. Se la entregué a un esposo, y por su vida y honor me juró que la protegería.

—¿Cuál es ahora su nombre? —preguntó la dama Na.

—Mi señora, ahora es Aimu t'Elas e Nym shBel t'Osanef.

—T'osanef-murmuró Gan, en un tono que significaba: *El, Sufaki*, pero qué lástima.

—Se han querido desde que eran niños —dijo Kta—. Fue voluntad de mi padre, y mía también.

—Entonces está bien hecho —dijo Gan—. Que la luz del cielo sea con ambos. —Y para la ortodoxia de un indras esto era mucho—. Debe ser un hombre valiente este t'Osanef para desposar ahora a Aimu.

—En verdad lo es —dijo Kta, dirigiéndose luego a la dama Na—. Rezad por ella, mi señora. Lo necesitan mucho.

—Lo haré, y también por ti y por todos los que navegan contigo respondió ella, e incluyó a Kurt con una mirada de sus encantadores ojos, a lo que Kurt correspondió realizando una profunda reverencia.

—Gracias —dijo Kta—. Vuestra casa también estará en mis pensamientos.

—Desearía que cambiaras de idea y os quedarais —dijo Gan—. Pero quizá tengáis razón. Quizá algún día cambien las cosas, ya que la Methi carece de

compañeros. Quizá algún día sea posible volver.

—Será posible —dijo Kta—, si no nombra como sucesor a un sufaki. No hablamos mucho de ello, pero nos tememos que no haya retorno. No para nuestra generación.

Gan apretó los dientes.

—Creo que Acturi enviará naves esta noche.

—No combatáis a t'Tefur —suplicó Kta.

—Navegarán, he dicho, y al menos le harán una advertencia a la *Edrif*.

—Cuando lo sepa Djan-methi...

—Entonces sabrá cuál es el temple de las Islas —dijo Gan—, y quizá la Elegida del Cielo sepa contener sus ambiciones con sensatez.

—Ai. No quiero esto, Gan —murmuró Kta.

—Es una decisión de Hnes. Elas tiene que considerar su propio honor. Yo tengo el mío.

—Amigo de mi padre, estas aguas están demasiado próximas a Indresul. No sabéis lo que podéis desencadenar. Es un acto peligroso.

—Es decisión de Hnes —volvió a decir Gan.

Kta inclinó la cabeza, obligado a guardar silencio bajo el techo de Gan, pero pasó la noche meditando y velando en su cama en la habitación que compartía con Kurt.

Kurt le observó y no aventuró pregunta alguna en su vela. Ya había tenido bastante aquella tarde, empezando a casar las piezas de lo que Kta no le había explicado nunca, la escena que debió desarrollarse en el Upei cuando Nym exigió justicia por la muerte de Mim, mientras la Methi tenía en los actos de huésped de Elas el pretexto que necesitaba para acabar con Elas.

Así muerto Nym, y caído Elas.

Y Djan podía decir que él había hecho que todo fuera inevitable, y que su boda con Mim y su amistad con Elas habían sido el principio de todos los males.

—*Excepto el señor Kurt, que debe ser traído vivo e ileso ante la justicia de la Methi.*

Justicia Hanan.

La justicia de una rabia personal, cuyos cargos nunca se atrevería a presentar ante el Upei. Destruiría todo lo que él amaba, pero nunca le dejaría marchar. Al ser Hanan, no creía en el más allá. Nunca le permitiría un final rápido.

Yació en la blanda cama de la lujosa casa Hnes y miró a la oscuridad, y durmió sólo las horas que anteceden al alba, turbado por sueños que no pudo recordar con claridad.

Ahora soplaba un buen viento del norte, cálido por su paso por Tamur Basin. La vela azul se puso en tensión y la quilla de la *Tavi* se balanceó entre las olas, cortando

su cegador azul hasta convertirlo en blanca espuma.

Kta aún seguía mirando a popa, y Kurt no podía decir si su preocupación era por Gan t'Hnes o por t'Tefur.

—No está en nuestras manos —dijo finalmente Kurt.

—No está en nuestras manos —concedió Kta, con una última mirada. No había nada. Se mordió el labio—. *El, el*, al menos no estará con nosotros al atravesar la Thiad.

—La garganta. Las Islas Menores. —Kurt conocía su reputación, arrecifes desérticos que salpicaban las aguas menos profundas del Orne Sin, situados entre Indresul y Nephane y que no pertenecían a ninguna de ambas. Con buen tiempo formaban un laberinto, con tormenta eran asesinos de barcos—. ¿Las atravesaremos o las rodearemos?

—Las atravesaremos si nos favorece el tiempo. Si la mar está bravía iremos por las aguas profundas del lado de Nephane. No conozco las aguas de Indresul con la familiaridad de la gente de las Islas. Estaremos libres una vez pasada esa barrera, amigo mío; todo lo libres como los mares del norte y sus miserables puertos nos permitan serlo.

—Tengo entendido que hay algo de civilización, algunas ciudades importantes.

—Hay dos pueblos, y son primitivos. *El*, bueno, uno podría considerarse una ciudad; Haithen. Es una ciudad de madera y heladas calles. Yvesta, la madre de las nieves, nunca deja esas tierras. No hay granjas, sólo llanuras desérticas y montañas imposibles y ríos helados. Masas de hielo que pueden aplastar naves flotan en el Yvorst Ome y hay bestias marinas como no se ven en estas aguas azules. *Ai*, no hay nada como Nephane.

—¿Lamentas haber elegido como lo has hecho? —pregunta Kurt.

—Es un lugar extraño al que ir —dijo Kta—, pero la vergüenza de Elas es peor. Creo que Haithen es preferible a la ley de la Methi. Me duele tener que decirlo. Pero Haithen quizá sea infinitamente preferible a la Nephane de la Methi. Cuando pasemos ante las costas de Nephane, pensaré en Aimu, y en Bel, y desearé tener noticias de ellos. Eso es lo más difícil, el darse cuenta que no puedo hacer nada. Elas no está acostumbrada a la impotencia.

En t'Siran, capitán de la *Rimaris*, se balanceaba sobre el puente de la nave correo *Kadese*, bajo las recogidas velas rojas. Tanta era su prisa que ni siquiera se sentó a tomar té con el capitán antes de entregar su mensaje; tomó de pie el sorbo de té ritual y apenas contuvo el aliento antes de entregar la taza al hombre del capitán e hizo una reverencia de cortesía hacia el oficial.

—T'Siran —dijo el capitán del correo—, dijisteis que eran noticias urgentes.

—Una confrontación entre navíos de las islas y una nave de su propio bando —

dijo t'Siran.

—Así es —dijo el capitán dejando a un lado la taza y haciendo una seña a un escriba para que tomara nota—. ¿Qué ha sucedido? ¿Podéis identificar a alguna de las casas?

—Fácilmente a las de un bando. Llevaban la luna de Acturi en las velas; los hijos de Gan t'Hnes, estoy seguro de ello. La otra era una vela extraña, verde oscura con un dragón dorado.

—No conozco ese emblema —dijo el capitán—. Debe tener algún dueño sufaki.

—Seguramente —concedió t'Siran, pues el dragón Yr no era un símbolo de la suerte para una nave indras—. Quizá sea una nave de la Methi.

—Una confrontación, es decir. ¿Con qué resultado?

—Una larga espera. La vela dragón dio media vuelta, hacia la costa sufaki.

—¿Y los hombres de Acturi?

—Mantuvieron la posición cierto tiempo. Luego volvieron a las Islas. Nos retiramos con prontitud. No teníamos órdenes de provocar un combate con las Islas. Ese es todo mi informe.

—Es un informe que merecería ser entregado —dijo el capitán de la *Kadese*.

—Mi señor. —T'Siran agradeció el inusual tributo de un capitán de correo, inclinó la cabeza y partió cuando el capitán volvió a la cortesía de despedida.

El capitán de la *Kadese* apenas se retrasó para ver cómo la *Rimaris* desplegaba velas y partía antes de gritarle una orden a su propia tripulación y pedirles que pusieran rumbo a Indresul.

Lo que se había predicho ya daba comienzo. Nephane se estaba dividiendo. La Methi de Indresul tenía interés en esta información que afectaba a la política de todo el Orne Sin y acercaba a Nephane al día de su ajuste de cuentas.

A partir de ese momento la Methi Ylith empezaría a escuchar a sus capitanes, pensaba para sí el capitán de la *Kadese*, y no había un momento mejor que éste. El cielo les favorecía.

—Remeros a sus puestos —dijo a su segundo—. Los turnos a intervalos mínimos. Toda la tripulación disponible.

Con cuatro tandas y ciento diez remos, la esbelta *Kadese* estaba equipada para recorrer largas distancias. El viento les empujaba suavemente. Su doble vela roja estaba henchida al máximo, y no había nada más rápido en todo el Orne Sin.

Había nubes dispersas, pequeños retazos de blanco con toques grises que se hacían más abundantes por el este, a medida que pasaban las horas. La tripulación de la *Tavi* vigilaba nerviosamente los cielos, temiendo un cambio del viento que podía retrasarles en estas peligrosas aguas.

Al oeste, casi al alcance de la mano, se alzaban las aguzadas rocas de la Thiad. El



sol se dirigía al horizonte, repartiendo color en las escasas nubes que tocaban esa parte del cielo.

Las olas salpicaban y se rompían a medida que la *Tavi* se acercaba peligrosamente a una roca que sólo emergía ligeramente de la superficie. A estribor se veía un islote, una larga columna de aguzadas rocas.

Era el último de los temidos islotes.

—Hemos pasado —exclamó Mnek cuando quedó atrás—. Rumbo hacia Yvorst Orne.

Entonces apareció una vela en el este crepuscular.

Val t'Ran, normalmente de duras palabras, ni siquiera profirió un juramento al ser informado. Puso el timón rumbo al oeste, bordeando peligrosamente las rocas limítrofes del Thiad Norte, y envió a Pan a recabar órdenes de Kta, que se dirigía hacia popa lo más rápidamente que se había movido nunca sobre el puente de un barco.

—¡A los remos! —gritaba Kta, levantando a todos los que no estaban de servicio. Los hombres se dispersaron ante él.

Fue hasta el timón y ordenó a Val que mantuviera el rumbo al oeste.

—¡Tkel! —le gritó al vigía—. ¿Qué vela es?

—No puedo decirlo, mi señor —la voz de Tkel bajó desde los cordajes, donde se sostenía precariamente sobre el marchapié—. Hay demasiada distancia.

—Procuraremos mantenerla así —murmuró Kta, y miró con desconfianza a los grandes arrecifes y las inseguras aguas que tenían delante—. Un poco a estribor, Cal. Estamos demasiado cerca, aunque tengamos motivos para ello.

—Sí, señor —dijo Val, y la nave se desplazó unos grados.

—Mantienen el rumbo —gritó Tkel al poco tiempo—. Deben pensar que somos de Indresul, mi señor.

Este muchacho se toma demasiadas libertades con sus suposiciones —dijo Val entre dientes.

—De todos modos, probablemente sea la respuesta —dijo Kta.

—Me uniré a la tripulación —se ofreció Kurt—. O iré a ayudar en los remos.

—Se te considera de Elas —dijo Kta—. Cuando muestras prisa o preocupación intranquilizas a los hombres. Pero si el trabajo te calma los nervios, haz lo que quieras. Ve a los remos.

El propio estaba asustado. Daba la impresión que hasta él mismo habría cogido los remos, subido al mástil o cualquier otra cosa que hubiera acelerado la velocidad de la *Tavi*. Kurt conocía al nemet lo bastante bien como para leer en sus ojos, aunque su cara permaneciera en calma. Ardía por hacer algo, habían entrenado juntos y Kurt conocía su naturaleza impaciente. Los Ancestros eran hombres arrojados, le dijo una vez Kta. Ese era el carácter de Elas.

El nemet permanecía en pie, sereno, con brazos cruzados y mirando al horizonte, en la sincopada y movable visión que Kurt tenía de Kta desde el foso de los remeros, con su propia mente atontada por el batir de los remos y la necesidad de respirar.

Entonces la chillona voz de Tkel se dejó oír con tanta fuerza que superó al tronar de los remos.

—¡Del puerto de Indresul salen más velas!

La *Tavi* alteró el rumbo. La tripulación corrió a las velas, los remos temblaron un poco ante la inesperada mordedura de los otros remos, y se alzaron. Chan pidió un ritmo mayor desde su puesto en la tramoya. Respirar se hizo más difícil, la visión borrosa.

—¡Son tres velas! —flotó hasta abajo la voz de Tkel.

El que nadie interrumpiera el ritmo para mirar fue un tributo a la disciplina de la *Tavi*. Kta miró, y luego caminó entre los remeros hasta la cubierta principal para que pudieran verle con claridad.

—Bueno —dijo—, seguimos con rumbo norte. Lo que tenemos ante nosotros son naves de Indresul. Todo irá bien si podemos mantener el rumbo actual y se interesan en la otra nave. *Hya*, Chai, aminora el ritmo. Mantén uno que dure. Puede que no tengamos que hacerlo mucho tiempo.

La cadencia de los remos adquirió un ritmo más lento. Kta volvió a su puesto en el timón, mirando constantemente al amenazador horizonte. Fuera lo que fuera estaban haciendo, las naves de Indras se desarrollaba más allá del mundo de los fosos; allí el ritmo se mantenía solo, con la mente en blanco, sin mirar a otra cosa que no fuese la espalda empapada en sudor del hombre de enfrentarte, inclinándose y respirando, y estirándose y tirando.

—Nos persiguen —dijo Sten, cuyo banco estaba más a popa.

La cadencia no disminuyó.

—Las trirremes quieren interceptarnos —dijo Kta al final, gritando para que le oyeran todos—. No podemos ganarles. A estribor con fuerza. Volvemos a la zona de Nephane.

Tenían al menos doscientos diez remos, con doble velamen.

Cuando la *Tavi* viró a estribor. Kurt vio por primera vez a través de la escotilla del remo lo que les perseguía: eran de dos mástiles, una vela grande y otra menor, tres filas de remeros a cada lado alzando y bajando los remos como las alas de algún pájaro marino. Parecían moverse sin esfuerzo pese a su voluminoso casco, ganando terreno con cada batir de remos, y en ella los hombres tendrían alivio de sus puestos en los bancos.

La *Tavi* no lo tenía. Era imposible mantener mucho tiempo ese ritmo. La visión se volvía borrosa. Kurt aspiraba aire que parecía saber a sangre.

—Debemos ceder —gritó Val desde el timón—. Debemos ceder y rendirnos, mi

señor.

Kta miró atrás. Kurt hizo lo mismo desde donde estaba, viendo cómo la primera de las trirremes se separaba de las otras, con su vela blanca y dorada hinchada por el viento. El batir de sus remos duplicó la velocidad, adquiriendo la máxima.

—Aumentad el ritmo —ordenó Kta a Chai, y Chai lo hizo por encima del rozar y el tronar de los remos, apresurando el momento hasta el límite de la resistencia.

Y el viento se detuvo.

El hálito del cielo abandonó la vela y tuvo un efecto inmediato en la velocidad de la *Tavi*. Un gruñido de la tripulación. No se relajó el ritmo.

La trirreme jefe se acercó más, superándoles en remos.

—¡Alto! —gritó roncamente Kta, y caminó hasta los fosos—. ¡Alto! ¡Remos arriba!

El ritmo cesó, se levantaron los remos, los hombres se inclinaban sobre ellos y utilizaban el peso de sus cuerpos para contrarrestar la longitud de las palas, con un respirar ronco interrumpido por estremecedoras toses.

—¡Pan! ¡Tkel! —gritó luego Kta—. ¡Arriad las velas!

De los hombres surgió un murmullo de desmayo, y la tripulación titubeó, dividida entre el hábito a la obediencia y una orden que no quería obedecer.

—¡Moveos! —les gritó Kta furioso—. ¡Arriad velas! ¡Vosotros, los de los fosos, recoged remos y salid de ahí! ¡Que la plaga se os lleve, no estropeéis nuestra amistad con un motín! ¡Fuera de ahí!

Lun, capitán de los fosos, movió la cabeza con gesto miserable y recogió su remo con violencia, y los demás le imitaron. Pan y Mnek y Chai y los demás se afanaron con el velamen y pronto se oyó un «¡cuidado abajo!» y la vela se precipitó hacia abajo, rebotando en cubierta envuelta en un chirriar de cuerdas.

Kurt salió del foso con los demás, encontró fuerzas para ponerse en pie y se tambaleó hacia atrás para unirse a Kta.

Kta cogió el timón y lo giró del todo, privando a la *Tavi* de toda la inercia que le quedaba.

La nave que iba delante se desvió un poco del camino, no viniendo ya directamente hacia ellos, y la tensión disminuyó perceptiblemente entre los hombres de la *Tavi*.

Una luz brilló en el puente de la trirreme más lejana y la nave de cabeza volvió a cambiar de rumbo, acercándose lo bastante como para que pudiera verse a los hombres en su cubierta. El ritmo de sus remos aumentó repentinamente, batiendo el agua.

—¡Dioses! —murmuró Val incrédulo—. Van a embestirnos, mi señor Kta.  
¡Abandonad la nave! —gritó Kta—. ¡Salta, Val, salta! Y tú, Kurt...

No hubo tiempo. La oscura quilla de la trirreme se echaba encima del costado de la *Tavi*, y el agua se convertía en espuma alrededor del brillante bronce que forraba la quilla del barco. El casco y la cubierta de la *Tavi* se astillaron con un estremecedor crujido y la nava se levantó del agua para ser alzada y convertida en ruinas por la enorme proa de la trirreme.

Kurt se aferró a la barandilla con un brazo y no se separó de ella, aunque el ladearse del puente le hacía perder pie. La trirreme volvió a ladearse al retroceder y desencajarse de los restos de la *Tavi*. Los muertos cubrían el puente. Los hombres gritaban. La sangre y el agua se mezclaban sobre el astillado maderamen.

—Kurt-le gritó Kta. —¡Salta!

Kurt se volvió y miró impotente al nemet, temiendo tanto al mar como a las armas enemigas. La segunda de las trirremes se acercaba ahora al lado intacto del barco escorado. Batiendo las ensangrentadas aguas con sus remos. Algunos de los supervivientes que estaban en el agua fueron alcanzados por las palas, al intentar agarrarse desesperadamente a ellas. El casco de la nave los precipitaba bajo las aguas.

Kta le agarró por el brazo y le empujó sobre la barandilla. Kurt se retorció en pleno aire, golpeó con dureza el agua y tosió, luchando por emerger a la superficie con la desesperación que nace del instinto.

Su cabeza rompió la superficie y boqueó en busca de aire, volviendo a hundirse a medida que tragaba agua, buscando con las manos cualquier cosa que flotase. Un cuerpo explotó sobre las oscuras aguas de su lado y consiguió sacar la cabeza fuera del agua, al tiempo que Kta emergía a su lado.

—¡Relájate! —jadeó Kta—. Puedo mantenerte a flote si no forcejeas.

Kurt obedeció mientras Kta le rodeaba el cuello con el brazo, se hundió y luego sintió como la mano del nemet le cogía por la barbilla y volvía a sacarle la cara al aire. Respiró una gran bocanada de aire y volvió a hundirse. Las fuertes brazadas de Kta les transportaron sin problemas, pero las aguas les cubrieron. Pensó por un momento que Kta le había soltado, y le entró el pánico en ese momento, pero el nemet cambió de brazo y le arrastró contra un flotante trozo del maderamen.

Kurt lo abrazó con ambas manos, tosiendo y buscando aire.

—¡Aguanta! —gritó Kta, y Kurt le obedeció, mirando al nemet al otro lado de las tablas. El viento les alcanzó, y con él las primeras gotas de lluvia. El relámpago brilló en el ensombrecido cielo.

El galeón se acercaba a ellos. Alguien en cubierta les señalaba.

—Detrás tuyo —le dijo Kurt a Kta—. Nos han localizado y nos quieren para algo.

Kurt levantó la cara de la cubierta de la trirreme, se puso de rodillas y se inclinó sobre el cuerpo inmóvil de Kta. El nemet aún respiraba, la sangre que brotaba de una herida en la cabeza se lavaba a medida que un tenue velo escarlata cubría las maderas de la cubierta azotada por la lluvia. Un momento más y empezaría a intentar

incorporarse, luchando aún por respirar. Kurt le cogió por el brazo, miró al oficial indras rodeado por su tripulación. Al no recibir palabra alguna de él, alzó a Kta lo bastante como para que pudiera alzarse sobre sus rodillas, y Kta se secó la sangre de los ojos y se apoyó sobre las manos, tosiendo.

—¡En pie! —dijo el capitán indras.

Kta no sería ayudado. Se sacudió la mano de Kurt y completó solo el esfuerzo, asentó los pies y se incorporó.

—Vuestro nombre —dijo el oficial.

—Kta t'Elas u Nym.

—T'Elas —repitió el hombre con un gesto de satisfacción—. Sí, estaba seguro de que teníamos algo. Encadenad a los dos y poned rumbo a Indresul.

Kta le dedicó a Kurt una mirada desfallecida, y en verdad no había otra cosa que hacer más que someterse. Fueron arrastrados a la bodega, pues la trirreme tenía más sitio bajo su cubierta del que había tenido la pequeña *Tavi*, y en ese frío y esa oscuridad fueron encadenados y dejados sobre el desnudo maderamen sin otra cosa que una manta como comodidad.

—¿Y ahora qué? —preguntó Kurt, apretando los dientes contra los espasmos de frío.

—No lo sé —dijo Kta—. Pero seguramente nos habría ido mejor si nos hubiéramos ahogado con los demás.

## XVIII

Andresul la resplandeciente estaba situada muy al interior de la bahía y era una ciudad grande y antigua. Sus edificios blancos y de puertas triangulares se diseminaban más allá de sus altas murallas, permanentes y seguras. Los navíos de guerra y los mercantes anclaban en sus muelles. El puerto y las amplias calles que conducían al corazón de la ciudad estaban muy concurridas. En el centro, en la cima de la colina a cuyo alrededor se había edificado la ciudad, se alzaba un segundo anillo amurallado, rodeando grandes edificios de cegadora piedra blanca, un enorme complejo fortalezatemplo: el Indune, centro de Indresul. Ese debía ser el templo, el altar reverenciado por todos los descendientes de Indras como el fuego-corazón del universo.

—La casa de mi pueblo —dijo Kta mientras esperaban en el muelle a que se los llevaran los guardias—. Nuestra tierra, la que llamamos en todas nuestras oraciones. Me alegro de haberla visto, pero no creo que la vista sea muy duradera, amigo mío.

Kurt no le contestó. Ninguna palabra mejoraría la situación. Habían estado tres días encadenados en la cala y había habido tiempo para hablar con Kta, hablar como lo habían hecho en Elas, con charlas inconsecuentes y largas, que a veces movían a la risa, aunque la risa tuviera sabor a cenizas.

Pero la única cosa que Kta no dijo nunca fue lo que podría pasarle a Kurt, sólo que de él se ocuparía la casa de Elas-en-Indresul. Indudablemente, sospechaba algo y no lo decía. Quizá también sabía lo que sería de un humano entre los indras más ortodoxos de todos. Kurt no quería conocerlo por anticipado.

El triste eco de puertas cerrándose recorrió la bóveda de la antesala. El brillante resplandor del fuego sagrado ardía en medio del velo de lámparas e incienso del vestíbulo triangular, el *rhmei* y el *phusmeha* de la fortaleza de Indune. Kurt se detuvo sin darse cuenta cuando lo hizo Kta, confundido por la luz y la profusión de caras.

Una mujer salió desde alguna puerta escondida por el brillo y la luz del corazónfuego, una sombra con encajes flanqueada por figuras de hombres armados.

Los guardias que les habían traído desde la trirreme les hicieron avanzar con el acicate de sus lanzas. La mujer no se movió. Su cara fue haciéndose más clara a medida que se acercaban a ella. Parecía una diosa, alta y esbelta. La resplandeciente oscuridad de su pelo estaba tocada por una corona que encajaba alrededor de su cara como las láminas de un yelmo, y cuyas agitadas cadenas de oro y amplias alas brillaban cada vez que se movían. Era nemet, y de increíble belleza: Ylith t'Erinas ev Tehal, Methi de Indresul.

Sus ojos oscuros se clavaron en ellos, y Kta bajó la cabeza ante ella, postrándose

en la pulida piedra del suelo. La mirada de ella no vaciló; era la obediencia que se le debía. Kurt también se arrodilló, y bajó la cara, y no levantó la mirada.

—Nemet —dijo ella—, mírame.

Kta se agitó entonces y se sentó, pero no se levantó.

—Vuestro nombre —le pidió. Su voz tenía una tirantez peculiar, clara y delicada.

—Methi, soy Kta t'Elas u Nym.

—Elas. Elas de Nephane. ¿Cómo va allí vuestra casa, t'Elas?

—La Methi debe haberlo oído ya. Soy el último.

¿Cómo? ¿Elas ha caído?

—Así lo quisieron el destino y la Methi de Nephane.

—Bien. ¿Y cómo es que un hombre descendiente de Indras es acompañado por un humano?

—Es de mi casa, Methi, y es mi amigo.

—Eres una ofensa t'Elas, una afrenta a mis ojos y a la pura luz del cielo. Que t'Elas sea entregado al examen de la casa que ha mancillado, y luego me hagan saber su decisión.

Dio una palmada, los guardias se movieron con un entrecocar de metales, y se llevaron a Kta. Kurt se puso de rodillas poco juiciosamente, detenido bruscamente por la punta de una lanza en su costado. Kta le miró con la expresión de un hombre que sabía que su destino estaba sellado, luego cedió y se fue con ellos.

Kurt miró a Ylith, con la ira bulléndole en la garganta.

El mango de la lanza le golpeó el cuello arrojándole medio inconsciente al suelo de mármol, y esperó que a continuación le atravesara la espalda, pero el golpe no llegó.

—Humano. —No había amor en esa palabra—. Siéntate.

Kurt movió los brazos y encontró apoyo contra el suelo. No se movió con rapidez, y uno de los guardias tiró de él por el brazo; arrojándole después.

—¿Tenéis nombre, humano?

—Mi nombre es Kurt Liam t'Morgan u Patrick Edward —contestó con insolencia deliberada.

Los ojos de Ylith le recorrieron y acabaron clavándose en su cara.

—Morgan. Esa debe ser vuestra casa de origen.

El no respondió. El tono no invitaba a ello.

—Nunca he mirado a un humano vivo —dijo Ylith—. Pero éste parece más inteligente que los tamurlin, ¿no es así, Lhe?

—No creo que sea un tamurlin, Methi —dijo el hombre delgado de su derecha.

—Sigue siendo de su sangre. —Frunció el ceño oscureciendo los ojos—. Es un ultraje que va contra natura. Uno le tomaría por un nemet de no ser por ese color enfermizo, o de no mirarle a la cara. Haced que se levante. Quiero verle más de cerca.

Cogieron a Kurt por ambos brazos y tiraron de él hasta ponerle brusca y repentinamente en pie, con el rostro enrojecido por la rabia y la vergüenza. Pero si había un solo acto que sellase el destino de todo Nephane, tanto de amigos como de enemigos, ese sería que el amigo de Elas-en-Nephane atacara a esta mujer. Apartó testarudamente la cara hasta que la parte plana de una espada contra su mejilla le obligó a volver el rostro y mirarla a los ojos.

—Como uno de los hijos de *inim* —observó la Methi—. Así se imagina uno a los hijos del aire, con un aspecto que recuerda al pájaro, la locura en sus ojos, los rasgos cortantes. Pero también hay algo de inteligencia. Lhe, quiero salvar a ese humano durante un tiempo y estudiarle.

—Como desee la Methi.

—Encerradle y ya me encargaré del asunto cuanto tenga tiempo. —Ylith empezó a volverse, pero se detuvo para dedicarle otra mirada, como si la mera existencia de Kurt le resultara increíble—. Mantenedle razonablemente cómodo. Es capaz de comprendernos, así que hacedle saber que tendrá menos comodidades si causa problemas.

\* \* \*

Razonablemente cómodo, tal y como lo interpretaba Lhe, resultaba ser bastante austero. Kurt estaba sentado en un jergón de paja, única cosa que había entre él y las desnudas piedras del suelo, y sintió escalofríos por la corriente de aire que circulaba debajo de la puerta. Tenía una argolla de hierro alrededor de un tobillo, sujeta por una cadena a una anilla clavada en las piedras de la pared, y sus fuerzas no bastaban para liberarle. Tampoco tenía ningún sitio al que ir de poder hacerlo.

Estiró la pierna, arrastrando la cadena por el suelo, y estirándose en el jergón, tapándose las heladas manos con el cuerpo, buscando un poco de calor.

Nada de lo que le habían hecho los tamurlin podía igualar la humillación de esto; la peor paliza recibida dejaba de ser una vergüenza comparada con la mirada que le había dirigido Ylith t'Erinas. Habían insistido en lavarle, cosa que habría hecho con alegría, pues estaba sucio por su confinamiento en la cala del barco, pero levantaron lanzas contra él, obligándole a pararse contra una pared y a despojarse de la poca ropa que llevaba y frotándole acto seguido con un fuerte jabón. Luego le golpearon con un cubo de agua helada y no le dieron nada para que se secase la piel. Le dieron un pedazo de tela, ni siquiera la decencia de un *ctan*, y la argolla de hierro y una taza de agua de la que beber. Todo esto había sido la consideración que le había otorgado Lhe.

Pasaron las horas, y se apagó la lámpara de aceite de la repisa dejándole sólo con la luz que se filtraba por la pequeña ventana enrejada. Se las arregló para dormir un



poco colocándose de un lado y del otro, calentándose primero las manos y luego la espalda contra la tela.

Entonces, sin aviso o explicación alguna, unos hombres invadieron su celda y le sacaron de allí con una fuerte guardia, empujándole por los salones en penumbra, con la argolla de su tobillo produciendo sonidos metálicos a cada paso.

Su destino estaba arriba, en una pequeña habitación de algún lugar del edificio principal, caldeado por un fuego vulgar en un corazón común. Una sola columna sostenía el techo.

Encadenaron sus manos a ésta, pasando la cadena por detrás suya y alrededor de la columna. A continuación le dejaron y permaneció solo durante largo tiempo. No era un gran castigo; había calor en la habitación.

Recibió agradecido el calor y se tumbó en la base de la columna, apoyándose contra ella e inclinando la cabeza, llegando a desear dormirse.

—Humano.

Levantó la cabeza, pestañeando en la escasa luz. Ylith había entrado en la habitación. Se sentó en el antepecho de la estrecha ventana y le miró con curiosidad. Ahora no llevaba la corona, y sus hermosas trenzas a cada lado de la cabeza le dotaba de una gracia extrañamente frágil.

—Sois uno de los compañeros de la mujer humana al que no mató. —Dijo ella.

No. Vine por mi cuenta.

—Sois un humano *educado* como ella.

—Tan educado como vos, Methi.

Los ojos de Ylith reflejaron ofensa y, posiblemente, diversión.

—Pero no sois un humano civilizado, y estáis demostrando vuestra falta de modales.

—Mi civilización tiene unos doce mil años de antigüedad. Todavía estoy buscando evidencias de la vuestra en esta ciudad.

La Methi rió abiertamente.

—Nunca me habían contestado así. Me doy cuenta de que esperáis morir. Bien, humano, miradme.

El lo hizo así.

—Resulta difícil acostumbrarse a vuestra cara —dijo ella—. Pero me doy cuenta de que razonáis. ¿Sabéis cuál es el origen de los humanos?

Era una pregunta peligrosa, religiosamente hablando.

—Somos hijos de uno de los hermanos de la tierra, al menos tan antiguos como los nemet.

—Pero no nacidos de la luz —dijo Ylith, lo cual significaba impío y proscrito—. Contestadme a esto, humano listo, ¿phan también ilumina vuestra tierra?

—No. Uno de los hermanos de Phan ilumina nuestro mundo.

Sus cejas se arquearon.

—¿Otro sol?

Kurt vio la celada, dándose cuenta a la vez que los indras de la ciudad resplandeciente no eran tan liberales y cósmicos en su concepto del universo como la Nephane dominada por humanos.

—Phan —dijo ella—. No tiene iguales.

El no intentó contestarla. Ella no se enfureció, se limitó a mirarle con rostro profundamente preocupado. Ylith de Indresul no era tonta; pareció pensar profundamente y encontrar una respuesta que no la complacía.

—Me pareéis, precisamente, lo que esperaría de Nephane. Los sufaki piensan cosas así.

—La *yhia* está más allá de la comprensión del hombre, ¿no es así, Methi? —dijo él, aventurándose peligrosamente—. Y cuando el hombre busca comprender algo, al ser un hombre y no un dios, busca dentro de los límites mortales, y comprender tal verdad en términos sencillos y con la forma de palabras conocidas que no obligan a sus sentidos mortales a ir más allá de su capacidad de comprensión. Es lo que tengo entendido. Todos nosotros, al ser simples mortales, actuamos según modelos de la realidad, en simplificaciones.

Era una tesis que había discutido con Nym una vez al tomar el té, en la paz del *rhmei* de Elas, cuando la conversación derivada a temas serios, a la religión y la humanidad. Habían discutido y diferido, y habían sido capaces de sonreír y reconciliarse en un acuerdo. Los nemet gustaban de los debates. Cada tarde a la hora del té había una pregunta preparada por si no había asunto alguno que tratar, y discutían el tema hasta el agotamiento.

—Me interesáis —dijo Ylith—. Me parece que debo entregaros a los sacerdotes y dejar que oigan esta maravilla. ¡Un humano que razona!

—Somos seres racionales.

—¿Venís del mismo lugar que Djan-methi?

—De la misma especie, pero no los mismos credos o políticas.

—Entendido.

—Diferimos.

Ylith le miró con interés.

—Decid, ¿es verdad que el color de su pelo es como el metal?

—Como el cobre.

—Fuisteis su amante.

El calor tino su rostro. La miró brusca y enconadamente a los ojos.

—Estáis bien informada. ¿Dónde colocáis a vuestros espías?

—¿Ofende la pregunta? ¿Poseéis los humanos un sentido de la modestia?

—Y cualquier otro sentimiento conocido por los nemet —replicó—. He *amado* a vuestro pueblo. ¿Es a esto a lo que conduce vuestra filosofía? ¿A odiarme porque turbo vuestras ideas, porque no podéis clasificarme?

Nunca habría dicho algo semejante fuera de Elas; los nemet eran demasiado reservados, aunque podría habérselo dicho a Kta. Estaba exhausto y era tarde. Estaba a punto de echarse a llorar, y sintió vergüenza por su propio estallido.

Pero Ylith ladeó la cabeza y el ceño acercó sus separadas cejas.

—Desde luego no os parecéis a lo que he oído de los humanos.

Un momento después se levantó y abrió la puerta, donde esperaba un anciano, un hombre de blancos cabellos que le llegaban a los hombros, y cuyo *ctan* y *pel* eran blancos bordados en oro.

El anciano manifestó su profunda obediencia a Ylith, pero no se arrodilló, por lo cual fue evidente que ella conocía su presencia allí y que habían concertado la reunión.

—Sacerdote —dijo ella—. Mirad a esta criatura y decidme lo que veis.

El sacerdote se movió y clavó sus acuosos ojos en Kurt.

—Levántate —rugió con amabilidad. Kurt recogió las casi paralizadas piernas y se puso torpemente en pie. De pronto sintió esperanzas. No sabía porqué este sacerdote ajeno a él podía inspirárselas, pero su voz era suave y sus ojos oscuros como una bendición.

—Sacerdote —urgió la Methi.

—No es cosa sencilla, gran Methi —respondió el sacerdote—. No puedo decir si esto es un hombre tal y como entendemos esa palabra. Pero no es un tamurlin. Que la Methi haga lo que sea justo a sus ojos, pero es muy posible que esté tratando con un ser de sentimiento y raciocinio, sea o no un hombre.

—¿Es buena o mala esta escritura, sacerdote?

—¿Qué es el hombre, gran Methi?

—El hombre es hijo de Nae —replicó la Methi impaciente—. ¿De quién es hijo éste, sacerdote?

—No lo sé, gran Methi.

Ylith bajó entonces los ojos, arriesgó una mirada a Kurt, apartándola luego y volviendo a mirarle después.

—Sacerdote, te encarezco que discutas este asunto dentro del colegio de sacerdotes y vuelvas con una respuesta. Llévalo contigo si hiciera falta.

—Consultaré con ellos, Methi, y enviaremos por él si su presencia nos fuese de ayuda.

—Podéis marchar entonces —dijo ella, y el sacerdote se marchó.

Luego lo hizo ella, y Kurt volvió a hundirse contra la columna, confuso y mortalmente cansado y avergonzado. Estaba solo y contento de estar solo, así no

tendría que ser tratado de ninguna forma ante amigos o enemigos conocidos.

Se retorció contra sus doloridas articulaciones e intentó obligarse a dormir. El tiempo pasaba estando dormido. No necesitaba pensar estando dormido.

Estando dormido solía recordar a Mim, y se creía en Elas, y que las campanas del amanecer no sonarían nunca.

Las puertas se abrieron de un portazo. La gente se movió a su alrededor, sacudiéndole aquí y allí, obligándole a despertarse.

La Methi había vuelto.

Esta vez traía a Kta.

Kta le vio, el alivio brilló en sus ojos, pero no pudo decir nada. La presencia de la Methi exigía su atención. Kta se postró ante ella y escondió la cara. Sus movimientos no eran fluidos. Parecía estar muy castigado.

Y ella le ignoró, mirando por encima de su postrada forma al hombre alto y enjuto que hizo una reverencia hasta las rodillas y volvió a alzarse.

—Vel t'Elas —dijo Ylith—, ¿qué ha decidido Elas-en-Indresul referente a este hombre Kta?

El lejano pariente de Kta volvió a inclinarse y enderezarse. Era un hombre de inmensa dignidad, uno que le recordaba a Nym.

—Lo entregamos a Methi para que lo enjuicie, a vida o muerte.

—¿Cómo consideráis su comportamiento con Elas?

—Que la Methi sea benevolente. Ha mantenido nuestra ley y aún honra a nuestros Ancestros, a excepción de la ofensa por la que os lo entregamos: sus tratos con este humano, y que es de Nephane.

—Kta t'Elas u Nym —dijo Ylith.

Kta levantó la cara y se sentó sobre los talones.

—Kta t'Elas, tu pueblo ha elegido a un ser extraño para gobernarle. ¿Por qué?

—Fue elegida por el Cielo, Methi, no por los hombres, y fue una buena elección según los oráculos.

—¿Confirmada adecuadamente por el Upei y las Familias?

—Sí, Methi.

—Entonces, el cielo ha decidido volver a entregarnos a Nephane —dijo ella, mirando a los oficiales que habían entrado en la habitación—. Y tú, u Nym, que nacisteis indras, ¿dónde está ahora tu lealtad?

—En la tierra de mi padre, Ylith-methi, y con los amigos de mi casa.

—¿Rechazáis entonces toda lealtad a *esta* casa de Elas, que fue padre de tus Ancestros?

—Gran Methi —dijo Kta con voz rota—. Os reverencio tanto como a la casa de mis Ancestros, pero estoy atado a Nephane por lazos igualmente fuertes. No puede deshonrarme a mí y a los Ancestros de Elas volviéndome contra la ciudad que me vio

nacer. Elas-en-Indresul no me comprendería si hiciera tal cosa.

—Os equivocáis.

—No, Methi. Es lo que creo.

—¿Cuál era el nombre de vuestra madre, u Nym? ¿Era sufaki o era una indras?

—Methi, era la honorable dama Ptas t'Lei e Met sh'Nym.

—Muy honorable la casa de Lei. Entonces sois indras por ambos linajes y de buena ascendencia, seguramente de una casa ortodoxa. Pero, aun así, preferís la compañía de sufakis y humanos. Encuentro esto excesivamente difícil de comprender, Kta t'Elas u Nym.

Kta inclinó la cabeza y no respondió.

—Vel t'Elas —dijo la Methi—, es este hijo de tu casa seguidor en algún modo de la herejía sufaki?

—Gran Methi, Elas ha descubierto que ha sido educado con errores y en el uso de conocimientos alienígenas, pero su base es ortodoxa.

—Kta t'Elas —dijo la methi—. ¿Cuál es el origen de los humanos?

—No lo sé, Methi.

—¿Afirmáis que poseen un alma y que son iguales a los nemet?

Kta alzó la cabeza.

—Sí, Methi, dijo con firmeza. —Así lo creo.

—Bueno, bueno. —Ylith frunció el ceño y se levantó, alisándose su *chatem*. Luego miró a los guardias con dureza—. Lhe, llevar a los prisioneros a los calabozos superiores y proveedlos de todo lo que necesiten para su comodidad. Pero confinadlos por separado y no permitáis que haya comunicación alguna entre ellos. Ninguna Lhe.

—Methi. —Acepto la orden con una reverencia.

Sus ojos miraron desagradablemente a Kurt.

—Este se parece a los nemet. Es adecuado, pues, que esté decentemente vestido. Mientras se crea un nemet, tratadle como tal.

Una luz brilló.

Kurt parpadeó y se frotó los ojos al abrirse su puerta y la intrusión de hombres con antorchas le hicieron pasar de un profundo sueño al pánico. Sombras sin rostro se movían hacia él.

Apartó las mantas y se levantó del catre de sus nuevas habitaciones. No luchar, no luchar; sería lo peor para Kta y para él.

—Debes acompañarnos —dijo la voz de Lhe surgiendo de la luz.

Kurt se obligó a hacer una reverencia, aunque el instinto le pedía otra cosa.

—Sí, señor —dijo, y empezó a vestirse.

Un guardia le puso la mano encima cuando terminó.

—Mi señor —apeló a Lhe, con una mirada de reproche en la cara. Y Lhe, el digno y elegante Lhe, fue el caballero que Kurt sospechaba que era; era muy nemet y demasiado indras como para ignorar los rituales de cortesía cuando se ofrecían.

—Creo que vendrá por propia voluntad —dijo Lhe a sus compañeros, y éstos le soltaron, no sin reticencias.

—Gracias —dijo Kurt, inclinándose ligeramente—. ¿Podéis decirme dónde o por qué...?

—No, humano —dijo Lhe—. No lo sabemos, excepto que sois convocado a la sala de justicia.

—¿Celebráis juicios por la *noche*? —preguntó Kurt, honestamente sorprendido. Ni siquiera en la liberal Nephane podía llevarse a cabo negocio legal alguno después de que la luz de Phan dejase la tierra.

—No podéis ser juzgado —dijo Lhe—. Sois humano.

Eso no le sorprendió, pero no había considerado la legalidad de su *status*. Puede que su desmayo se le reflejara en la cara, pensó, pues Lhe parecía incómodo. Se encogió de hombros e hizo un gesto de impotencia.

—Debéis venir —repitió Lhe.

Kurt fue con ellos sin ser sujetado, atravesando grandes salones y bajando varios tramos de escaleras, hasta llegar a un enorme par de puertas bivalvas, atravesándolas para entrar en una enorme sala de antigua piedra tallada.

El alto techo apenas era visible a la luz de la solitaria antorcha que ardía en una repisa de la pared. El único mobiliario era una larga mesa de tribunal y las sillas.

En el suelo había un perno de argolla, ya provisto de cadena. Lhe le pidió cortésmente, con inmensa cortesía, que se detuviera allí, y uno de los hombres enganchó la cadena a la argolla de su tobillo.

Miró a Lhe, con rudeza, con furia y Lhe evitó su mirada.

—Vamos —dijo Lhe a sus hombres—. No se nos pide que nos quedemos. —Y a Kurt—: Humano, ganaréis más con palabras humildes que con orgullo.

Quizá lo decía por simpatía, quizá riéndose. Kurt miró cómo se retiraban dándole la espalda, temblándole todo el cuerpo por la rabia y el miedo.

De pronto gritó, le dio una patada a la argolla en un arranque de furia, tiró de ella una y otra vez, deseando hasta romperse un tobillo si eso hacía que se fijaran en él, que no debían tratarle así.

Lo único que estaba consiguiendo era perder el equilibrio, pues no había bastante cadena para hacer algo más que arrancarse la piel del tobillo. Cayó sobre la áspera piedra y se levantó sobre manos y rodillas, con la cabeza abatida.

—¿Estáis satisfecho? —preguntó la Methi.

Giró sobre una rodilla hacia la voz que surgía junto a la antorcha. Una puerta se cerró sin ser vista y ella entró en el círculo de luz. Llevaba un vestido que casi se

limitaba a ser un simple *pelan*, azul claro y su oscuro pelo era como una nube de noche, sujeta por una diadema de plata alrededor de la frente. Se detuvo a un extremo del tribunal, y sus cortas cejas se alzaron en una expresión divertida.

—Ese no es el comportamiento de un ser inteligente.

Kurt se las arregló para sentarse en posición *nemet*, sobre pies y tobillos, con las manos boca arriba en su regazo, la posición adecuada de alguien que visita el corazón de otro.

—Esta no es la bienvenida que me hicieron en Nephane, y allí tenía enemigos. Lamentaré mucho haberos ofendido, Methi.

—Esto no es Nephane. Y yo no soy Djan. —Se sentó en una de las sillas del tribunal y le miró de frente; las manos de uñas largas se cerraron alrededor de la barra—. Si atacaras a uno de mi pueblo.

El hizo una reverencia.

—Han sido amables conmigo. No tengo intención de atacar a nadie.

—Ai —dijo ella—, intentáis impresionarme.

—Soy de una casa —respondió esperando no causar más dificultades a Kta con esta afirmación—. Me enseñaron cortesía. Me enseñaron que como mejor se sirve al honor de una casa es con cortesía.

—Es una respuesta adecuada.

Era la primera gracia que le concedía ella. La miró relajando un poco las defensas.

—¿Por qué me habéis llamado aquí? —preguntó.

—Turbáis mis sueños —repuso ella—. Me pareció adecuado turbar los vuestros. —Luego frunció el ceño pensativa—. ¿Soñáis?

Se dio cuenta que no era un comentario humorístico. Para un *nemet* era una pregunta religiosamente razonable.

—Sí —dijo, y ella meditó un poco sobre eso.

—Los sacerdotes no saben decirme lo que eres —dijo ella finalmente—. Algunos dicen que simplemente te ejecute; otros que se te mate mediante el *atia*. ¿Sabes lo que significa eso, t'Morgan?

—No —dijo, percibiendo que era pregunta y no amenaza.

—Significa que creen que habéis escapado de las regiones infernales y que debéis retornar allí con todos los dolores y maldiciones necesarios para que no volváis nunca. Es algo que revela la incomodidad que les producís. El *Atia* no se realiza desde hace siglos. Tendrían que buscar los ritos en los archivos antes de poder llevarlos a cabo. Creo que ya hay algún sacerdote haciéndolo. Pero Kta t'Elas insiste en que tenéis alma, aunque puede perder la suya por esa herejía.

—Kta es un hombre bueno y religioso... —dijo Kurt con dificultad por el miedo que sentía.

—T’Morgan. En estos momentos mi preocupación está contigo. En lo que sois.

—No queréis saberlo. Preguntaréis hasta conseguir la respuesta que concuerde con lo que queráis oír.

—Tenéis el aspecto de un ave, de un ave de presa. Otros humanos que he conocido tenían caras de animales. Nunca he visto uno vivo o limpio. Decidme, ¿qué harías de no tener esa cadena?

—Me gustaría dejar de estar de rodillas. El suelo está frío.

Era una imprudencia. Se arriesgaba a divertirla. Su risa hasta contenía cierta amabilidad.

—Resultas intrigante. Si fueras nemet, no podría tolerar esa actitud. ¿Qué es lo que pasa realmente en tu mente? ¿Qué haríais de estar libre?

El se encogió de hombros y miró a la oscuridad.

—Yo... pediría la libertad de Kta y dejaríamos Indresul para ir a donde pudiésemos encontrar un puerto.

—Sois leal a él.

—Kta es mi amigo. Yo soy de Elas.

—Sois humano. Como Djan, como los tamurlin.

—No, como ninguno de ellos.

—¿Dónde estriba la diferencia?

—Somos de diferentes naciones.

—Fuisteis su amante t’Morgan, ¿de *dónde* venís?

—No lo sé.

—¿No lo sabéis?

—Estoy perdido. No sé dónde estoy, ni dónde está mi hogar.

Ella le observó. Al recibir la luz desde ese ángulo, su hermosa cara era más inhumana que de habitual, como una obra de arte ligeramente abstracta.

—El fuego-corazón de tu especie, asumiendo que sea civilizada, está muy distante. Debe ser terrible morir entre extraños, ser enterrado con ritos que no son los tuyos, sin nadie que te llame por tu verdadero nombre.

Kurt inclinó la cabeza, viendo repentinamente otra habitación a oscuras, a Mim yaciendo ante el fuegocorazón de Elas, Mim siendo enterrada en Nephane sin que se dijera su auténtico nombre: mundos alienígenas, dioses alienígenas, y la indefensión que sintió entonces. De repente estuvo asustado con un miedo al que ella había puesto un nombre, y pensó en sí mismo muerto y siendo tocado por ellos y enterrado en nombre de dioses que no eran suyos y ritos que no comprendía. Casi deseó que le arrojaran al mar y le entregaran a los peces y las hijas de cabellos verdes de Kalyt.

‘¿He tocado algo doloroso? —preguntó amablemente Ylith—. ¿Pensáis que los Guardianes de Elas se resienten por vuestra presencia, o imaginabais ser nemet?

—Elas fue mi hogar.



—Casasteis allí.

El alzó la mirada, asombrado, sorprendido.

—¿Ella consintió, o te fue entregada?

—¿Quién... os dijo eso?

—Elas-en-Indresul interrogó a Kta sobre el asunto. Lo preguntó: ¿Consintió ella libremente?

—Consintió. —Dejó a un lado la ira y asumió una actitud humilde en beneficio de Mim, hizo una reverencia solícita—. Methi, ella pertenecía a vuestra gente, nació en Indresul. Se llamaba Mim t’Nethim e Sel.

—Las cejas de Ylith se arquearon con desmayo.

—¿Has hablado con Lhe de esto?

—¿Methi?

—Es de Nethim. Leh t’Nethim e Kma, segundo hijo del señor Kma; y Nethim no tiene buenas relaciones con Elas. T’Elas no mencionó el nombre de la casa de la dama Mim.

—Nunca lo supo. Fue enterrada sin su verdadero nombre. Sería bondadoso por tu parte decirle al señor Kma que ha muerto, para que puedan orar por ella. No creo que quiera oír esa petición de mí.

—¿Preguntará quién es responsable de su muerte?

—Shan t’Tefur y Tklekef y Djan de Nephane.

—¿No Kurt t’Morgan?

—No.

Bajó la mirada, no queriendo ceder ante ella. Los recuerdos de pesadilla que inundaban su mente a la luz del día volvieron a él, la oscuridad y el fuego, y Nym ante el fuego invocando a sus Ancestros, con Mim muerta a sus pies. Ahora Nym podía hablar con ellos en persona. Nym y Ptas, y Hef. Aquella noche habían caminado y respirado y ahora se habían unido a ella. Ahora todos eran sombras.

—Hablaré con Kma t’Nethim y con Lhe —dijo ella.

—Quizá debáis omitir el decirles que se casó con un humano.

Ylith guardó silencio un momento.

—Me parece que la lloráis demasiado. Nuestras leyes nos enseñan que no tenéis alma, y que ella habría pecado grandemente al consentir en una unión así.

—Ha muerto. Dejadlo así.

—Si yo admitiese que ése no es el caso —continuó ella, implacable al seguir el hilo de sus pensamientos—. Eso querría decir que se han equivocado muchos hombres sabios, que nuestros sacerdotes se equivocan, que hemos cometido un error durante siglos. Tendría que admitir que en este universo ordenado hay criaturas que no encajan en ese orden. Tendría que admitir que este mundo no es el único que existe, y que Phan no es el único dios. Tendría que admitir cosas por las que se han

condenado a hombres por herejes. Miradme, humano, Miradme.

Hizo lo que ella le pedía, aterrorizado, pues de pronto se daba cuenta de lo que decía. Ella sospechaba la verdad. No había esperanzas en argumentar nada. No era adecuado política o religiosamente hablando el difundir la verdad.

—Insistís en que hay dos universos, el tuyo y el mío, y en haber pasado de alguna forma del tuyo al mío —dijo ella—. Según mis normas, vos sois un animal, y admite que hasta un animal puede poseer los atributos del habla y una educación. Pero sois como los nemet en otras cosas. He soñado, t'Morgan, que estabais muerto y que miraba a vuestra cara y me turbaba en exceso. Pensaba entonces que habíais estado vivo y que amabais a un nemet, y que por tanto debíais tener un alma. Y entonces despertaba y seguía turbada... en exceso.

—Kta no hizo más de lo que habéis hecho vos. Yo le turbaba. Me ayudó. Debe ser puesto en libertad.

—No lo entendéis. Es nemet. Pueden aplicársele las leyes. ¿Preferís morir con Kta a disfrutar de una vida encerrado? Puede hacerse que viváis confortablemente. No sería una vida tan dura.

Descubrió que le resultaba sorprendentemente fácil responder. En ese momento ni siquiera estaba asustado.

—Se lo debo a Kta. En vida, nunca puso objeciones a mi compañía. Y esto, entre nemets, parece ser una amistad rara.

Ylith pareció sorprendida.

—Bien —dijo, levantándose y alisándose los faldones—. Permitiré que volváis a vuestro sueño, t'Morgan. Honraré alguna de vuestras peticiones. Nethim la rendirá honores cuando se lo pida.

—Os estoy agradecido por esto Methi.

—¿Deseáis alguna otra cosa?

—Hablar con Kta, la que más.

—Eso, no puedo concederlo.

## XIX

Unas llaves cascabelearon. Kurt salió del torpor de su larga espera. De pronto se dio cuenta que no era el desayuno. Había demasiada gente en la entrada. Oyó cómo se movían, cómo entraba la llave en la cerradura. Otra de las visitas de Ylithmethi, supuso.

O era la lectura de una ejecución e iba a saber lo que había sido de Kta.

Lhe entró el primero. Lhe, con señales de cansancio bajo los ojos y revuelto el pelo normalmente impecable. En el cinturón llevaba una *tai*, una espada corta.

—Esperad afuera —le dijo a los otros.

No querían salir. Repitió la orden, esta vez con un tono salvaje en la voz, y casi salieron corriendo.

¿No?, empezó a protestar Kurt, levantándose del catre, pero ya se habían ido. Lhe cerró la puerta y se quedó inmóvil, aferrando con su mano el pomo de la *tai*.

—Soy t’Nethim —dijo Lhe—. Los asuntos de mi padre son con Vel t’Elas. El mío es con vos. Mim t’Nethim era mi prima.

Kurt recuperó la dignidad e hizo una ligera reverencia, ignorando la amenaza de la furia que vibraba en la boca de Lhe. Poca cosa podía hacer ante tal argumento.

—La honraba mucho —dijo.

—No —dijo Lhe—. No lo hicisteis.

—Por favor. Decid los ritos por ella.

—Lo hemos hecho, con muchas oraciones para la salvación de su alma. Debido a Mim t’Nethim hemos hablado bien de Elas a nuestros Guardianes de Nethim y tu persona, humano. No aceptan esta desgracia.

—Mim los creía en armonía con su elección —dijo Kurt—. Había paz en Mim. Amaba a Nethim y amaba a Elas.

Eso no complació mucho a Lhe, pero le afectó grandemente. Sus labios se convirtieron en una apretada línea. Sus cejas estuvieron todo lo a punto de juntarse como pueden estarlo en un nemet.

—¿Ella consintió? —preguntó—. ¿No se lo ordenó Elas al entregároslo?

—Al principio se opusieron, pero pedí el consentimiento de Mim antes de pedírselo a Elas. La deseaba felicidad, t’Nethim. La amaba, si no te ofende el oírlo.

Una vena latía incesantemente en la frente de Lhe. Guardó silencio por un momento, como si reuniera autocontrol para hablar.

—Estamos ofendidos. Pero es claro que confiaba en vos, ya que os dio su verdadero nombre en casa de sus enemigos. Confiaba en vos más que en Elas.

—No. Ella sabía que me lo guardaría para mí, pero no fue por miedo a Elas. Honraba a Elas demasiado para hacerles cargar con el nombre de su casa.

—Os agradezco que hayáis dicho a la Methi su verdadero nombre para poder

consolar su alma. Es mucho el que tengamos que agradecerse a un humano.

—Sé que lo es —dijo Kurt, e hizo una reverencia, la cortesía ya era una segunda naturaleza en Pel. Levantó cautelosamente los ojos para mirar al rostro de Lhe. No ocultaba nada en ellos.

Unos pasos apresurados se acercaron a la puerta. Uno de los guardias abrió la puerta tras llamar tímidamente y se inclinó disculpándose.

—Señor, señor. La Methi espera al humano. Por favor, señor. Ha enviado a t'Iren para preguntar por el retraso.

—Fuera —exclamó Lhe—. La cabeza desapareció del quicio de la puerta. Lhe se detuvo un momento, con los dedos blancos en el pomo de la *tai*. Entonces hizo un gesto brusco hacia la puerta.

—Humano. No me corresponde ocuparme de ti. Fuera.

Esta vez le convocaron a la fortaleza del *rhmei*, a una reunión de los señores de Indresul, figuras envueltas en sombras ante el fuego de la sala de Estado. Ylith esperaba junto al propio fuegocorazón, volviendo a llevar la corona de alas extendidas, siendo una esbelta forma de color y luz en la oscura sala; su vestido era del color del fuego y la luz brillaba en el metal que rodeaba su cara.

Kurt se puso de rodillas y bajó la cara sin que le obligaran, pese a que un guardia le clavaba el extremo de la lanza en su espalda.

—Dejar que se siente —dijo Ylith—. Puede mirarme.

Kurt se sentó sobre sus talones, en medio de un gran murmullo por parte de los señores de Indras, y se dio cuenta que lo hacían contra ese permiso. No era digno de mirar a la Methi, aunque hasta un humilde *chan* podía, haciendo una obediente reverencia. Se agarró las manos sobre el regazo, actitud adecuada para un hombre al que no se le ha concedido la cortesía de una bienvenida, y mantuvo la cabeza baja pese al permiso. No quería provocar su ira. No había forma de empezar a hablar con quien le consideraba un animal. Toda protesta e inacción por su parte no marcaría diferencia alguna para ellos.

—T'Morgan —insistió amablemente Ylith.

No lo haría, ni siquiera por ella. Ella le dejó en paz tras esto, y pidió a alguien que trajeran a Kta.

No llevó mucho tiempo. Kta vino por propia voluntad hasta donde Kurt estaba arrodillado, y también se arrodilló e inclinó la cabeza, pero no se postró y nadie insistió en ello.

Al menos carecía de la humillación de la argolla metálica que Kurt aún llevaba en el tobillo.

Kurt pensó con furia, irracionalmente, que de morir les pediría que se la quitaran. No sabía por qué importaba, pero así era. El tener algo unido a su persona en contra

de su voluntad ofendía a su orgullo más que las otras indignidades. Lo despreciaba.

—T’Elas —dijo la Methi—. Habéis tenido todo un día para reconsiderar vuestra decisión.

—Gran Methi —respondió Kta con voz débil pero firme—, ya os he dado la única respuesta que puedo dar.

—¿Por el amor de Nephane?

—Sí.

—¿Y por el amor a quien destrozó tu corazón?

—No. Pero sí por Nephane.

—Kta t’Elas, he hablado mucho tiempo con Vel t’Elas. Os acogerían en el corazón de tus Ancestros, y yo lo permitiría, si recordaseis que sois de Indras.

El titubeó mucho tiempo ante esto. Kurt sintió la ansiedad en él, pero no ofendería su dignidad urgiéndole a decidirse sobre una cosa u otra.

—Pertenezco a Nephane —dijo Kta.

—Entonces os negaríais, ¿os negaríais a una orden directa mía, t’Elas, sabiendo lo que significaría esa negativa?

—Methi —suplicó Kta—, dejadme, dejadme en paz. No me obliguéis a responder.

—Entonces fuisteis educado en la reverencia a la ley de Indras y el Ind.

—Sí, Methi.

—¿Y admitís que tengo autoridad para requerir obediencia? ¿Que puedo maldeciros y expulsaros así del corazón y de la ciudad, y de todos los ritos sagrados, exceptuando el del entierro? ¿Que tengo el poder de consignar vuestra alma imperecedera a la perdición por toda la eternidad?

—Sí —dijo Kta, y su voz apenas fue un susurro en el mortal silencio.

—Entonces, t’Elas, os envío a los sacerdotes, a ti y al humano t’Morgan. Meditad, meditad bien las respuestas que les daréis.

El templo estaba al otro lado de un gran patio, dentro de las murallas del Indime. Era un cubo de mármol blanco, vasto más allá de todo lo imaginable. La base de su puerta era tan alta como el hombro de un hombre, y dentro del *rhmei* triangular del templo ardía el *phusmeha*, de la más grande de las capillas, el fuegocorazón de toda la humanidad.

Kta se detuvo ante el umbral de la capilla interior. La horrible luz dorada bañaba su sudoroso rostro y se reflejaba en sus ojos. Tenía una expresión de terror que Kurt no había visto nunca en él. Titubeó y no continuó andando, y los guardias le cogieron por los brazos y le hicieron entrar en la capilla, donde el rugir del fuego ahogaba el sonido de sus pasos.

Kurt empezó a seguirle, con prisas. El palo de una lanza le golpeó el vientre, haciendo que se doblara en dos con un grito de dolor que fue devorado por el ruido.

Cuando se enderezó en manos de los guardias, que le bloqueaban el paso al santo lugar, vio a Kta junto al fuego, caído de cara en el suelo de piedra. Los guardias que estaban con él hacían reverencias y se llevaban las manos a los labios en señal de respeto, hicieron otra reverencia y se retiraron cuando los sacerdotes de blancas vestiduras entraron por una puerta situada al otro lado del fuego.

Uno de ellos era el sacerdote anciano que le había defendido ante la Methi, el único en el que Kurt aún ponía sus esperanzas.

Se libero de un tirón, gritó al sacerdote, pero también el grito fue devorado por el rugir del fuego. Kta se había levantado y desaparecido en la luz con los sacerdotes.

Los guardias volvieron a coger a Kurt, haciéndole retroceder con violencia que casi no notó en su ansiedad.

—El sacerdote —les decía—. Ese sacerdote, el de cabellos blancos. Quiero hablar con él. ¿No puedo hablar con él?

—Guardad silencio aquí —dijo uno con dureza—. No sabemos a qué sacerdote os referís.

—¡Ese sacerdote! —gritó Kurt, y se liberó de un tirón, arrojó a un hombre al suelo y corrió hacia el *rhmei*, postrándose respetuosamente junto al fuego, tan cerca de él que el calor le chamuscó la piel.

No supo cuánto tiempo estuvo así. Estuvo a punto de desmayarse y durante mucho tiempo todo le pareció envuelto en un velo rojo y el aire fue demasiado caliente para ser respirable; pero había solicitado santuario, como lo había hecho la Madre Isoi en la Canción del Ind, cuando Phan quiso matar a la humanidad.

Le rodearon sacerdotes de blancas vestiduras, y finalmente una mano anciana y surcada de venas azules se alargó hacia él, y él miró hacia arriba buscando la cara que esperaba encontrar.

Lloró sin vergüenza.

—Ayudadnos, por favor, sacerdote —dijo, sin saber cómo dirigirse correctamente al hombre.

—Un humano no debe pedir santuario —dijo el sacerdote—. No es de ley. Eres contaminación para estas sagradas piedras. ¿Sois de nuestra religión?

—No, señor —dijo Kurt.

Los labios del anciano temblaron. Podría haber sido cosa de la edad, pero había miedo en sus acuosos ojos.

—Debemos purificar este lugar —dijo.

—¿Quién irá a contarle esto a la Methi? —preguntó uno de los sacerdotes más jóvenes.

—Por favor —suplicó Kurt—, dadnos refugio.

—Se refiere a Kta t'Elas —dijo uno de los otros, como si fuera algo de gran maravilla para ellos.

—Es amigo de la casa de Elas —dijo el anciano.

—Luz del cielo —respiró el joven—. ¿Elas... con esto?

—Nethim también está mezclado —dijo el anciano.

—Ai —murmuró otro.

Y entre todos ayudaron a Kurt a levantarse y le llevaron consigo, hablando entre ellos, y sus pasos empezaron a tener eco ahora que se habían alejado del ruido del fuego.

Ylith se volvió lentamente, las delicadas cadenas de su tocado se agitaban suavemente y brillaban en sus cabellos, y la luz del fuegocorazón de la fortaleza se reflejaba en su rostro. Se sentó en una silla a una mirada del sacerdote y se recostó en ella, mirando a Kurt.

—Sacerdote —dijo por fin—. Seguramente habréis llegado a alguna conclusión tras estar con ellos durante tanto tiempo.

—Gran Methi, el Colegio está dividido en su opinión.

—Que es lo mismo que decir que no se ha llegado a ninguna, tras tres días de preguntas y deliberaciones.

—Ha llegado a varias conclusiones.

—Sacerdote —exclamó irritada la Methi—. ¿Sí o no?

El anciano hizo una profunda reverencia.

—Methi, algunos piensan que los humanos son lo que una vez llamamos los reyes-dioses, los hijos de la gran serpiente de la tierra Yr y de la cólera de Phan cuando era enemigo de la humanidad, procreando monstruos para destruir al mundo.

—Esa es una teoría muy, muy antigua, y los reyes-dioses desaparecieron hace tiempo y eran capaces de mezclar su sangre con el hombre. ¿Ha habido alguna vez una mezcla de sangre nemet y humana?

—Ninguna que se haya probado, gran Methi. Pero no conocemos el origen de los tamurlin, y él es de su especie con toda seguridad. Nos pedís que resolvamos de inmediato esta vieja pregunta, y no tenemos suficientes conocimientos para hacerlo, gran Methi.

—Le tenéis a él. Os lo envié para que lo examinarais. ¿No os ha dicho nada?

—Lo que nos dice es inaceptable.

—¿Acaso miente? Si miente, podréis cogerle en un renuncio.

—Lo hemos intentado, gran Methi, y no hemos podido hacer que se desdijera. Habla de otro mundo y de otro sol. Pienso que cree en esas cosas.

—¿Y tú la crees, sacerdote?

El anciano agachó la cabeza y se agarró las manos.

—Que la Methi se muestre bondadosa; esas cuestiones son difíciles o no habríais consultado con el Colegio. Nos preguntamos lo siguiente: ¿cuál podría ser su origen, si no es nemet? Nuestras naves han recorrido todos los mares y nunca han encontrado

a los de su especie. Cuando los humanos lo quisieron, vinieron a nosotros, trayendo máquinas y fuerzas que no comprende nuestro conocimiento. Si él no es de alguna parte conocida por nosotros, entonces, y perdonad mi simpleza, sigue siendo de alguna parte. El lo llama otra tierra. Quizá sea un fallo de lenguaje, un error de comprensión, pero, entonces, ¿cuál de las tierras que conocemos pudo haber sido su hogar?

—¿Y si hubiera otra? ¿Cómo podría abarcarla nuestra religión?

El sacerdote volvió sus acuosos ojos a Kurt, arrodillándose a su lado.

—No lo sé —dijo.

—Dadme una respuesta, sacerdote. Puedo hacer que os comprometáis a ello. Dadme una respuesta.

—Yo le consideraría mortal antes que inmortal, y no puedo aceptar que sea un animal. Perdóname, gran Methi, porque quizá sea herejía el sólo conjeturarlo, pero Phan no era el primogénito de Ib. Hubo otros seres cuya naturaleza no está clara. Quizá hubo otros de la especie de Phan. Y de haber otros millares, eso no haría que la *yhia* sea menos verdadera.

—Eso es herejía, sacerdote.

—Lo es —confesó—. Pero no conozco otra respuesta.

—Cuando le miro, sacerdote, no veo ni razón ni lógica. Pregunto lo que no debe ser preguntado. Si este es el mundo de Phan, y hay otro... ¿qué significa esta... intrusión, de humanos en el nuestro? Hay poderes sobre Phan, sí, pero qué puede hacer necesario que la naturaleza esté tan revuelta? ¿Adonde conducen estos eventos, sacerdote?

—No lo sé. Pero si es contra el Destino contra quien luchamos, entonces nuestra lucha nos arruinará.

—¿Acaso la *yhia* no nos pide que sólo aceptemos las cosas dentro de nuestras propias limitaciones?

—Sería imposible hacer otra cosa, Methi.

—¿Y acaso no nos pide en ocasiones la naturaleza que nos resistimos?

—Así se ha razonado, Methi, aunque no todo el Colegio está de acuerdo en eso.

—¿Y pereceremos si nos oponemos al destino?

—Indudablemente, Methi.

—¿Y es posible que nuestro destino sea perecer?

—Es posible, Methi.

Ella dejó caer de golpe la mano sobre el brazo de su silla.

—Me rehusó a aceptar una posibilidad semejante. Me rehusó a perecer, sacerdote, o a arrastrar a los hombres a su perdición. En suma, el Colegio no conoce la respuesta.

—No, Methi, debemos admitir que es así.



—Yo tengo cierta autoridad espiritual.

—Sois el vicerrey de Phan en la tierra.

—¿Respetarán eso los sacerdotes?

—Los sacerdotes no están ansiosos para que vuelvan a poner este asunto en sus manos —dijo el anciano—. Darán por bienvenida vuestra intervención en el asunto concerniente al origen de los humanos, Methi.

—Es peligroso para la gente que pensamientos semejantes se oigan fuera de estos salones. No repetiréis el razonamiento que hemos realizado juntos. Sacerdote, no repetiréis nunca lo que he dicho, por vuestra vida o vuestra alma.

El anciano movió la cabeza y le dirigió a Kurt una furtiva mirada de preocupación.

—Que la Methi sea bondadosa; este ser no merece castigo por ningún mal.

—Invadió el *rhmei* del hombre.

—Solicitó santuario.

—¿Lo concedisteis?

—No —admitió el sacerdote.

—Eso está bien —dijo Ylith—. Podéis marchar, sacerdote.

El anciano hizo una profunda reverencia y se retiró, retrocediendo de espaldas. El pesado caminar y el entrecocar de los metales de los hombres armados acompañaron la abertura de la puerta, y los hombres armados continuaron allí una vez que se cerró ésta. Kurt escuchó y supo que estaban allí, pero no debía volverse a mirar: tenía poco tiempo. No quería apresurar las cosas. La Methi seguía mirándole, agitando las pequeñas cadenas, con su oscura cara pensativa.

—Creáis dificultades allá donde vais —dijo amablemente.

—¿Dónde está Kta, Methi? No me lo dijeron. ¿Dónde está?

—Lo devolvieron hace un día.

—¿Está...?

—Aún no he dictado sentencia —dijo ella encogiéndose de hombros, luego volvió a clavar los oscuros ojos en él—. No deseo matarle. Puede serme de utilidad. El lo sabe. Puedo presentarle ante los demás Indras descendientes-de-Nephane y decir: mirad, no somos implacables, sabemos perdonar, somos vuestro pueblo. No luchéis contra nosotros.

Kurt la miró, momentáneamente perdido en su mirada, creyendo en ella como lo haría más de un oyente. La esperanza creció irracionalmente en él, por el tono de su suave voz, su habilidad para llegar a las mayores aspiraciones. Y no sabía si ella era buena o mala.

No era como Djan, familiar y humana y ostentando el poder como un general. Ylith era una methi, tal y como debía serlo una: una diosa en la tierra, actuando con razones de diosas y con una moralidad amoral, creando verdades.

Reescribiendo las cosas tal y como deben ser.

Sintió un temor ante ella como no había sentido ante nada mortal, creyendo de verdad que podría borrarles a ambos como si nunca hubieran existido. El había estado dentro del *rhmei* del Hombre, había estado ante su fuego, y la piel de sus brazos aún le dolía. Cuando Ylith le hablaba, sentía que le ahogaba el ensordecedor silencio de ese fuego.

Tenía fiebre. Estaba cansado. Vio las señales en él mismo, y temió su propia debilidad.

—Kta podría resultaros muy útil, incluso contra su voluntad. —Se sentía culpable, conociendo el testarudo orgullo de Kta—. Elas fue víctima de una methi, a las familias de Nephane les impresionaría saber que otra methi le mostró clemencia.

—Habláis con cierta lógica. ¿Y qué hay de vos? ¿Qué debo hacer con vos?

—Yo quiero vivir.

Ella sonrió con esa sonrisa de diosa suya en la que sólo los ojos tenían vida.

—Vuestra existencia es un problema, pero deshacerme de vos no resolvería nada. Seguirías habiendo existido. ¿Qué debo escribir a vuestra muerte? ¿Que este día se destruyó una criatura que no podía haber existido, y así le devolvimos el orden al universo?

—Algunos piden que lo hagáis.

Ella se recostó en el asiento, curvando los enjorados dedos alrededor de los peces tallados de los brazos del sillón.

—Y si, por otra parte, admitimos que existís, ¿de dónde sois? Siempre hemos despreciado a los sufaki por aceptar a la vez a los nemet y a los humanos. Ahí se originan las herejías que pervierten la religión pura, herejías que no podemos tolerar.

—¿Pensáis matarlos? Eso no les cambiaría.

—Puede que no sobreviva la herejía. Si creyéramos otra cosa, estaríamos renegando de nuestra religión.

—No han cruzado los mares para turbaros.

La mano de Ylith se aferró con fuerza al brazo del sillón.

—Pisáis terreno quebradizo, humano.

Kurt inclinó la cabeza.

—Sois ignorante —dijo ella—. Eso es comprensible.

Tengo informes que me dicen que Djanmethi es muy accesible. Ya os lo he advertido antes. No soy como ella.

—Os pido que escuchéis. Sólo un momento.

—Antes convencedme de que estáis versado en cuestiones nemet.

Volvió a inclinar la cabeza, no queriendo discutir con ella para no obtener nada.

—¿Qué podríais decir que no me hiciera perder mi tiempo? —dijo ella, un momento después—. Tenéis mi atención, brevemente. Habla.

—Methi —dijo en voz baja—. Lo que podría decir son respuestas a preguntas que vuestros sacerdotes no sabían cómo preguntarme. Mi pueblo es muy viejo, con millares y millares de años de errores a las espaldas y que no tendríais por qué cometer aquí. Pero puede que me equivoque. Puede que sea lo que llamáis *yhia* y ahora esté donde no tenía que estar y vos no me escuchéis porque no podéis escucharme. Pero puedo deciros más de lo que queréis saber, puedo deciros cuál es el futuro, adonde puede llevaros vuestra preciosa guerra con Nephane. Puedo deciros que mi mundo nativo ya no existe, y tampoco el de Djan... y todo gracias a una guerra que se hizo tan grande y tan larga que arruinó mundos completos como vosotros hundís barcos.

—¡Blasfemo!

Kurt sólo había empezado; ella le pidió silencio, pero terminó a toda prisa lo que quería decir, aunque los guardias ya corrían hacia él.

—Si mataseis a todos los sufakis todavía encontraríais diferencias sobre las que luchar. Acabaríais con toda la gente de esta tierra antes de que se acabaran las diferencias. ¡Escuchadme, Methi! Si tenéis algún sentido sabréis de lo que estoy hablando. Podéis escucharme o volver a repetirlo todo desde un principio, y vuestros descendientes acabarán sentados aquí donde yo estoy.

Lhe le sujetó por los brazos, arrastrándole hacia atrás, intentando obligarle a que se levantara, Ylith estaba en pie, junto a su silla.

—¡Guarda silencio! —siseó Lhe, clavando los dedos con fuerza en el brazo de Kurt.

—Lleváoslo de aquí—dijo Ylith. Ponedle con t'Elas. Los dos están locos. Que se consuelen mutuamente en su locura.

—Methi —gritó Kurt.

Ahora Lhe tenía ayuda. Entre todos le pusieron en pie, arrastrándole desde el salón al pasillo, y allí recuperó el sentido y dejó de resistirse.

—Estuvisteis muy cerca de perder la vida —dijo Lhe.

—Ya está, t'Nethim —dijo Kurt—. No tenéis que preocuparos.

Volvieron a las prisiones superiores. Kurt conocía el camino y, cuando llegaron a la puerta, Lhe hizo que los guardias se apartaran para que no oyeran su conversación.

—Estáis loco —dijo, metiendo la llave en la cerradura—. Los dos lo estáis. La Methi quiere honrar a t'Elas, pero él se niega. Ha intentado suicidarse y hemos tenido que impedirselo. Era nuestro deber hacerlo. Iba a ser sacado del templo y quiso arrojarse al pavimento, pero pudimos contenerle, y conseguir que sólo cayera en los escalones. Le hemos provisto de comodidades que no ha querido usar.

Se entrevió a mirar a los ojos de Lhe, viendo allí furia y preocupación. Lhe t'Nethim estaba pidiéndole algo, y por un momento no supo muy bien qué era y entonces se dio cuenta que la Methi no estaría complacida si Kta escapaba a su

justicia. Elas arriesgó una vez su honor y su existencia al recibir un prisionero y perdió mucho. La ley de la Methi. Elas lo arriesgó por una promesa inadvertidamente falsa.

Nethim estaba mezclado, lo había dicho el sacerdote. El honor de Nethim estaba en grave peligro. Tanto Elas como la Methi lo habían tocado.

La puerta se abrió. Lhe le hizo señas para que entrara, y cerró la puerta detrás suyo.

Dentro había dos catres, una mesa, una ventana enrejada que dominaba el cuarto. Kta estaba tumbado completamente vestido, cubierto de polvo y sangre. Le habían traído el día anterior. No se habían preocupado por él en todo este tiempo, ni él por sí mismo. Kurt explotó interiormente de rabia por todos los nemet, incluido Kta.

—Kta.

Kurt se inclinó sobre él y le vio pestañear y mirar a la nada de forma estremecedora. No había nadie en esos ojos. Kurt no solicitó permiso, fue directamente a la mesa donde estaba la urna y la jofaina para lavarse. También allí había ropa limpia, y toallas, y un frasco de *telise*. Lhe no había mentido. Era decisión de Kta.

Kurt lo puso todo en el suelo junto al catre de Kta, descorchó el *telise* y puso el frasco en sus labios pasando el brazo tras su cabeza.

Kta tragó un poco del potente líquido, tosió y volvió a tragar. Kurt apartó el frasco, humedeció una toalla en agua y empezó a limpiar la mezcla de sudor y sangre y polvo de la cara del nemet. Kta tembló cuando la tela le tocó el cuello; el agua estaba fría.

—¿Qué ha pasado, Kta?

—Nada-dijo el nemet, sin mirarle. —Me trajeron... me trajeron de vuelta...

Kurt le miró con pena.

—Escúchame, amigo, lo estoy haciendo lo mejor que puedo. Pero si necesitas otros cuidados, si tienes algo roto, dímelo. Enviaré por ello. Lo pediré.

—Sólo son rasguños.

La amenaza de extraños pareció devolverle fuerzas. Luchó por incorporarse, apoyándose en un codo dolorosamente torcido. Kurt le ayudó. El *telise* estaba haciendo efecto, aunque la sensación de bienestar podía ser breve. Kta no se movía como si estuviera seriamente herido. Kurt puso una almohada en un rincón de la pared, y Kta se apoyó en ella con una mueca y un suspiro. Se miró las dañadas rodilla y espinilla y flexionó la rodilla haciendo una prueba.

—Me caí —dijo Kta.

—Eso me han dicho. —Kurt plegó la manchada tela y empezó a limpiar la herida.

Se necesitaba algo de tiempo para limpiar las heridas de un día de antigüedad, y por fuerza tenía que ser doloroso. Kurt insistía de cuando en cuando para que bebiera

algo de *telise*, aunque sólo fue al final cuando Kta dio muestras de desagrado y durante todo este tiempo habló muy poco. Cuando las heridas estuvieron limpias y no se pudo hacer nada más, Kurt se sentó y le miró impotente. La fatiga era evidente en la cara de Kta. Parecía ser algo más que las heridas o la falta de sueño, algo interior y mortífero.

Kurt volvió a tumbarle, poniéndole una almohada bajo la cabeza. Considerando que él mismo no había dormido la mayor parte de los tres días, pensó que el cansancio podía tener mucha culpa, pero los ojos de Kta volvieron a fijarse en el infinito.

—Kta.

El nemet no respondió y Kurt le sacudió. Kta se limitó a pestañear.

—Estás oyéndome y lo sé. Deja eso y mírame. ¿A quién estás castigando? ¿A mí?

No hubo respuesta y Kurt golpeó a Kta en la cara, ligeramente pero lo bastante para que lo notara. Los labios de Kta temblaron y Kurt le miró con remordimiento, pues era como si hubiera añadido un peso más a la carga que el nemet ya no podía llevar. El colapso que parecía vislumbrar le aterrorizó.

Agotado más allá de toda resistencia, Kurt se sentó sobre los talones y miró impotente a Kta. Quería meterse en su propio catre y dormir. No podía pensar en nada salvo en que Kta quería morir y que él no sabía qué hacer.

—Kurt.

La voz era tan débil, tan distante que los labios de Kta parecieron no moverse.

—Dime cómo puedo ayudarte.

Kta parpadeó, volvió la cabeza, pareciendo durante un momento que tenía la mente centrada.

—Kurt, amigo mío, han...

—Querían mi ayuda... y yo no... perdería mi vida, mi alma. Ella condenaría mi alma... a los viejos dioses... el... —Tosió, cerró los ojos y se obligó a adquirir una calma que era más propia de él—. Estoy asustado, amigo mío, mortalmente asustado. Por toda la eternidad... ¿Cómo puedo hacer lo que ella pide?

—¿Qué diferencia representaría tu ayuda contra Nephane? Hombre, ¿qué maldita diferencia puede tener el que sea de una forma u otra? Djan tiene armas de sobra; Ylith tiene barcos de sobra. Que lo arreglen entre ellas. ¿Qué eres tú? Te ha ofrecido la vida y la libertad, y eso es mejor que lo que obtendrías de Djan.

—Tampoco podía aceptar las condiciones de Djan-methi.

—¿Vale la pena, Kta? ¡Mírate! Mírate y dime si vale la pena. Yo no te culparía. Todo Nephane sabe cómo te trataron. ¿Quién de Nephane te culparía si te pones de parte de Indresul?

—No oiré tus argumentos —gritó Kta.

—Son lógicos. —Kurt le cogió del brazo e impidió que ocultara el rostro contra la

pared—. Son argumentos lógicos, Kta y lo sabes.

—Ya no comprendo la razón. El templo y la Methi condenarían mi alma por hacer lo que sé que debo hacer. Kurt, sé lo que es morir, pero esto... esto no es justo. ¿Cómo puede existir un cielo razonable si se pone a un hombre en un dilema así?

—Haz lo que te piden, Kta. A nadie le costará nada, y tú estarás con vida. Ya te preocuparás después de si está bien o está mal.

—Debí morir con mi nave —murmuró el nemet—. En eso me equivoqué. El cielo me dio oportunidad de morir... en Nephane, en el campamento de los tamurlin, con la *Tavi*.

Entonces habría tenido paz y honor. Pero siempre estuviste tú. Eres la interrupción de mi destino. O su agente. Siempre estás para marcar una diferencia.

A Kurt le temblaba la mano mientras arrojaba con la manta al furioso nemet, intentando calmarle, no teniendo en cuenta sus dolorosas palabras.

—Por favor, Kta. Descansa.

—No es culpa tuya. Debe ser posible razonarlo... siempre hay que buscar una razón...

—Cálmate.

—Si... si hubiera muerto en Nephane con mi padre —insistió febrilmente—, mis amigos, mi tripulación... me habrían vengado. ¿No es así?

—Sí —concedió Kurt, recordando el temperamento de Val y de Tkel y de los demás—. Sí, habrían matado a Sahan t'Tefur.

—Y eso habría precipitado a Nephane al caos, y habrían muerto y se habrían unido a Elas en las sombras. Ahora han muerto... como debieron haber muerto... pero sigo con vida. Yo, Elas...

—Descansa. Déjalo ya.

—Elas se creó para ser la ruina de Nephane, para precipitar a la ciudad en su caída. Soy el último de Elas. Si hubiera muerto antes de esto habría muerto inocente de la sangre de mi ciudad. El crimen habría recaído en Djan-methi. Mi alma habría reposado con la de ellos, pasara lo que pasara con Nephane. En vez de eso, viví... y por eso merezco estar donde estoy.

—Calma, Kta. Duerme. Tienes el vientre lleno de *telise* y nada de comida para asentarlo. Te ha desequilibrado la mente. Por favor. Descansa.

—Es cierto —dijo Kta—. Nací para traer la ruina a mi gente... es justo que intenten que haga lo que me piden...

—Cúlpame a mí por eso. Lo prefiero a oír estos desvaríos de enfermo. Contéstame lo que soy yo, o admite que no pueden predecir el futuro.

—Es lógico, que el destino humano te traiga aquí para tratar con destinos humanos.

—Estás borracho, Kta.

—Viniste por Djan-methi. Eres para ella.

Los oscuros ojos de Kta se cerraron. Kurt se movió al fin, dándose cuenta del nudo de su estómago, del doloroso acumular del miedo, del temor a Guardianes y Ancestros y el razonamiento del nemet.

Kta se durmió por fin. Kurt se le quedó mirando durante largo rato, luego fue hasta su parte de la habitación y se tumbó en su catre, no para dormir, no se atrevía, sino para descansar la dolorida espalda. Temía dejar a Kta sin vigilancia, pero sus párpados le pesaban y los cerró sólo un momento.

Se despertó sobresaltado, asustado por un sonido y, al mismo tiempo, por darse cuenta que se había dormido.

La habitación estaba casi a oscuras, pero la ventana enrejada proyectaba una débil luz sobre la mesa. Kta estaba en pie, desnudo pese al frío, y había dispuesto la jofaina de agua sobre la mesa, empezando a lavarse sobre un canal practicado en el suelo de piedra que hacía las veces de desagüe bajo el muro.

Kurt miró a la ventana, sorprendido al descubrir que la luz era la del alba. Era buena señal que Kta empezara a preocuparse por su apariencia. Kta se echaba el agua y se lavaba en forma metódica, y cuando hizo todo lo que podía por este medio, cogió la jofaina y se echó el agua encima suyo con lentitud, dejando que completara la tarea.

Luego volvió a su catre y se envolvió en la manta. Se apoyó contra la pared con ojos cerrados y labios que se movían en silencio. Poco a poco pasó al estado de meditación y descansó sin moverse mientras el sol de la mañana empezaba a cincelar los rasgos de su cara. Parecía en paz, y así continuó durante media hora.

El día amaneció en todo su esplendor y un haz luminoso encontró su camino a través de la ventana enrejada. Kurt se estiró a su vez y alisó sus ropas, ya que su dormir inquieto las había arrugado. Kta se levantó y también se vistió, con sus ropas gastadas por el uso, rehusando las regaladas por la Methi. Miró en dirección a Kurt con una sonrisa triste pero reconfortante.

—¿Estás bien? —preguntó Kurt.

—Bastante bien —dijo Kta—. Creo que dije cosas que no debí decir.

—Fue el *telise*. No las considero conscientes.

—Te honro como a mi hermano.

—Sabes que yo te honro en la misma manera.

Pensó que Kta había hablado así porque se oían pasos veloces en la entrada. Se apresuró a responder, por miedo a que quedara sin decir. Lo que más quería sobre todas las cosas era que Kta lo comprendiera.

Las pisadas llegaron a la puerta. Una llave entró en la cerradura.

## XX

Esta vez no fue Lhe quien se hizo cargo de ellos, sino otro hombre rodeado de desconocidos el que se encargó de llevarlos no al *rbmei*, sino fuera de la fortaleza.

Cuando llegaron al patio y no giraron para entrar en el templo, sino hacia la otra puerta del complejo de Indume, Kta dirigió a Kurt una mirada asustada que contenía una comprensión involuntaria.

—Nos dirigimos al puerto —dijo.

—Esas son nuestras órdenes —dijo el capitán del destacamento—. La Methi está allí y la flota va a zarpar. Moveos t'Elas, ¿o preferís que os arrastremos encadenado por las calles?

Kta alzó la cabeza. Por un momento la mirada de Nym t'Elas brilló en sus oscuros ojos.

—¿Cuál es vuestro nombre?

El guardia pareció arrepentido de sus palabras.

—No me maldigáis t'Elas. Repetía las palabras de la Methi. No creyó que fueran necesarias las cadenas.

—No —dijo Kta—, no son necesarias.

Inclinó la cabeza y continuó caminando al ritmo de los guardias, con Kurt a su lado. El nemet resultaba una figura que inspiraba piedad bajo la implacable luz del día, con sus sucias ropas, su rostro sin afeitar, que en los nemet requería mucho tiempo para que se notase.

Kta no miró ni a izquierda ni a derecha cuando atravesaron las calles y la gente se detenía para mirarlos. Conociendo su orgullo, Kurt percibió cómo sufría, su vergüenza en los ojos de esa gente, y no pudo evitar el pensar que Kta t'Elas habría tenido menos espectadores de su infortunio de no tener la desgracia añadida de ir acompañado por un humano. A oídos de Kurt llegaron algunos de los comentarios hechos en voz baja y casi empezaron a hacer efecto en él: qué feo era, cuánto pelo tenía, qué parecido a un nemet, y lo capturaron con un descendiente de Indras, qué increíble, ¡qué pena para la casa de Elas-en-Indresul ver a uno de sus hijos extranjeros en semejante estado y semejante compañía!

La pasarela de la primera trimerre que vieron en el puerto estaba bajada y remeros y tripulación subían y bajaban por ella haciendo comprobaciones. Junto a la proa había un palio azul sostenido por postes dorados, bajo el cual se sentaba Ylith, estudiando unos mapas con Lhe t'Nethim y no prestó atención a su llegada.

Cuando finalmente lo hizo ya estaban arrodillados ante ella. Despachó a Lhe con un gesto y se volvió para enfrentarse a ellos. Seguía llevando la corona de su cargo e iba modestamente vestida con un *chelam* y un *pelan* de pálida seda verde, esbelta y delicada en este lugar de guerra. Sus ojos se posaron en Kta sin mostrar emoción, y



Kta se postró a sus pies. Kurt le imitó involuntariamente.

Ylith chasqueó los dedos.

—Se os permite sentaros —dijo, y los dos se enderezaron a la vez.

Ylith les miró pensativa, sobre todo a Kta.

—*El*, t'Elas —dijo con suavidad—. ¿Has tomado ya tu decisión? ¿Solicitaréis clemencia?

—No, Methi.

—Kta, no... —exclamó Kurt, pues había esperado otra cosa.

—Si buscáis aconsejar al hijo de Elas en vuestra lengua bárbara, hará bien en escucharos.

—Methi —dijo Kta—. Lo he meditado y no puedo concederos lo que me pedís.

Ylith le miró con la ira acumulándose en los ojos.

—¿Hacéis un gesto así, para que yo reconsidere y os perdone? ¿O es que al otro lado del Mar Divisor enseñan tan poca religión que tan poco sopesan las consecuencias? ¿Aceptáis tanto las herejías de los sufaki que quizá os encontréis más a gusto con esos espíritus oscuros que no osamos nombrar?

—No, Methi —dijo Kta, con voz temblorosa—. Los de Elas somos una casa piadosa y no nos hacéis justicia.

—¿Entonces me decís que cometo un error, t'Elas?

Kta inclinó la cabeza, atrapado sin esperanzas entre el sí y el no, entre cometer una blasfemia y admitirla.

—¿Tan aplastantemente difícil es aceptar nuestros deseos, t'Elas?

—Ya he dado mi respuesta a la Methi.

—Y decidido morir maldito. —La Methi volvió sus rostro hacia el mar abierto, extendiendo en esa dirección su mano de esbeltos dedos—. Es un frío lugar de reposo, t'Elas, y muy frío en brazos de las hijas de Kalyt. Una tumba de felón, el mar... una tumba para los que no tienen una casa, para los que han vivido su vida en forma tan vergonzosa que no hay nadie que les llore, ni siquiera en su propia casa. Un destino semejante se reserva para los impíos que desafían a un padre o al Upei. Si yo maldigo... maldigo vuestra alma no sólo para vuestro corazón o vuestra ciudad, sino para toda la humanidad y de todos los que han nacido en esta última raza de hombres. Las más inmundas antecámaras de la muerte; Yeknis, en cuyas oscuras regiones viven las sombras, esos innombrables primogénitos de Caos. ¿Siguen enseñando esas cosas en Nephane, t'Elas?

—Sí, Methi.

—El Caos es el justo destino de un hombre que no se inclina ante la voluntad del cielo. ¿Decís que no soy justa?

—Methi, creo que sois la Elegida del Cielo y os reverencio como reverencio el hogar de mis Ancestros-en-Indresul. Quizá hayáis sido designada por el cielo para la

destrucción de mi pueblo, pero si el cielo destruye mi alma por rehusarme a ayudaros, entonces los decretos del cielo son increíblemente duros. Os honro, Methi. Creo que de alguna manera sois justa, al igual que lo es el propio Destino. Por tanto, haré lo que crea recto y no os ayudaré.

Ylith le miró con furia, luego chasqueó los dedos convocando a los guardias para que se lo llevaran.

—Hombre desgraciado. Ciego a la necesidad y bendecido con el testarudo orgullo de Elas. Esa cualidad me ha servido bien hasta ahora, y me es muy difícil considerar una falta lo que siempre he apreciado más en vuestra casa. En verdad me apiado de vuestra persona, Kta t'Elas. Id y reconsiderad otra vez si habéis elegido bien. Hay un momento en que los dioses nos dan una oportunidad para ceder antes de continuar adelante. Sigo ofreciándoos la vida. Esa es la justicia del cielo, Tryn, encadénalos bajo el puente. El hijo de Elas y su amigo humano navegan con nosotros, contra Nephane.

La escotilla se abrió golpeando la cubierta y una silueta bajó a la cala por los crujientes escalones.

—T'Elas. T'Morgan. —Era Lhe t'Nethim, y un momento después el oficial indras estaba tan cerca de ellos que sus rasgos fueron claramente discernibles—. ¿Tenéis todo lo que necesitáis? —preguntó, y se sentó sobre los talones un poco más lejos del alcance de sus cadenas.

Kta apartó la cara. Kurt, sintiendo una especie de deuda ante la reserva de este hombre, inclinó la cabeza en deferencia.

Estamos lo bastante bien —dijo Kurt, y así era, considerando las circunstancias.

Lhe apretó los labios.

—No vine para disfrutar de la vista. Haré por ambos todo lo que esté en mi mano, que os habéis portado bien con mi casa, haré todo lo que esté en mi mano.

—Os habéis portado siempre con amabilidad —dijo Kurt, aunque cuidándose de no herir la sensibilidad de Kta—. Basta con eso.

—Elas y Nethim son enemigas; eso no cambia. Pero si Mim os eligió por propia voluntad siendo humano, sois un humano excepcional. Y t'Elas, como la acogisteis y disteis refugio, os doy las gracias —dijo con dureza en la voz—. Conocemos la historia de su esclavitud entre los tamurlin, mediante Elas-en-Indresul y mediante la Methi. Es una amarga historia.

—Nos era muy querida —dijo Kta, mirándole.

El rostro de Lhe era huraño.

—¿La poseísteis?

—No hice tal —dijo Kta—. Fue adoptada por el *chan* de Elas. Ningún hombre de mi pueblo la trató más que como a una mujer honorable, y la entregué a mi amigo según su propia voluntad, y éste se esforzó con todo su corazón en tratarla bien. Por

Mim ha muerto Elas-en-Nephane. Hasta ese punto la defendimos. No sabíamos que era de Nethim. Pero por ser Mim, y de nuestro corazón, Elas la habría defendido pese a que nos lo hubiera dicho.

—Fue querida —dijo Kurt, porque vio el dolor en los ojos de Lhe—, y no tenía enemigos en Nephane. Fui yo quien la mató.

—Decidme en qué forma —dijo Lhe.

Kurt bajó la mirada, reacio a ello, pero Lhe era nemet y había cosas que no tendrían sentido para él sin toda la verdad.

—La raptaron enemigos míos y la poseyeron; la Methi de Nephane la humilló. Murió por su propia mano, Leh t’Nethim. También me culpo de eso. Si hubiera sido bastante nemet para saber lo que iba a hacer, no habría dejado que estuviera sola.

La cara de Lhe parecía de piedra tallada.

—No —dijo—. Mim eligió bien. Si fuerais nemet lo sabríais. Habríais hecho mal deteniéndola. Nombrad a quien hizo eso.

—No puedo. Mim no conocía sus nombres. —¿Eran indras?

—Sufakis. Hombres de San t’Tefur u Tlekef.

—Entonces hay una deuda de sangre entre esa casa y la de Nethim. Que los Guardianes de Nethim se ocupen de ellos como lo haría yo de encontrarlos, y con Djan-methi de Nephane. ¿Cuál es el emblema de Tefur?

—La Gran Serpiente Yr —dijo Kta—. Oro sobre verde. Deseo que te vaya bien en tu deuda de sangre, t’Nethim; también vengaréis a Elas, ya que yo no puedo.

—Obedeced a la Mathi —dijo Lhe.

—No. Pero Kurt puede hacer lo que quiera.

Lhe miró a Kurt, y Kurt no añadió nada. Lhe hizo un gesto de exasperación.

—Debéis admitir que la Methi os ha ofrecido muchas oportunidades. Es milagroso que esta noche no durmáis en el fondo del mar.

—Nephane es mi ciudad —dijo Kta—. Y en cuanto a vuestra guerra, vuestro trabajo en ella no habrá concluido hasta que acabéis conmigo, así que dejad de esperar que obedezca a la Methi. No lo haré.

—Si persistís en esa actitud, probablemente me asignen la tarea de ser vuestro ejecutor. No apreciaré tal asignación pese a la rivalidad existente entre nuestras casas. Pero obedeceré sus órdenes.

—Para ser un hijo de Nethim, os mostráis muy justo con nosotros. Nunca lo habría esperado.

—Para ser un hijo de Elas, también sois bastante justo. Y ni siquiera puedo objetar al huésped de vuestra casa —añadió con una mirada a Kurt—. No quiero mataros. Este humano y vos me perseguiríais el resto de mi vida.

—Vuestros sacerdotes no están seguros de que yo tenga un alma capaz de hacer tal cosa —dijo Kurt.

Lhe se mordió el labio; había estado muy próximo a la herejía. Y el corazón de Kurt estuvo con Lhen t’Nethim, pues quedaba muy claro que a sus ojos era más que un animal.

—T’Nethim —dijo Kat—, ¿os ha enviado la Methi?

—No. Mi consejo es de corazón, t’Elas, ceded.

—Decidle a vuestra Methi que deseo hablar con ella.

—¿Le suplicaréis el perdón? Es lo único que querrá oír de vos.

—Decídselo. ¿No es cosa de su elección si acepta o no?

Los ojos de Lhe estaban asustados. Se clavaron en Kta directamente, sin reverencia ni cortesía, como si pudiera sacarle algo.

—Se lo preguntaré —dijo Lhe—. Ya arriesgo la ira de mi padre; la ira de la Methi es menos rápida, pero la temo más. Si os presentáis ante ella, será con esas cadenas. No arriesgaré vidas de Nethim por una petición de Elas.

—Consiento en eso —dijo Kta.

—Jurad que no actuaréis con violencia.

—Lo juramos ambos —dijo Kta, pues podía decirlo como señor de Elas.

—La palabra de un hombre a punto de perder su alma, y de un humano que quizá no tenga una —declaró Lhe incómodo—. Luz del cielo, no puedo hacer que Nethim responda por gente como vosotros.

Y se levantó y dejó la cala.

Ylith tomó una silla y se sentó confortablemente antes de que se postraran a sus pies. Había decidido recibirles en sus habitaciones, y no en el puente. La dorada luz de las oscilantes lámparas desprendía un calor exquisito tras el frío y el olor de la cala. Bajo sus helados huesos había gruesas alfombras.

—Podéis sentaros —dijo ella, permitiendo que levantaran las caras, y recibió una taza de té de una doncella y le dio un sorbo. No había taza para ellos. No estaban allí bajo los términos de la hospitalidad, y no podrían hablar hasta que no se les concediera permiso. Terminó lentamente la taza de té, mirándoles, siguiendo el ritual de despejar la mente antes de tocar un problema delicado. Finalmente, le entregó la taza a la *chan* y les miró.

—T’Elas y t’Morgan. No sé por que debo preocuparme constantemente de vosotros cuando uno de mis propios ciudadanos cumplidores de la ley tienen que esperar mucho más para conseguir una audiencia conmigo. Pero vuestro futuro probablemente sea más corto que el de ellos. Convencedme rápidamente de que no pierdo el tiempo.

—Methi —dijo Kta—, he venido a suplicar por mi ciudad.

—Entonces estáis haciendo un esfuerzo inútil, t’Elas. Emplearíais mejor el tiempo suplicando por vuestras vidas.

—Escuchadme, por favor, Methi. Vais a malgastar bastantes vidas de vuestra

gente. No es necesario.

—¿Qué es? ¿Qué tienes que ofrecer, t'Elas?

—Razón.

—Razón. Amáis a Nephane. Comprensible. Pero os expulsaron, asesinaron vuestra casa. Yo, por otra parte, os perdonaría por vuestra lealtad hacia ellos y os consideraría como uno de los míos. ¿Me comporto como un enemigo, Kta t'Elas?

—Sois enemigo de mi ciudad. —En verdad que Nephane debe estar maldita con la locura, expulsando a un hombre que la ama y honra a los que la dividen. No tengo necesidad de destruir esa ciudad, pero me obligan a ello. No quiero nada de lo que sucede allí, de guerra, de costumbres humanas. No permitiré que el contagio se propague—. Alzó la mirada hasta la *chan* y despachó a la mujer, volviendo a centrar la atención en ellos. —Ya estáis en guerra —les dijo—. Yo sólo pretendo terminarla.

—¿Qué... guerra? —preguntó Kta, aunque Kurt supo en su corazón lo que debía haber pasado y estuvo seguro de lo que hizo Kta. La respuesta de la Methi no fue ninguna sorpresa.

—Guerra civil —respondió—. Un conflicto inevitable. Intervendremos del lado de los descendientes de Indras, aunque estoy seguro de que nuestra ayuda es menos que deseada.

—No deseáis ayudar a las Familias —dijo Kta—. Las trataréis como a nosotros.

—Los trataré como estoy intentado trataros. Os recibiría como a un indras, Kta t'Elas. Volvería a hacer poderosa a Elas-en-Nephane, tal y como debería ser, unida a Elas-en-Indresul.

—Mi hermana está casada con un señor sufaki. Mi amigo es humano. Muchos de los amigos de la casa de Elas-en-Nephane tienen sangre sufaki. ¿Ordenarías a Elas-en-Indresul que honrara nuestras obligaciones?

—Una Methi no puede intervenir en los asuntos de una casa.

Era la respuesta legalmente correcta.

—Podría garantizaros las vidas de esas personas —dijo ella—. Una Methi siempre debe intervenir de parte de la vida.

—Pero no podéis ordenarles su aceptación.

—No. No puedo hacer eso.

—Nephane es indras y sufakis y humanos.

—Cuando yo termine, ese problema estará resuelto.

—Atacadles y se unirán contra vos.

—¿Cómo? ¿Sufakis uniéndose a indras?

—Ya sucedió antes, cuando esperabais poder apoderaros de nosotros.

—Eso fue diferente. Las Familias eran poderosas entonces, y deseaban más libertad de la madre de las ciudades. Ahora, las Familias han perdido su poder y yo puedo ofrecérselo a todo el que renuncie a la herejía sufaki. Mi honrado padre Tehal-

methi estaba menos inclinado a ser clemente, pero yo no soy mi padre. No deseo matar indras.

Kta hizo una ligera reverencia.

—Entonces, haced que los barcos den media vuelta, y seré tu hombre. Sin reservas.

Puso las manos en los brazos de la silla y ahora clavó los ojos en Kurt para volver a Kta.

—Presionáis demasiado. T'Morgan, nacisteis humano, pero os habéis elevado sobre ello. Casi puedo amaros por vuestra determinación; intentad ser nemet tan esforzadamente... Pero no comprendo a los sufakis que nacieron nemets y rechazaron la verdad, dedicándose a despojar todo lo que consideramos sagrado. Y mucho menos aún comprendo a los nacidos de Indras como vos, t'Elas —su voz iba adquiriendo dureza—, pues buscáis salvar una forma de vida cuyo propósito es la destrucción de Ind.

—No pretenden destruirnos.

—Ahora me diréis que el resurgimiento de viejas costumbres en Sufak es un falso rumor, que las *jafikn* y las Ropas de Color no son corrientes, y que no se efectúan oraciones en el Upei de Nephane que mentan a los malditos y blasfeman de nuestra religión. Mor t'Uset ul Orm es testigo de tales cosas. Vio a un tal Ny, t'Elas levantarse en el Upei para hablar contra t'Tefur y sus blasfemias. ¿Tenéis menos valor que vuestro padre, o acaso deshonráis sus deseos, t'Elas?

Kurt miró a Kta, sabiendo cómo le afectaría esto, casi dispuesto a sujetarle por si hacía algo imprudente. Pero Kta inclinó la cabeza, blancos los nudillos de sus entrelazadas manos.

—¿T'Elas? —preguntó Ylith.

—Confiad en mí para conocer los deseos de mi padre —dijo Kta, volviendo a alzar la cara, compuesta, tranquila—. Es nuestro credo, Methi, y no deberíamos cuestionar la sabiduría del cielo al disponer dos pueblos en el Orne Sin, así que no busquemos destruir a los sufakis. Soy de Indras y creo que la voluntad del cielo prevalecerá pese a los actos de los hombres, y por tanto vivo mi vida tranquilamente ante los ojos de mis vecinos sufakis. No deshonraré mis creencias luchando por ellos, como si ellos necesitaran defensa.

Los oscuros ojos de Ylith ardieron de furia por un momento, pero luego se calmaron, llegando a ser tristes.

—No, t'Elas, no.

—Methi. —Kta se inclinó, rindiendo homenaje a una necesidad muy distinta, y se incorporó, y había una profunda tristeza en el aire.

—T'Morgan —dijo con voz suave las Methi—. ¿Seguiréis con este hombre? ¿Sólo sois un pobre desconocido entre nosotros. No estáis tan obligado como él.

—No podéis ver que lo que más desea es poder honraros, Methi? —preguntó Kurt, aunque sabía que avergonzaba a Kta con ello, pero era la vida de Kta la que estaba en juego y, probablemente ahora, se daba cuenta, también acababa de echar por la borda la suya.

Ylith pareció, por uno o dos instantes, más mujer que diosa, y también triste y furiosa.

—Yo no busqué esta guerra, esta irracionalidad definitiva. La urgieron mis generales y almirantes; yo no la deseaba. Pero vi el creciente peligro. El regreso de los humanos, los sufaki reafirmando en antiguas costumbres... los humanos alientan esto y lo han alentado hasta el punto en que las Familias indras de Nephane han perdido poder. Hago lo que debo hacer. La mujer Djan ya es bastante amenaza para la paz; pero conserva su poder quitandoselo a los que son de Indras. Y una Nephane sufaki armada con armas humanas es un peligro que no puede tolerarse.

—La amenaza no está en todos los sufakis —rugió Kurt—. Un hombre. Hacéis todo esto por la destrucción de un solo hombre. Sólo uno es el auténtico peligro.

—Sí, sé de Shan t'Tefur y su difunto padre... *Ai*, no podéis haberlo oído. Tlekef t'Tefur ha muerto, asesinado en la violencia.

—¿Cómo? —preguntó Kta al instante—. ¿Quién lo hizo?

—Un tal t'Osanef.

—Oh, dioses —suspiró Kta. La fuerza pareció huir de él. Su rostro empalideció. ¿Cuál t'Osanef?

—Han t'Osanef le mató, pero no tengo más información. No os culpo, t'Elas. Lo lamentaría si una hermana mía estuviera mezclada, en verdad que lo haría. Contestadme esto: ¿por qué mata un sufaki a otro sufaki? ¿Es una lucha por el poder? ¿Una rencilla personal?

—Una pelea entre los que aman a Nephane, como t'Osanef, y los que quieren hundirla, como t'Tefur. Y estáis sirviendo estupendamente a la causa de t'Tefur. Si se termina Nephane, algo que parece será el resultado de vuestra guerra, habrá otra Chteftikan, y de esa guerra no veréis el fin. Hay sufakis que han aprendido a no odiar a los indras, pero no quedará ninguno si proseguís con este ataque.

Ylith unió las manos, meditó sobre algo, y volvió a alzar la mirada.

—Lhe t'Nethim os devolverá a la cala —dijo—. Estoy satisfecha. Os he concedido todo el tiempo que puedo permitirme hoy. Sois un hombre valiente, Kta t'Elas, para ser un hombre que no está en contacto con la realidad. Y en cuanto a vos, Kurt t'Morgan... es muy meritorio el apego que sentís hacia este gentil loco. *Alguien* debe estar a su lado. Dice mucho a vuestro favor el que no le abandonéis.

## XXI

Kurt despertó con Kta sacudiéndole por los hombros y el tronar de pies corriendo por la cubierta encima de sus cabezas. Parpadeó confuso. Alguien en cubierta gritaba órdenes, preparativos de batalla.

—Hay velas a la vista —dijo Kta—. La flota de Nephane.

Kurt se frotó la cara e intentó oír con claridad lo que se decía por encima suyo.

—¿Qué posibilidades hay de que Nephane se detenga aquí?

Kta lanzó una carcajada que parecía un sollozo.

—Dioses. Ninguna si el informe de la Methi es correcto. Si hay guerra civil en la ciudad, se habrá incapacitado a la flota. Sin los sufakis, las Familias no podrían ni sacar las grandes naves del puerto. Sería una matanza.

Los remos retumbaron sobre sus cabezas. Un momento después se oyó la voz de mando y los remos cayeron al unísono. La nave empezó a ganar velocidad.

—Allá vamos —murmuró Kurt, luchando contra el pánico.

Una serie de imágenes asaltaron su mente. No podían hacer otra cosa más que seguir allí, encadenados a la nave de la Methi. Había conocido el miedo de entrar en combate en el espacio o en el descubierta puente de la *Tavi*, pero nunca con tal sentimiento de impotencia.

—Échate atrás —le aconsejó Kta, apoyando los hombros contra el maderamen. Cogió la cadena del tobillo con ambas manos—. Si embestimos, la sacudida será considerable. Prepárate y agarra la cadena. No hay por qué añadir los huesos rotos a nuestros padecimientos.

Kurt siguió su ejemplo, dirigiendo una mirada de desconfianza a los bultos almacenados en la parte delantera de la bodega. No estaban bien asegurados y un impacto enviaría toneladas de peso sobre ellos y contra eso no había defensa posible.

El hiriente tronar de los trescientos remos aumentó su cadencia y se mantuvo a un ritmo que ningún hombre podría resistir mucho tiempo. Hasta en la oscura bodega había una innegable sensación de velocidad, con el latir de los remos y el bullir del agua contra el casco.

Kurt se apoyó con fuerza contra los tablones. No necesitaba imaginar lo que pasaría si la trirreme fuera embestida a su vez y una proa nephanita se incrustara en medio del barco. Recordó el fin de la *Tavi* y los hombres aplastados en la colisión, e intentó no pensar en lo delgado que era el casco que tenía a la espalda.

El tronar se detuvo, luego hubo un silencio ensordecedor y se recogieron los remos de babor; la nave se dejó llevar por la inercia durante un instante.

La madera empezó a astillarse y la nave tembló y resbaló, arrancando y rompiendo madera a su paso. Arrojados al suelo, Kurt y Kta aguantaron lo mejor que pudieron a medida que los reiterados golpes vibraban por toda la nave. De arriba les



llegó un griterío, por encima del clamor de hombres sumidos en el dolor y el terror, repentinamente apagado por el sonido de los remos que volvían a encajarse en su sitio.

La incansable cadencia volvió a empezar, la trirreme recobró el impulso. El crujir y retumbar de los remos lo abarcaba todo, siendo sólo turbado por los débiles gritos de los oficiales. Luego los remos se alzaron abandonando el agua y se mantuvieron inmóviles. El silencio era tan intenso que pudieron oír su propia respiración, el chirriar de los remos en sus esclusas, el crujir de los maderos y el gemir de los aparejos, y los lejanos sonidos de la batalla.

—Esta es la nave de la Methi —contestó Kta a su ansiosa mirada—. Ha debido romper la línea de ataque y ahora aguarda. No arriesgarán innecesariamente esta nave.

Y permanecieron mucho tiempo acurrucados contra el casco, mirando a la oscuridad, atendiendo a cada sonido que pudiera decirles lo que sucedía arriba.

Se dieron nuevas órdenes, demasiado débilmente para ser comprendidas. Hombres corrieron por cubierta en una dirección y otra, pese a que el movimiento del barco indicaba que apenas se estaban moviendo.

Luego se abrió la escotilla y Lhe t’Nethim acompañado de tres hombres armados bajó los escalones que llevaban a la cala.

—¿Ahora necesitáis armas? —preguntó Kta.

—Se os reclama en el puente, t’Elas —dijo Lhe.

Kta se puso en pie, mientras uno de los hombres se agachaba y soltaba la cadena que sujetaba la argolla de su tobillo.

—Llebadme con él —dijo Kurt, también en pie.

—No tengo órdenes al respecto —dijo Lhe.

—T’Nethim —suplicó Kurt, y Lhe lo meditó un momento, mordiéndose el labio. Luego hizo un gesto hacia el hombre de las llaves.

—Tengo vuestra palabra de que no haréis nada violento —insistió Lhe.

—La tenéis.

—Traedle también.

Kurt siguió a Kta escaleras arriba hasta salir a plena luz del día, quedándose tan cegado por la desacostumbrada claridad que casi tropieza al poner el pie en el último escalón. A su alrededor se movían las borrosas formas de muchos hombres, y sus guardias les guiaron hacia la proa del barco como si fueran ciegos.

Ylith estaba sentada bajo el palco azul. Allí empezó a aclararse la visión de Kurt. Kta se puso inmediatamente de rodillas y Kurt siguió su ejemplo, encontrando alivio en ello. Empezaba a comprender la ofrenda de respeto que hacía Kta en ese momento. Kta la hacía con gracia, rindiendo honores como un caballero, sin que la amenaza o la ausencia de ella le hicieran cambiar. Su valor era contagioso.

—Podéis sentaros —dijo Ylith con suavidad—. T’Elas, si miráis al lado de estribor, creo que veréis los motivos por los que os he hecho llamar.

Kta se volvió apoyándose en una rodilla, y Kurt también miró. Una nave se dirigía hacia ellos, lentamente, moviéndose sólo con parte de sus remos. La nave negra llevaba el pájaro blanco de Ilev, y la banderola roja de inmunidad ondeaba en el mástil.

—Como veis, hemos ofrecido a las Familias de Nephane la oportunidad de parlamentar antes de ser hundidas. También he ordenado a mi flota que recoja a los supervivientes, sin importar su origen, aunque haya sufakis, si es que hay alguno. Si tu elocuencia puede persuadirles para que se rindan, les habréis salvado la vida.

—No he aceptado hacer tal cosa —protestó Kta furioso.

—Es tu oportunidad, t’Elas. Preséntales mis condiciones, haz que te crean, o guardad silencio y contemplad cómo intentan detenernos.

—¿Cuáles son las condiciones?

—Nephane volverá a ser parte del imperio o parecerá pasto de las llamas. Y si vuestros sufakis aceptan ser parte del imperio... bueno, ya me preocuparé de ese portento cuando se presente. Nunca he conocido un sufaki, lo confieso, como nunca había conocido a un humano. Debería estar interesada en ello, pero en mi terreno. Persuádeles por mí, t’Elas, y salva sus vidas.

—Dadme vuestra promesa de que vivirán —dijo Kta, y hubo un agitarse entre los guardias de la Methi, con manos posándose en armas.

Pero Kta continuó en la misma postura, humildemente arrodillado.

—Dadme vuestra promesa, en palabras sencillas: vida y libertad para los hombres de la flota si aceptan las condiciones. Se que con Ylith-methi, las palabras y las armas son de doble filo. Pero creeré en vuestra promesa.

Un movimiento de los dedos de la Methi contuvo a sus hombres de desenvainar las armas, y miró a Kta con lo que parecía curiosidad y hasta amistosa satisfacción.

—Se han medido con nosotros en batalla, t’Elas, mientras vos lo hacíais con mi paciencia. Contemplad ese triste precio que flota ahí, y el hecho de que aún vivís tras disputar verbalmente conmigo, y decidid a quién encomendarla a sus vidas.

—Os estáis tomando lo que juré que no daría —dijo Kta.

Ylith bajó la mirada y luego volvió a levantarla, esta vez falta de arrogancia.

—Sois demasiado razonable para destruir a esos hombres por vuestro orgullo herido. Intentaréis salvarlos.

—Entonces, y ya que la Methi es razonable, me permitiría ir a ese barco —dijo Kta, aún con voz calmada. Puedo hacer allí más que aquí, donde serían reacios a hablarme ante vuestra presencia.

Ella lo meditó, asintiendo al fin.

—Quitadle los hierros. Y también al humano. Si te matan, t’Elas, serás vengado.

—Y, suavizando el arrogante tono, añadió—: Estoy intentado no matar a esos hombres, t'Elas. Persuádeles de ello, o considérate culpable de las consecuencias.

La nave de Ilev tenía cicatrices del fuego y la batalla hasta el punto en que era un portento que todavía pudiese flotar. De las esclusas caían remos rotos. Tenía destrozada la balaustrada. Y tenía un aspecto tristemente cochambroso mientras se unía a la immaculada trirreme de la Methi, pareciendo muy pequeña al lado de tan enorme nave.

En cuanto se realizaron los enganches, Kta le hizo una seña a Kurt y los dos bajaron por la plataforma tendida desde la trirreme.

Llegaron uno detrás del otro, descalzos como vulgares marinos, sucios y sin afeitar, pareciendo compañía adecuada para los hombres de la castigada nave. La sorpresa se pintó en los familiares semblantes que les rodeaban, sobre todo en Ian t'Ilev y en hombres de Irain e Insulan.

Kta hizo una reverencia, que t'Ilev tardó en corresponder.

—Dioses —murmuró entonces t'Ilev—. Tienes extrañas compañías, Kta.

—La *Tavi* fue hundida al abandonar las Islas. Kurt y yo fuimos rescatados. Que yo sepa somos los únicos sobrevivientes. Hemos sido prisioneros de Indresul desde entonces. ¿Estás aquí al mando, Ian?

—Mi padre ha muerto. Sí, desde ese momento.

—Que tus guardianes le acojan con bondad —dijo Kta.

—Hoy se han incrementado considerablemente los Ancestros de muchas casas. —Un músculo temblaba en la mandíbula de t'Ilev. Hizo señas a sus camaradas para que despejaran el lugar, pues se apiñaban para poder escuchar. Endureció el rostro antes de hablar—. ¿Hago bien al pensar que la methi de Indresul desea echarnos a un lado para poder seguir su camino y que tú estás aquí para darnos tal cosa?

—Me han dicho que Nephane está inmersa en una guerra civil y quizá no pueda defenderse —dijo Kta—. ¿Es cierto, Ian?

Hubo un silencio mortal.

—Que la Methi haga sus propias preguntas —dijo t'Irain con dureza—. Podríamos haber subido a su cubierta.

Y se oyeron palabras peores en boca de otro. Kta les miró con rostro impasible. En ese momento se parecía a su padre, pese a que tenía las ropas sucias y su pelo, normalmente cuidado, le caía en mechones sobre la cara. Las lágrimas brillaron en sus ojos.

—Yo no rendí mi nave, aunque los dioses saben que me hubiera gustado hacerlo; una tripulación muerta es un precio amargo por el honor de una casa, y uno que yo no habría pagado. —Sus ojos se clavaron en los que le rodeaban—. No veo sufakis entre vosotros.

Los murmullos aumentaron.

—Quietos todos —dijo t'Ilev—. ¿Permitiréis que los hombres de Indresul nos vean pelear entre nosotros? Di k» que te han enviado a decir, Kta. Luego podrás marcharte con t'Morgan, a no ser que sigas preguntando cosas que no deseamos compartir con la Methi de Indresul.

—Ian, somos amigos desde que éramos niños. Haz lo que creas correcto, pero si he oído la verdad, y hay guerra civil en Nephane, si no hay esperanzas y sólo querías ganar tiempo viniendo hasta aquí, probemos con sus condiciones. Siempre es mejor que irse al fondo.

—¿Por qué nos permite ella esto? ¿Por tenernos afecto? ¿Por confiar en ti? ¿Por qué te ha enviado a nosotros?

Creo —dijo Kta débilmente—, *creo*, no estoy seguro, que puede ofrecerte condiciones mejores a las que obtendrías de Shan t'Tefur y creo que lo hace porque hablar es más barato que luchar, hasta para Indresul, vale la pena intentarlo, Ian, o no habría aceptado bajar aquí.

—Venimos para ganar tiempo, creo que lo sabes. Para nosotros, tal como estamos, hablar es más barato que luchar, pero seguimos estando dispuestos a ello. Hasta el tomarse la molestia de rematarnos podría retrasarla. En cuanto a tu pregunta sobre el actual estado de Nephane...

Los demás le pidieron silencio. Ian les miró con dureza.

—T'Elas tiene ojos para ver. Los sufakis no están a bordo. Exigieron el mando de la flota. Unos pocos intentaron razonar con los hombres de Shan t'Tefur, que los Ancestros les reciban con bondad. Luz del cielo, tuvimos que robar la flota por la noche y abrirnos paso para salir del puerto y así defender la ciudad. T'Tefur espera que seamos derrotados. ¿Cuáles crees que serán las condiciones de la Methi?

El silencio reinó en el barco. Todos los hombres escuchaban en ese momento, abandonando animosidades e iras, dejando a un lado toda pretensión. Sólo parecían asustados.

—No lo sé, Tan. Tehal-methi era Ian. Tehal-methi era inflexible y sanguinario. Ylith es... no lo sé. Temo que no suelte nunca lo que tenga cogido con la mano. Pero es justa, y es una indras.

El silencio aún perduraba. Por un momento sólo se oyó el crujir de los maderos, y el rozar de la nave contra el costado de la trirreme a medida que el mar los acercaba.

—Tiene razón —dijo Lut'Insulan.

—Eres amigo de su casa —dijo un hombre de Nechis—. Kta pidió en matrimonio a tu prima.

—Eso no me cegaría a la verdad —dijo t'Insulan—. Estoy de acuerdo con él. Estoy harto de t'Tefur y de sus amenazas y sus rufianes.

—Sí —dijo su hermano Toj—. Tuvimos que dejar indefensas nuestras casas para

poder tripular la flota. Y estoy pensando que quizá corran más peligro por sus vecinos sufakis que por la flota de Indresul. El —dijo enfurecido cuando otros objetaron a esto—, aclaraos los ojos y ved, amigos míos. Isulan envió a cinco hombres del corazón principal y a cincuenta de los menores, y ya han perecido un tercio de ellos. Sólo quedan los hijos de los *chan* para defender la puerta de Isulan contra los piratas de t'Tefur. No quiero perder al resto de mis hermanos y primos en un gesto vacío. No moriremos por oír sus condiciones. Soy uno que las aceptará, si son honorables.

Ylith se reclinó en la silla y aceptó los respetos del pequeño grupo de hombres derrotados que se arrodillaban en su cubierta.

—Podéis levantaros —dijo, mostrándose generosa para las circunstancias—. T'Elas, t'Morgan, me alegra que hayáis vuelto sanos y salvos. ¿Quién encabeza esta delegación?

T'Ilev realzó una ligera inclinación.

—Ian t'Ilev uv Ulmar —se identificó—. Señor de Ilev —y hubo tristeza, cruda y reciente, al asumir el título—. No soy el primogénito, pero la flota me eligió para reemplazar a mi padre.

—¿Pedís condiciones? —preguntó Ylith.

—Oiremos condiciones —dijo t'Ilev.

—Seré breve. Pretendemos entrar en Nephane, con vuestro consentimiento o sin él. No dejaré a la mujer Djan al cargo; no trataré con ella ni negociaré con quienes la representen. Restauraré el orden en Nephane e instauraré un gobierno en el que confíe. A partir de ese momento la ciudad estará en constante y total comunicación con la madre de las ciudades. No obstante, estoy dispuesta a negociar la medida de la relación entre nuestras ciudades. ¿Tenéis algún comentario t'Ilev?

—Somos la flota, no el Upei, y no podemos negociar nada que no sean nuestros propios actos. Pero sé que las Familias no aceptarán ninguna solución que no nos garantice unas libertades esenciales.

—Ni tampoco lo harán los sufaki —intervino Kta, sin permiso.

Los ojos de Ylith se clavaron en él. Lhe t'Nethim, detrás de ella, se llevaba reacio la mano al pomo de su *y pan*. La inteligencia de Ylith y el poder de Ylith se bastaban para responder a Kta, y Kurt apretó los dientes, esperando que Kta no fuera humillado ante esos hombres. Y de pronto vio el juego que Kta llevaba a cabo con su vida y se heló por dentro. La Methi también estaba ante testigos, para los que una ofensa podía significar una batalla; una desagradable y, para las fuerzas de la Methi, carente de honor.

Los labios de Ylith sonrieron. Le miró de arriba a abajo, reconociéndole finalmente al mirarle a los ojos.

—He estudiado vuestra ciudad, t'Elas. He reunido información de muy diversas fuentes, incluyéndote a ti y a mi humano, t'Morgan.

—¿Y a qué conclusión ha llegado la Methi? —preguntó Kta.

—Que una persona sabia no cuestiona la realidad. Los sufakis son... una realidad. La aniquilación de los sufaki no sería práctica, ya que pueblan toda la costa de Sufak. T'Morgan me contó una fábula sobre guerras humanas. He meditado sobre la perspectiva de ciudades muertas y campos arrasados. Es algo que no me parece beneficioso. *Por tanto*, aunque no creo que los hijos del este lleguen a ser otra cosa que un problema para nosotros, considero que son un problema menor allí donde están, en Nephane y sus otras ciudades, que estando dispersos y disparando flechas contra mis fuerzas de ocupación. No cederé nada en cuestiones religiosas. Pero prefiero tener una ciudad a tener ruinas, una provincia a una desolación y si consideramos que lo que se discute es vuestra ciudad y vuestra tierra, puede que quizá estéis de acuerdo conmigo.

—Podríamos estarlo de no ser por el término *fuerzas de ocupación* —dijo Ian t'Ilev cuando ella le dirigió la mirada—. Las Familias gobiernan Nephane.

—Ai ¿no mencionáis a los sufakis? Bueno, ya conocéis la ley, t'Ilev. Un methi no se inmiscuye en las familias. La cuestión precedente deberá resolverse entre vuestros dos corazones. El cómo lo hagáis no me incumbe. Pero no puedo anticipar si Ilev-en-Indresul querrá cruzar el mar para intervenir en los asuntos de Ilev-en-Nephane. No creo que la ocupación resulte necesaria.

—¿Nos dais vuestra palabra? —pidió Kta.

La Methi le dedicó una estraña mirada, una sonrisa algo irónica. Luego abrió las palmas de las manos al cielo.

—Dejemos que la sagrada luz del cielo me contemple; no os engaño. —A continuación se recostó y descansó las manos sobre los brazos de la silla. Su encantadora faz adquirió gravedad—. Mis condiciones son: destitución de Djan, disolución del partido de t'Tefur, la muerte del propio t'Tefur y la alianza de las Familias con Indresul y conmigo. Ese es el límite de lo que exijo.

—¿Y la flota? —preguntó Ian t'ilev.

—Creo que podréis llegar a Nephane en un día. Mañana a esta hora llegaréis a puerto. Tendréis un día por delante para llevar a cabo lo que he dicho o encontrarnos con vosotros por la fuerza.

—¿Queréis que conquistemos Nephane por vos? —Exclamó t'ilev—. Dioses... ¡No!

—Paz, control de vuestra ciudad... o la guerra. Si entramos en la ciudad no nos limitaremos a esas condiciones.

—Dadnos un poco más de tiempo. Dejados llevar esas proposiciones al resto de la flota. No podemos aceptar solos.

—Hazlo, t'ilev. Os daremos un día de ventaja, decidáis lo que decidáis. Si usáis ese día de gracia para preparar la ciudad para resistirnos, no volveremos a negociar

hasta que la ciudad esté en ruinas. No seremos generosos por segunda vez, t'ilev.

T'ilev hizo una reverencia, reunió a los tres miembros de su tripulación que le habían acompañado y la tripulación de la trirreme se apartó para dejarlos pasar.

—Methi —dijo Kta.

—¿Queréis ir con ellos?

—Con vuestra venia, Methi.

—Concedido. Haced que os crean, t'Elas vuestra oportunidad. Un día para que vuestra ciudad exista. Espero que tengáis éxito. Lamentaré enterarme de vuestro fracaso. ¿Le acompañaréis, t'Morgan? Lamentaré separarme de vuestra persona.

—Sí —dijo Kurt—. Con vuestra venia.

—Miradme, miradme a la cara. —Y cuando él lo hizo así, tuvo la sensación de que le estudiaba como a una rareza que quizá no volviese a ver. En sus oscuros ojos brillaba cierta temerosa fascinación—. Sois como Djan-methi.

—De la misma especie.

—Entregadme a Djan. Pero no como Methi de Nephane.

Y les despachó con un gesto. Se dispusieron a alejarse, pero, entonces, Leh t'Nethim se postró a sus pies, posando la cabeza en la cubierta, como alguien que solicita un gran favor.

—Methi. —Methi dijo cuando ella se lo permitió—. Dejadme partir en esa nave. Tengo asuntos en Nephane, con t'Tefur.

—Me sois muy valioso, Lhe —dijo ella con gran preocupación.

—Es un asunto del corazón, Methi, y debéis permitirme marchar.

—¿Debo? Os matarían antes de llegar a Nephane. ¿Cómo se saldaría entonces vuestra deuda, t'Nethim, y cómo le diría a vuestro padre que permitió que su hijo hiciera tal cosa?

—Es asunto de familia —dijo.

—La Methi apretó los labios.

—Si os matan, sabremos cómo reaccionan ante un pacto con nosotros. T'Elas, sois testigo. Tratadle honorablemente, decidáis lo que decidáis, por su vida o por su muerte. Responderéis ante mí por ello.

T'Nethim hizo una última y agradecida reverencia y se apresuró tras ellos, tras los hombres de t'Ilev que también se habían retrasado para oír lo que pasaba.

—Alguien le rebanará la garganta —le siseó t'Ilev a Kta, antes de bajar de la balaustrada—. ¿Qué es él para ti?

—El primo de Mim.

—¡Dioses! ¿Cuánto tiempo hace que eres de Indresul, Kta?

—Confía en mí. O al menos, permite que dejemos este puente. Te lo suplico, Ian.

T'Ilev se mordió el labio, apresurándose luego a buscar la pasarela.

—Que los dioses nos ayuden —murmuró—. Que los dioses nos ayuden.

Guardaré silencio al respecto. No me cargues con más cosas, Kta.

Y desapareció por el costado y descendió rápidamente hasta su nave, donde le esperaba su ansiosa tripulación.

El navío de Ilev navegó por entre la destrozada flota con el pabellón blanco de reunión ondeando junto al rojo, y los demás capitanes se reunieron en su puente todo lo rápidamente que les fue posible: Eta t'Nechis, Pan t'Ranek, Camit t'ilev, primo de Ian, y otros jóvenes, cuyas capitanías hablaban de tragedias en el mar o en el hogar.

—¿Es esto? —gritó Eta t'Nechis cuando escuchó las condiciones y miró a t'ilev como si no tuviera palabras—. Grandes Dioses, t'ilev, ¿es que decides por todos nosotros? ¿O es que le has entregado el mando a Elas y sus compañeros? A Elas que nos arruinó primeramente con su huésped humano. ¡Y que ahora nos trae un amigo de la casa de allende los mares.

—Discutid más tarde si queréis luchar o negociar en Nephane y poned ahora la flota rumbo a casa —dijo Kta—. Necesitamos demasiado cada momento que desperdiciemos.

—¡Seguimos teniendo hombres en el agua! —gritó t'Renek—. Hombres que los indras no nos dejarán rescatar.

—Están siendo recogidos —dijo Ian—. Es lo más que podemos hacer. Kta tiene razón. Partamos cuanto antes.

Devolvedle a la Methi su hombre —dijo t'Nechis—, a sus tres hombres: t'Elas, humano y forastero.

T'Nethim empalideció, pero mantuvo la dignidad tras el respaldo que t'ilev ofreció a los tres. Se alzaron las voces, las armas estuvieron a punto de desvainarse, y finalmente se zanjó el asunto cuando Ian ordenó que la nave pusiera rumbo a Nephane con la banderola de la flota ondeando ante los demás.

Y una vez encaminados y con la visión de la flota de la Methi desaparecieron en el este sin ninguna señal visible de persecución, se animaron los hombres y se callaron algunas de las demandas de venganza.

—¿Para qué necesitamos que nos persigan si vamos a hacer el trabajo por ellos? —preguntó t'Nechis—. ¡Dioses, dioses, esto no está bien!

Y volvió a hablarse de cortar cuellos y de arrojar a los tres al mar con Lhe t'Nethim en pedazos, hasta que los partidarios de t'Tlev se interpusieron entre los de t'Nechis y Kta t'Elas.

—¡Quietos! —dijo Ian, y si a la mayoría le parecía que sólo era un joven y menor en edad a algunos de los hombres que estaban en la disputa, puso tal furia en su voz que se hizo el silencio, oyéndose sólo el respirar de alguno.

—Es vergonzoso —dijo Lu t'Isulan con gran sentimiento—. Nos ponemos en evidencia ante los ojos de este extranjero indras. Traed té. Hay mucho camino hasta Nephane. Si no podemos llegar a una decisión meditada en ese tiempo, entonces



seremos merecederos de nuestra desgracia. Calmémonos y pensemos por una vez.

—No compartiremos fuego y bebida con un hombre de Indresul —dijo t’Nechis—. Encadenadle.

T’Nethim retrocedió con gran dignidad.

—Me apartaré de vuestra presencia —dijo, las primeras palabras que le oían pronunciar—. Y no interferiré. Seguiré estando a bordo si optáis por la guerra.

Y con una cortés reverencia, se alejó en dirección a la proa, conformando una figura de soledad entre tantos enemigos. Su dignidad creó un silencio entre ellos.

—Yo también me marcharé, si lo deseáis —dijo Kurt.

—Eres de Elas. Conserva tu sitio —dijo Kta con fiereza.

Hubo duras miradas ante esto. Entonces, se le ocurrió a Kurt que Elas había perdido mucho con la *Tavi*, y no sólo un barco, sino hombres valientes y fieles amigos de Elas. Y los que ahora les rodeaban, con la excepción de Irain, ilev e Isulan, eran de Familias que simpatizaban menos con Elas.

E incluso entre aquellos los había que odiaban a los humanos. Como era el caso de Itan t’Ilev, en quien notaba un escalofrío de aversión cada vez que sus miradas se cruzaban casualmente.

Sólo Lu y Toj t’Isulan, amigos de la casa de Elas, prefirieron sentarse a Kta para compartir la bebida, y lo hicieron a su izquierda, estando Kurt a la derecha.

Kurt aceptó agradecido la taza y bebió el cálido y dulce líquido. Estaba sosteniendo sus recuerdos de un hogar y de Elas, de cordura y raciocinio, como si no hubiera poder en toda la tierra que pudiera cambiar o amenazar esta pequeña distracción, este raro tributo a los indras de corazón y orden civilizados.

Sin embargo, todo, sus vidas y la propia Nephane, eran tan frágiles en ese momento como la taza de porcelana que sostenía entre los dedos.

Se pasó una ronda en silencio. También sucedió así con la segunda. Como dirían los nemet, era un problema de tres rondas, un asunto tan grave que nadie se sentía suficientemente calmado hasta que no hubieran transcurrido tres series de cortesías y ceremonias.

—Podemos afirmar que la palabra de la Methi ha demostrado ser buena hasta ahora —dijo finalmente Ian—. No estamos siendo perseguidos. Tenemos que considerar que es una methi de nuestra gente, y que resulta impensable que mienta.

—Acordado —dijo t’Nechis—. ¿Qué nos permite esa verdad?

—Que Nephane siga en pie —dijo Kta con mucha calma—. Amo a la ciudad, t’Nechis. Cree esto aunque me odies.

—Lo creo —dijo t’Nechis—. Sólo sugiero que quizá ames más a los honores que te ha prometido la Methi. Más de lo que conseguirías.

—Ella no le dio nada —dijo Ian—. Tienes mi palabra en eso.

—Quizá sea así —concedió t’Nechis, dirigiendo una mirada incómoda a Kurt,

como si cualquier nemet que se mezclara con humanos fuera sospechoso.

Kurt bajó la cabeza y miró a la cubierta.

—¿Hasta qué punto están mal las cosas en Nephane? —preguntó Kta.

—Lamentamos los infortunios de Elas —dijo el hijo más joven de Uset-en-Nephane. Pero sólo fueron el principio de los problemas. Han muerto hombres de algunas casas como Nechis o Ranek, se han desenvainado *ypaisulim*. Ten cuidado con la forma en que les hablas. Hazte cargo del temperamento de sus Guardianes.

Las Grandes Armas, que se desenvainan sólo para matar y nunca se guardan sin que lo hayan hecho. Kta hizo una inclinación para mostrar su deferencia hacia t'Nechis y t'Ranek, y un gesto llevándose una mano a la ceja que Kurt no comprendió. Los otros hombres le correspondieron. Reinó el silencio, y eso pareció calmar los ánimos.

—Entonces parece que debo preguntar si hay una ciudad que salvar —dijo Kta finalmente—. He... he oído un doloroso rumor referente a Osanef. ¿Puede hablarme alguien de esto? Los detalles eran escasos.

—Son malas noticias, Kta —dijo Ian—. Han t'Osanef mató a Tlekef t'Tefur. La casa de Osanef fue incendiada por los partisanos de Tefur como ejemplo para los demás sufakis que nos son amistosos. Los vándalos atacaron en la noche, mientras dormía la familia, invadieron la casa y derribaron el fuego para que prendiera en toda la casa. La dama la, la muy honrada esposa de Han, murió en el fuego.

—¿Y Aimu? —interrumpió Kta—. ¿Bel y mi hermana?

—Bel fue muy malherido, pero tu hermana fue puesta a salvo por el *chan* de osanef. Tanto Bel como Aimu están a salvo según los últimos informes, refugiados en Isulan con la hermana de tu padre.

¿Cómo murió Han?

—Elegió morir tras vengar a la dama la. Su funeral fue causa de mucho derramamiento de sangre. Lo siento, Kta —añadió, pues su rostro había empalidecido y parecía repentinamente débil.

—Eso no es todo —dijo Toj t'Isulan—. La ciudad toda está llena de funerales semejantes. Han y su dama no fueron los primeros o los últimos en perder la vida a manos de los hombres de t'Tefur.

—Es un loco —dijo T'Nechis—. Amenazó con quemar la flota... ¡Quemar la flota!... antes de permitir que navegara con capitanes indras. Hablaban de incendiar Nephane y retirarse a sus colinas ancestrales de Chteftikan.

—Así es, y yo, por mi parte, preferiría ver la ciudad en manos de Indresul antes que en las de t'Tefur —dijo el joven t'Irain.

Y ese sentimiento fue coreado por un murmullo de aprobación entre muchos de los demás. T'Nechis gruñó, pero ni siquiera él pareció estar en total desacuerdo.

—Señores —dijo Kurt, sorprendiendo a todos—. ¿Qué ha hecho Djan-methi en

esta situación? ¿Ha... puede... hacer algo para restaurar la paz a la ciudad?

—Tiene el poder —dijo t'Ranek—. Se niega a controlar a t'Tefur. Esta guerra es obra suya. Sabe que nunca nos entregaríamos a Indresul, así que pone el poder en manos de los que lo harían, en los que respaldan sus ambiciones. Y eso no es digno de su oficio, pero tampoco lo es ella.

—No sé por qué respondemos a preguntas del amante de la Methi —dijo el más joven de los t'Nechis.

Kta se movió y habría habido problemas si los t'Nechis de mayor edad no hubieran impuesto disciplina a su primo.

—Mis disculpas —dijo t'Nechis, con palabras que parecían ser una herida en su garganta.

—Comprendo que los humanos no sean queridos en Nephane o en otros lugares. Pero soportadme, pues tengo algo que decir.

—Dilo —dijo t'Nechis—. No te negaremos eso.

—Haríais bien en acercaros a ella con peticiones claras y concesiones para los sufakis que no están con t'Tefur.

—Pareces favorecerla —dijo t'Ranek—, y tener mucha confianza en ella. Creo que nos equivocamos al compadecerte por la muerte de Mim h'Elas.

Kurt alargó un brazo para detener a Kta, y él mismo miró a t'Ranek con tanta frialdad que todos los nemet guardaron silencio.

—Mi esposa fue tan víctima vuestra como de Djan-methi, aunque juré que intentaría sentir lealtad hacia las Familias, ya que era parte de Elas. Soy humano. No fui bienvenido, y me lo hicisteis saber como se lo hicisteis saber a Djan-methi, y a los sufakis que la precedieron. Si esa no hubiera sido la naturaleza de Nephane, mi esposa no habría muerto.

Y antes de que alguien pudiera objetar algo, se levantó y se alejó, en dirección a la soledad de t'Nethim en la proa.

Lhe le miró con curiosidad, y luego hasta con piedad, que viniendo de un enemigo fue como echar sal en la herida.

Tal y como sospechaba Kurt, pronto apareció alguien enviado por Kta para intentar persuadirle de que volviera, para persuadirle de que inclinara la cabeza y se tragara su humanidad y su orgullo y se sometiera en silencio.

Escuchó cómo los pasos se acercaban a él, ignorando expresamente su presencia hasta que le oyó decir su nombre.

Entonces se volvió y vio que era t'Ranek en persona.

—Kta t'Elas ha amenazado con una deuda de sangre —dijo t'Ranek—. Acepta mis disculpas, t'Morgan. No soy de Elas... pero no quiero una lucha, y reconozco que no era algo digno de decirse.

—¿Kta lucharía por esto?

—Es su honor —dijo t'Ranek—. Dice que eres de Elas. También ha pedido que vuelva t'Nethim —añadió, con una mirada incómoda a éste—. Ha explicado algo de la dama Mim h'Elas, Acepta mi disculpa, por favor, Kurt t'Morgan.

Al hombre no le resultaba fácil pedirlo. Kurt hizo una tensa reverencia de agradecimiento y miró a Lhe t'Nethim. Los tres volvieron en silencio al círculo. Kurt retomó su lugar junto a Kta, t'Ranek con su hermano, y Lhe t'Nethim permaneció en pie nerviosamente hasta que Kta le hizo una brusca seña y le pidió que se sentara. Lo hizo a los pies de Kta, con los labios apretados y mirada baja.

—Tenéis entre vosotros a mi hermano Kurt y a Lhe t'Nethim que está bajo la protección de Elas —dijo Kta en ese silencio.

Los hombres del círculo asintieron como la hierba al ser rozada por el viento.

—Estaba hablando —dijo entonces Kurt con serenidad en medio de esa calma—, y sólo diré una cosa más, y luego dejaré de importunaros. En el Afen hay armas. Si Djan-methi no las ha usado es porque Djan-methi ha decidido no usarlas. En cuanto le amenacéis, tendréis que contar con la posibilidad de que pueda usarlas. Os equivocáis en alguna de vuestras suposiciones. No sólo puede destruir a Nephane, sino también a Indresul, si decidiera hacerlo. Arriesgáis vuestras vidas al contar con su paciencia.

El silencio continuó presente. Y no era uno de odio, sino de miedo. Hasta Kta le miraba como un extraño.

—Estoy diciendo la verdad —dijo, por Kta.

—T'Morgan —dijo t'Ilev—. ¿Tienes alguna sugerencia sobre lo que debemos hacer?

Era una pregunta hecha con amabilidad, hasta con humildad, y para su vergüenza era incapaz de responderla.

—Os diré sólo que si Djan-methi aún controla el Afen cuándo Ylith-methi entra en el puerto, es más que probable que veamos cómo se usan esas armas. Y lo peor, si Shan t'Tefur consigue apoderarse de ellas. Djan-methi no quiere dárselas o ya lo habría hecho. Pero ella podría perder su poder para impedirselo o reconocer como suyo el derecho. Caballeros, os sugiero que hagáis la paz que sea posible con los sufaki que quieran la paz. Ofrecedles opciones alternativas y haced lo que podáis para quitarle el Afen de manos de Djan-methi y de las de t'Tefur.

—El Afen sólo ha caído mediante la traición, nunca por un ataque nemet —protestó t'Ranek—. El Haichema-tekle es demasiado elevado, nuestras calles demasiado inclinadas, y las armas humanas lo harían imposible.

—La alternativa parece ser coger toda la flota y huir hacia el mar del Norte, salvando nuestro pellejo. Y no creo que seamos capaces de hacer eso.

No —dijo t'Nechis—. No lo somos.

—Entonces atacaremos el Afen.

## XXII

El humo de Nephane era visible hasta a gran distancia. Ascendía hasta ser atrapado por el viento del oeste que lo devolvía a la ciudad como uno de sus frecuentes mares de niebla, pero más oscuro y espeso, oscureciendo la luz de la mañana y ensombreciendo el puerto.

Los hombres que estaban en el puente de la *Sidek* contemplaron la costa en silencio cuando la nave de Ilev entró en el puerto encabezando la flota. El humo parecía surgir de la cima de la colina, pero nadie se atrevió a aventurar qué estaba ardiendo.

Finalmente, Kta apartó la mirada con un gesto de rabia.

—Kurt, mantente cerca de mí. Sólo los dioses saben a qué nos encaminamos.

Los remos aminoraron su batir y la *Sidek* se deslizó sobre el agua. Un hombre de Ilev fue el primero en pisar tierra con un cable de anclaje. Las demás naves entraron en los muelles en rápida sucesión.

Las multitudes atravesaron el pórtico de la muralla, reuniéndose en los muelles. Todos eran sufakis, no pocos en Ropas de Color, jóvenes y amenazadores, pero también los había con más edad y mujeres con niños, clamando y suplicando por noticias, mirando con asustados ojos a los destrozados aparejos de las naves. Algunos marineros que no habían partido con sus compañeros indras corrieron junto a ellos y empezaron a maldecir e invocar a los dioses apenados por lo que les había sucedido, buscando noticias de sus compañeros.

Y pronto se difundió el rumor de que la flota había rechazado a la Methi, hasta cuando Ian t'Ilev y otros capitanes dieron órdenes de sacar las pasarelas.

Los planes y contraplanes pasaron de tripulación en tripulación mediante exhortaciones de capitanes y cabezas de familia. Los descendientes de Indras se movieron con astucia, con tal decisión y certeza que los sufakis retrocedieron, confusos por el falso rumor de victoria.

Un joven revolucionario cargó hacia adelante, gritando palabras de odio e intentando enardecer a la multitud, pero se mantuvo la disciplina indras, aunque dejó inconsciente a un hombre de t'Nechis. El rebelde retrocedió y echó a correr, pues nadie le había seguido. Los descendientes de Indras mantuvieron las espadas envainadas, abriéndose paso con delicadeza y a no mayor velocidad de la que les permitía la asombrada multitud. No intentaron atravesar el pórtico, prefiriendo agruparse y formar en el muelle, y t'Isulan, que tenía la voz más sonora de toda la flota levantó los brazos reclamando silencio.

Noticias era lo que reclamaba la multitud, y ahora que se les ofrecían, se conminaron los unos a los otros a guardar silencio.

—Sólo les hemos retrasado —gritó t'Isulan—. Aún seguimos en peligro. ¿Dónde

podemos encontrar a la Methi? ¿Aún sigue en el Afen?

El genio intentó responder afirmativamente, pero las preguntas y réplicas se ahogaron mutuamente. Las mujeres empezaron a gritar y todo el mundo hablaba al tiempo.

—Escuchadme —rugió t’Isulan por encima del ruido—. Retroceded y fortificad las murallas. Llevad vuestras mujeres a las casas y bloquead las puertas que den al mar.

El tumulto recomenzó, y Kta, en el centro de los indras, cogió a Kurt por el brazo y tiró de él hacia el interior, teniendo siempre cerca a t’Nethim.

Kurt llevaba la cabeza oculta en su *ctan*. No resultaba sospechoso entre tantos heridos, y el sol le había oscurecido la piel hasta hacer que se pareciera a la de los nemet. No obstante, le aterrorizaba pensar que la mera visión de su rostro humano pudiera dar al traste con todo el plan y ponerle en manos de la multitud. Se había hablado de dejarle en la nave, pero Kta había argumentado en contra.

Los descendientes de Indras empezaron a atravesar las puertas de la muralla interior, apresurándose en paz hacia sus casas, hacia sus propios corazones. Todo era un enorme farol. T’Isulan había disimulado la verdad con un talento inhabitual a ese linaje alto y rudo que era su Familia. Tenía la esperanza de organizar a los sufaki, y mantenerlos así a salvo de las Familias.

Y en la puerta interior les esperaban los rebeldes.

Hubo mofas. Se sacaron cuchillos. Volaron las piedras. Cayeron dos descendientes de Indras, siendo recogidos de inmediato por sus compañeros. T’Nethim se tambaleó al ser acertado por una piedra. Kta se apresuró alejándose más, medio cargando con él. La cabeza de la columna forzó la puerta a manos desnudas, con el peso de su número y su decisión. Se había jurado entre ellos que no se desenvainarían las armas, salvo en caso de extrema necesidad.

Cuando pasaron, había sangre en el suelo y manchando el marco de la puerta, pero los nacidos de Indras no dejaron que cayera ninguno de los suyos. Ganaron la calle en espiral de las Familias, y espantaron a los rebeldes con una última acometida, haciendo que se dispersaran ante ellos, en desorden y sin disciplina.

Entonces fue evidente el origen del humo. Las casas de la cima de la colina estaban en llamas, con sufakis llenando las calles de la escena. Las mujeres cogían a niños que lloraban y se agrupaban, atrapadas entre las llamas y el discurrir de rebeldes huyendo e indras avanzando. Una joven madre abrazó a sus dos hijos y se encogió contra el costado de su casa, llorando aterrorizada cuando pasaron a su altura.

Era la zona donde se unían las más acaudaladas casas sufakis con la Calle de las Familias, y donde el camino tomaba una última curva antes de ascender hacia el Afen. Dos casas sufakis, Rachik y Pamchen, estaban en llamas, y el blasfemo

triángulo pintado de Phan evidenciaba la rivalidad religiosa que se había suscitado. Los atrapados sufakis corrían sumidos en el pánico entre el humo y la repentina carga de los indras.

—¡Dispersaos! —rugió t'Isulan, moviendo un brazo para indicar una barrera al otro lado de la calle—. ¡Acoronad la zona y aseguradla!

Un dardo emplumado se clavó en el pecho del hombre que estaba a su lado. Tis t'Nechis cayó tiñendo sus ropas de escarlata. Un segundo y un tercer dardo hicieron su impacto, uno sobre un indras y otro en un transeúnte sufaki que estaba en la línea de fuego.

—¡Ahí arriba! —gritó Kta, señalando al tejado de Dleve—. ¡Ve por él, t'Ranek! ¡Dispersaos! Por aquí, por aquí, rápido...

Los indras se movieron buscando refugio y aterrorizando a los sufaki que querían seguir resguardados donde estaban, pero los indras no desalojaron a nadie. Un niño aterrorizado echó a correr y un indras le cogió, devolviéndolo a los suyos pese a su frenético forcejear y patalear.

—¡Vecinos! —gritó Kta a la casa de Rachik—. No estamos aquí para haceros daño. ¡Dioses, dama shu-t'Rachik, llevad a esos niños al callejón! Que no se separen de la pared.

Hubo unas cuantas sonrisas, pues la primera dama t'Rachik con su progenie era como un asustado *cachin* con media docena de sus niños, también había otros miembros de su casa, hombres y mujeres, y también el anciano padre. Se conformaban con dejar la zona, y el anciano insinuó una reverencia a Kta t'Elas, en gratitud. Aunque su casa ardía, sus hijos estaban a salvo.

—Refugiaos cerca de Elas —dijo Kta—. Ningún indras os hará daño. Llevad también allí a los de Pamcheni, Gyan t'Rachik.

Sobre sus cabezas resonó un grito y un cuerpo cayó desde el techo para rebotar sobre el porche y luego sobre las piedras de la calle. El muerto arquero sufaki yacía con las flechas caídas encima de su cadáver como si fueran pajas.

Una muchacha de Dleve gritó, incesantemente, histéricamente.

—Rodead toda esta zona —indicó Kta a sus hombres—. ¡Ian! ¡Camit! Tomad la calle amurallada con Irain y poned una guardia. ¡Vosotros, ciudadanos sufakis! ¡Ocupaos de los fuegos! ¡Buscad cubos y palas! ¡Tú, t'Hsnet, únete a t'Ranek con todos tus primos!

Los hombres se dispersaron en todas direcciones siguiendo sus órdenes, abriéndose camino entre el humo y los asustados sufakis, pero los sufakis que se quedaron en las calles, ancianos y niños, se agruparon asustados y confusos, temerosos de moverse en cualquier dirección.

De las casas de calle arriba bajaron entonces otros descendientes de Indras, con los *chani* que se habían quedado para guardar las casas cuando zarpó la flota. Las

mujeres sufaki gritaron al verles; eran hombres armados con la mortal *ypai*.

Kta se apartó de la pared con riesgo de su vida, pues los hombres de t'Ranek aún no estaban en posición de defender la calle de los arqueros. Levantó la diestra en señal a los indras que bajaban armas en mano.

—¡Alto! —gritó—. Tenemos todo bajo control. Esos pobres ciudadanos no son culpables de lo que sucede. Ayudadnos a asegurar el área y apagad los fuegos.

—Los sufakis los encendieron en casas sufakis —gritó el anciano *chan* de Irain—. ¡Que lo apaguen los sufakis!

—No importa quien los ha encendido —contestó Kta enfurecido, con el rostro púrpura por verse replicado por un *chan* de una casa amiga—. Ayudad a apagarlos. El fuego continúa ardiendo y pronto llegará hasta nuevas casas. Hay que apagarlos.

El *chan* se dio cuenta de pronto de a quién desafiaba, pues se detuvo de golpe, y otro hombre gritó:

—¡Kta t'Elas! ¡*El*, t'Elas, t'Elas!

—Así es —gritó Kta—. ¡Aún sigo vivo, t'Kales! ¡Bienvenido! ¡Ayúdanos!

—Esa gente no merece compasión —jadeó t'Kales, llegando hasta él y haciendo un amago de reverencia—. Intentamos defenderles y protegen a los hombres de t'Tefur hasta cuando prenden fuego a sus propias casas.

—Toda Nephane ha perdido la razón y no hay tiempo de culpar a nadie. Ayúdanos o quédate al margen. La flota de Indresul está a un día de la ciudad y o nos convertimos en un solo pueblo o veremos arder a Nephane.

—Dioses —respiró t'Kales—. Entonces la flota...

—Derrotada. Debemos organizar la ciudad.

—No podemos hacerlo, Kta. Nadie de ellos atenderá a razones. Hemos estado sitiados en nuestras propias casas.

—¡Kta! —exclamó Kurt, pues otro hombre bajaba corriendo calle abajo.

Era Bel t'Osanef. Uno de los descendientes de Indras le bloqueó el paso con un *ypan* envainado y estuvo a punto de derribarle, pero t'Osanef lo evadió con la agilidad de la desesperación.

—¡Luz del cielo! —gritó Kta—. ¡Alto, t'Idur! ¡Déjale pasar!

El marinero bajó su arma y Bel volvió a echar a correr, llegando a donde estaban ellos.

—Kta... ¡Por los dioses, Kta! —Bel estuvo a punto de derrumbarse por la carrera y las palabras le salieron ahogadas—. No tenía esperanzas...

—Estás loco para salir a la calle —dijo Kta—. ¿Dónde está Aimu?

—A salvo. Nos refugiamos en Irain. Kta...

—Me lo han dicho, me lo han dicho, mi pobre amigo.

—Entonces, por favor, Kta, por favor, mi gente es inocente de los fuegos. Digan lo que digan los tuyos... quieren hacernos responsables... pero es una mentira, una...



—Cálmate, Bel. No le hables al viento. Te suplico que te encargues de esta gente y hagas que ayuden o que abandonen la zona. La flota de Indresul viene hacia Nephane y tenemos muy poco tiempo para restaurar el orden y prepararnos.

—Lo intentaré —dijo Bel, y miró desesperadamente a la asustada gente de la calle y a los muertos en las calles. Fue hasta el arquero que yacía en el centro de la empedrada calle, se arrodilló y lo tocó, alzando luego la mirada con un gesto de negación y una expresión que pedía compasión a la multitud.

Una mujer se acercó, la misma que había gritado, y se arrodilló en la calle junto al muerto, llorando y meciéndose en su sufrimiento. Bel le habló con las palabras que no pudo oír nadie, aunque reinaba un extraño silencio en la calle y la multitud sólo turbado por el crepitar de las llamas. Luego cogió el cadáver del joven y lo llevó hasta donde estaban los sufakis.

—Permitid que llevemos a nuestros muertos al interior. Los hombres que puedan que apaguen los fuegos.

—Los indras lo iniciaron —dijo una de las mujeres.

—Udafi Kafurtin —dijo Bel con voz temblorosa—, no hay forma de saber quién empezó nada en el caos en que hemos convertido a Nephane. El único enemigo identificable es aquel que no colabore a apagarlos. ¡Kta! ¡Kta! Haz que tus hombres depongan las armas. Ya hemos tenido bastantes amenazas y armas en esta ciudad. Mi gente no está armada, y la tuya no necesita estarlo.

—Disparáis emboscados —gritó uno de los indras.

—¡Haz lo que dice! —gritó Kta, y le miró con tal furia que los hombres empezaron a obedecerlo.

Luego Kta hizo una profunda reverencia ante t'Nechis, que tenía un primo al que llorar y ofreció su ayuda, aunque Kurt esperaba furia y odio del afligido t'Nechis.

Pero t'Nechis era indras y un caballero. Correspondió a la reverencia con la misma gracia.

Ocúpate de ello Kta t'Elas. Los de Nechis le llevaremos a casa. Entraremos contigo en cuanto enviemos a mi primo a su reposo.

A mediodía ya estaban apagados los fuegos, y los sufakis que habían ayudado a combatirlos se recogieron en sus casas para atrancar las puertas y esperar en silencio.

La paz volvió a la Calle de las Familias, teniendo hombres armados de la flota a ambos lados de la calle y en los tejados, desde donde podían vigilar todo lo que se moviese. Las cicatrices ya eran visibles en los derruidos y vacíos cascarones de edificios y el pavimento cubierto de escombros.

Kurt dejó a Lhe t'Nethim a salvo en la antesala de Elas, y el indras se mostraba huraño y molesto por tener que poner el pie en una casa hostil.

Encontró a Kta en la acera. Como él, estaba sucio de hollín y sudor y las ligeras

marcas de quemaduras de la lucha contra el fuego.

—Han enterrado a t’Nechis —dijo Kta huecamente, sin mirar a su alrededor.

Habían estado tanto tiempo juntos que les era posible sentir la presencia del otro sin mirar. Supo cómo era la cara de Kta sin vérsela, cansada y con ojeras y llena de dolor.

—Sal de la calle —dijo Kurt—. Eres blanco fácil.

—T’Ranek está en el tejado. No creo que haya peligro. Gracias a los dioses, la mitad de Nephane está en nuestras manos.

—Ya has hecho bastante. Ve a Irain. Aimu estará impaciente por verte.

—No deseo ir a Irain. Bel estará allí y no quiero verlo.

—Tendrás que hacerlo tarde o temprano.

—¿Qué puedo decirle? ¿Qué voy a contestarle cuando me pregunte qué pasará ahora? Perdóname, hermano, pero he hecho un trato con Indresul, y una vez juré que era imposible; perdóname, hermano, pero he entregado tu hogar a mis primos extranjeros; lo siento, hermano, pero te he vendido como esclavo para tu propia salvación.

—Al menos tendrán las mismas oportunidades que tiene un humano entre los indras —dijo Kurt con hosquedad—, y eso es mejor que morir, Kta. Es infinitamente mejor que morir.

—Espero que Bel lo vea así. Temo por esta ciudad cuando caiga la noche. Ha habido demasiada poca resistencia. Están reservándose algo. Y hay informes que dicen que t’Tefur está en el Afen.

Kurt dejó que el aliento silbara lentamente entre sus dientes y miró colina arriba, hacia la puerta del Afen.

—Si somos afortunados, Djan conservará el control sobre las armas.

—Pareces tener una extraña confianza en que no entregará ese poder.

—No lo hará. No voluntariamente. Puedo equivocarme, pero creo que sé cómo piensa Djan. Tendrá que sufrir mucho antes de permitir que esas máquinas se desaten sobre los nemet.

Kta giró la cabeza para mirarle, con la rabia en el rostro.

—Fue capaz de cosas que parece haber olvidado. Tu humanidad te ciega, amigo mío, y me temo que hayas enterrado a Mim más profundamente de lo que podría hacerlo la tierra. No comprendo esto. O quizá sí.

—Hay cosas en las que aún no me conoces lo bastante como para hablar de ellas —dijo Kurt con una frialdad repentina y cortante.

Y caminó de vuelta a Elas, ignorando a t’Nethim, que retrocedió en la oscuridad, hasta llegar al *rhmei*, donde el fuego había muerto y las cenizas estaban frías. Se arrodilló sobre las esterillas como había hecho tantas tardes, y miró a la oscuridad.

El silencioso paso de Lhe t’Nethim se atrevió a entrar en el silencioso *rhmei*. Era

un acto atrevido y valiente para un indras ortodoxo. Hizo una respetuosa reverencia ante el muerto cuenco del fuego y se arrodilló en el suelo desnudo.

Se limitó a esperar, como siempre había esperado, en silencio.

—¿Qué queréis de mí? —preguntó Kurt vejado.

—Os debo el cuidado del alma de mi prima. He venido porque es adecuado que un pariente vea el corazón que honraba ella. Cuando la haya visto vengada, volveré a ser libre.

Era comprensible. Kurt podía imaginar a Kta haciendo algo tan temerario por Aimu.

Hasta por él.

Se había mostrado muy rudo con Kta. Le dolía, aunque hubiera estado justificado. Se alegró al oír los familiares pasos de Kta en la entrada, como un fantasma de todo lo que era Elas, turbando su reposo.

Kta entró en silencio y se arrodilló en la esterilla más cercana a Kurt.

—Hice mal —dijo Kurt—. Te debo una disculpa.

—No —dijo Kta con amabilidad—. Las palabras volaron sin propósito. A veces eres un extraño. Temí que recordaras deudas humanas. Y tú no has encontrado *yhia* alguno desde que perdiste a Mim. Para ti yace en el corazón de todo. Un hombre sin *yhia* por una gran pérdida no puede recordar las cosas con claridad, no puede razonar. Es peligroso para todos los que le rodean. Te temo. Temo por ti. Ni siquiera tú sabes lo que eres capaz de hacer.

Guardó silencio durante largo rato. Kurt no turbó ese silencio.

—Lavémonos —dijo Kta por fin—. Pienso volver a encender el corazón de Elas cuando me haya lavado la sangre de las manos, y devolver alguna sensación de vida a estos salones. Si temes subir arriba, utiliza mi cuarto y sé bienvenido.

—No —dijo Kurt, poniéndose en pie—. Subiré arriba. No te preocupes por mí.

La habitación que había sido suya y de Mim parecía poco distinta. La manchada esterilla había desaparecido, pero todo lo demás seguía igual: la cama, el sagrado *phusa* ante el que se arrodillaba y rezaba.

Había pensado que le sería difícil estar allí. Apenas podía recordar el sonido de la voz de Mim. Ese había sido el primer recuerdo que había olvidado. El más persistente seguía siendo la forma en sombras ante el fuegocorazón, Nym con brazos alzados, invocando ruina, despertando la venganza de los dioses.

Pero ahora sus ojos se clavaban en el vestidor, donde aún seguían los alfileres y peines usados por Mim, y cuando abrió el cajón encontró las bufandas que llevaban el gentil aroma del *alud*. La recordó a plena luz del día por primera vez desde hacía mucho tiempo, su suave tacto, la luz en sus ojos cuando se reía, el sonido de su voz deseándole buenos días, mi señor. Las lágrimas acudieron a sus ojos. Cogió una de

las bufandas, ligera como un sueño en sus encallecidas manos de remero, y la dobló y devolvió a su lugar. Elas volvía a ser su hogar, y podía existir allí, y pensar en ella y dejar de llorarle.

La peculiar sombra de t’Nethim se asomó insegura por el umbral. Kurt le oyó, miró y le dijo que entrara. El indras titubeó al pisar la delicada alfombra e hizo una reverencia ante el muerto *phusa*.

—Aquí hay ropa limpia —le dijo Kurt, abriendo el armario que contenía todo lo que había sido suyo—. Coged lo que necesitéis.

El se quitó las sucias ropas y entró en el baño, lavándose y afeitándose con agua fría, vistiéndose después con ropas limpias, mientras Lhe t’Nethim hacia lo mismo. Kurt se encontró cambiado, más moreno, más delgado, con costillas surcadas por cicatrices que aún le molestaban; infortunios que quedaban muy lejos, expulsados por las amistosas paredes de esta casa.

Sólo quedaba t’Nethim, que le seguía en silencio, para recordarle la guerra en la que estaban inmersos.

Al terminar bajaron al *rhmei* para reunirse con Kta.

Kta había vuelto a encender el fuego sagrado, y su cálida luz chisporroteaba y tocaba sus caras y perseguía las sombras hasta los recovecos más profundos del alto techo y los espacios que separaban los pilares de la antesala. Elas volvía a vivir en Nephane.

T’Nethim ya no podía entrar aquí, así que volvió al umbral de Elas para retomar su lugar entre las sombras, con espada dispuesta y descansando junto a él como un centinela, donde solía velar el *chan* en los tiempos antiguos.

Pero Kurt se unió a Kta en el *rhmei* y escuchó mientras éste alzaba las manos ante el fuego y rezaba una plegaria a los Guardianes por su bendición.

—Espíritus de mis Ancestros de Elas, padre mío, madre mía, el destino me ha traído aquí y me ha devuelto a casa. Padre mío, madre mía, amigos míos que esperáis abajo, aún no hay paz en Elas. Ayudadme a encontrarla. Volved a acogernos en la casa y dadnos la bienvenida, y soportad también la presencia de Lhe t’Nethim u Kma, que se sienta ante nuestra puerta, como un pedigüeño. Sombra de Mim, uno de los tuyos ha venido. Reposa en paz.

Permaneció un momento inmóvil, y luego dejó caer las manos y miró a Kurt.

—El sentimiento es más satisfactorio —dijo con calma—, pero sigue habiendo una carga. Lo noto. ¿Lo sientes tú, Kurt?

Kurt tembló involuntariamente, y su parte humana insistió en que era una corriente de aire frío la que desviaba el calor del fuego en otra dirección.

Pero de pronto supo a lo que se refería Kurt al hablar de malas sensaciones. Un enemigo ancestral se sentaba en su umbral. La incomodidad se abrió paso en el aire, la inquietud se hizo notar con fuerza. T’Nethim existía, T’Nethim esperaba, en una

ciudad a la que no debería haber venido, en una casa que era enemiga suya.

Una parte de la *yhia* estaba fuera de lugar, esperando.

*Permitid que le pidamos que vaya a otra casa*, estuvo a punto de sugerir Kurt, pero se sintió demasiado avergonzado para hacerlo ya que era a él a quien seguía, sus propios talones los que él seguía como si fuera un perro.

Una llamada resonó en la puerta principal de Elas. Corrieron afuera, tomando las armas dejadas a la izquierda de la entrada al *rhmei*, y asintieron a la mirada interrogadora de t’Nethim. Este apartó la barra y abrió la puerta.

En el umbral había un hombre y una mujer: Aimu, con Bel t’Osanef.

Ella cruzó las manos sobre su pecho y se inclinó, y Kta correspondió a la reverencia. Cuando ella levantó la cara estaba llorando, las lágrimas corrían por su rostro.

—Aimu —dijo Kta—. Bel... Bienvenidos.

—¿Lo soy de verdad? —preguntó Aimu—. He esperado tanto este momento, hermano mío, tan pacientemente, y no venías a Irain.

—*El*, Aimu, Aimu, fuiste mi primer pensamiento al volver aquí. ¿Cómo no, hermana mía? Eres todo lo que nos queda a Kurt y a mí. ¿Cómo puedes pensar que no me importa?

Aimu le miró a la cara y su dolor se convirtió en una expresión preocupada, como si de pronto hubiera leído algo en Kta de lo que tuviese miedo, al conocerle.

—Mi querido hermano —dijo ella—, no hay mujeres en la casa. Recíbenos como huéspedes y permíteme que vuelva a convertir esta casa en tu hogar.

—Eso sería bienvenido. Sería muy bienvenido, hermana mía.

Ella hizo una ligera reverencia y se internó en la parte de la casa destinada a las mujeres. Kta miró a Bel, apenas capaz de hacer otra cosa, y los ojos del sufaki le miraron con serenidad. Exigían una respuesta.

—Bel, esta casa te da la bienvenida —dijo Kta—. Si es que deseas aceptar tal bienvenida.

—Puedes decírmelo tú, Kta.

—Pienso acabar con la disputa entre Tefur y nosotros.

Entonces miró directamente a Lhe t’Nethim, de modo que el indras supo que no se quería su presencia; y Lhe se retiró, sumiéndose en las sombras del vestíbulo, aún sin atreverse a entrar en el *rhmei*.

—Es un extranjero —dijo Bel—. ¿Es de las Islas?

—De Indresul —admitió Kta—. Olvídale, Bel. Ven al *rhmei*. Hablaremos.

—Hablaré aquí —dijo Bel—. Quiero saber lo que planeas. Si es venganza en t’Tefur, me uniré a ti en eso. Yo también tengo una deuda de sangre. Pero ¿por qué continúa sellada la calle? ¿A qué vienen este silencio en Irain? ¿Y por qué no has ido allí?

—No me presiones así, Bel. Lo explicaré todo.

—Has hecho algún acuerdo privado con las fuerzas de Indresul. Esa es la única conclusión con sentido. Quiero que me digas que me equivoco. Quiero de ti un relato que explique cómo volviste con la flota, quién es este extranjero que está en Elas, y muchas cosas más, Kta.

—Fuimos derrotados, Bel. Hemos comprado tiempo.

—¿Cómo?

—Bel... si te marchas ahora de aquí y levantas al pueblo contra nosotros, serás culpable de un derramamiento de sangre. Pedimos la batalla. La Methi Ylith no destruirá la ciudad si cumplimos con sus condiciones. Marcha de aquí si lo prefieres, traiciona esta confianza, y tendrás sobre tu conciencia las vidas de todo tu pueblo.

Bel se detuvo con la mano en la puerta.

—¿Qué harías para detenerme?

—Te dejaría marchar-dijo Kta. —No te detendría. Pero tu pueblo morirá si lucha, y arrojará por la borda todo lo que hemos intentado darle. Ylith-methi no acabará con los sufaki, Bel. Nunca habríamos aceptado eso. Estoy luchando contra ella para ganar vuestra libertad. Y creo poder, si los sufaki no lo estropean todo.

Los ojos de Bel brillaban con frialdad, un músculo latía lentamente en su mandíbula.

—Te estás riendo —dijo por fin—. ¿No me dijiste una vez que los descendientes de Indras lucharían hasta la muerte antes de permitir que cayera Nephane? ¿Son éstas tus promesas? ¿Es esto lo que vale tu honor?

—Quiero que esta ciudad viva, Bel.

—Te conozco, amigo mío. Kta t'Elas siempre piensa en cosas que sean honorables. Y cuando los indras hablan de honor, siempre salimos perdiendo nosotros.

—Comprendo tu amargura; no te culpo. Pero consigo para ti tanto como puedo ganar yo.

—Lo sé. Sé que dices la verdad. Si no te creyera, les ayudaría a cortarte la cabeza. Dioses, mi amigo, mi pariente por matrimonio. Tenías que ser tú, de entre todos nuestros enemigos, el que viniera a decirme que nos habías vendido... por nuestra amistad. Honorablemente. Porque era el destino. Ai, Kta...

—Lo siento, Bel.

Bel lanzó una breve carcajada, un sonido semejante a un sollozo.

—Dioses. Mataron mi casa por estar al lado de Elas. Mi gente... intenté convencerlos con razones, que fueran justos. Hablé con mucha elocuencia, *al*, sí, y lo más terrible de todo fue que lo sabía... lo supe en cuanto me dijeron que había vuelto la flota... supe con toda la certeza del instinto lo que debían haber hecho los indras para volver tan pronto. Era el único camino razonable, ¿o no es el lógico, el

expeditivo, el más conservador que se podía tomar? Pero hasta que no viniste a Irain no supe que habías sido tú quien nos hizo eso.

—T’Osanef —dijo Kurt—, el tiempo lo cambia todo, hasta en Indresul. Ningún humano habría salido vivo de las manos de Tehal-methi. Y a mí me liberaron.

—¿Habéis visto a Ylith-methi cara a cara?

—Sí —dijo Kta.

Bel le dirigió una mirada aún más incómoda.

—Dioses, casi podría creerlo... ¿es que os fuisteis directamente a Indresul? ¿Tenía razón t’Tefur sobre ti?

—¿Es eso lo que se rumorea en la ciudad?

—Un rumor que no he creído hasta ahora.

—Shan t’Tefur sabe dónde estábamos —dijo Kurt—. Intentó hundirnos cerca de las Islas, pero fuimos capturados por Indresul después de eso, y esa es la verdad. Kta ha arriesgado la vida por ti, t’Osanef. Lo menos que puedes hacer es concederle tiempo para oír toda la verdad.

Bel lo pensó un momento.

—Supongo que puedo hacerlo. Poco más puedo hacer, ¿no es así?

—¿Tomaréis mas té, caballeros? —preguntó Aimu, cuando el silencio duró largo rato entre ellos.

—No —dijo Bel finalmente, y le entregó la taza. Volvió a mirar a Kta y a Kurt—. Al menos ahora soy capaz de comprenderlo, Kta. Siento los sufrimientos que has padecido.

—Dices lo que hay en tu cabeza —dijo Kta—, no lo que hay en tu corazón.

—He escuchado lo que tenías que decir. No te culpo. ¿Qué podías hacer? Eres indras. ¿Elegiste la supervivencia de tu gente y la destrucción de la mía, ¿es tan antinatural?

—No permitiré que dañen a los sufaki —insistió Kta, mientras Bel seguía mirándole con ese profundo dolor que no admite lágrimas.

—¿Desafiarías a Ylith-methi por nosotros, como desafiaste a Djan? —preguntó Bel.

—Sí. Sabes que lo haría.

—Sí, porque Indras es honorable hasta la locura. Morirías por mí. Eso satisfecería a tu conciencia. Pero ya has hecho la elección que importa. Dioses, Kta, te quiero como a un hermano. Te comprendo, y eso me duele, Kta.

—A mí también porque sabía que te dolería. Pero estoy haciendo lo que puedo para impedir el derramamiento de sangre entre tu gente. No pido vuestra ayuda, sólo vuestro silencio.

—No puedo prometer eso.

—Bel —dijo Kurt cuando t’Osanef se levantó—. Escúchame a *mí*. Un pueblo

siempre puede tener esperanzas, mientras siga con vida, hasta el mío, por muy bajo que haya caído en este mundo. Podéis sobrevivir a esto.

—Volviendo a ser esclavos.

—Incluso así. Las costumbres sufakis sobrevivirán, y si esto sobrevive, iréis ganando poco a poco. Lucha con ellos, pierde vidas, perece, y al final obtendrás el mismo resultado. Las costumbres sufakis se mezclarán con las indras y las de éstos con las vuestras. Inclínate ante el sentido común. Ten paciencia.

—Mi pueblo me maldeciría como a un traidor.

—Es demasiado tarde para hacer otra cosa —dijo Kurt.

—¿Están de acuerdo las Familias? —preguntó Bel a Kta.

—Se hizo una votación en la flota. Había bastantes casas presentes como para que las familias se vean forzadas a aceptar la decisión. La votación en el Upei sería una formalidad.

—No es algo inusual —dijo Bel, y miró a Aimu, que estaba sentada escuchando a todo, sumida en el dolor y el silencio—. Aimu... ¿tienes algún consejo que darme?

—No —dijo ella. Ningún consejo. Sólo que hagas lo que creas mejor. Si tu honrado padre estuviera aquí, seguramente sabría aconsejarte por ser sufaki, por ser de más edad. ¿Qué puedo decirte yo?

Bel bajó la cabeza y meditó un tiempo e hizo un gesto de profunda preocupación.

—Es una buena respuesta —dijo por fin—. Sólo odio la elección. Esta noche... esta noche en que todavía es posible moverse sin que uno de tus hombres me corte el cuello, hermano Kta, iré a ver a todos los hombres partidarios de mi padre que pueda encontrar. Te dejó t'Tefur a ti. No mataré a sufaki alguno. ¿Asumo que intentarás tomar el Afen?

Kta tardó en contestar, y la mirada de Bel contenía un humor amargo, como si desafiara su confianza.

—Sí —dijo Kta.

Entonces esta tarde iremos por caminos separados. Espero que tus hombres tengan el buen sentido de mantenerse lejos del puerto. ¿O es que Indresul planea un ataque nocturno?

—Si eso sucediese sabrías que las Familias han sido engañadas. Te digo la verdad, Bel. No espero que eso suceda.

A la puerta de Elas llegaban hombres de cuando en cuando, a medida que el día se sumía en la tarde, representantes de las casas reportando decisiones, urgiendo acciones. Tan t'Ilev llegó para informar que la calle estaba controlada a lo largo de la muralla de entrada al Afen. También trajo las nuevas mal recibidas de que Res t'Benit había sido herido en una emboscada en la parte baja de la calle, triste anticipo de problemas venideros, cuando la noche hiciera vulnerable la posición de las Familias.



—¿Dónde sucedió? —preguntó Kta.

—En Imas —dijo Ian—. Fue en la casa que mira hacia el barrio sufaki. Pero el asesino huyó y no pudimos seguirle en...

Se interrumpió en seco al ver a Bel ante la arcada triangular del *rhmei*.

Bel avanzó hacia adelante.

—¿Me consideras el enemigo, Ian t'Ilev? ' —T'Osanef—. Ian disimuló su confusión con una reverencia cortés. —No, sólo me sorprendí al veros aquí.

—Que raro. Mucha de mi gente no lo estaría.

—Bel —le regañó Kta.

—Tú y yo sabemos cómo están las cosas —dijo Bel—. Si me perdonáis, veo que las cosas se ponen en marcha y el sol se pone. Creo que es hora de que me vaya.

—Ve con cuidado. Espera hasta que haya bastante oscuridad.

—Tendré cuidado —dijo, y su voz recuperó un poco de calidez—. Kta, cuida de Aimu.

—Dioses, ¿te marchas en este momento? ¿Qué voy a decirle?

—Ya le he dicho lo que necesitaba decirle. —Bel se retrasó un momento más, con la mano en la puerta, y miró hacia atrás—. Era tu mejor argumento; te agradezco que no te hayas rebajado a utilizarlo. Omitiré el desarte éxito, Kta. No te sorprendas si alguien de mi gente decide morir a estar de acuerdo contigo. Ni siquiera rezaré por la muerte de t'Tefur, porque quizá sea el último miembro de la nación que fuimos que vea este mundo. El nombre, mis amigos indras, era Chtelek, no Sufak. Pero probablemente carezca de importancia a partir de ahora.

—Al menos ármate, Bel —dijo Kta.

—¿Contra quién? ¿Los tuyos o los míos? Gracias, pero no. Te veré en el puerto, o estaré en él mañana por la mañana, sea lo que sea lo que me depare la fortuna.

La pesada puerta se cerró tras él, reverberando por entre las vacías habitaciones, y Kta miró a Ian con una expresión preocupada.

—¿Confías en él hasta tal punto? —preguntó Ian t'Ilev.

—No inicies acción alguna contra los sufaki. Insisto en eso, Ian.

—¿Sigue estando todo acorde al plan previsto?

—Estaré aquí al anochecer. Pero puedes hacer una cosa, llévate a Aimu contigo y ponía a salvo en una casa defendida. Elas no la protegería esta noche.

—Estará a salvo en Ilev. Habrá hombres de guardia, tantos como podamos permitirnos. Las mujeres de Uset también estarán allí.

—Eso me tranquilizaría grandemente —dijo Kta.

\* \* \*

Aimu sollozó cuando se separaron, como si ya hubiera estado llorando e intentara

no hacerlo. Fue al *phusmeha* antes de dejar la casa y arrojó al fuego sagrado su bufanda de seda. Explotó en una breve llamarada y extendió las manos en una oración. Entonces fue y se puso al cargo de Ian t'Ilev.

Kurt sintió profundamente su dolor y le costó trabajo pensar que Kta no realizara alguna despedida especial, pero ella le hizo una reverencia con la misma formalidad que siempre había habido entre ellos.

—Que el cielo te guarde, hermano mío —dijo en voz baja.

—Que los guardianes de Elas velen por ti, hermanita mía, que una vez perteneciste a esta casa.

Eso fue todo. Ian abrió la puerta para que pasara y la acompañó hasta la calle, dirigiendo hacia arriba una mirada preocupada, a los tejados donde aún había guardias vigilando, una presencia reconfortante. Kta volvió a cerrar la puerta.

—¿Cuánto queda? —preguntó Kurt—. Ya casi oscurece. Shan t'Tefur debe tener ideas propias.

—Estamos a punto de salir.

T'Nethim apareció silenciosamente entre las sombras del vestíbulo. Kta hizo un gesto con la cabeza y t'Nethim avanzó para unirse a ellos.

—Quedaos junto al umbral —le ordenó Kta—. Y no os mováis. Lo que todavía queda por hacerse no tiene que ver contigo. Te prohíbo que invoques a tus Guardianes en esta casa.

T'Nethim pareció incómodo, pero se inclinó y volvió a su lugar acostumbrado junto a la puerta, colocando la espada en el suelo, ante él.

Kta caminó con Kurt hasta el fuego del *rhmei*, y Kurt se dio cuenta entonces del porqué de la advertencia a t'Nethim, pues Kta caminaba por la pared izquierda del *rhmei*, donde estaba colgada Ishtain, la Espada de Elas. *La ypansul* llevaba nueve generaciones sin ver turbado su descanso, desde que se expulsó a los humanos de Nephane, pero atenciones ocasionales habían mantenido brillante su metal y en buen estado la empuñadura recubierta de cuero. Las *ypai-sulim*, las Grandes Armas, eran únicas a sus casas y llenas de su historia. Ishtain, forjada en Indresul cuando Nephane aún era una colonia, casi mil años antes, y se había consagrado con la sangre de un sufaki cautivo en el bárbaro pasado, y enarbolada anteriormente en batalla por once hombres.

La mano de Kta titubeó al aferrar su pomo ennegrecido por los años, pero levantó el arma, funda incluida, y fue hasta el fuegocorazón. Allí se arrodilló y posó la gran Espada en el fuego, con las manos extendidas ante ella.

—Guardianes de Elas —dijo—, despertad, despertad y escuchadme, todos vosotros, los espíritus que me conocen o los que han enarbolado esta espada. Yo, Kta t'Elas u Nym, último de esta casa, os invoco. Sabed de mi presencia y de la de Kurt Liam t'Morgan u Patrick Edward, amigo de esta casa. Sabed que en mi umbral se

sienta Lhe t’Nethim u Kma. Permitid que vuestro poder proteja a mi amigo y a mí, y que no dañen al que está en nuestra puerta. Alzamos a Ishtain contra Shan t’Tefur u Tlekef, y los motivos os son de sobra bien conocidos. Y tú, Ishtain, tendrán la sangre de t’Tefur o la mía. Dirige tu ira contra t’Tefur y contra ningún otro. Mucho has dormido sin ser turbada, mi temida hermana, y sé cuál es el tributo debido por despertarte. Estará saldado con la luz del alba, y una vez transcurrido ese momento, podrás volver a dormir. Juzgadme, Guardianes, y si mi causa es justa, dadme fuerza. Devolved la paz a Elas, ya sea mediante la muerte de t’Tefur o la mía.

Y diciendo esto tomó la espada envainada y la descubrió, y la sagrada luz brillaba en toda su longitud cuando se asentó en su mano. Grabado en su brillante superficie estaba el relampagueante emblema de la casa, pareciendo brillar y cobrar vida en la oscuridad del *rhmei*. Alzó la hoja con ambas manos hasta situarla ante el fuego y se levantó, alzándola hacia el cielo y volviéndola a bajar, para devolverla a su funda y llevársela luego al cinturón.

—Hecho está —le dijo a Kurt—. Ten ahora cuidado conmigo, aunque tu alma humana dude de poderes semejantes. La última vida que bebió Ishtain fue humana, y es una criatura maligna, difícil de dormir una vez despertada. Es la más antigua de todas las *Sulim* de Nephane, y tiene voluntad propia.

Kurt asintió y no dijo nada. Fuera cual fuera el temperamento del espíritu que vivía en este metal, conocía el que vivía en Kta t’Elas. El gentil Kta se había preparado para matar, y no quería estar demasiado cerca de él o que algún amigo se interpusiera en su camino.

Y cuando llegaron al umbral donde esperaba Lhe t’Nethim, éste postró el rostro en el suelo de piedra y dejó que Kta pasara por la puerta antes de levantarse él. Y cuando Kurt se retrasó en cerrar la puerta de Elas y asegurarla, t’Nethim se puso en pie y salió de la oscuridad, llevando en su sudorosa cara la mirada de un hombre que acaba de ser rozado por algo que ansiaba su vida.

—Ha orado por vuestra salvación —se aventuró Kurt a decirle.

—A veces no basta con eso —dijo Lhe t’Nethim—. Ve delante, t’Morgan, pero tened cuidado. En esa casa viven los muertos de Elas, Mim, mi prima...

Se interrumpió con un escalofrío y Kurt procuró dejar mentalmente a un lado la superstición nemet horripilado ante la posibilidad de que el nombre de Mim pudiera verse mezclado en la sangrienta historia de Ishtain.

Corrió para alcanzar a Kta, y supo que Lhe t’Nethim le seguía a prudente distancia.

## XXIII

Allí —dijo Ian t'Ilev, señalando hacia las puertas de hierro del Afen—. Han situado arqueros en el interior. Estamos destinados a recibir algún flechazo. Kurt y tú sois los que debéis tener más cuidado. Quedaréis al descubierto durante algunos segundos.

Kta estudió la situación desde la puerta de Irain. Ya había oscurecido y sólo podían verse formas mal definidas, la muralla y el Afen no eran más que enormes masas.

—No podremos evitarlo. Salgamos. Ahora.

Ian t'Ilev hizo una rápida reverencia y salió del refugio, cruzando la calle como una flecha.

Un instante después se oyó un terrible grito y de la calle principal surgió una fuerza de hombres portando antorchas y armas. Los descendientes de Indras lanzaban un ataque directo contra las puertas de hierro de Afen, llevando un ariete con ellos.

El patio de los Afen estaba iluminado por una luz blanca, cegadora y al otro lado de las murallas se oyó un ulular como respuesta de los sufakis. Los golpes del ariete retemblaron contra los barrotes de hierro.

Kurt y Kta esperaron un momento, mientras se reunían a su alrededor los hombres de Isulan. Luego Kta echó a correr seguido por los hombres hasta la sombra de las murallas. Se lanzaron las escalas.

El primer hombre llevaba consigo la cuerda que les ayudaría a bajar por el otro lado. Ganó la cima y desenrolló la cuerda a medida que bajaba, dejándola tensa en manos de quienes le sujetaban afuera.

El siguiente hombre subió arriba y luego le tocó el turno a Kurt. Las luces les enfocaban ahora, localizándoles, y las flechas empezaron a volar en su dirección.

Una silbó por encima de su cabeza. Pasó una pierna por encima del muro, y luego el Rito del cuerpo, perdiendo piel de las manos con la cuerda de nudos mientras bajaba.

El hombre que le seguía consiguió pasar, pero el siguiente cayó al suelo encima de otro hombre. No había tiempo para ayudar a ninguno. Kta aterrizó a su lado sobre sus pies, rompió la cuerda de seguridad y sacó a Ishtain de su funda. Kurt desenvainó su propio *ypan* a medida que corrían, intentando evitar el foco rastreador.

La misma muralla del Afen les proporcionó refugio y se reagruparon allí. De los veinticuatro que habían iniciado el ataque, faltaban al menos seis.

T'Nethim fue el último en llegar. Eran diecinueve.

Kta hizo un gesto, indicando la puerta del Afen, y se deslizaron por la muralla hasta llegar allí, el sitio donde la guardia de la Methi se había hecho fuerte. Conocían a esos hombres, pero no había piedad alguna en las flechas que ya habían hecho

buena cuenta de ellos, y no las había en los planes trazados. Habría que forzar la entrada.

Las puertas de la muralla cedieron con un chasquido metálico y los indras al mando de Ian t'Ilev se lanzaron en un asalto frontal contra la puerta del Afen. Los arqueros sufakis, en pie y arrodillados, disparaban todo lo rápido que podían, y la pequeña fuerza de Kta golpeó a los arqueros por el flanco, creando una diversión de preciosos segundos. Ishtain golpeó sin piedad, y Kurt manejó su propio acero con menos habilidad pero no menos determinación.

Los arqueros sin espada dejaron los arcos ante el sorprendente ataque y recurrieron a los puñales largos, pero no tenían ninguna oportunidad contra los *ypai*, siendo rápidamente superados. La carga de los indras llegó hasta la misma puerta, golpeando el ariete forrado de puntas metálicas con lenta y aplastante fuerza contra la madera chapada en bronce.

Del interior surgió un zumbido penetrante que se hizo oír por encima de los golpes y los gritos. Kurt lo reconoció, se heló por dentro, agarró a Kta por el hombro y le arrastró hacia atrás, gritando a los demás para que se tiraran al suelo, pero pocos le oyeron.

La puerta del Afen se disolvió en una sábana de llamas y el ariete y los hombres que lo sostenían fueron escoria y cenizas en el mismo instante. Los indras que aún seguían en pie quedaron paralizados por la sorpresa o habrían huido; y entonces se oyó el clic y el zumbido del arma alienígena a medida que almacenaba poder para el siguiente estallido flamífero.

Kurt se lanzó a través del humeante umbral, hasta la muralla interior y fuera de la línea de fuego. Los artilleros movieron el arma con su trípode para poder apuntarle bien, y se tiró al suelo, rodando y moviéndose, y el rayo pasó sobre su cabeza con un chisporrotear de energía y un hálito de calor.

La muralla se derrumbó, las vigas de sujeción se volvieron cenizas en un instante, y Kurt volvió a levantarse con un grito tan salvaje como el de los indras, disponiendo sólo de unos segundos antes de que el arma pudiese volver a ser disparada.

Abatió al artillero con un golpe de su acero, y sus oídos le dolieron cuando el arma sin operario consiguió reunir la energía y lanzó un salvaje grito de energía. Un segundo hombre intentó dirigirla contra los indras que atravesaban la puerta.

Kurt acabó con él, ignorando al hombre que le clavaba una lanza en el costado. El ardiente borde de metal le rasgó la espalda y le tiró al suelo, donde rodó buscando protegerse.

El sufaki que tenía encima iba por su corazón. Intentó bloquearles con la espalda y desvió la punta de hierro, que le rasgó el hombro y arañó el suelo de piedra.

El sufaki caía al suelo un instante después con Ishtain atravesándole las costillas, y Kta se detuvo en medio de la agitación para ayudarle a levantarse.

—Ponte a salvo —le aconsejó Kta.

—Estoy bien. ¡No! —gritó al ver como el indras se disponía a arrojar el arma al suelo.

Se tambaleó hacia el arma que aún zumbaba dispuesta para ser disparada y la empujó para que apuntara contra la siguiente barricada que los indras intentaban derribar vanamente con hombros y espadas. La destrozada muralla que tenía a su espalda y el polvo y los trozos de piedra que caían desde el techo daban cuenta de lo cerca de derrumbarse que estaba esa zona. Había que ser precavidos. Manejó los controles del arma para disminuir la intensidad del rayo.

—Ten cuidado —dijo Kta—. No confío en esta cosa.

—Haz que se retiren tus hombres —dijo Kurt, y Kta les gritó. Cuando se dieron cuenta de lo que iba a hacer, se movieron prestos a obedecerlo.

La puerta se disolvió, los bordes de la desintegrada madera estaban chamuscados y ennegrecidos, y Kurt volvió a disminuir la intensidad mientras los indras volvían a avanzar y abrían las arruinadas puertas.

La parte interior del Afen estaba a su alcance, con ausencia de defensores en los salones inferiores. El silencio reinó durante un momento. Ante ellos estaban las escaleras que conducían a los apartamentos de la Methi, a la parte humana, que quizá guardara otras armas.

—Le ha entregado las armas a los sufakis —dijo Kurt—. No hay forma de saber lo que nos espera arriba. Tenemos que apoderarnos del nivel superior. Ayudadme. Necesitamos este arma.

—Trae —dijo Ben t'Irain, un hombre de fuerte constitución que era amigo de la casa de Elas. Se echó la cosa en sus anchos hombros e hizo una señal a uno de sus primos para que cogiera la base cuando Kurt pateó el trípode y se derrumbó.

—Si encontramos problemas —le dijo Kurt—, baja la rodilla y apunta este extremo hacia el objetivo. Déjame a mí el resto.

—He comprendido —dijo el hombre con calma, lo cual era muy valiente para un nemet, con todo lo que odiaba a las máquinas. Kurt le dedicó al hombre una respetuosa inclinación de cabeza y dirigió a los hombres escaleras arriba.

Subieron con rapidez y precaución, preparados para ser emboscados a cada curva, Kurt temía una mina, pero eso fue algo que no les dijo; no tenían otro camino para subir.

La puerta al final de las escaleras estaba cerrada, como Kurt sabía que debía estar, y con Ben para estabilizar el arma, convirtió la madera en cenizas marcando su silueta en el muro de piedra del otro lado. El arma volvió a acumular poder, volviendo a emitir su siniestro zumbido, y Kurt no hizo caso, pese a lo peligroso que era moverlo cuando estaba cargado. Tenía que estar dispuesta.

Entraron en la antesala que conducía a la sección humana del Afren. Sólo

quedaba la puerta de las habitaciones de Djan.

Kurt alzó la mano pidiendo precaución, pues aquí debían encontrar alguna oposición, ya que no había sido en otra parte.

Esperó. Kta le miró a los ojos y aparecía impaciente, sin aliento.

Teniendo que enfrentarse con Djan, toda subestimación podía resultar fatal para todos.

—Ben —dijo—, esto puede costarnos tu vida y la mía.

—¿Qué quieres que haga? —preguntó Ben t'Irain bastante calmado, aunque jadeaba por el esfuerzo de la escalada. Kurt señaló la puerta con la cabeza.

T'Irain fue con él y se situó en posición, arrodillándose. Kurt apuntó al centro y disparó.

La puerta dejó de existir, y la humeante abertura enmarcó un montón de retorcido metal y las formas de dos hombres silueteadas contra el ennegrecido muro de más allá, donde sus cuerpos y el arma que manejaban habían absorbido la energía del disparo.

Un movimiento a la derecha atrajo la atención de Kurt. Hubo un estallido de luz a medida que se volvía y Ben t'Irain boqueó de dolor derrumbándose bajo el arma.

T'Tefur. El sufaki movió la pistola a la derecha, hacia Kurt. Este se lanzó al sueño y el rayo alcanzó la pared ante la que había estado. Dos indras corrieron en ese instante hacia el líder sufaki. Uno cayó derribado y Kta, que era el otro, fue rozado por el rayo.

Kta esquivó la mesa que les separaba e Isthain trazó un invisible arco que terminó en el cráneo del sufaki. La pistola se descargó sin control y Kta se tambaleó al recibir el disparo en la pierna mientras las moribundas manos de t'Tefur intentaban agarrarle y fallaban. A continuación, Kta se irguió y se apoyó en Ishtain para volverse y mirar a los demás.

Kurt se inclinó sobre la zumbante arma y la desconectó, luego tocó el cuello de t'Irain para descubrir que no latía. El primer disparo de t'Tefur había sido certero.

Se puso en pie sobre sus temblorosas piernas, apoyándose en el chamuscado marco de la puerta. El calor le hizo retroceder de un salto y se tambaleó hasta llegar junto a Kta, pasando ante el tendido cuerpo de Ian t'Ilev, pues él era el otro hombre que había derribado t'Tefur antes de morir.

Kta no se había movido. Seguía junto a t'Tefur, teniendo ambas manos en el pomo de Ishtain. Luego Kurt se inclinó y cogió el arma de entre los dedos muertos de Shan t'Tefur, sin ningún sentimiento de triunfo al hacerlo, ninguna satisfacción en nombre de Mim o de los otros que habían muerto antes que él.

Lo que habían matado era una forma de vida, el último de una gran casa. Había muerto bien. Los indras guardaban silencio y Kta el que más.

Una pequeña forma plateada salió de su escondite detrás del sofá y corrió hacia la

puerta abierta. T'Ranek la detuvo, la levantó en vilo mientras forcejeaba y luego volvió a bajarla.

—Es *chan* de la Methi —dijo Kta, pues en verdad era Pai t'Erefe, sufaki, compañera de Djan.

Una vez libre, se arrojó a sus pies llorando, formando una figura temblorosa y pequeña entre esa reunión de guerreros, pero también pertenecía al Afen, así que una vez manifestada la obediencia requerida a los conquistadores, se sentó con la espalda rígida y la cabeza erecta.

—¿Dónde está la Methi? —preguntó Kta, y Pai apretó los labios y no contestó. Uno de los hombres avanzó hacia ella y la agarró del brazo con crueldad.

—No —le pidió Kurt, y dejó caer una rodilla y miró a Pai de frente—. Pai, habla rápidamente. Aún hay posibilidades de que viva si me lo dices.

Los grandes ojos de Pai le miraron, dentro y fuera de él.

—No la dañéis —suplicó.

—¿Dónde está?

—El templo... —Cuando él se levantó, ella hizo lo mismo para atraer su atención—. Mi señor, t'Tefur quería las armas mayores, pero ella no se las entregó. Se las negó. Mi señor Kurt, no la matéis, mi señor.

—Probablemente la *chan* miente para ganar tiempo y que la Methi pueda preparar algo peor que esta bienvenida —dijo t'Ranek.

—No miento —sollozó Pai, prefiriendo agarrarse al brazo de Kurt sin vergüenza antes que ser ignorada—. La conocéis, mi señor Kurt. No miento.

—Vamos. —Kurt la cogió del brazo y miró a los demás, especialmente a Kta, cuyo rostro estaba pálido y tenso por la herida—. Esperad aquí. Voy al templo.

—Es un suicidio —dijo Kat—. No puede entrar allí, Kurt. Ni siquiera nosotros osaríamos ir tras ella allí. Ningún indras...

—Pai es sufaki y yo soy humano —dijo Kurt—, y ya no hay peor profanación que la presencia de Djan. Conserva el Afen. Has ganado, y ahora tienes que hacer que las cosas no se vayan por la borda.

—Entonces llévate hombres contigo —le suplicó Kta, y cuando ignoró la súplica—: Elas te quiere de vuelta.

—Lo recordaré.

Se apresuró llevando a Pai a su lado, pasando junto al cadáver de t'Irain ante la puerta y cruzó la sala hasta las escaleras de atrás. Mantuvo una mano en el brazo de ella y sostenía la pistola en la otra obligando a la *chan* a mantener un paso agobiante.

Pai sollozaba, caminando con pequeños pasos, tropezando con los faldones del vestido mientras bajaba las escaleras, aunque intentaba sostenerse agarrándole con la mano libre. Kurt la zarandeó cuando llegaron al rellano sin preocuparse de si le hacía daño o no.



—Si llegan a ella antes que yo, la matarán, Pai. Muévete si la quieres.

Y los pies de Pai bajaron las escaleras con mucha más seguridad después de esto, y se tragó las lágrimas, pues la valiente *chan* no tenía por qué haber tropezado tan a menudo. Bajó las escaleras por sus propios medios.

' Salieron al salón principal y atravesaron la multitud formada por los demás indras, y los hombres les miraron, pero no se atrevieron a detenerle; todo el mundo conocía al humano de Elas. Pai miró a su alrededor con ojos enloquecidos por el miedo, pero Kurt tiró de ella, haciéndola pasar bajo el debilitado techo de la puerta principal y dejando atrás la carnicería que se amontonaba en la entrada. Pai se sobresaltó y se detuvo. Kurt la hizo pasar con rapidez, sin culpar demasiado a la chica.

El viento nocturno les acarició, frío y limpio tras la peste a carne quemada del Afen. Al otro lado del patio inundado de luz se alzaba la oscura silueta del Haichematleke, y junto a ella el muro y la pequeña puerta que daba al patio del templo.

Atravesaron el área iluminada, temiendo el ataque de algún arquero y llegaron sin aliento a la puerta.

—Será mejor que estés diciendo la verdad —dijo Kurt.

—Lo hago —dijo Pai, y sus grandes ojos se desorbitaron, clavándose en algún lugar sobre su hombro—. ¡Señor! ¡Alguien viene!

—Vamos —dijo él, y, tras disparar contra la cerradura, abrió la puerta con el hombro—. ¡Rápido!

Las puertas del templo estaban abiertas de par en par, más allá de los escalones que seguían a los tres pilones triangulares. La dorada luz del fuegocorazón de Nephane iluminaba toda la plaza y velaba el cielo sobre la abertura del tejado.

Kurt aspiró profundamente y corrió hacia arriba, arrastrando a Pai consigo, ya que ésta se derrumbaba de agotamiento. La rodeó con el brazo y medio la llevó auestas, pues no quería dejarla para enfrentarse sola a quienquiera que les siguiese. Detrás de él volvió a oír ruido de lucha en la puerta principal, una resistencia renovada, gritos de victoria. No se detuvo para saber de quién.

Ya dentro, el gran fuegocorazón rugía en su foso circular alzándose hacia el *gelos*, la abertura del techo, el humo bullía tenebrosamente hacia las negras piedras.

Kurt continuó sujetando a Pai y entró con cuidado, manteniéndose pegado a la pared, examinando cuidadosamente hacia dónde se dirigía, y vigilando todos los recovecos oscuros. El crepitar del fuego ahogaba sus pasos y su brillo ocultaba todo lo que pudiera esconderse al otro lado de él. Lo primero que supiera de la presencia de Djan podía ser un rayo de fuego más mortal que el fuego que ardía por Phan.

—Humano.

Pai chilló cuando él dio media vuelta, arrojándola a un lado y manteniendo el

dedo en el gatillo. El anciano sacerdote, el que estuvo a punto de enviarle a la muerte, estaba a un lado de la sala, bastón en mano, y detrás de él había otros sacerdotes.

Kurt retrocedió incómodo, dirigió una nerviosa mirada más a la izquierda, y luego otra vez a la derecha, hacia el fuego.

—Kurt —dijo Djan desde las sombras de su derecha.

Se volvió lentamente, sabiendo que ella estaría armada.

Allí estaba, con su cobrizo pelo brillando en las sombras, tan brillante como el bronce de los cascos de los hombres que había detrás de ella, y en sus manos estaba el arma que suponía habría. Ahora llevaba su propio uniforme, el que nunca la había visto llevar, de un verde que brillaba con irrealidad sintética en este tiempo y lugar.

—Cuando huiste supe que volverías.

Tiró el arma al suelo, mostrando así que tenía las manos vacías.

—Te sacaré de aquí, es demasiado tarde para salvar nada, Djan. Entrégate. Ven conmigo.

—¿Cómo? ¿Has olvidado, y Elas también? Te envían porque no pueden venir aquí. Temen este lugar. Y Pai, qué vergüenza, Pai...

—Methi —gimió Pai, arrastrándose por el suelo en su desventura—. Lo siento, Methi.

—No te culpo. Llevo días esperándole. Esta vez habló en nechai. —¿Y Shan t'Tefur?

—Ha muerto —dijo Kurt.

No hubo pena, sólo un ligero agitar en los ojos.

—Ya no podía razonar con él. Veía cosas que no existían, que nunca habían existido. Me dijeron que los demás encontraron soluciones propias. Dicen que las Familias se han entregado a Ylith de Indresul.

—Para salvar la ciudad.

—¿Y lo conseguirán?

—Creo que al menos tienen alguna posibilidad.

—Pensé que podía hacer que me escucharan. Tenía las armas necesarias para hacerlo, para demostrarles de dónde venimos.

—Agradezco que no lo hicieras.

—Organizaste este ataque pensando que no lo haría.

—Sabes que la lección no habría dado resultado. Y tienes demasiado sentido de la responsabilidad para permitir que mueran hombres defendiéndote. Te ayudaré a salir de aquí, a esconderte en las colinas. Hay gente en las aldeas que podría ayudarnos. Más tarde harás las paces con Ylith-methi.

Ella sonrió con tristeza.

—¿Cómo lo conseguiríamos si nos separa un mundo? Ylith no lo consentiría. Ni tampoco Kta t'Elas.

—Déjame ayudarte.

Djan movió su arma, desconectando la energía con una presión del pulgar.

—Marchaos —le dijo a sus dos compañeros—. Poner a salvo a Pai.

—Methi —protestó uno. Era t’Senife—. No os dejaremos con él.

—Marchaos —dijo ella, pero al ver que no lo hacían, se limitó a extenderle una mano a Kurt y dirigirse con él hacia la puerta. Los sacerdotes de blancas vestiduras retrocedieron desapareciendo en las sombras antes de dejar libre el paso.

Una sombra se alzó ante ellos.

T’Nethim.

Una espada relampagueó. Kurt se quedó inmóvil, anticipando el movimiento de la mano de Djan, levantando la pistola.

—¡No! —les gritó a los dos.

El y *pan* descendió.

Un grito de ultraje rugió en sus oídos. Cogió el brazo de t’Nethim arrojándole a un lado mientras los guardias sufakis le atacaban. Los levantados aceros cayeron casi simultáneamente. T’Nethim se derrumbó sobre los escalones, dejando un oscuro rastro tras él.

Kurt se arrodilló, vio la espantosa ruina que era el hombro de Djan y supo que estaba acabada, aunque todavía respiraba. Su estómago le dio un vuelco. Le pareció que sus ojos le miraban con piedad.

Entonces perdieron la luz de la vida, el fuego del umbral se reflejó en su superficie. Cuando la levantó en brazos estaba desmadejada, sin vida.

—Suéltala —ordenó alguien.

Ignoró la orden, aunque pensaba que un puñal sufaki se le clavaría en la espalda de un momento a otro. Acunó a Djan contra sí, consciente de los sollozos de Pai. Kurt no derramó lágrimas. Se habían quedado dentro de él, haciendo compañía al terror que le roía el estómago. Deseó que acabaran de una vez con él.

Una vibración ensordecedora llenó el aire, gimiendo profundamente con la cantarína voz del bronce, con el batir de la *Inta*; las notas temblaron y helaron la noche. Resonó una y otra vez hasta que se interrumpió, y Kurt se arrodilló y mantuvo su peso muerto contra los hombros hasta que por fin llegó hasta él uno de los sacerdotes más jóvenes y se arrodilló, abriendo las manos en un gesto de súplica.

—Humano —dijo el sacerdote—, por favor, por lo que es decente, permite que la saquemos de este lugar sagrado.

—¿Contamina vuestra capilla? —preguntó, temblando repentinamente de rabia por el ultraje—. Podía haber matado a todo ser viviente de las costas del Orne Sin. Y ni siquiera pudo matar a un hombre.

—Humano —dijo t’Senife, medio arrodillándose ante él—. Permite que se la lleven, humano. La tratarán de forma honorable.

Miró a los rasgados ojos del sufaki y vio pena en ellos. Los sacerdotes cogieron suavemente a Djan, y él hizo un esfuerzo para levantarse. Tenía las ropas empapadas con su sangre. Temblaba tanto que estuvo a punto de caerse, y volvió unos ojos deslumbrados hacia la plaza del templo, donde se había situado una hilera de guardias indras. Todavía se oía el *Inta*, llenando el mismo aire y pequeños grupos de hombres se movieron lentamente hacia la capilla.

Eran sufakis.

De pronto fue consciente de que todo lo que le rodeaba era sufaki, salvo por la distante hilera de espadachines indras que bloqueaban la entrada al templo.

Miró hacia atrás, dándose cuenta que se habían llevado a Djan. Había desaparecido la última cara humana de su propio universo que vería nunca. Oyó a Pai llorar desconsoladamente, y se inclinó casi inconscientemente para ponerla en pie y la entregó al cuidado de t'Senife.

—Venid conmigo —le dijo a t'Senife—. Por favor. Los indras no atacarán. Os pondré a salvo a los dos. No habrá más muertes en este sitio.

T'Senife cedió, hizo una seña a su compañero; hombres cansados ambos, con caras cansadas y tristes.

Bajaron los largos escalones. Los indras se volvieron, dispuestos a prender a los tres sufakis, los hombres y la *chan* Pai, pero Kurt se interpuso entre ellos.

—No —dijo—. No hay necesidad. Hemos perdido a t'Nethim, ellos han perdido una methi. Ha muerto. Dejadlos en paz.

Uno era t'Nechis, que había oído las noticias con serenidad e hizo una reverencia y previno a sus hombres.

—Si buscas a Kta t'Elas —dijo—, búscale en la muralla.

Id por vuestro camino —sugirió Kurt a los sufaki—, o quedaos conmigo si lo preferís así.

—Me quedaré contigo —dijo t'Snife—, hasta que sepa lo que planean hacer los indras con Nephane.

Había cinismo en su voz, pero seguramente disimulaba algún miedo, y los guardias de la Methi caminaron junto a él cuando buscó a Kta tras las líneas de los indras.

Lo encontró rodeado de hombres de Isulan, con la pierna vendada e Ishtain segura en su vaina. Kta alzó la mirada sorprendido, con alegría mezclada con miedo. Kurt se miró la ensangrentada mano y descubrió que temblaba y que sus rodillas estaban a punto de ceder.

—Djan ha muerto —dijo.

—¿Estás bien? —preguntó Kta.

Kurt asintió, y movió la cabeza indicando a los sufakis.

—Eran sus guardias. Merecen ser tratados con honor.

Kta les examino e inclinó la cabeza en señal de respeto.

—T' Senife, ayúdanos. Quédate con nosotros un tiempo para que tu pueblo vea que no queremos dañar a nadie. Queremos que deje de haber lucha.

Entre la gente empezó a difundirse el rumor de que la Methi había muerto. El *inta* no había dejado de sonar. La multitud de la plaza aumentaba constantemente.

—Es Bel t'Osanef-dijo Toj t'lsulan.

Era verdaderamente Bel, abriéndose paso lentamente por entre la multitud, deteniéndose para decir algo o intercambiar una mirada con un conocido. Su presencia invocaba miradas hoscas y murmuraciones entre algunos, pero no estaba solo. Con él venían otros hombres, hombres cuyos años hacían que la multitud se apartara para ellos, murmurando con maravilla: los ancianos de los sufaki.

Kta alzó una mano para atraer su atención. Kurt permaneció a su lado, aunque se le ocurrió pensar que ofrecían un blanco muy vulnerable.

—Kta, ¿es cierto? ¿Ha muerto la Methi? —dijo Bel.

—Sí —dijo Kta, y dirigiéndose a los ancianos que expresaban su pena en murmullos—: No estaba planeado. Os lo suplico, venid al Afen. Os juro por mi vida que estaréis a salvo.

—Ya lo he jurado yo por la mía —dijo Bel—. Te escucharán. Los sufakis estamos acostumbrados a escuchar, y vosotros, los indras, a hacer las leyes. Esta vez la decisión deberá favorecernos a ambos, amigo mío, o no escucharemos.

—Podríamos complacer a algunos ciudadanos de Indresul con sólo repudiarte, pero no lo haremos. Recibiremos a Ylith-methi como una ciudad unida.

—Si podemos unirnos para rendirnos, también podemos hacerlo para luchar —dijo un anciano.

Entonces Kurt se dio cuenta como en un sueño terriblemente espantoso: las armas humanas de la ciudadela.

Echó a correr sobresaltando a Kta, sobresaltando a los indras, en tan gran medida que los guardias de la puerta corrieron hacia él antes de reconocerle en la oscuridad.

Pero el humano de Elas tenía venia para ir donde quisiera.

Atravesó corriendo el campo de batalla del patio con el corazón a punto de estallar y subió las escaleras hasta llegar a los pisos superiores del Afen.

Ni siquiera le desafiaron los que vigilaban en la antesala de la Methi hasta que les dio órdenes desde la habitación y desenvainó su *ypan* amenazándoles con él. Cedieron ante su salvaje frenesí, de tan histérico que estaba, y se marcharon.

—Llamad a t'Elas —urgió a los otros un joven hijo de Ilev—. El sabrá tratar con este loco.

Kurt cerró de un portazo y la atrancó. Luego cogió una mesa y la empujó contra la puerta, trabajando ya con ambas manos y bloqueándola con más muebles. Golpearon desde fuera, pero estaba asegurada. Luego se marcharon.

Se derrumbó temblando, demasiado cansado para moverse. Al rato oyó las súplicas de Kta, las de Bel, e incluso las de Pai.

—¿Qué estás haciendo? —gritó Kta al otro lado de la puerta—. ¿Qué planeas hacer, amigo mío?

Pero era una voz sufaki, y no de Bel, la que le urgió a hacer lo inevitable.

—Tenéis ahí armas que podrían destruir la flota indras, que podrían liberar nuestra ciudad. ¡Sobre vos recaerá una maldición como no nos ayudéis!

Pero sólo respondía a Kta y Bel y siempre lo hacía con la misma respuesta:

—Marchaos de aquí. Me quedo.

Finalmente, se marcharon, y se tranquilizó un poco hasta que oyó un agitarse al otro lado de la barricada.

—¿Quién está ahí?

—Mi señor, no usaréis esas armas, ¿verdad? —dijo la temerosa voz de Pai cerca del suelo.

—No. No lo haré.

—Podrían haberos obligado. No Kta, ni Bel. Nunca os harían daño. Pero había otros que querían obligaros. Querían atacar. Kta les convenció para que no lo hicieran. ¿Puedo entrar, por favor?

—No, Pai. No me fío ni de ti.

—Pasaré aquí la noche, y os diré si vienen, mi señor.

—¿No me culpáis por no hacer lo que quieren obligarme a hacer?

Hubo un largo titubeo.

—Djan tampoco quiso hacer lo que la pedían y la honraba. Vigilaré por vos, mi señor. Descansad. No me dormiré.

Kurt se sentó en la única silla que quedaba, recostando la cabeza, y durmiendo en cortos períodos de tiempo, pese a no tener intenciones de hacerlo. A veces le preguntaba a Pai si dormía o no, pero siempre le respondía su voz, fiel y tranquila.

Entonces llegó la mañana por el cristal de la ventana que miraba al oeste. Cuando fue a mirar por ella, la cruda luz revelaba una enorme flota de guerra entrando en el puerto.

—Había llegado la flota de Ylith.

Esperó mucho tiempo después de que hubieran atracado. No había indicios de lucha. Acabó enviando a Pai escaleras abajo para que descubriera lo que sucedía.

—Hay señores indras en los salones de abajo —informó—, extranjeros. Pero les han dicho que estáis aquí. Están intentando decidir si atacarán contra esta puerta o no. Tengo miedo, mi señor.

—Dejad la puerta —le dijo.

Pero ella no lo hizo, pues la oía ocasionalmente en el exterior.

Luego recorrió todo el lugar, rompiendo maquinaria y aplastando circuitos

delicados.

—¿Qué estáis haciendo? —gritó Pai, al oír el ruido.

—No se molestó en responder. Desmanteló las fuentes energéticas, las pocas armas de mano que encontró, todo. Luego deshizo la barricada que taponaba la puerta.

Ella esperaba fuera, con sus grandes ojos muy abiertos por el terror y la maravilla, y quizá un poco de sorpresa, pues estaba sucio y ensangrentado y casi tambaleándose del agotamiento.

—¿No os han amenazado? —preguntó él.

Ella hizo una reverencia.

—No, señor. Temían enfureceros. Conocen el poder de las armas.

—Vayamos a Elas.

—Soy *chan* de los methis —dijo ella—. No es correcto que deje mi puesto.

—Temo por vos en las condiciones que está este lugar. Visitad Elas conmigo.

Ella hizo otra reverencia, se enderezó y caminó delante de él.

La sorpresa de verle bajar las escaleras paralizó a los hombres de Indresul que esperaban allí con unos cuantos indras de Nephane. La presencia de los nephanitas entre las fuerzas de ocupación le animó algo.

—Las armas han sido desmanteladas más allá de mi capacidad para repararlas —dijo—. Estaré en Elas por si queréis buscarme.

Y para su sorpresa le dejaron pasar, y lo mismo hicieron los guardias de la Calle de las Familias, pues un hombre de Indresul se adelantó, mirando a los hombres, protegiéndole con su presencia.

—No te acaecerá daño alguno —dijo por fin el hombre—. Son órdenes de la Methi Ylith.

\* \* \*

Ningún Hef atendía la puerta de Elas. Kurt la abrió por sí mismo y entró en sus sombras con Pai detrás suyo. Se detuvo ante la puerta del *rhmei*, pues no se había lavado de la lucha y no deseaba traer contaminación alguna a la paz de esta habitación.

Kta se levantó de la silla de Nym, y el alivio se pintó en su rostro. A su lado, en las sillas menores, se sentaban Bel, Aimu, ancianos de los sufaki y un extranjero, Vel t'Elas-en-Indresul.

Kurt realizó una reverencia, dándose cuenta de que había interrumpido algo de gran importancia, el que un indras de la ciudad resplandeciente se sentara ante este corazón.

—Pido tu venia —dijo—. He terminado en el Afen. Ningún arma humana

amenaza ya vuestra paz. Decídselo a vuestra methi, Vel t'Elas.

—Le aseguré a Ylith-methi que ésa sería tu decisión —dijo Kta con voz tranquila pero llena de sentimientos contenidos—. ¿Es Pai t'Erefe la que está contigo?

—Necesita un lugar donde estar. Si Elas la acepta como invitada.

—Elas se honra al hacerlo —murmuró Kta—. Ve a lavarte y siéntate con nosotros, amigo Kurt. Estamos en medio de un asunto serio.

Pero antes de subir a su cuarto, Kta se acercó a él dejando a sus invitados.

—Estuvo bien hecho —dijo con suavidad—. Mi amigo, mi hermano Kurt. Ve a lavarte y reúnete con nosotros. Estamos resolviendo problemas. Es un problema de tres o cuatro rondas, pero la Methi Ylith ha jurado permanecer en puerto hasta que se haya resuelto. Lo hablaremos aquí, y luego bajaremos al puerto para hacerle saber nuestras decisiones. En estos momentos hay otros primos de Indresul en sus muchas casas, y cada casa indras ha acogido a los sufakis con ellos, refugiándolos en la santidad de sus corazones hasta que se resuelva esto. No os dañará a sufaki alguno, siempre y cuando acepte la amistad de la casa y la paz de nuestro techo.

—¿Aceptarán todos?

—No, todos no. Pero es posible que los más violentos hayan huido a sus colinas, o puede que vuelvan en paz cuando vean que es posible. Pero en todas las puertas de Sufak está el sello de alguna Familia Indras. No habrá saqueos. Y se han admitido amigos de la casa en todos los corazones. Esto se ha hecho, mientras tú permanecías encerrado en el Afen.

Kurt consiguió forzar una sonrisa.

—Y eso también estuvo bien hecho. ¿Aún soy bienvenido aquí?

—Eras de Elas —exclamó Kta indignado—. De este corazón y no sólo de refilón. Sube arriba.

—Debo buscar a la familia de t'Nethim —protestó.

—Ya se ha hecho. Te necesito. Yo te necesito. Elas te necesita. Cuando Ylith-methi sepa lo que has hecho, y lo sabrá, no tengo la más mínima duda de que querrá verte, y no puedes ir así, y no pueden ignorar las cuestiones que competen a tu corazón.

—Kurt asintió cansinamente, buscando las escaleras.

—Kta —dijo Bel en baja voz—. Atiéndele personalmente si lo deseas. Mantendremos la paz de tu corazón hasta que vuelvas, no es así, mi señor de Indresul. Quizá hasta encontremos temas de qué conversar mientras no estáis y siempre y cuando mi esposa nos traiga otra ronda de té.

Kta observó a los dos, al grave y anciano Bel y el joven sufaki que tenía su edad. Hizo una ligera reverencia y acompañó a Kurt a las escaleras.

—Vamos —dijo—. Estás en tu casa, amigo mío.



**FIN**